

IVÁN CARVAJAL
FRANCISCO X. ESTRELLA

DI VAGA CIONES

ENTRE UN POETA
Y UN DILETANTE
CORRESPONDENCIA (2008-2026)

Iván Carvajal

(San Gabriel, Carchi, 1948 - Quito, 2026). Poeta, ensayista y catedrático universitario. Estudió Filosofía en la Universidad Central del Ecuador y en la Pontificia Universidad Católica de Ecuador (PUCE), donde se doctoró. Durante cuatro décadas fue catedrático en varias universidades ecuatorianas, entre ellas, la Universidad de Cuenca, la Universidad Central y la PUCE. Fue miembro del Frente Cultural (Quito) y de los consejos de redacción de sus revistas *Pro-Contra* y *La Bufanda del Sol* (1969-1977). Dirigió la revista *País Secreto* y la Corporación Cultural “Orogenia” (2000-2005). Recibió el Premio Nacional de Literatura “Aurelio Espinosa Pólit” por su libro *Parajes* (1983) y la mención especial del concurso de poesía de la revista *Plural de México*, por *Los amantes de Sumpa* (1983). Es, además, autor de los poemarios: *Poemas de un mal tiempo para la lírica*, *Del avatar*, *En los labios / la celada*, *Ópera*, *Inventando a Lennon*, *La ofrenda del cerezo*, *La casa del furor* y *Siempre todavía*. Y de los libros de ensayo: *A la zaga del animal imposible. Lecturas de la poesía ecuatoriana del siglo XX* y *Trasiegos*.





DI VAGA CIONES

ENTRE UN POETA
Y UN DILETANTE
CORRESPONDENCIA (2008-2026)

*Divagaciones entre un poeta y un diletante.
Correspondencia (2008-2026)*

© Iván Carvajal - Francisco X. Estrella, 2026
© Universidad del Azuay - Casa Editora, 2026

ISBN: 978-9942-54-151-2
e-ISBN: 978-9942-54-152-9
EPUB-ISBN: 978-9942-54-153-6

Cuidado de la edición: Cristóbal Zapata
Diseño y diagramación: Juan González Calle
Imagen de la cubierta: David Orbea: Sin título, de la serie *Postales*,
pintura acrílica y látex sobre lienzo, 49,5 cm x 74 cm, 2023. Colección: Juliana Vidal
Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

Universidad del Azuay
Av. 24 de Mayo 7-77 y Hernán Malo
www.uazuay.edu.ec
(+593 7) 409 1000

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Cuenca - Ecuador, 2026

IVÁN CARVAJAL
FRANCISCO X. ESTRELLA

DI VAGA CIONES

ENTRE UN POETA
Y UN DILETANTE
CORRESPONDENCIA (2008-2026)



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

EL MAESTRO Y EL *DANDY* (PRÓLOGO VELOZ)

Cristóbal Zapata

He aquí el delicioso, lúcido y deslenguado diálogo entre dos escritores e intelectuales de distinta generación, formación y adscripción política e ideológica, que intercambian sus lecturas y pasiones estéticas: el reputado Iván Carvajal (nombre cardinal de la poesía ecuatoriana de entresiglos, con un pasado marxista militante, luego desencantado ante la estalinización de los países socialistas y el devenir populista de las izquierdas nacionales y latinoamericanas), y Francisco X. Estrella (ensayista y articulista polémico, “mi querido liberal-conservador”, como le llama algún momento su contertulio mayor).

Estrella fue alumno de Carvajal entre 1994 y 1996, en la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central del Ecuador, donde el poeta tenía una cátedra de “Materialismo Histórico”, que en la práctica –dice Estrella– era más bien una teoría de la cultura. Esas clases fueron seminales para el alumno por la amplitud de su repertorio temático y la profundidad de sus reflexiones. La amistad empezará más tarde, cuando se reencuentren en los corrillos literarios. Desde entonces, su relación combina el afecto genuino, pero no olvida la relación entre el maestro y el discípulo. En esta correspondencia hay una especie de magisterio tácito de Carvajal (ya cuando recomienda lecturas, propone temas de discusión, o amonesta y bromea cariñosamente a su interlocutor). Pero Estrella sabe recoger los desafíos y retroalimentar la correspondencia con agudeza y buen humor, compartiendo libros, películas, música o artículos de prensa. Pues, el maestro y el *dandy* dan rienda suelta a su comprensión del arte y de la vida, del arte de la vida.

En estas cartas las conversaciones filosóficas y literarias alternan con el comentario de lecturas, la coyuntura política (particularmente los álgidos años del correísmo), y la consustancial referencia a personajes (grandes y chicos) del mundillo político y cultural, que constituyen algunos de los pasajes más sabrosos. La sabiduría y la afilada ironía del poeta Carvajal, conjugadas con la avidez y curiosidad intelectual del “diletante” Estrella hacen de estas *Divagaciones* un documento cultural y literario tan succulento como singular, que dará mucho que hablar en un país donde el género epistolar es infrecuente y la franqueza intelectual un hábito a puerta cerrada.

Cuenca, agosto de 2026

Posdata: Pocos días después de escribir estas líneas, la noche del 6 de septiembre, murió Iván Carvajal, quien luchó hasta el fin contra la enfermedad con la que convivió hace unos años, sin perder su serenidad proverbial. Queda aquí la respiración de su inteligencia y sensibilidad. Acaso esta larga tertulia con su amigo Francisco Estrella constituya su testamento intelectual.

Un debate libre es un cuerpo a cuerpo. El soliloquio, en comparación, no es más que luchar contra molinos de viento.

SHAFTESBURY, *Ensayo sobre la libertad de ingenio y el humor en una carta a un amigo*

Las relaciones humanas se fundamentan en *cifras*. Descifrar es confundirse. La cifra tiene la ventaja de decir sin decir, y de conservar suspendida, *reversible*, la opinión recíproca. Nos preserva de tener juicios decisivos y definitivos que nunca son verdaderos sino en el instante.

PAUL VALÉRY, *Tel Quel I, Entre nous*

Del poeta:

Nadie
testimonia por el
testigo.

PAUL CELAN, “Aureola de cenizas”, 1967.

Del diletante:

...y así es como un diletante a menudo dará en el blanco mejor que un artesano, porque el primero sigue al público desapasionado, mientras que el segundo se deja influir por la envidia o los prejuicios... Por mi parte, opino que los siglos siempre están formados por ciertas máximas aceptadas universalmente tanto por los profesores como por los diletantes...

LANZI, *Storia pittorica della Italia. Dal risorgimento delle belle arti fin presso al fine del XVIII secolo*, 1809.

PREFACIO

Iván Carvajal
Francisco X. Estrella

“No escriban cartas, pongan telegramas”
(Advertencia en la pared de las antiguas oficinas de telégrafos)

Esta prescripción semeja una profecía para los ciudadanos de las primeras décadas del siglo XXI, época desbordante de señas cortas, utilitarias, fútiles, distribuidas mediante dispositivos, redes, aplicaciones o cañerías digitales. Así parecemos llegar al fin de la gran era de las cartas que conoció cumbres durante tres o cuatro siglos. Porque las cartas trazaron un mundo por completo diferente al del urgido telegrama. Han sido estas dos, en esencia y en forma, realidades antitéticas. No hemos de enumerar aquí las virtudes de cualquier epistolografía, pero sí apuntaremos que la escritura y el intercambio epistolar son un género en declive a favor de la comunicación apresurada y deshilvanada, propia del tiempo actual.

Al saludar el volumen que compila la correspondencia entre Henry Miller y Lawrence Durrell, Alfred Perlès, amigo de ambos, señalaba que, en ese momento, 1988, quizá se escribieran más cartas que nunca antes en el mundo. Cuarenta años después hemos dado la vuelta a la esquina y es muy probable que vivamos el tiempo en que menos cartas se reciban desde que comenzaron su andar estas muestras de fe en el diálogo, del amor o la amistad entre los hombres. Parece que el hábito epistolar corre el riesgo de desaparecer por completo.

El servicio postal de Dinamarca, PostNord, por ejemplo, ha terminado para siempre con todos sus envíos de cartas en papel

en 2025, pues éstos se han sumergido en la sima en lo que va del siglo XXI. A cuatrocientos años de sus comienzos, el correo de Dinamarca, como otros de Europa y del mundo, deja de servir a la correspondencia íntima y se limita a entregar paquetes con flores o aparatos electrónicos. Durante un par de meses en 2026, la oficina de correos danesa devolverá el importe por cualquier sello postal comprado el año anterior. Y sanseacabó. Lo de Dinamarca no es más que la punta del iceberg, en lo que de aciago éste exhibe: en los Estados Unidos, durante la pandemia de Covid-19 el envío de cartas fue la cuarta parte del período anterior... y se hunde. Incluso los envíos de revistas y periódicos han declinado dramáticamente, al nivel de la mitad, en tanto los diarios dejan de publicar, uno tras otro, ediciones en papel.

Ese, el panorama en nuestros días, el declive de una costumbre de cuatro siglos. Tuits, mensajes de WhatsApp, correos electrónicos ejecutivos, también en declive, reacciones digitales que parecen configurar una realidad en que lo fragmentario y el tartamudeo son la norma. En 1948, hace apenas setenta años, en un ensayo Pedro Salinas repugnaba un universo sin cartas: “¿Ustedes son capaces de imaginarse un mundo sin cartas? ¿Sin buenas almas que escriban cartas, sin otras almas que las lean y las disfruten, sin esas otras almas terceras que las lleven de aquéllas a éstas, es decir, un mundo sin remitentes, sin destinatarios y sin carteros? ¿Un universo en el que todo se dijera a secas, en fórmulas abreviadas, de prisa y corriendo, sin arte y sin gracia? ¿Un mundo de telegramas?” Ese universo ha llegado: es el nuestro.

La carta es la invención de uno y también el lugar de cuestionamiento de lo que uno afirma sobre sí mismo al ser interpelado —explícita o implícitamente— por su corresponsal. El primer destinatario de una carta somos nosotros mismos, a nosotros atañe, *prima facie*, con el fin de aclarar ideas, recuerdos, inquietudes. El segundo remitente es el otro. Aunque pareciera que el lector de la carta en ocasiones va más allá..., que la misiva quisiera dirigirse a terceros. Más allá de la privacidad y la

confesión, del cerrado recato del sobre —envoltorio, *enveloppe* en francés— que protege la intimidad de la carta a ojos de los curiosos en su condición de libre territorio del secreto, desde la Antigüedad las cartas también tuvieron como remitente a los integrantes del ágora. Esta modalidad, la *epístola*, dio la bienvenida a las buenas nuevas de fin predicativo como las del Nuevo Testamento o constituyó el embrión del ensayo moderno, antes de Montaigne, con su búsqueda de un propósito moral en Séneca. Cuando las cartas se permiten ser públicas, sea porque el lector es más que su remitente o porque fueron escritas para un público más amplio pues tratan temas de interés general, nace el género literario epistolar. La condición de su alumbramiento es traicionar su origen: la reserva.

Depurado al máximo en lengua española por un Lope, un Garcilaso o un Quevedo, el género epistolar ha recogido no solo la intimidad, las penurias, inseguridades, alegrías o diatribas de sus autores, sino que recopila sus ideas. Hay una larga tradición epistolar a lo largo de la Modernidad, cartas de escritores, artistas, filósofos, científicos o viajeros, en las que exponen y debaten con sus corresponsales sus ideas o puntos de vista, anuncian o aclaran sus descubrimientos, manifiestan sus inquietudes, sus vacilaciones y sus certidumbres. Montesquieu, por ejemplo, bautizó a su sátira novelesca epistolar del género de falsas entregas orientales, *Cartas persas* (1721); Oliver Goldsmith se convertiría, en el XVIII, en el gran moralizante satírico con cartas escritas por un inventado filósofo chino, dirigidas a sus amigos londinenses bajo el inmodesto título de *The Citizen of the World* (1762); y Lope de Vega sintetizó el carácter fragmentario y diverso de la carta con estos versos: “Las cartas ya sabéis que son centones/ capítulos de cosas diferentes/ donde apenas se engarzan las razones”.

Divagaciones entre un poeta y un diletante intenta dar fe de estas características de la carta y la epístola, entregas privadas que los autores hemos intercambiado por correo electrónico durante casi veinte años y ahora hacemos públicas. Es un libro

de divagaciones, ideas sueltas, dispersas, tratadas con ironía y a menudo en tono de broma, enfocadas como reseñas o reflexiones en honor al recuerdo o la impregnación del momento. En estas cartas asumimos diversos asuntos relacionados con la filosofía, la sociedad, la política, la historia, la ciencia, la cultura, la literatura. Se trata de una correspondencia que privilegia lo intelectual. A tal fin, contraponemos argumentos, coincidimos, disentimos, concordamos, damos la vuelta a la página e incluso olvidamos o descuidamos una respuesta. Pero nunca por desdén: las puertas de la conversación han permanecido abiertas, jamás se han cerrado del todo en esta correspondencia.

En medio de las divagaciones que las definen, hemos actuado con libertad. Ello se aprecia en el respeto mutuo, más allá de nuestras divergencias. Este ha sido un juego intensamente retórico, de argumentación que intenta persuadir y convencer, más que demostrar, un ir y venir que implica cambiar el curso de las meditaciones, reincidir, recuperar, subrayar, abandonar, claudicar. En gran parte de la plática los autores participamos también como diletantes: en filosofía, historia, cuestiones religiosas, antropología, hablamos en calidad de “amateurs” del conocimiento, no especialistas, tal cual el término ha sido entendido desde el siglo XVIII, en Francia.

A lo mejor el espíritu sumario y expeditivo del correo electrónico ha incidido en el talante de estas cartas. El género epistolar, por tradición, era más descriptivo del interior de los individuos, de sus padecimientos y añoranzas, y, con ello, procuraba construir una voz. Aquí no hablamos mayormente de ello, aunque quizá obedezca a que los autores hemos estado próximos en el mismo país y la misma ciudad, salvo en alguna ocasión por salida de viaje. Por estas razones no sabemos si llamarlas “cartas” a secas, en su sentido consuetudinario, al menos como aquellas que fueron concebidas para el intercambio ansioso en otros momentos históricos, distintas geografías, diferentes coordenadas intelectuales.

Consideramos que en nuestro medio editorial se han descuidado las cartas, no se las ha tomado como un género literario que sin duda ha tenido cultores dignos de atención. Este descuido contrasta con el interés brindado en otros medios a la correspondencia de artistas e intelectuales. Aunque no del todo. De los autores más antiguos en el siglo XX ecuatoriano, Gonzalo Zaldumbide, Alfredo Gangotena, Benjamín Carrión, Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, entre otros, escribieron grandes cartas y tuvieron como interlocutores a elevadas figuras de las letras hispanoamericanas y del mundo. Investigadores como A. Darío Lara, Claude Lara, Gustavo Salazar, Efraín Villacís, Cristóbal Zapata o Cristina Burneo han recogido las cartas que algunos de esos ecuatorianos se escribieron entre sí y con sus correspondientes de otras latitudes. Naturalmente, no son los únicos cuya obra epistolar se ha recogido, depurado y publicado.

Como todo en la literatura, también la carta es artificio. “Es un género híbrido, entre lo privado y la confesión, entre el diario íntimo y la necesidad de un receptor, entre el tiempo subjetivo y el tiempo histórico”, se ha dicho. Es cierto. Las cartas también han sido consideradas lo mejor de la obra de ciertos autores como Dylan Thomas o Unamuno. Son el testimonio de la “conversación entre amigos ausentes”, como las quería Erasmo y lo repitió John Donne: “las cartas mezclan almas, pues así hablan los amigos ausentes”. Lance de artificio que enlaza lo íntimo con su reflejo, las cartas por morir nos recordarán a ciudades —Lima, Quito, Buenos Aires, Madrid— en las que el más bello de los armatostes de hierro de sus calles, el buzón, se ha extinguido, y han quedado disminuidas, además, con la desaparición de la estafeta y el cartero y su discreción melancólica, urbes condenadas a su empobrecimiento estético y verbal.

Salinas llamó a las cartas que nacieron privadas, pero se convirtieron en públicas por decisión de terceros o de sus propios autores, *cartas traicionadas*, pues su fin original, íntimo, fue vulnerado. Es el caso de estas cartas nuestras. Valga la perfidia al

fin de recoger una etapa, un fragmento de espacio y tiempo. Valga para no dejarlo pasar, detenerlo y ofrecerlo al escrutinio público. La encriptación del correo electrónico en el que estuvieron alojadas estas cartas preservaba la porción de intimidad negada a las otras formas de comunicación digital contemporánea consagradas a lo público, como Twitter o Instagram. Pero ya se ve que no han permanecido en la quietud de la reserva.

Dar fe: acaso ello provea de algún sentido al acto de desvelar, traicionar y publicar cartas.

Quito, enero de 2026

Descriptores de las cartas:

Hemos usado las siguientes claves de identificación de las cartas por tema:

Cult: cultura

Hist: historia, humanidades, ciencias sociales

Fil: filosofía y pensamiento

Pol: política

Lit: literatura

*Para mis hermanos Cecilia, Jorge,
Fernando y Miguel Carvajal*

*Para nosotros que nos hemos amado tanto:
Carlos, Fanny y Tatiana Estrella Álvarez*

PRIMERA PARTE:
TEMPORADA EQUINOCIAL

Iván Carvajal y F. X. Estrella comenzaron sus cartas, enviadas siempre por correo electrónico, a inicios de 2000. Las remitidas hasta 2005 se han perdido definitivamente porque Estrella abandonó su dirección electrónica de ese entonces. Las anteriores a ésta, fechada en 2008, no revisten mayor interés público.

13 de febrero de 2008
(Cult.)

Querido Francisco:

No me digas que tus amigos de izquierda se han tomado a mal la broma¹. ¿Quiénes son tus amigos de izquierda? Ya no se trataría solamente de falta de sentido del humor, sino de algo peor. ¿Adónde se habrá ido, en tal caso, la famosa costumbre de la “autocrítica”? Porque lo que cabría esperar, a falta de sentido del humor, es una de las dos posibles salidas judeo-cristianas, sobre todo, católicas: o bien la franciscana, por la cual habría que concluir que en una iglesia de pobres —como la “izquierda”— todos han de vestir como el bueno de Asís, aunque modernizado, pues ya no vendrían bien los harapos en una época en que hay que luchar contra la pobreza extrema; o bien la confesión, la “autocrítica”, bueno, nos vestimos mal porque carecemos de clase, lo que sería, en un sentido un tanto decimonónico, pero no estrictamente marxista, un gran paso hacia el comunismo.

Ahora, lo que pasa es que hay ciertos estereotipos cuasi cinematográficos. Por ejemplo, el traje con chaleco, pero sin corbata del obrero anarquista italiano de fines del XIX o el traje oscuro del bolchevique, recuerdo haber leído en alguna parte que el pobre Bujarin, uno de esos animales puros del bolchevismo,

¹ Acerca del envío de Estrella, a varios amigos, de su artículo picaresco sobre moda “¿Por qué las izquierdas son tan desaliñadas?”

cuando era canciller de la URSS viajaba a Occidente con su único y raído traje oscuro, pero eran las épocas del comunismo de guerra. Hay cierta elegancia militar en el Che, aunque es más difícil advertirla en Fidel, y el resto del séquito, se opaca. El modelo Mao se puso de moda en Occidente allá por los 70.

Tal vez haya otro sesgo a considerar: a inicios del siglo pasado, con la pobreza de la clase obrera, como que era natural que los intelectuales de izquierda se contagiaran de frugalidad. Pero no creo que hayan sido necesariamente adustos. O adustos a veces y alegres a veces. Si no; ¡qué aburrimiento! Sería como pensar que lo gris de la decadencia tipo Brezhnev y lo más gris del terror de estado tipo Beria estarían preanunciados desde el comienzo. Ahora que ya no hay revoluciones (las que se hacen, como sabemos, ya no tienen revolucionarios), ni tampoco se asocian a la clase obrera, que tampoco es la misma que la de fines del XIX, ciertamente eso de ser izquierdista y ser frugal y adusto, ¡qué aburrimiento!

Yo recuerdo que mi padre me decía, cuando yo era un muchacho de catorce o quince años, que había que hacer la revolución para comer bien, beber buen vino o buen whisky, vestirse bien, tener buenos libros, discos. Y eso lo decía en la modesta casa de la familia de un maestro. Es decir, a mí me parece bien tirar las orejas a todos por la falta de elegancia. Más bien yo miro otro punto: ¿qué carajo es la elegancia? Me contentaría con cierto tacto y buenas maneras.

Y con beberse un buen vino.

Y sí, por qué no, si tengo para comprarme un traje de dos o tres mil dólares, ¡qué bien! Y si no lo tengo, qué carajo, al menos hay que tener buenas maneras. Y reírse. Y sí, tienes razón, los izquierdistas de ahora, más bien esa nueva tecnocracia estilo SENPLADES o Asamblea Nacional Constituyente, ¡qué tan desaliñados!

Otro abrazo,
Iván

15 de febrero de 2008
(Cult.)

Iván,

Tan bien acogida la continuación de tu carta acerca de trapería y otros oficios mundanos de izquierda y otras, como indigesto el plan acerca de la cultura del país. ¿Qué mierda quiere decir: “La ley regulará el ejercicio de estas formas de propiedad”? ¿Formas de propiedad? Y al parecer el eje de todo es la “interculturalidad”. Ojalá duren cien años para que este país se destruya y terminemos como una provincia residual de algún reino vecino.

Sobre lo otro, más de mi interés, puedo decirte que mis “amigos de izquierda” son precisamente de aquellos que hablas en tu párrafo final, SENPLADES, Asamblea Nacional Constituyente y una especie acomodaticia dadas las artimañas de gobierno tan infausto como éste: flacsonianos. Bien, casi literalmente me han mandado a la mierda. Algún anónimo incluso me ha puesto un mensajito que reza “y tú, ¿por qué hueles tan mal?”. Imagino que este caballero se refiere a mis conceptos expuestos en artículos varios con los que, evidentemente, no está de acuerdo. Y yo tampoco con él, infeliz anónimo.

Mejores las tengo con tus siempre amistosos y acertados comentarios. De hecho, mitad me has hecho reír, mitad reflexionar. Incluso avivar cierto interés, el histórico, acerca de ciertas actitudes de las izquierdas, de las históricas y las nativas, que a su manera también han sido históricas. Y es que mi articulito pretendía ser solo una piedrecilla. Pero hay mucho detrás, cosas que no se han dicho. La necesidad de revisión de la izquierda (para plagiar cierto título de un distinguido y casi inentendible intelectual de izquierda), aquello que tú recuerdas como la autocrítica creo que ha constituido una gran dificultad de nuestros camaradas, promoverla, aceptarla. Y es que de ciertas

herencias la izquierda contemporánea no se ha podido liberar, una de ellas, creo yo, cierto autoritarismo pegado a su ancestro revolucionario. Ese autoritarismo se expresa en la posesión y prédica de la verdad, en la pontificación de sus credos. Será que resuena en mis oídos la voz de nuestro mandatario, este bocazas tropical, y acaso me ha puesto hipersensible.

Pero las imágenes que trae tu carta me han sugerido muchas cosas. El traje con chaleco y sin corbata, por ejemplo, que mi mente retiene, más que por las fotografías de inicios del XX, por un filme: *Novecento*, de Bertolucci. O el traje oscuro del bolchevique, fijado en mi memoria a partir de las fotografías de Lenin pegadas en las paredes de algún pariente chino-PCMLE. Y las otras, de Jrushchov en adelante hasta Andropov y el pobre Gorbachov, que siempre me despertaron un poco de frío, descubiertas en viejas revistas soviéticas que mis padres conservaban en un baúl de la casa antigua —apenas una pieza— y más tarde en las *Sputnik*², que en mi adolescencia tenían el encanto de lo revolucionario. Distintas las impresiones: si la imagen de los obreros conservaba, conserva, su frescura épica en mi memoria, la de la burocracia del socialismo realmente existente siempre me produjo (no podría ser de otra manera) profunda reserva, más aún, tembloroso respeto.

Verdad que existe ese ímpetu en las fotografías y la estampa de Guevara, esa elegancia militar que tú dices, que no fue mía, sino (como casi todas las cosas de mi mundo) a partir del cine. Claro que las dos versiones para la pantalla que he visto de Guevara no le hacían mucho honor, la una con un Omar Sharif inaceptable en el papel de Guevara —Castro era Jack Palance— y otra cuyo origen desconozco, pero que la televisión pasó mil veces³. De todas maneras, no es la mía una iconografía fotográfica de la imagen —y el vestir— de Guevara (a quien,

² Revista publicada por la Agencia de Prensa Novosti de la Unión Soviética, entre 1967 y 1997, como contraparte informativa e ideológica a *Selecciones*, del *Reader's Digest*, estadounidense.

³ *El Che Guevara* (1968), dirigida por Paolo Heusch, con Paco Rabal.

aprovecho este paréntesis para decir que hoy detesto), sino, como lo he dicho, cinematográfica.

A Castro nunca lo he apreciado por su imagen. En honor a la verdad, creo que nunca lo he apreciado por ninguna razón, más que por un libro con Frei Betto que, cuando púber, leía con fiebre y ganas de ser héroe.

¡Qué maravilla de anécdota aquella de tu padre! Tu padre en compás de espera para que la Revolución se nos dé. Bien, creo que muchos esperábamos que la revolución se nos dé. Desconozco si también con elegancia. Al menos, libertad.

Pero ya ves, es lo que yo creo, nada ofrece nada más que la estética. Y ni siquiera ella.

Pero estoy de acuerdo contigo: aunque estimo la elegancia, y en esto creo que soy un poco tradicional, creo que corresponde a un orden social que ya no existe: el aristocrático. Ergo, prefiero también las buenas maneras. Y la ropa, claro está.

Con mi afecto más sincero,
F.

Carta dirigida a muchos destinatarios, todos amigos de Carvajal.

27 de junio de 2008
(His. Pol.)

Estimados:

Hace unos días tuve la suerte de conversar durante unos breves minutos con Bolívar Echeverría, quien, siempre lúcido, proponía la hipótesis de que quizás estábamos llegando a un momento de la historia en que caía un viejo mito de Occidente: la necesidad de la política para la vida social. ¿Qué pasaría, en efecto, si la política estuviese muriendo en Occidente? ¿Hay, acaso, “política” en China? ¿Pueden existir las sociedades sin política? Habría que diferenciar, desde luego, la política del poder, y en consecuencia, del ejercicio y concentración del poder. Por su parte, Agamben viene sosteniendo la tesis, en el curso de una larga investigación, de que las sociedades actuales, al menos desde la década de los treinta del siglo pasado, viven bajo “un estado de excepción permanente”.

Más allá de las diferencias sobre la soberanía territorial y otras cuestiones relacionadas con la inmediatez, en las cuestiones de fondo relacionadas con el poder y el fin de la política, ¿cuánta diferencia hay entre los gobernantes latinoamericanos, Uribe de un lado, y Chávez, o Correa, de otro?

El miércoles encontré a un ex comunista —hombre honesto, disciplinado mientras fue comunista, como el que más— que se preparaba para asistir al estadio a gozar con el partido entre Liga y Fluminense. Reproduzco su comentario respecto a los motivos por los que renunciaba Alberto Acosta: “Estoy furioso, porque inmediatamente me he acordado de cómo siempre nos imponían las decisiones que pesaban sobre nuestra vida con el cuento de que era decisión del buró político o del comité central. Y ya se sabe que detrás del buró está uno, el gran jefe...” (Lo que Rosa Luxemburgo criticaba

ya a Lenin y Trotsky en 1918, y Anton Pannekoek a Stalin, justo a propósito de la Constitución soviética del 36) ... Frente a lo que cabe añadir un comentario de Fernando Albán, muy pertinente: tal vez el gran error de Alberto Acosta es haber creído que en efecto estábamos en una “revolución ciudadana”, como si ésta fuese posible. En rigor, pienso yo, la única revolución “ciudadana” de la historia fue la francesa, y ya sabemos en el baño de sangre en que se ahogó.

Con todo, uno de los grandes problemas que tiene que ver con la política —o con su fin— es el de la decisión. No cabe duda de que personajes como Correa, como Chávez o Fidel, o como Uribe, tienen decisión, actúan con resolución. La resolución, ¿es virtud política? La democracia, ¿es dilación?

Por último, está claro que nunca se vota sobre los contenidos de un texto constitucional. Hay un mito —un uso de la ideología con fines de concentración del poder— en torno a la democracia plebiscitaria. El voto plebiscitario tiene que ver con el estado de ánimo, con las promesas demagógicas, y hoy con el marketing, ya ni siquiera con la consigna, sino con la frase publicitaria que pega en el “consumidor” de ilusiones. De hecho, ya están definidas las posiciones frente a la nueva constitución, antes de que ésta exista en el papel. “Sí” es “sí a Correa” —y luego de la fase de la dictadura constituyente, sí a la fase que le sigue, de dictadura constitucional—, “No” es, en gran medida, la negación a cualquier proceso de cambio, el retorno a lo mismo. La gran trampa que nos tienden es que así se consigue anular cualquier posibilidad de cambio democrático y de política. ¿No hay un enorme parecido a lo que sucede en Colombia... y en Italia, en todo esto? Les remito dos informaciones sobre lo que pasa hoy mismo por esas tierras⁴.

Saludos,
IC.

⁴ “Uribe pide referendo para repetir elección de 2006”, *El Observador*, 27 de junio de 2008: http://www1.rfi.fr/actues/articles/102/article_8336.asp, y Geraldina Colotti, “Impunité à l’italienne”, *Le Monde Diplomatique*, 27 de junio de 2008: <https://blog.mondediplo.net/2008-06-27-Impunite-a-l-italienne>

28 de junio de 2008
(Pol.)

Iván,

Me invitas a cambiar el registro, querido amigo, después de que hubiera decidido desde hace un tiempo refugiarme en ese insólito aislamiento que los escritores procuran para permanecer lejos de la plaza pública.

¿“Pospolítica”, como agrada decir el pedante que vive dentro del politólogo de turno? ¿“¿Política posmaterial”, como reza aquel otro? Me cuesta creerlo. Pero no porque me aferre al pasado, espero que no. Lo que sospecho es que los hombres de ideas —decir “hombres de ideas” puede resultar insólito a oídos marxistas y posmarxistas por aquello de la unidad de la teoría y la práctica, pero asumo el riesgo—, entre ellos los intelectuales y los teóricos, no han aceptado aquello que alguna vez señalara Max Weber: el hecho de que la política real, la *realpolitik*, no es más que un juego de influencias y contrainfluencias en torno al poder y *nada más*, y que, adicionalmente, la política está regida por demonios que conjuran el mal cuando uno hace el bien y dan bien cuando uno procede con el mal. Es ese “nada más” el que acarrea implicaciones, esa necesidad de confiar a la política la organización de la sociedad y la disposición de la justicia social persiguiendo el bien. Intentaré no ser obstinado al remitirme a pie juntillas a Weber —y a lo que yo creo en el fondo— y pensar que la política solo es eso, es decir, una maquinaria del demonio del poder, pero de lo que sí estoy convencido es que, por cierta nostalgia heroica, por cierta necesidad humanista de confiar el futuro y el progreso a una instancia, los hombres de ideas reclaman que la política sea “algo más” y se resisten a aceptar que no lo sea. Pero aceptemos, aunque sea por un momento y como un ejercicio mental —mira que yo también solo soy un “hombre

de ideas”— que la política solo son triquiñuelas e influencias del diablo, palas de tierra y palas de lodo que desbancan o apilan. Si eso fuese cierto: ¿qué sería de nosotros que hemos confiado un programa, una plataforma, una propuesta a los Maos, Stalines, Lenines, Fideles? Habríamos errado políticamente, habríamos actuado como infantes *políticamente hablando*, como le gustaría escuchar a Weber, pero además habríamos equivocado nuestra opinión al hablar de una cosa en lugar de otra en una especie de *quid pro quo* espléndido y alquímico. No solo las diferencias de fondo entre Castro, Chávez y Correa se difuminarían, sino también aquellas entre Trotsky, Stalin, Lenin y Pannekoek. Quizá las formas ayudarían a perdurar nuestra esperanza, la confianza en la idea de que la política sea “algo más”, oficio de Dios o de dioses, aunque en el fondo, políticos como han sido todos ellos, los Fideles y los Stalines, no podríamos dejar de apreciarlos como lo que son: piezas de un gran tablero de ajedrez.

Y es que no hemos sido políticos nosotros, es decir, no hemos fundido la teoría y la práctica, somos —¡ojalá sigamos siendo por siempre!— hombres de ideas. Tú dirás: pero el intelectual se define precisamente por su decir respecto de la responsabilidad, de la política. Es verdad. Pero creo que mucho tiempo nos hemos pasado corriendo el riesgo de hablar sobre lo que no somos porque nos encanta oficiar de notarios o porque idílicamente *confiamos*.

También alguien se puede poner de pie, refunfuñar y decir que de ninguna manera Trotsky, Lenin y Stalin son lo mismo, igual que la vía *junker* no fue lo mismo que la *farmer* o que el proceso de rebelión permanente no se define en los mismos términos que la revolución a secas. Podríamos refunfuñar en esos términos porque no hemos pensado en aquello que un sociólogo inglés llamaba “contrafacticidad histórica”, términos rebuscados que no buscan más que interrogarse acerca de qué hubiese sucedido si las cosas hubiesen pasado al revés, es decir, qué hubiese sucedido si hubiese vencido Trotsky y no Stalin, si hubiese sido la *farmer* y no la *junker* la vía en América Latina o si en vez de tibias rebeliones por pastillas hubiésemos acometido la

gran revolución entre el campesinado y el proletariado industrial de América, coligados.

Es que no hemos hablado de la venganza y del rencor, porque nos hemos pasado hablando de los contenidos y las mejores vías que nuestra ingenuidad nos ha llevado a pensar eran las mejores, en procura del humanismo, el progreso y el futuro. No hemos pensado en el rencor y los complejos, en la creencia absoluta de la política en los fines, en su verdadera pragmática. Si nos hubiésemos detenido por un minuto a pensar en el hombre a secas, sabríamos que Trotsky, igual que Lenin y Mao y Castro se hubiesen deshecho de sus opositores en otros gulags y nosotros quizá hubiésemos aplaudido —en nuestra ingenuidad y decencia o disciplina— sus purgas porque acaso estuviese construyendo el hombre nuevo que es más grande y heroico que el enano que somos nosotros. Me agrada pensarlo y encontrar a ese Stalin en retirada —¡contrafacticidad!—, conjeturar su México, su Frida Khalo, su Diego Rivera, su David Alfaro Siqueiros, pensar en un Stalin sin bigotes, refugiado en una ciudad andina bajo el ala de los viejos secretarios del Partido aunque acosado por los buenos trotskistas que un buen día descargarían su pólvora y conducirían al viejo Stalin a su hueco final. Flexibilizando el tiempo y la cronología, no pasaría mucho tiempo para que un Guayasamín, por ejemplo, traicionara al Gran Koba y le tendiese una redada en su propia casa y, cual una de sus esposas pasadas por la piedra, se burlase en su cara en alianza previsible con sus enemigos trotskistas enquistados en la KGB y lo dejasen como carne molida estalinista para freír hamburguesas andinas.

Quisiera divagar y preguntarme, ¿qué haríamos nosotros en esa historia al revés? ¿Qué papel jugaríamos en la comedia del Gran Koba, en la del Lenin fracasado, en la del Castro pudriéndose en la prisión del 26 de julio? ¿Haríamos prevalecer nuestro rencor, ese que habla por la boca del Gran Koba, igual que vocifera por las fauces de Chávez y de Castro, de Correa o en la osamenta de Marulanda? ¿Dejaríamos que nuestro resentimiento se convierta en moneda de gobierno y aun de Estado o permitiríamos que

ese “algo más” humanista, progresista, iluminista, hable en lugar de nosotros mismos y muestre el perfil del hombre en lo que tiene de bueno, imaginativo y justo? Desconozco si nuestra contrafacticidad nos salvaría, aunque sospecho que sí.

Sospecho que sí podríamos atender nuestra ansia de que la política no sea política, es decir, que deje de ser oficio del Maligno porque no somos políticos, porque pertenecemos a otra raza, porque dudamos, porque en última instancia el poder nos apesta. No seríamos como ese buen hombre “un disciplinado comunista”, ejemplares compañeros, distinguidos camaradas. Seguiríamos siendo incómodos intelectuales, hombres críticos, apuntadores perversos. Espero no equivocarme ni que mi proclividad a la vanidad, al escándalo y a la pequeña veleidad o, por ejemplo, tu firme convicción, nos dejasen al margen de las mieles de la incomodidad y el cuestionamiento.

Lo que hace falta a muchos, a demasiados, es aceptar la realidad. Tontos útiles se crean todos los días, no importa el apellido, la forma del rostro o el cabello. Acosta, Cienfuegos, Allende. Hay que aceptar que la política es un oficio manejado por demonios y que los demonios hacen del mal bien y al bien disfrazan de mal. ¿No lo sabías, Alberto Acosta? ¿No lo sabes, querido Javier Ponce, o es que el demonio ha palpitado siempre en tu alma de soñador de futuros y lunas de progreso?

No creo, en fin, en la pospolítica, en la posmateria, el hiato o la cancelación de la política para el fin social. Ay, doctor Echeverría, la política, como el diablo, jamás acabará. Porque el hombre es el mal igual que es el depósito del bien. ¿Maniqueísmo? Mejor, de esa manera incomodo a mi placer. El gran jefe y el dueño del buró siempre ha sabido de qué se trata, cómo se mueven las piezas. Es hora que lo sepa el resto, que todos se arranquen la careta. Así los constructores de mundos posibles, alternativos, quizá podamos dormir sin el ruido de la plaza pública, todo ese comadreo de ágora. Les dejaremos en paz. Pero, por Dios santo, el de la paz y de la guerra, el Dios que inspiró a partes iguales a Danton y a Robespierre, deben dejarnos en paz. En la puta paz de

la decepción y los ojos abiertos, en la desconfianza, en la paz de la destrucción y la desilusión. Quizá de ese modo aprendamos a no hablar sobre el Demonio, peor a jugar con él.

Con mi afecto,

F.

Nunca sabremos quién remitió a quién un primer artículo de Jesús Ferrero porque las pistas para determinarlo se han diluido en los recovecos de la Red. Sin embargo, se ha localizado el artículo al que se refieren Carvajal y Estrella: “Más perdidos que el Quijote y Emma Bovary”, de Jesús Ferrero, publicado en El País, el 19 de febrero de 2010⁵. La carta está dirigida a Iván Carvajal y a Javier Vásconez.

23 de febrero de 2010
(Lit.)

Queridos Iván y Javier,

Confieso que mis ideas al respecto son contradictorias y completamente aproximativas. En ocasiones no temo en regodearme en esa melancolía estéril de la que habla Ferrero, pero en otras intento pensar de modo más moderno, esto es, de modo más finalista, en función de una idea de progreso. Al igual que Ferrero, creo que se trata de una “virtualidad más líquida, más vasta y más plana”, la inducida por el Internet de esta era, torpe sería no admitirlo, y creo que igual que la virtualidad anterior, la quijotesca y bovarista, la contemporánea no tardará en producir sus vástagos literarios. Ocurre que, imagino, esta transición de una época a otra es tan sorprendente, tan veloz, tan inesperada, que pasarán muchos años para que los pensadores acierten y den en el clavo sobre cómo ésta desarrolla su temporalidad, cuál es su *ethos* y los principios artísticos que corresponden a esta oleada. Sorprende lo extraviados que en este sentido estamos quienes jugamos con la palabra: nadie acierta a predecir el camino por el cual andar, nadie se arriesga a escribir su propio manifiesto en

⁵ Jesús Ferrero, “Más perdidos que el Quijote y Emma Bovary”, *El País*, 19 de febrero de 2010: https://elpais.com/diario/2010/02/19/opinion/1266534011_850215.html

una época en la que la idea misma de *manifiesto*, su concepto, es extemporáneo. Transcurridos los años, escasos apenas, los programáticos de cualquier especie —del grupo Dogma a los del Crack— parecen más ridículos y anticuados que un romántico en un *rave*.

Mueren las palabras, mueren las ideas, pero ¿qué deberíamos temer de ello? No seremos ya nunca más “enanos a hombros de gigantes” como querían los medievales, y el sol de la epopeya ya nunca jamás será el sol, tan próximo a la idea y tan lejos de la representación. Podríamos, quizá, padecer hoy en día *la representación de la representación* y ya nunca sabremos lo que son el sol, la luna, el estanque o la piedra. Pero creo que a pesar de eso la palabra tiene todavía una oportunidad de vencer, de caminar en sentido inverso, hacia la idea, cual ha sido su tránsito y su intento desde la Antigüedad. Pienso que, siempre la palabra, la palabra artística, ha opuesto resistencia a todas las grandes planicies, a las infinitas planicies igualitarias de cualquier especie. No estoy de acuerdo por tanto con que sea “demasiado tarde” cuando el “sistema nivelador” del Internet se te haya metido en la cabeza porque eso sería pensar que el hombre ha dejado de ejercer la voluntad y ha sido finalmente presa de la igualación de los códigos y el aplanamiento de las diferencias. ¿Qué nos hace pensar que eso podría ocurrir, que el hombre dejase de intentar vencer los espectros, las sombras de las ideas y dejarse avasallar por el océano? De verdad creo que están locos —locos y por lo general afrancesados— quienes piensan o quieren hacernos pensar de este modo, creo que quienes piensan de este modo se han dejado colonizar por el síntoma —esas vastas planicies, esa ausencia de jerarquías, la vastedad del conocimiento aplanado— y, al contrario de los que claman, gustan y regustan del mundo contemporáneo y sus vanidades. Creo, sí, que muchas sirenas de la catástrofe en realidad aman un mundo que los rebasa y sorprende y al que no pueden domeñar.

Ya la cultura pop, por ejemplo, obró una inmensa y no lo suficientemente rechazada banalización de las obras, los productos

y los modos de vivir contemporáneos. ¿Alguien podría hoy en día, alguien verdaderamente cuerdo y no afrancesado, alguien *no sintomático* defender a Andy Warhol, por ejemplo, alguien que no dedique su tiempo a solaparse en las justificaciones históricas? Quizá, y este tal vez sea un buen ejemplo, un Warhol se haya impuesto, incluso de modo abrumador, pero no ha *vencido*. Probablemente él y ni siquiera Francis Bacon hayan vencido, probablemente en los epígonos de Duchamp y Pollock resida ese afán por romper la representación, de acercarse a la idea, de resistir con la imagen. ¿Y con la palabra? Naturalmente el tiempo no es el mejor y asfixia a la novela su propia crisis, la amenaza de su extinción, la falta de resolución de su carácter problemático. ¿Cuántos autores que se alejen de las vanidades podemos contar hoy por hoy, cuántos que se resistan a escribir libros para ser leídos y no porque deban ser escritos, como reclamaba Salvador Elizondo? Apenas unos cuantos, la verdad.

Pero lo que me hace dudar de los apocalípticos es que existan, que estos *happy few* pervivan y nos alimentemos de ellos. Creo con Ferrero que a la par de una narrativa flácida —aquella que rebrota aquí y allá en los estantes, en las ferias, en los cocteles— se dibuja un desafío frente a la “alteración en las maneras de argumentar y organizar los elementos narrativos” y ese acaso sea el verdadero desafío de la escritura contemporánea. Y es preciso no extraviarse, tener los ojos bien abiertos y confiar en la extraña contundencia del genio. Siempre he creído que el gran artista es el mejor intérprete de su tiempo, aunque jamás su ventrílocuo, que el genio libra la gran batalla con su propio tiempo y si no puede declararse vencedor, al menos lleva la impronta del tiempo en su obra. Creo que un Balzac, un Faulkner, un Nietzsche han logrado eso. Quienes nos confunden, supongo, son los vanidosos, los extraviados, los débiles, los que chapotean en el interminable escenario de lo virtual, gastando bromas cuando lo que el tiempo exige es una batalla. Por eso creo que lo contemporáneo debe ser enfrentado, acallado, problematizado, y, algo de lo que la literatura se ha ido desembarazando

peligrosamente, que debe ser *comprendido*. Quiero decir que allí donde haya un escritor que intelectualice el mundo actual, que lo confronte con su proceso, allí debería acompañarlo un crítico y un lector que configuren el sentido de su tarea, que le den razón de existencia. Esto, obviamente, no es nada sencillo y no podría jurar que esté ocurriendo, pero lo que sí puedo decir es que no es este el proyecto de un Saramago o de un Darío Fo. Creo que al tiempo contemporáneo obedece un balbuceo contemporáneo, un *tempo* contemporáneo, una fragmentariedad, una arbitrariedad y un particular absurdo contemporáneos de los que esos mercaderes, menos ellos que nadie, dan cuenta.

No serán, insisto, las aves de paso, los escritores *à la mode* los que toquen esas campanas. No serán los que piensan en el éxito y no en el estilo, en el desafío, en las ideas, en el arte. No serán quienes aman el tiempo contemporáneo: serán los avasallados por la indeterminación de esta era los que posiblemente alcancen a decir algo. Tal vez en ellos será en quienes resista la ambición de pensar el sol y no solo nombrarlo.

Un gran abrazo,
F.

24 de febrero de 2010
(Lit.)

(Sin encabezado)

Solo un par de opiniones muy personales:

Estoy de acuerdo, por supuesto, en que no nos queda sino mirar hacia Dante, Cervantes, Shakespeare, Kafka, Joyce. Hacia Miguel Ángel, Goya, Rodin. La cuestión, para mí, es bastante clara desde hace rato: las culturas, tal como las entendemos, van a su catástrofe. ¿Qué vendrá luego? No importa. Estamos en lo nuestro, y eso es lo que cuenta.

Hay una mutación muy fuerte de la civilización y la cultura. Como individuos insertos en esa mutación, no tenemos ninguna posibilidad de adivinar hacia dónde vamos. En consecuencia, cada uno a lo suyo. Lo otro es retornar a la teología —bajo cualquier dios—, a la teleología —el reino de fines—. Esto lo dejo para quienes tienen Proyecto, para quienes necesitan Proyecto (Agnosticismo).

Mi manera de entender el comunismo: puro acto, acontecimiento en el pasado, sin porvenir.

No entiendo qué tienen que ver en todo esto los afrancesados. Ni siquiera entiendo qué tienen que ver los franceses. ¿No será más bien Hollywood lo que tiene que ver?

Y por supuesto Ferrero es solo un filósofo de parque —es el problema de muchos de los españoles—, como Savater y tantos otros.

Abrazos,
Iván Carvajal

12 de octubre de 2010
(Lit.)

Amigos,

Les envío uno de C. Domínguez sobre el nuevo Nobel⁶.

Abrazos,
F.

⁶ “Vargas Llosa: un Nobel entre nosotros”, Christopher Domínguez Michael, *Reforma*, 10 de octubre de 2010 (retirado de la Red).

12 de octubre de 2010
(Lit.)

Mi estimado Francisco:

Ya echo de menos un ensayo tuyo sobre Vargas Llosa. Sería la otra cara de la moneda de aquél que dedicas a Adoum⁷ y aquellos que piensas dedicar a Cueva y otros. El artículo de C. Domínguez me parece trivial. Una reseña de periódico, y en ese sentido está bien. Nada de pensamiento, sin embargo, como uno esperaría de Domínguez. Claro que la celebración del premio Nobel no es precisamente la ocasión, como tampoco lo es el obituario o la expresión de duelo... Son artículos de circunstancia.

En la línea que apenas si esboza C. D., un ensayo tuyo sería la ocasión para reflexionar más a fondo sobre la figura del intelectual en los Andes, de cara a las culturas hacendatarias y cortesanas de origen colonial, sobre la autonomía del intelectual, y sobre una cuestión muy importante: ¿por qué Vargas Llosa no vive en Perú sino en Europa, entre Londres y España? ¿Imposibilidad de ser intelectual libre en los Andes, acaso? Y sobre sus novelas.

Yo prefiero las primeras, quizás por algo que observa Domínguez: los gustos tempranos son los que más nos quedan.

A mí siempre me ha cautivado el “estilo” de Vargas Llosa como ensayista y como articulista. Sin embargo, percibo una especie de repetición del mismo argumento desde hace un cuarto de siglo, más o menos. Bueno, también es cierto que no cambia mucho la realidad... Pero prefiero miradas más inquietantes sobre el mundo actual. No por ello me pierdo de leer cuanto puedo del nuevo Nobel.

Y, desde luego, he recibido con complacencia la noticia del premio que le otorga la Academia Sueca. También porque soy

⁷ *El intoquable*, panfleto, septiembre de 2010, número 1, de autoría de F. X. Estrella.

andino, puede ser... Claro que no dejo de echar mi lagrimita porque ese premio no se lo dieron a mis entrañables Borges, Onetti, Rulfo. ¡Qué le voy a hacer, son mis preferidos! Incluso reconociendo la grandeza de *Cien años de soledad*. Y que no se lo darán, en los pocos días que le restan, a ese excelso poeta chileno que es Gonzalo Rojas. Bueno, es el aspecto “político” del premio. Pero que Vargas Llosa se lo merece, no cabe duda.

Un abrazo,
Iván

Carta dirigida por Iván Carvajal a Javier Vásconez, Francisco Proaño Arandi, Juan Pablo Castro, Joaquín Hernández Alvarado, Raúl Pacheco y Estrella.

17 de marzo de 2011
(Lit.)

Queridos amigos:

He recibido un mensaje de Raúl Pacheco [editor y funcionario del Centro Cultural Benjamín Carrión de Quito] con el que me envía un fragmento de *La idea de Europa* de sir George Steiner, idea que, según Pacheco, es “un tanto romántica ahora (...) pero muy enriquecedora y encantadora [¡sic!]”. En esa “idea” encantadora, como pueden ver, Steiner dice que Moscú es un suburbio de Asia... Creo yo encontrar un sutil, muy sutil ataque de nuestro amigo Pacheco, a la cosmonáutica soviética, o rusa, si prefieren.

En efecto, el mensaje de RP es una respuesta a mi envío del texto sobre Korolev y Gagarin⁸. A la pequeña novela sobre Korolev y Gagarin. Pacheco que, como sabemos, es el máximo Sabueso en materia de erratas y de registro de datos literarios, no ha podido dejar pasar por alto el elogio que entraña la novela de Korolev y Gagarin, y seguramente se hace eco de la observación del periodista Robin McKie, quien dice que Gagarin fue preferido a su contendor Gherman Titov, en la preparación del primer vuelo espacial, porque aquél provenía de una familia campesina, como Jrushchov, porque sus padres eran koljosianos; mientras que Titov venía de la clase media, hijo de un maestro...

¿Y dónde opera el terrible olfato de Pacheco?... ¿Dónde se detuvo su mirada? ¡Titov leía poemas y Gagarin no! Entonces la

⁸ “Sergei Korolev: the rocket genius behind Yuri Gagarin”, Robin McKie, *The Guardian*, 13 de marzo de 2011: <https://www.theguardian.com/science/2011/mar/13/yuri-gagarin-first-space-korolev>

mente de Pacheco se ha puesto en movimiento: como yo sugerí que la novela Korolev-Gagarin que publica *The Observer* habría podido ser leída en un café de Milán por *sir* George Steiner (el “sir” lo pone RP), en la mente de Pacheco se enciende su personal Google, y ¡zas!, ubica la cita en que Steiner dice que Moscú es un suburbio de Asia... ¡Sólo en un suburbio asiático se habría podido escoger —habrá pensado Pacheco— a un hijo de campesinos, a un koljosiano, para que realice el primer vuelo al espacio!

Pero lo que se le escapa a Pacheco es lo que viene después de la novela Korolev-Gagarin... Gagarin, además de lo dicho, tenía “antigüedad” sobre Titov: era mayor en edad. Con meses, pero era suficiente... Argucias de campesino, dirá seguramente Pacheco.

Sin embargo, la historia puede tener otra lectura. La opuesta. Con el campesino probaron la nave especial. Si Vostok 1 había funcionado *casi* a la perfección, Korolev podía preparar la Vostok 2 para un vuelo perfecto. Titov ahí se encaramó para el segundo vuelo tripulado por un ser humano, fue el primero en conducir la nave, el primero en dormir en órbita... ¡Y leyó a Pushkin en la nave! Porque los rusos, que no tenían cafés al gusto de *sir* George Steiner, medio asiáticos como eran, no por ello dejaban de amar a Pushkin. Tengo entendido que uno de los experimentos encomendados a Titov fue constatar los efectos de la falta de gravedad en el ritmo de la poesía rusa. ¿Cómo sonaban yámbicos y dactílicos en gravedad cero? Se puede sospechar que alguna influencia pudo haber tenido Yuri Lotman sobre las autoridades soviéticas, a fin de conseguir que se incluya el experimento en la agenda de Titov...

“¡Pushkin! —seguramente dirá con cierto tufillo de arrogancia victoriosa nuestro amigo Pacheco— ¡Pushkin, en la era de Brodsky! Ni siquiera Ajmátova o Svétlana... Claro que Brodsky era entonces solo un *parásito social*, nada más.”

Lo demás, que en este caso por suerte no es silencio, queda para las conversaciones de café.

Saludos,
IC

Nota: reenvío a ustedes el mensaje de Raúl Pacheco con el fragmento de sir GS.

17 de marzo de 2011
(Lit.)

(Sin encabezado)

Ya que estamos en este plan, meto la cuchara: aquí no hay cafés, pero en Londres tampoco. Cuando les preguntaba a los ingleses por un “café”, me veían como a un marciano. Tuve que tomar una infusión en una fuente de soda (más estilo *Kansas City* que Londres) y me largué a Piccadilly Circus. Imagino que creen que el “café” es un defecto típicamente francés, parisino. Los pubs son otra cosa.

Así es, querido Pacheco: aquí no hay cafés. No hay cafés, no hay barras de bar, no hay *after hours* y ya ni cantinas. Deberían colocar bancas en los parques o las aceras. Así al menos podríamos iniciar una literatura —aquella que surge de la conversación y el delicioso perder el tiempo— de la vereda y las alamedas. De otro modo a romper el lápiz. O a visitarnos en los hogares y hablar. En fin.

Abrazos,
F.

28 de abril de 2011
(Lit.)

Queridos amigos:

Y pensar que este premio⁹ o el Cervantes se lo mereció largamente el gran poeta Carrera Andrade.

Hay en la antología *Las ínsulas extrañas* (Barcelona, Galaxia Gutenberg) una ausencia notoria de poetas ecuatorianos. Por ejemplo, no está César Dávila Andrade, que con seguridad es mucho mejor poeta que tantos de los antologados en esa selección. ¿Qué pasa con las instituciones culturales del país que no son capaces de difundir debidamente a nuestros poetas fundamentales?

Saludos cordiales,
Raúl P.

⁹ Raúl Pacheco se refiere al Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. El artículo que remite es “La poesía sigilosa de Fina García Marruz, premio Reina Sofía”, de Javier Rodríguez Marcos, 28 de abril de 2011: <https://www.euromundoglobal.com/noticia.asp?ref=56257> (con fecha distinta en esta versión digital, sobre lo cual desconecemos las razones).

Carvajal lo remite a Raúl Pacheco y F. X. Estrella.

29 de abril de 2011
(Lit.)

Queridos amigos:

Lo que dice Raúl en su primera frase, “y pensar que este premio o el Cervantes se lo mereció largamente el gran poeta Carrera Andrade”, no es consistente, pues conlleva cierto anacronismo. Carrera Andrade murió en noviembre de 1978. El Premio de Poesía Reina Sofía se concedió por primera vez en 1992. Y ese año se lo concedió al gran poeta Gonzalo Rojas, que acaba de morir. En cuanto al Cervantes, que se instituyó en 1976, se otorgó por primera vez a otro gran poeta, Jorge Guillén, quien había vivido en el exilio durante el franquismo, salvo dos o tres breves visitas a España. ¿A quién si no a él o a Vicente Aleixandre se podía conceder el premio por primera ocasión? En el 77, Aleixandre ganó el Nobel y Alejo Carpentier el Cervantes. El discutible, mirado ya a la distancia, es el tercer premio, que se concede a Dámaso Alonso. Y bueno, después viene esa enorme tontería que fue la concesión dividida del Premio Cervantes a Borges y Gerardo Diego en el 79... No, querido Pacheco, no tenía posibilidades nuestro Carrera Andrade.

En cuanto a la ausencia de los poetas ecuatorianos en las antologías sí tiene Raúl toda la razón. Es algo que se reitera. Yo encuentro dos razones fundamentales para ello: la primera, la condición marginal del Ecuador. Mercado marginal y, para el caso, muy secundario en el ámbito editorial hispanoamericano y no se diga mundial. Marginalidad absoluta en el ámbito académico (para ver el asunto, y más allá de si tiene o no razón este gobierno, pondré el caso de la expulsión a la embajadora estadounidense: todos sabemos que este acto que acá parece

tener tanta relevancia, tanto que ver con dignidades o pérdidas de fuentes de trabajo, para Estados Unidos es como un picado de pulga, un pequeño fastidio... y nadie, más allá de saludos protocolarios de algún aliado, que poco pintan, la verdad sea dicha, en el contexto mundial, ha tomado en cuenta el incidente.) Es decir: más allá de los sueños de Carrión, Carrera Andrade & Contemporáneos, la “pequeña nación de gran cultura” es solo una pequeña nación, una cuña entre Perú y Colombia, echada además hacia el Pacífico, lo que al menos hasta los años 70 del siglo pasado, cuando la mayoría de los intercambios se realizaban por barcos, constituía otro motivo de aislamiento. Fíjense en el contraste con Cuba, para el caso.

Y la segunda razón que veo para esa ignorancia sistemática de los poetas ecuatorianos me parece que está ligada con la actitud de los propios ecuatorianos, con su sociedad tan poco moderna, con su Estado. En 1976, cuando se instituye el Premio Cervantes, ¿dónde estaba publicada la suma de la obra poética de Carrera Andrade? Si no recuerdo mal, apenas en el 77 aparece en la CCE la edición preparada por el poeta y por Ojeda. Fuera de unas cuantas universidades de Estados Unidos y quizá de Inglaterra y Francia, ¿a qué críticos de la poesía en nuestra lengua llegó esa edición? ¿Va a estar presente la obra poética de Carrera Andrade en el pabellón ecuatoriano, ¡el del “invitado especial”!, en la Feria de Bogotá? ¿Ha estado en la Feria del Libro de Buenos Aires, en la de Guadalajara? ¿Acaso la llamada “revolución ciudadana”, con su ministerio de “Cultura” y sus “políticas culturales”, ha creado una línea editorial —por su cuenta o en colaboración con los otros inútiles, los de la CCE, o con la empresa editorial privada— que pueda exhibir internacionalmente a los autores ecuatorianos?

Hace unas semanas reenvié a algunos amigos una nota de prensa relacionada con la asignación de una suma considerable, algunos cientos de miles de dólares, por parte del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, para una tarea específica: traducir a lenguas extranjeras a los escritores argentinos: no a

Borges, que ya ha sido traducido, sino a aquellos no conocidos o insuficientemente conocidos. ¿Tenía sentido, me pregunto, aceptar la invitación de Colombia para ser el país invitado de honor en su feria de este año, cuando tenemos conciencia de que buena parte de la mejor literatura ecuatoriana o no está disponible o no cuenta con ediciones dignas, cuando nuestros autores (¡Dávila Andrade!) no están traducidos, cuando no hay estudios sobre ellos? Llenarán los tres mil metros cuadrados con folcloradas, supongo, muy al estilo de este régimen populista. Gran parte de lo que han hecho en sus trabajos académicos nuestros mejores críticos sobre los autores ecuatorianos ni siquiera está publicado. Más allá del esfuerzo de nuestro amigo Javier Vásconez, ¿dónde encontrar hoy la obra poética de Carrera Andrade, de Escudero, de Gangotena, y por supuesto de Dávila Andrade? Súmese a ello el colonialismo mental de nuestros jóvenes, para quienes es motivo de orgullo no leer a ecuatorianos. En resumen, la segunda razón proviene de esa voluntad de aniquilamiento, gracias a la que medran, por supuesto, los espíritus mezquinos y mediocres.

Saludos,
Iván Carvajal

9 de junio de 2011
(Lit.)

(Sin encabezado)

Un abrazo y para que te diviertas, o tengas un rato de furia, que también puede pasar¹⁰.

IC.

¹⁰ Carvajal remite el artículo “Vargas Llosa, el escritor bajo sospecha”, cuyo autor se desconoce (el documento ha sido retirado de la Red), en el que se remite a otro, firmado por Jaime Bayly, “Cabrones de mala entraña”, aquí, en su versión publicada por la revista *SoHo*, edición colombiana: <https://www.soho.co/jaime-bayly-habla-de-los-cabrones-que-han-pasado-por-su-vida/21673/>

9 de junio de 2011
(Lit.)

Querido Iván,

En realidad, el odio por Vargas Llosa en este lado del mundo es una vil enfermedad. Pero extraña lo que se dice en la nota: lo conservador de la actitud. Se habla sin pudor del trabajo literario como si se hablase de las cárceles o el castigo por violación. Pongamos por caso que Vargas Llosa hubiese usado sus *negros*: nada añadía ni quitaba a su obra, creo yo. El negro vende su trabajo, por lo general pedazos para una obra mayor en casos como éste, a cambio de un salario, como lo hace una puta. El *negro* termina su confección y se larga con su dinero. Es él, el artista, el que compone el fresco mayor que es una novela, el que le da forma, la trabaja y la concluye. Recuerdo que alguna ocasión hablamos sobre esto contigo. Entiendo que la nota es una mentirijilla, un embuste, pero basada en supuestos que son de una estupidez en extremo conservadora.

Lo de Bayly sí es canallesco, como siempre, ya no con Álvaro Vargas Llosa —de quien no tengo absolutamente nada que decir—, sino sobre su padre, Mario. Y no porque arremeta, combata, denueste, vomite sobre él —está en todo su derecho—, sino por su vileza, por una bajeza que yo mismo he visto en gente que ha pasado por mi lado, demasiado cerca. Leí *No se lo digas a nadie*, una novela por demás convencional en su factura, en sus alcances y ambición, hace unos quince años, y no dejó de divertirme y recrear para mí, yo lector, un mundo que, aunque limeño, me resultaba próximo. Después la olvidé. Pero nunca olvido el elogioso, injustificado y a mi modo de ver excesivo apunte de Vargas Llosa incluido en la contratapa del libro. Y no olvido el modo en que Vargas Llosa respaldó su publicación más allá del océano, la manera en que habló de los jóvenes que rodeaban a

su hijo Álvaro cuando su campaña presidencial con el Fredemo, el modo en que siempre se expresó sobre Bayly como periodista y escritor. Hasta que un buen día, increpado acerca de Bayly — éste, enloquecido, mariconamente enfebrecido en medio de algún capítulo electoral peruano—, sobre sus posiciones y su actuación, un demasiado serio, es cierto, demasiado tajante, es cierto, demasiado pagado de sí mismo, quizá, es cierto, Vargas Llosa, dijo que a veces Bayly le parecía “un poco payaso”. Entonces la casquivana insidiosa que vive en Bayly, esa mujerzuela, se desató y destiló su veneno en la prensa. Pero la víbora retorcida que es Bayly debió admitir hace poco al aire la trascendencia del Nobel otorgado a Vargas Llosa y, sin embargo, no iba a quedarse, con lo que de publicidad le puede granjear hoy en día atacar a un premio Nobel, y debió decir algo, escribir algo, más aún si Bayly continúa siendo la vedette que siempre ha sido y mantiene el espacio que siempre ha tenido. Acerca del tema, Vargas Llosa —con todo lo reprochable o criticable que pueda tener Vargas Llosa en cualquier plano, si lo tiene—, Bayly siempre me ha parecido una rata.

Pero no me despido con histerias: como periodista *light* es divertido. Tiene lo que debe tener un periodista con un show: hace reír, es loca, tiene público, es desenfadado, lenguaraz, capaz de todo, es medio marica —algo que hoy en día es como la sal al huevo—, indiscreto, un *showman*. Es como Paris Hilton con seso. A Paris Hilton puedo perdonárselo porque me atrae. A Bayly a veces, no porque me guste, sino porque soy consumidor y éste es el consumo que ofrece nuestro mundo de mierda. Pero un milímetro más allá de la cámara —peor aún como “escritor”— no le paso nada a este embustero. Una gran farsa sobre el que Roberto Bolaño una vez osó decir que era buen escritor.

Como ves —te ofrezco excusas por ello—, me ha provocado un minuto de furia el articulillo. Pero a ti, querido amigo, como siempre, con gran afecto, te envío un abrazo.

F.

PS. Aquí el artículo de Bayly al que se hace referencia.

Estrella envía a Carvajal el artículo “Sobre el problema de Dios de Sartre”, de Norman Mailer, publicado en español en Letras Libres en noviembre de 2005¹¹. El envío detona una serie de cartas acerca de Dios y la filosofía.

11 de junio de 2011
(Fil.)

Querido amigo Desesperado y Hambriento de Dios:

Algunas breves observaciones:

El artículo de Mailer no es, a mi juicio, una meditación filosófica. Es una breve anotación filosofante, un filosofema, muy interesante ciertamente. Evidencia que leyó algo de Sartre y algo de Heidegger, que leyó con ojo penetrante, interesado —*interesse*, poniendo en juego el ser, o el ser-ahí, y, creo yo, que dentro de aquello que leyó son algunos pasajes discursivos de H los que fulguran detrás del comentario de Mailer—. Quizá Mailer escriba a la sombra —siempre se escribe a la sombra, de una manera u otra—, a la sombra de la polémica suscitada por *El existencialismo es un humanismo*, ese manifiesto filosófico de Sartre —que no un discurso filosófico, pues este se realiza en *El ser y la nada*—, y la respuesta de Heidegger, *Carta sobre el humanismo*. Es muy interesante el asunto, pues es H y no S quien intenta salir del humanismo, de ese “orgullo y prejuicio” de la modernidad, la sombra, diríamos, de las lides filosóficas que se vienen dando, y siempre rozando la cuestión de Dios, desde Descartes, Spinoza, Kant, Hegel, Nietzsche, y ese par de no-filósofos, o que se pretenden no-filósofos, no-metafísicos, recayendo siempre en la filosofía: Kierkegaard y Marx, a quien

¹¹ <https://letraslibres.com/libros/sobre-el-problema-de-dios-de-sartre/>

en verdad le tenía sin cuidado la existencia o no existencia de Dios, pues lo que le interesaba era la institución religiosa. Detrás de la filosofía, lo sabemos, siempre la sombra de la onto-teología.

Al no ser una meditación filosófica, a Mailer se le escapan cuestiones decisivas acerca de la “Otriedad”. Se ve que estaba bastante necesitado de Dios. O más precisamente, de *un* Dios, como el último Heidegger. Si no existe *un Dios*, ¿cómo salvarnos?, ¿cómo puede proseguir la humanidad? “Después del Holocausto”, agregaría Adorno, y Primo Levi haciendo descargar su sombra, y su desencanto de Dios, sobre Heidegger, Sartre y Adorno, esa sombra que se titula *Se questo è un uomo...* y desde el cogollo de la sombra de Primo Levi arrancarán las meditaciones sobre lo humano, sobre la *vida nuda*, de Agamben. A Mailer se le escapa la cuestión de la libertad en Sartre, pero eso es lo que guía finalmente la conclusión de su ensayo. No estaría por demás que tú, querido amigo Desesperado y Hambriento de Dios, meditaras *à propos* de ese Dios artista y un poco torpe de Norman Mailer, que hasta podría ser un Dios que se la pasa boxeando con el Destino, lo que pone a otro Dios sobre Dios mismo, y como siempre sucede, fraguado a semejanza del hombre, no estaría por demás, digo yo, que meditaras sobre la designación bíblica del Hijo de Dios como Hijo del Hombre, y en las palabras del pobre Cristo, “Padre, ¿por qué me has abandonado?”. ¿No debería acontecer más bien que sea el Hijo el que abandone al Padre?

Y bueno, lo que sucede es que siempre volvemos a algo que sabían algunos teólogos judíos y del Islam: nada se puede predicar acerca de Dios. Pues los predicados siempre serán antropomórficos. De Dios no es posible decir nada. ¿Dios es Nada? ¿La Nada?

Y para terminar y aumentar tu Desesperación y Hambre Sabáticas: hace un cuarto de siglo, un matemático cibernético, y seguramente algo sicodélico, estadounidense postuló que quizá Dios sea una maravillosa máquina, una Supercomputadora que tuviese la capacidad de, o que estuviese obligada a, Autoprogramarse (las mayúsculas son por el debido respeto que

los occidentales tenemos a la Idea de Dios, como comprenderás, porque en verdad todo debería estar en minúsculas desde el comienzo). El sueño de la técnica: hay un cuento de ciencia ficción ruso que alguna vez leí —¿o me lo habré inventado, o fue la sombra de un dios que, cómico, soltó las frases por el oído, no precisamente como un veneno de aquellos que mataban a los reyes shakesperianos?— que narra la fabricación del nuevo Golem, de la Supercomputadora Autoprogramadora de Sí Misma, y a la que preguntan sus inventores: —¿Existe Dios? No existía, pero acaban de inventarlo, responde la Máquina...

Espero que te recojas en tu intimidad, que el temor y el temblor te sacudan como a Abraham, pero que otro Dios te libre del llamado de Dios para que sacrifiques en Su altar a tu hermoso hijo, y que te dejes golpear en el maxilar por su hálito, o por el hálito de la nada, que quizá sea lo mismo.

Un abrazo,
Tu amigo, un Cómico

16 de junio de 2011
(Fil.)

Querido Francisco:

En todo caso, te indico que hay un libro que tuvo su fortuna como estudio de la posición de la filosofía moderna ante la cuestión de Dios —permíteme decirlo así con pereza a pretexto de economía de palabras, “cuestión de Dios”, apenas lo escribo ya me causa problemas...— : *El Dios de la metafísica moderna*, de Walter Schultz. Está editado por el Fondo de Cultura Económica. No lo tengo, leí algunas páginas del libro hace cien años, más o menos, digamos que en torno del 73, gracias a Joaquín Hernández.

He aquí un artículo sobre una de las tesis de Schultz en su libro: <http://www.jornadasmedieval.com.ar/Nuevo%20Sitio/Jornadas%205/Schmitt.pdf>¹²

Y otro que va por la línea de Mailer, pero en este caso, un profesor de filosofía chileno: “Heidegger y el ‘Dios de los filósofos’”¹³, de Cristóbal Holzapfel.

Un abrazo,
Iván

¹² Retirado de la Red. No se ha podido dar con el título del artículo ni el nombre de su autor.

¹³ http://www.diadokhe.cl/revista/media/2007/02_HOLZAPFEL.pdf

17 de junio de 2011
(Fil.)

Querido Iván,

Muchas gracias por los envíos. Hay algo que me ha deslumbrado en la primera carta que me enviaste: el carácter antropomórfico de cualquier conjetura acerca de Dios. Es desgraciadamente cierto. Digo *desgraciadamente* por el remesón que a la razón arroja cualquier imposibilidad de pensar, de concebir una noción acerca de algo. Ergo, Dios sería la nada. Pero lo que motiva mi ansiedad, esa sed de interrogación acerca de la divinidad, es lo que Mailer llama Dios artístico, ese Dios que duda y que, al dudar, puede tentar lo imposible, lo bello, lo que es, nuevamente, *divino*. Hay algo relativo a ello sobre lo que no puedo dejar de pensar: la reserva de espíritu que se aloja en el soplo artístico. En alguna obra, Steiner reprocha el escaso “espíritu” que asiste a la literatura —y a las artes— contemporáneas, y sospecha que ello puede contemplar el declive del arte. Junto con ese reclamo apela a la “religiosidad”, que cada vez se nos escurre, pero que, en su potencia, nos haría creer y confiar que lo valioso del ser humano puede perdurar. Es decir, lo que de *religioso* queda en el mundo moderno se alojaría, según Steiner, en el arte, pero acaso podría sucumbir por la endeble condición de los modernos y posmodernos.

Supongo que no hemos puesto la suficiente pasión (¿sartreanamente?) en robustecer y meditar acerca de ese Dios artístico de Mailer, ese boxeador que clama por la piedad para el ser humano, aunque no deja de atraparme la duda: ¿no será que el artista (o el seguidor del artista, el maestro, el comentarista, *l’homme de lettres*, el crítico) desea creer que ese hálito que le da vida es el que conserva la grandeza del ser humano desde los cientos de años que lo anteceden y respaldan? ¿No será

que el arte se ha afanado en decírnoslo y repetirlo hasta que se ha convertido en una certeza, recalcar que él es el cancerbero del corazón humano? ¿Qué diría al respecto, por ejemplo, el científico que también duda y, quizá, también preserva? Dios está en las cosas y Dios está en los detalles, si puedo seguir siendo, acaso demasiado, *literario*. Pero ese es el único Dios que me alcanza y ya no, gracias a Él mismo, el Dios del temor y la ira —que abandoné, supongo, en la misma infancia— ni el Dios de la necesidad, incluso el del porvenir, el del sentido del ser. Clamo por un Dios creado a mi imagen y semejanza (ya ves, no puedo escapar de la fatalidad antropomórfica), el Dios de la vitalidad del soplido del propio hombre y no sé, dudo, temo, que ese Dios resida en los credos, en las religiones, en las costumbres. ¿Por qué no? ¿Por qué no confiar, un minuto al menos, en el soplido del llamado Yahvé, del Dios antiguo de las leyendas históricas de los pueblos de Israel, por ejemplo, o en cualquier otro? Imagino que en toda palabra artística expresada con vigor y resuelta fiereza reside una porción de dicho “espíritu”, de dicha “religiosidad”, habita un pedazo de aquel “Dios”. ¿Será que ese *Dios* pudo ser el mismo que dio vigor a esos hombres del Antiguo Testamento o a aquellos otros de las religiones de Oriente y Occidente? Es la pregunta que me cabe a partir de Mailer, a partir de Sartre y a partir del Dios del arte o artístico.

Hace mucho tiempo murió el ateo que fui. Agnóstico fui más tarde. Pero hoy, la verdad, soy solo un hombre habitado por mil dudas.

Un gran abrazo, querido Cómic.

F.

Carvajal remite esta carta y el artículo de Carlos Fuentes a Javier Vásconez, Juan Pablo Castro y F. X. Estrella. El texto de Fuentes es su “Comentario sobre La muerte de Montaigne de Jorge Edwards”.

3 de agosto de 2011
(Lit.)

(Sin encabezado)

Saludos.

Sé que ninguno de ustedes se daría la molestia por sí mismo de leer un artículo de Carlos Fuentes, y menos de Fuentes sobre Edwards. Pero les recomiendo éste, ante todo por el señalamiento, como de paso, de la gran trilogía que da inicio a la literatura moderna: Rabelais, Montaigne y Cervantes. Como sabemos gracias a Verlaine, la poesía no es literatura, por tanto, dejemos fuera de la sagrada trilogía a los poetas. Y que esto los lleve, queridos míos, a tener bajo la almohada al Quijote, a Gargantúa y al autor de ese grandioso ensayo sobre la amistad, que les invito a releer...

Abrazos,
Iván

3 de agosto de 2011
(Lit.)

Querido Iván,

Acabo de leer la nota de Fuentes sobre el libro de Edwards y yo, lector que ha transitado del amor sin límites por Carlos Fuentes al irónico escepticismo y aun al bostezo, yo, lector de sus obras, de sus mamotretos, de sus desenfrenos y de sus ensayos arrogantes y grandilocuentes, digo que me ha alegrado mucho leer este Fuentes sobre Edwards sobre Montaigne. Algo le ha sucedido a Fuentes, aquí. En su ancianidad de Dorian Gray: ¿al fin se ha moderado? ¿Ha dejado de soñar con la novela total, la de todos los mundos, todos los personajes, todas las historias, todos los tiempos, de la prehistoria al post tiempo, la de todos los desafíos? Al menos por la lectura de este artículo, controlado, sabio y nada altisonante, pareciera que sí. Y la verdad es que el señalamiento del que hablas es muy afortunado. Fíjate tú: hace poco, poquísimo, he leído *Gargantúa*, antes no lo había hecho y, respecto de los otros dos, el *Quijote* y los *Ensayos*, me llega tarde. No por ello dejo de apreciar el buen aserto de Fuentes.

¿Será que es preciso apreciar, como parece que él lo ha hecho, el libro de Edwards? Si ha ocurrido con Edwards lo mismo que con Fuentes en esta notita, habrá que tomar el libro y leerlo sin prejuicios, creo. Gracias por la nota, querido Iván.

Te llamaré mañana jueves para ponernos de acuerdo y tomar una copa, por favor. Mientras tanto te expreso mi cariño de siempre.

Con un abrazo,
F.

4 de agosto de 2011
(Lit.)

Querido Francisco:

Me alegra que te haya gustado el artículo de Fuentes. A mí, la verdad, me pareció más bien interesante, una nota agradable, con un poquitín de sabiduría. Y eso es ya bastante bueno.

Dicho esto, paso al ataque. Alfil x Torre...

Mi querido amigo Francisco, de tanto llevar bajo la almohada (pues, como me cuenta, mi recomendación de que lleve siempre *el Quijote* bajo la almohada le llega tarde —ese sí que fue un golpe, no bajo, sino más bien por lo alto—), parece haber recibido por ósmosis cualidades quijotescas. En particular, aquella que tiene que ver con su enconada, difícil, mas perpetua lucha contra su gran enemigo, el Encantador. Por ahí aparecen gigantes, sabemos que en verdad eran gigantes, y no, como dicen los realistas, sólo molinos de viento, que el demasiado realista, burdo materialista del material mundo cotidiano, de cuya rama bastarda llegan hasta nosotros los infames poetas de la experiencia, aquel de la panza, sin embargo queridísimo escudero, creía que solamente eran molinos, pero arremete el gran loco, lanza en ristre, contra los gigantes, convertidos luego por obra del Encantador —o de Fata Morgana, como sostiene el erudito que tiene su asiento en el segundo piso de la casa sita entre Páez y Dieciocho de Septiembre de la impía ciudad de Quito— en molinos. Ahora nuestro querido Francisco, heredero de la lucha contra el Encantador, lanza en ristre arremete contra los Nombres Propios, que se creían, o ilusoriamente se presentaban, fantasmas al fin y al cabo, como gigantes. Lanza en ristre arremete contra esos Nombres Propios en terrible batalla, vientos furiosos aúllan entre las quebradas de la impía ciudad, parece abrirse la tierra, parecen salir gritos de dolor, de ira, de impotencia —como leones ibéricos, comentan por ahí—

de las entrañas de la tierra, había fuego, humo, bullicio, fragor, espadas ígneas, carros de fuego, dicen que vieron también pájaros con las crestas incendiadas (aunque otros, de espíritu más bien sanchesco, dicen que solamente eran helicópteros o libélulas; no se sabe bien, enviados por un poeta armado, que por casualidad pasaban por ahí) y que el caballero Francisco de Quijano, quijada en ristre, abatió, destruyó esos ídolos, esos Nombres Propios... Por ahí quedan los despojos de los derridas, los foucaults, los deleuzes, los barthes, y tantos otros restos de Nombres Propios, que se creían gigantes, y apenas eran formas pasajeras de la Teoría, una de las más peligrosas formas que asume Fata Morgana... ¡Bien hecho, señor don Francisco, Caballero Andante, destructor de formas impías, de telarañas, de Teorías!

Y cuando despertó, los Nombres Propios todavía seguían ahí, dicen que dijo Fata Morgana, según atestigua el antedicho erudito de la Páez y Dieciocho de Septiembre...

Mi querido Francisco: ¿por qué las emprendes contra los nombres propios? Después de la batalla, no has dado ningún argumento contra las teorías de los nombres propios... Yo pienso que eso se debe al insano ambiente de esta ciudad, a la falta total de pensamiento, a las enormes dificultades para escribir. Pero tómate en serio tus posibilidades de ensayista, que las tienes, por supuesto, ¡caray! Pon bajo la almohada a M. Montaigne y escribe sobre la amistad en estos tiempos, sobre la vida en la ciudad, incluso sobre el absurdo modo de existir de los intelectuales que deben salir a la calle —como tu amigo Christian León o Rafael Polo y tantos otros—, innecesariamente, con su fardo de Nombres Propios bajo el brazo...

Un abrazo, querido amigo, y disculpa el juego, pero me divierte embromarte, como al querido amigo que eres.

Iván

6 de agosto de 2011
(Lit.)

Querido Iván,

Como siempre, la velada de ayer fue magnífica. Gracias por ello.

Te hablé de este artículo mío¹⁴. Aquí te lo envío. Te agradeceré mucho tu lectura.

Un abrazo,
F.

¹⁴ Francisco X. Estrella, “Dedal o Dédalo”, ensayo sobre vestuario, *Mundo Diners*, 2011.

6 de agosto de 2011
(Cult.)

Querido Francisco:

Yo también disfrute de la velada. ¡Ah, las delicias de la conversación!

He leído tu ensayo, y me gusta. Es muy personal, muy tuyo. He anotado algunas sugerencias: marco con amarillo unos pequeños llamados de atención y con rojo lo que a mi juicio son necesarias correcciones gramaticales o de puntuación; son, como veras, poquísimas.

Ahora bien, y sin que sean para nada reparos, observo:

Que poco a poco el ensayo se aleja del sastre y la sastrería a la defensa de cierta posición plebeya que, en su imposibilidad de repetir la actitud aristocrática, se torna preceptiva. Así, del tono inquisitivo y descriptivo de su inicio, el ensayo deriva a lo perlocutivo. Al déspota, como tú mismo dices. Y claro, eso a mí, como comprenderás, comienza a ponerme los pelos de punta... ¿Acaso no debería el ensayo, como género discursivo, sostenerse en un denodado combate contra lo perlocutivo, contra lo preceptivo?

Al derivar en lo preceptivo desde el punto de vista “político” —no, desde luego, en el sentido de “los políticos” a los que aludes—, o social, como se prefiera, ese aristocratismo imposible de ser repetido se torna extravagancia. Nada se dice sobre la extravagancia. Tal vez sea tema para otro de tus ensayos: la defensa de la extravagancia; claro que sería maravilloso atarle a éste una coda, o una partición interna, para defender también la extra-vagancia. Como lo dices, se vuelve anacronismo.

Queda por acometer la cuestión de la impostura de un Extravagante que se presenta como Caballero —¡qué palabra, mis dioses! La Dama y el Caballero. Y lo digo yo, que procuro ser

cortés, “un caballero”, como diría nuestro amigo Vásconez—. La sastrería entonces aparece como tienda de disfraces, el disfraz, tema para otro ensayo: ya se va configurando un libro posible acerca de las telas y las agujas. El disfraz hace del desesperado hombre joven contemporáneo, angustiado, estresado —¡qué palabra horrible, disculpas!—, que hace rodar su ansiedad a través de un mundo desierto, en el sentido de que es un mundo que ha desertado del Espíritu. Un extraño, un extraño que vagabundea tratando de ser mirado, y que, siendo parte del mundo plebeyo, siendo también un plebeyo, quiere ser mirado como distinto, como un otro, como alguien que se redime de la condición plebeya, alguien que llega del pasado, que sostiene el pasado, unas hilachas del pasado... o del Espíritu,

Por ahí pasa, se puede mirar desde la ventana de la sastrería, un grupo de personas vestidas con escafandras y pesados trajes blancos que los cubren por completo. No se sabe si vienen de Marte, si se han disfrazado para el Carnaval o si son biomédicos que investigan el ébola...

Es verano, y veo a mi amigo, sastre, extravagante, caballero, sofocado, mientras unas muchachas saltan por ahí en unas tangas y bikinis de exaltados colores...

Saludos,
Iván

8 de agosto de 2011
(Cult.)

Querido Iván,

Te agradezco mucho, querido Iván, por la lectura de mi artículo. ¿Sabes? También yo he dudado acerca del giro prescriptivo en la segunda parte, e imagino que ello responde a mi intención original al escribirlo: ofrecer una serie de recomendaciones de moda, algo mucho más frívolo que lo que terminó siendo este artículo (y no es que ahora crea que ha sido escrito por Wittgenstein, pero sí era mucho más superficial). De hecho, quería hacer recomendaciones aderezadas con ciertas anécdotas; p.e. que Pedro Armendáriz, el actor mexicano, detestaba las camisas de manga corta y decía que solo las llevaban los pederastas. Armendáriz, a órdenes de Buñuel, también se negaba a exclamar la palabra “atrás” correspondiente al parlamento “Sácame eso que tengo atrás”, porque le habían clavado un cuchillo en la espalda, y pensaba que pronunciar ese *atrás* echaría abajo su reputación. ¡Y a mí tampoco me gustan las camisas de manga corta! Pero no pude controlar el material para escribirlo de ese modo y el artículo derivó en lo que has leído.

Hay algo que me inquieta y se relaciona con lo que dices: la lucha del ensayo contra lo preceptivo. El ensayo es un género extraño, a pesar de que su naturaleza original, montaignesca, es ser amable, generoso, delicado y usar la duda, también se dice, *se escribe*, desde una voz unitaria, sólida y solitaria. En mi ignorancia, hace años pensaba que estaba solo en esta intuición... más tarde leí alguno de los ensayos de *Contra la interpretación* en el que Susan Sontag habla sobre el asunto. ¿A qué voy? Es extraño que en la presentación de sus preguntas, argumentos y dudas el ensayo sea un género *abierto*, pero que en el montaje y la exposición de la voz, sea concéntrico y uniforme.

En la novela la conciencia del autor se disemina en los personajes y sus voces, en el ensayo la conciencia del autor se expresa de modo unívoco. Entonces, infiero: ¿no será que el ensayo encierra de modo encubierto, sutil, una contradicción entre lo despótico y tolerante del pensamiento su autor?

Ello no justifica en absoluto la presencia de algún rasgo tiránico en mi modo de pensar. ¿O no soy sincero?

De todos modos, pienso que esa lucha subyace al género y ello nos puede llevar a otro ámbito, el de las vecindades del ensayo con el tratado y la prescriptiva. ¿Por qué no? Hace poco leí, no recuerdo quién era el autor, que hoy en día resulta algo impúdico escribir aforismos. La verdad es que temo que sea verdad. Sin embargo, es la forma que mejor se aviene al déspota escondido en el ensayista o en el pensador. ¿Qué pueden ser los libros de Cioran, por ejemplo?

Extravagancia: sí, ahora que me invitas a pensar en ello veo que no he dicho una palabra y me encantaría hacerlo. Es, por supuesto, uno de mis temas. Sobre el disfraz dije algo muy corto en un artículo anterior, aunque me inclino completamente ante el cuento-ensayo de Salvador Elizondo, *Teoría del disfraz*, estupenda divagación acerca del tema. Agradezco ampliamente que me permitas poner en fila los temas para escribir ese pequeño ensayo acerca de las agujas, los petimetres y las telas, mi regocijo y mi deuda. Gracias de nuevo, querido Iván.

El texto con tus correcciones no me llegó. Te ruego que me lo envíes de nuevo.

Con gratitud, afecto y amistad,
F.

2 de diciembre de 2011
(Lit.)

(Sin encabezado)

Mi reclamo a causa de esto, querido Iván: hace días me enviaste una revista en PDF, *Nuevo Mundo*, de Rodríguez Monegal que ahora sé, ¡lo sé!, fue financiada por la CIA, tal como “demuestra” esta publicación cubana virtual en un artículo —otro más— consagrado a hacer picadillo a ese agente del imperialismo universal, Mario Vargas Llosa:

Pero cómo llegó el autor de obras como *La ciudad y los perros* y *Conversación en la Catedral* a convertirse en un eficaz manipulador al servicio de las peores causas. Quizá existan algunos indicios en la carta que el uruguayo Emir Rodríguez Monegal enviara al peruano Jorge Luis Recavarren, el 30 de junio de 1967, sobre el futuro otorgamiento del premio Rómulo Gallegos a Mario Vargas Llosa, escribe Rodríguez Monegal: “como es casi seguro que le den el premio Rómulo Gallegos a Mario, él va a ir a Venezuela al Congreso de Caracas que se reúne a principios de agosto y al cual yo voy a ir también. Estoy casi seguro que si le dan el premio R.G. y si Mario acepta, los cubanos le van a escribir una de esas famosas cartas abiertas como la que le escribieron a Neruda. Este es mi cálculo y por eso te pido que no provoques ninguna colisión entre Mario y nosotros. En este juego, querido Jorge Luis, no hay más remedio que tener paciencia”. Emir Rodríguez Monegal era el director de la revista Mundo Nuevo, que según una documentada investigación de la argentina María Eugenia Mudrovcic fue una creación de la CIA para restar influencia a revistas latinoamericanas de izquierda como *Siempre*, *Marcha* y sobre todo *Casa de las Américas*. Se trataba de la

primera edición del Premio Rómulo Gallegos, organizada por el gobierno pronorteamericano de Raúl Leoni en Venezuela, y —como anunciara el director de la revista financiada por la CIA— el lauro terminó en manos de Vargas Llosa. A partir de ahí, comenzó el distanciamiento con Cuba, una acumulación creciente de reconocimientos y la correspondiente difusión internacional de sus pronunciamientos políticos¹⁵.

Santo cielo, querido amigo (y conste que es una broma),
¡están locos estos cubanos!

Con el afecto de siempre,
F.

¹⁵ Iroel Sánchez, “Vargas Llosa, motivos para un premio”, *La pupila insomne*, 10 de octubre de 2010: <https://lapupilainsomne.wordpress.com/2010/10/10/vargas-llosa-motivos-para-un-premio/> (subrayado del remitente).

3 de diciembre de 2011
(Lit.)

(Sin encabezamiento)

¡¡¡Que me perdonen las sagradas cenizas de Marx, Engels, Lenin, Martí y el Che!!!

Lo que me ha desconcertado es tu aclaración entre paréntesis (¡y que conste que es una broma!), porque no puede tomarse algo tan serio a broma.

Veo que no estás tan informado sobre los denodados esfuerzos de Casa de las Américas para combatir al imperialismo en todo el ámbito de la república de las letras. En todas sus formas, incluso en las inocentes de un Ángel Rama, de la revista *Marcha*, a la que enfrenta Rodríguez Monegal (que, el “muy oportunista”, antes fue de *Marcha*), o en las veleidades místicas de un Ernesto Cardenal. ¡Cuidado con los que se fueron a trabajar a los Estados Unidos! ¡Ese Neruda, que fue a una reunión del Pen Club! Por suerte para él, el PCChileno siempre puso las manos sobre el fuego, aunque el “muy oportunista” fuera a esa reunión. Claro que del otro lado pasaba algo semejante: agente del revisionismo, tonto útil, comprado con el oro de Moscú, o del de Pekín. Pero en esos años los intelectuales eran de izquierda, o “no eran intelectuales”...

Por ahí se dice que don Benja, cuyo fantasma duerme en las cuevas de la consabida casa de la Jorge Washington, que era más o menos amigo de Cuba, pero tenía sus veleidades, muy en la línea de sus amigos de México —con cuyos gobiernos no había que pelearse, porque junto a la España franquista siempre dieron una manita a la Revolución— fue el que peleó por el premio Rómulo Gallegos para el peruano. Lojano tenía que ser, siempre con un pedazo de su coranzoncito tirando al norte, a México, y otro pedacito tirando al sur. ¡Nada menos que al Caín de América!

De los que no cabe dudar, eso sí, es de la santa Haydée, pese a su suicidio, y sobre todo de los santos Mario Benedetti, Fernández Retamar y aquí, en esta patria desolada, de san Jorge Enrique Apóstol.

Hoy en El Salvador se pide que se investigue la muerte del poeta Roque Dalton, fusilado por agente de la CIA por una de las fracciones del Frente Farabundo Martí; no la de los comunistas, sino la que dirigía el comandante Villalobos, que consideraba que el PCSalvadoreño no era verdaderamente revolucionario. Villalobos ha sido en los últimos años asesor de “seguridad” de gobiernos como el de Uribe y el de Calderón en México, mientras que el comandante que remató a Dalton parece que es asesor de seguridad del gobierno salvadoreño, del Frente Farabundo Martí. Hubo un tercer comandante, compañero de colegio de Dalton, Germán Cienfuegos, quien habría intentado hasta el último minuto de salvarlo, pero no pudo, entre otras cosas, porque al parecer Dalton no creyó hasta el final que le iban de verdad a fusilar. Te invito a leer esta carta de Roque Dalton al Comité Central del PCCubano...¹⁶ Para estremecerse. Toma asiento, bebe un vaso de agua y lee. ¡Qué terribles tiempos! Agradece, querido Francisco, que llegaste decenios más tarde.

Abrazos,
Iván.

¹⁶ “Carta de Roque Dalton al Comité Central del Partido Comunista Cubano”, 7 de agosto de 1970 (disponible en Scribd).

4 de diciembre de 2011
(Lit.)

Querido Iván,

Todo comienza a raíz de que deseaba conocer la opinión de la prensa cubana, concretamente de *Rebelión*, sobre Vargas Llosa y quizá haya leído la secuencia más amplia de zoquetadas —lo digo de veras, sin broma o ironía— en seguidilla y en el menor tiempo posible con esta breve excursión por el ciberespacio. Uno de los zoquetes, señor Luis Martín-Cabrera, español, y, no podría ser de otro modo, profesor de español, literatura comparada, lenguas, hispanidad, españolología, estudios culturales, pe-hache-dé en no sé qué —todos términos que comienzan a emponzoñarme— en una universidad norteamericana, utiliza este modelo de análisis (del tipo que tú como profesor de muchos años, querido amigo, imagino has debido soportar —soportarme alguna vez, incluso— en tus jóvenes y principiantes alumnos):

“En este sentido, cabe decir que Mario Vargas Llosa es un escritor letrado por definición y, no sólo eso, es un escritor letrado que siempre o casi siempre ha escrito a favor del poder de las clases dominantes, primero en América Latina y más tarde a nivel global. Esta adscripción al poder constituido se puede leer en novelas a priori tan alejadas de la política como *La tía Julia y el escribidor* (1977). La novela, escrita en clave autobiográfica, cuenta la historia de ‘Varguitas’ un joven escritor latinoamericano que se inicia en la literatura y en el amor con una turgente tía suya, a pesar y contra los valores burgueses de su familia. Pero la novela es también la historia de Pedro Camacho, un ‘escribidor’ boliviano de guiones de radionovela que inicia a ‘Varguitas’ en la escritura. *Al cabo de escribir tantos folletines, Camacho acaba volviéndose loco y produciendo un discurso delirante, donde el folletín, la realidad y la ficción se vuelven inoperativos.*

*Por tanto, lo que está en juego no es sólo la iniciación del joven escritor, sino la autoridad del letrado sobre la cultura popular oral, lo que la novela produce es la distinción entre el escritor letrado con capital simbólico y el escribiente popular sin capital cultural ni legitimidad, el otro abyecto*¹⁷.

Tal vez, hoy en día, no hay algo que deteste más que estas “inferencias” analíticas tan frecuentes entre “especialistas” en ciencias sociales y aun, lamentablemente, en literatura. Este baboso se inventa primero que Vargas Llosa es un escritor “letrado” —y, por supuesto, utiliza en su argucia la noción de Rama—, después “analiza” *La tía Julia* en esa clave y concluye que Varguitas *vence* a Camacho y se convierte en el símbolo de la supremacía del letrado sobre el pobre —qué lástima— autor popular oral. Por supuesto: es preciso descubrir en todas partes la derrota del marginal a manos del moderno y occidental, en todo ámbito y lucha. Vaya método, vaya capacidad analógica.

De ahí a descubrir pistas sobre la presencia de la CIA, la KGB, el Mossad, los Servicios Secretos Británicos y la Gestapo hasta debajo de las piedras hay un pequeño paso, como sucede en otro de los artículos que leí. La verdad, hoy ese método de *la sospecha* ya ni siquiera me divierte, prefiero leer a John Le Carré. Con ese ingenioso método también las izquierdas han querido prevenirnos sobre que es preciso tener la suficiente perspicacia y todo el olfato posible para prevenir posibles conspiraciones, injerencias, presencias, y desarmarlas a tiempo. Es el equivalente rojo a la histeria anti-comunista norteamericana encarnada en el senador McCarthy. La década del cincuenta, las décadas de la guerra fría, los cincuenta y sesenta, no han dejado de perseguirnos y liberarnos de la sogá. Lo que los *izquierdistas del mundo uníos* aprendieron muy bien fue el maquiavelismo y la histeria. Por el maquiavelismo cualquier método se justifica en torno al

¹⁷ Luis Martín-Cabrera, “Contra la escritura letrada de Vargas Llosa”, revista *Sin Permiso*, 31 de octubre de 2010: <https://www.sinpermiso.info/textos/contra-la-escritura-letrada-de-vargas-llosa> (subrayado del remitente).

añorado fin comunista y con la histeria han de convertirse en buenos, seguros y útiles soldados.

No dudo que unos y otros interviniesen los teléfonos en el Watergate del bando contrario —me refiero a la batalla de las revistas culturales cubanas y las otras en las décadas de 1950, 60 y 70— y no podría juzgar yo, ciudadano de otra época, las decisiones de mis mayores, pero sí creo que, para el escritor de ahora, dichas posturas que tuvieron mucho de épicas han dejado de tener significación concreta.

Entonces debemos ser perspicaces, evitar caer en trampas y no incurrir en “romanticismos”, “izquierdismos”, “mencheviquismos”. Hay que ser duros de corazón, inteligentes y profesionales, profesionales en el trabajo de construir la revolución, trabajar por ella y combatir al enemigo. El izquierdista tiene metido hasta los tuétanos la idea de que es un héroe, un salvador tocado por la gracia de un proyecto que ha de cumplir con fanática entrega. No tardará, por tanto, en convertirse en comisario.

Por eso me resulta difícil conmovirme con la historia de Roque Dalton. Y no es que quiera padecer, en este caso, dureza de corazón y escasez de piedad —virtud que, pienso, ha de ennoblecer al escritor, al novelista, al ensayista— sino que, sin querer actuar como un oráculo, siempre pienso que esos fanáticos podrían haberse convertido a la vuelta de la esquina en otros comisarios. ¿Por qué habría de compadecer —a pesar de que mi deber como escritor es intentar pensar, conjeturar, las más recónditas motivaciones de las acciones humanas— a un comisario que, a un tipo como yo, de eso estoy seguro, hubiese enviado sumariamente al cadalso? ¿Por el hecho de haber muerto a manos de unos traidores hijos de puta que se decían sus compañeros y no eran más que unos carniceros, carniceros que se harían famosos? Horacio Castellanos Moya, novelista hondureño-salvadoreño lo dice en mejores términos en su novela *El asco*:

“Basta con revisar el caso de los famosos, de los mitos de provincia, para descubrir que se trata de escritores regulares, medianos, sin talla universal, siempre más preocupados por la ideología que por la literatura; no hay que hacerse el tonto, Moya, nada más tenés que comparar con los países vecinos para darte cuenta que los mitos locales son de segunda: Salarrué a la par de Asturias se convierte en ese provinciano más interesado en un esoterismo trasnochado que en la literatura, un tipo más dedicado a convertirse en santón de pueblo que a escribir una obra vasta y universal; Roque Dalton a la par de Rubén Darío parece un fanático comunista que escribió alguna poesía decente pero que en su obcecación ideológica escribió los más vergonzosos y horripilantes poemas filo-comunistas, un fanático y cruzado del comunismo cuya vida y obra estuvieron postradas con el mayor entusiasmo a los pies del castrismo, un poeta para quien la sociedad ideal era la dictadura castrista, un zoquete que murió en su lucha por establecer el castrismo en estas tierras asesinado por sus propios camaradas hasta entonces castristas... Es triste, una verdadera calamidad, una evidencia de que la ignominia en que vive este pueblo inculca el fanatismo ideológico hasta en sus mejores mentes”.

Y es que el artículo que leo da pistas para dejarse llevar por ese sendero. ¡Hombres de confianza en los jurados!, exige la *Casa de las Américas* y Roque Dalton se convierte en uno de ellos. ¿Qué era “afrontar cualquier problema” en el jurado de poesía? ¿Que la poesía presentada no fuese lo suficientemente “revolucionaria”? ¿Que Cardenal se volviera loco y quisiera premiar a algún poeta no lo suficientemente rebelde? Qué debía hacer Roque, nuestro Roque, en ese caso, *nuestro hombre en La Habana*: ¿premiar la mala poesía revolucionaria? ¿Cómo se podía vivir en esos tiempos, respondiendo a dos vocaciones, a dos partidos, el de la revolución y el de poesía, el de la política y el arte que, además, ciertos enloquecidos comisarios quisieron unir? Ah, y esa forma de pensar “astuta”, comisaria, que Dalton exhibe y que solo se aprende en la izquierda: detrás

del arzobispo está tal y pascual. ¿Para qué sirve concretamente en la literatura —algo que no sea escribir un buen policial o una novela de espionaje— pensar paranoicamente como si todos viviésemos en *1984* de Orwell?

Patética me resulta la renuncia de Dalton y la argumentación que la respalda, pero no podría juzgar yo a quien se imagina tocado por el ideal del Gran Proyecto, que tuvo tan triste fin. Recuerdo que, en lo personal, cuando era chico y admiraba a guerrilleros y ungidos lo que me movía era la indignación, la indignación por la desigualdad y los pobres. De ahí a escuchar la prosa épica y enfervorizada de cubanos y luchadores como si fuese el canto de las sirenas no había nada. Pero hoy que todo ha pasado, incluso, creo, el pasado de lo pasado, quiero escuchar con más detenimiento, con serenidad. Los discursos de “Fidel” (estoy hablando de Castro), por ejemplo, los tan famosos y aclamados discursos de Fidel Castro, los discursos que, nos dice la tradición, constituyen el baluarte de los países oprimidos y no-alineados del mundo, deben ser oídos de nuevo, creo, con audífonos dobles. En mis años rojos oí muchos de esos, grabaciones de tres, cuatro, seis, ¡siete horas! Y ahora digo que, con excepción de un puñado de intervenciones históricas, lo que oí —que imagino no es muy distinto al resto que él ha pronunciado— son palabras de un aburrimiento cerrado y plúmbeo, una reiteración de lugares comunes dichas de un modo atonal —con esa voz de gallina— y, a menos que uno sea presa de esa exaltación carismática que estudió Max Weber y conmovió a los seguidores de Hitler del mismo modo que a los de Mussolini, no se puede hallar en ellos más que tedio y repetición o, claro está, para aquellos fanáticos de los políticos y sus figuras, “inteligencia política”, “perspicacia”, “profesionalismo”, “olfato”, dureza de corazón. Algo patético para un escritor que escucha ahora, patético igual que la confusión que lleva a Dalton a caer en el mal predicamento del temible comisario Fernández Retamar.

Perdona que me haya extendido, querido amigo. Pero han coincidido varias cosas —entre ellas mi muy reciente y coincidente lectura de la novela de Castellanos Moya— así es que aprovecho la carta.

Con el afecto de tu amigo:

F.

5 de diciembre de 2011
(Lit.)

Querido Francisco:

Concuerdo contigo en mucho. Esa zoquetada que se han inventado para sustituir a la crítica literaria es nauseabunda. De pronto tienes un esfuerzo teórico interesante destinado a examinar sociológicamente cómo se generan y mantienen las diferencias culturales en una sociedad, y estas como soportes del dominio político, que yo creo que es lo que hace Bourdieu en *La distinción*, y deriva en cualquier uso zoquete de los “capitales culturales”, que es un concepto que no supera lo descriptivo. Lo mismo pasa con el esfuerzo de Rama por comprender la función de la literatura en la constitución de los Estados nacionales latinoamericanos, elabora la noción de “letrados” y esos zoquetes la rebajan a “escritor letrado”. ¿Qué disparate es este? Y está esa cháchara de vendedor de palo santo en las ferias de pueblo sobre la escritura y la oralidad... Para vomitar.

Creo que los años de la Guerra Fría podrían compararse, en la historiografía “cultural”, con los años de las guerras de religión en Europa, y los años previos, los de los Borgia. El mismo ámbito de intrigas, conspiraciones, adhesiones a los centros de poder —no sé por qué casi pongo “poderes fácticos”, ja ja, lo que pasa es que cada vez que oigo que repiten esta frase Correa y sus secuaces me asaltan unas ganas infinitas de reír; ¿cuáles serán los poderes que no son “fácticos”?—, es decir, los tronos, el del Papa, los de los reyes. ¡Todos armados con la Verdad! Una masa de delirantes que no se detiene a escuchar al loco ese de Erasmo —¡salud por el medio milenio del *Elogio de la locura* que me dio tanta alegría cada vez que lo leí!—, esos Torquemadas, esos Calvinos, esos monjes dementes como Savonarola, y por supuesto esos papas entregados a la política

y a los placeres, que enloquecen al pobre Lutero, y de ahí para adelante. Hombres lúcidos como Maquiavelo y Hobbes, uno al inicio y otro al final, pudieron leer ahí lo que era la esencia de la política. Estupendos *El príncipe* y *Leviatán*... Estuvimos envueltos en una guerra de religión universal. A mí me fascina la historia, y disfruto tanto de las buenas historiografías como de las grandes novelas. Por supuesto no tenemos aún la historiografía de esos años de la guerra fría, saturados de intrigas, de vigilancia policial, de comisarios culturales.

Dalton es un ejemplo de los enredos en las telas de araña de la ideología y en los alambres de púa de los aparatos culturales. Fue un buen poeta por momentos, *La taberna* es un muy buen poema, pero tiene otros que son insulsos. No fue un gran revolucionario tampoco. Fracásó, y su fracaso no fue grandioso.

En fin, creo que los asuntos del presente son otros. El sentido político de la escritura no tiene que ver con los partidos, ni con la “Verdad”, ni con el poder político o económico o religioso. Sí con las verdades literarias y los múltiples poderes —fácticos, claro está— de la palabra literaria, de la palabra en libertad. Las preguntas son otras: ¿es posible escribir novelas que no sean una reiteración de formas envejecidas? ¿Qué formas caben inventar en poesía?

Abrazos,
Iván

17 de diciembre de 2011
(Lit.)

Querido Iván,

Escribí este artículo sobre prohibiciones, estado (¿o *Estado*?) y bebidas alcohólicas¹⁸. Te pido de favor que me des tu opinión, querido amigo. Siempre tus comentarios me ayudan a reconstruir estos papeles míos.

Con gran afecto,
F.

¹⁸ Francisco X. Estrella, “Noticia de la prohibición de alcohol”, publicado en *Mundo Dinero*, 2012, incluido en *El infierno de las vanidades*, Universidad del Azuay, Cuenca, 2025.

21 de diciembre de 2011
(Lit.)

Querido Francisco:

¡Bienvenido a las filas del anarquismo, camarada!

Ja ja; ¡qué dirá tu amigo Rafael Romero! ¡Y todo porque no te dejaron beber una copa más en la última ausencia de tu bella esposa! Pero yo me alegro de que hayas venido a caer en el anarquismo, ¡al fin!

Ahí van algunas observaciones y sugerencias, pero ya verás tú si tienen sentido. En todo caso, no soy Estado, ni Comisario, sino otro anarquista que, sin embargo, sucumbe a la ley de la lengua poética, dura ley, en verdad...

Un punto de vista muy personal: creo que debemos escribir en el español muy nuestro, hispanoamericano, dejando que se filtren modismos locales, idiolectos de grupo o personales.

Espero que unas copas te alienten a reescribir el ensayo. Yo pondría más énfasis en la libertad: quizás tenía razón Sartre cuando pontificaba que estamos condenados a ser libres. Esa tensión entre la libertad —del individuo, también de los grupos, de la multitud— y el Estado —y el soberano—, no acaba de perfilarse en el ensayo. Como que todavía estabas muy emputado, porque es para emputarse eso de que te nieguen una copa más —¡ah, y también, ¿por qué no reivindicar la cantina popular y su música?...!, muy de plaza foch, de zona rosa el ensayo— a las 2:00 de la madrugada, cuando de soledad estabas tan necesitado de alcanzar ese estado no solo de ebriedad sino de borrachera, y no dejaste filtrar la necesaria ironía —hay, en cambio, demasiado sarcasmo— como para dejar abierta la posibilidad de que, de todas maneras, la libertad aflore, pese a los hipócritas, los teólogos, los puritanos.

¿Recuerdas quien escribió estos versos? Los he recordado al leer tu ensayo:

en cada pared una acechanza
 mas yo podría
 jurar que las putitas morenas y rateras
 envueltas en volutas y telas baratas
 (el puñal en la liga de la media de seda)
 cantan para mí
 se adornan para mí
 son bellas para mí
 son cultas para mí
 enloquezco de placer con sus encantos
 (...)

la mujer violada
 Marilyn Monroe con aretes de bambalina
 traga barbitúricos
 los más apuestos estrellan sus autos
 deportivamente
 otros como yo mueren de pie
 bostezando
 orinando hastiadamente

Levanta el codo, camarada. ¡Salud!¹⁹
Iván

¹⁹ Fragmento del poema “*In partibus infidelium*” de Iván Carvajal, incluido en su libro *Del avatar* (Casa de la Cultura Núcleo del Guayas, Guayaquil, 1981).

21 de diciembre de 2011
(Lit.)

Querido Iván:

Una mañana, en una librería, un amigo y yo leíamos en voz alta fragmentos de novelas en lengua española escogidas al azar y él, encolerizado —tenía pretensiones de novelista el hombre—, exclamaba después del párrafo de un gran colombiano:

“¡Mierda! Es que en el Ecuador carecemos de esa cadencia, de ese ritmo, en la vida normal, ordinaria. Le falta música a la conversación habitual. ¡Cómo nos piden que escribamos mejor que éste o este otro si no sonamos ni sonaremos mejor! ¡Cómo nos piden que escribamos mejor si no *sonamos*!”

Y yo me pregunto: ¿sonamos de algún modo?

Sé que sí lo hacemos —y por ello creo que aún hay cierto valor en De la Cuadra, en Gallegos, en Aguilera Malta, en Icaza, quizá hasta en Egüez—, pero en lo personal aún no encuentro el equilibrio entre la lengua culta —en la que me he educado—, la lengua ordinaria —en la que crecí y vivo— y la lengua literaria —la que pretendo acuñar, descubrir, explorar, tú sabes, *el estilo es el hombre*—. Y es de veras una encrucijada que no sé librar, ni siquiera tengo idea sobre cuál es el camino para enfrentarla: ¿más lectura?, ¿más horas de escritura?, ¿más absorción del mundo?, ¿más silencio, menos palabras? ¿Más talento, talento del que quizá carezco?

Acá entre nos: se me han puesto los pelos de punta cuando en broma hablaste de L. Valencia respecto de la *calderilla*. Más allá del talento —que reconozco—, el tesón y cierto empecinamiento por imponerse en la arena literaria allá donde se cuecen las habas, hay en los escritos de Leonardo una frialdad en la lengua, una asepsia, una desagradable transparencia de agua mineral —Güitig, para ser más precisos— fastidiosa —al menos en sus

ficciones—. Esa limpieza de cirujano suspendida en una lengua de todas partes y de ninguna debe no solo ser evitada sino combatida en la escritura literaria. Me estremecí, querido Iván. Pero, en el combate personal con la *dura ley poética* puedo decir que no he iniciado aún el camino, que solo tengo intuiciones y muchas preguntas. Por supuesto, estoy de acuerdo contigo en que deben filtrarse en nuestra escritura modismos latinoamericanos, terminajos personales y de grupo, pero lo que aún no puedo manejar es el modo en que se incorporan esos términos en un cuerpo más vasto, el de la voz que cuenta, razona o indaga. Cuando una de esas palabras está por venir e instalarse hay algo que se alerta en mí, algo que me controla y las aleja, y sospecho que ello ocurre por miedo, porque no estoy seguro sobre la lengua en la que se habla en el telón de fondo frente al que dichas palabras van a desfilar. Entonces me inclino por la seguridad, seguridad al fin y al cabo de lo “castizo”. Jodido problema.

Te agradezco mucho por tu lectura y sugerencias, querido amigo. Aquello de la ironía es algo que no alcanzo, para ello se requiere cierta sabiduría y calma que no he conquistado y desconozco si algún día conquistaré. Ciertamente me debato en el sarcasmo, pero espero lograr, conseguir algún reposo, reposo del intelecto, quiero decir —¡ah, escribir como Johnson, como Hazlitt, como Borges!—, para hablar sin tener que gritar. Me hace falta mucha cultura también —tiempo, lecturas, vida— para enfrentar la libertad y su tensión, y escribir sobre ello. ¡Qué inteligencia en Sartre: condenados a ser libres! Ciertamente una condena. Aspectos todos que no impedirán que corrija este trabajo hasta donde alcance.

Lo del anarquismo es un hecho. Sí que sí.

Pero de lo que en verdad más me avergüenzo es no adivinar de quién son los versos que citas, querido Iván. ¿De quién son?

Con cariño y gratitud,
F.

29 de diciembre de 2011
(Lit.)

Querido amigo,

Sí, *In partibus infidelium*, el poema. Leí muchas veces el fragmento que me enviaste y revisé algo de la poesía de Ginsberg, aunque siempre el “putitas” me hizo dudar no solo de cualquier cosa que no hubiese sido escrita en castellano sino, aun, de cualquiera que no hubiese sido escrita en el Ecuador. Después Pacheco, con quien hablé, confirmó el sabor *beat* que yo paladeaba en esos versos y empezamos a hablar de Ulises [Estrella]. Pero, si me lo permite el autor, me parece que sí emana de los versos ese fragante aroma rebelde, urbano, nocturno y apesadumbrado, un perfume *beat*. Ahora que releo entero *In partibus infidelium* veo que la aproximación entre el textito que escribí y tus versos podría ser muy grata, un honor para mí.

Te envío un abrazo, querido Iván. Se lo contaré a Pacheco. Veamos qué dice.

F.

30 de diciembre de 2011
(Lit.)

Querido Francisco:

Me halagas. En efecto, *In partibus infidelium*, desde el título mismo tiene cierto aroma rebelde, nocturno, apesadumbrado, un perfume *beat*. Lo escribí entre 1974 y los primeros meses de 1975, cuando residía en Guayaquil. Había ascendido un par de círculos en el infierno, desde Babahoyo hasta Guayaquil. Porque viví esa temporada en el infierno —también leí a Rimbaud en esa época—. El poema fue publicado por primera vez en la revista *Plural* de México —cuando ya no estaba en ella su fundador, Octavio Paz—, ya no recuerdo en qué fecha. Sí recuerdo que vino Agustín Cueva y me dijo que se había comprometido con el director de la revista en esa época, Jaime Labastida, para llevarle algunos materiales para un número dedicado a escritores ecuatorianos, y allá fue a dar el poema. En ese número de la revista, cuyo ejemplar he perdido, el poema se publicó con unas cuantas notas —así estaba al principio— que daban las referencias de las citas y algunos homenajes —los conscientes, claro está— que contiene del poema. He perdido esa primera versión, y como no espero la inmortalidad —ni para mí ni para el poema— y a menos que algún paciente y puntilloso Pacheco hurgue por ahí, será difícil encontrarla. Tal vez no sea tan difícil, en verdad: bastaría unos días en México DF para revisar la revista que publicaba el diario *Excélsior*.

En efecto, está Ginsberg. Y de hecho, el poema contiene un cierto “coqueteo” con los tzántzicos, quizá un inconsciente homenaje al espíritu de Ulises Estrella, a quien siempre he querido, como consecuencia de ese espíritu del que hizo gala en su juventud. El poema es nocturno, recoge algunas epifanías de las noches porteñas, y también esa mención al cementerio.

Y es irónico, todas esas ironías a las señoras del Yatch Club —consecuencia de una conversación que escuché en algún restaurante—... Cuando vivía allá, no podía dejar de pensar en esa frase que me dijo alguno de mis primos guayaquileños cuando los visité, no sé si la primera vez, a los ocho o nueve años, o alguna otra, en la adolescencia, cuando y me llevaron de turismo al cementerio: “lo mejor de la ciudad es su cementerio”.

Está clara la irónica cita al Eliot de *La canción de amor de Alfred J. Prufrock* en los versos que te transcribí, pero también el poema es un homenaje al Pound de los *Cantos*, a Vladimir Holan de *Una noche con Hamlet*... Y desde luego a Homero, a Virgilio, a Horacio, al Dante del *Infierno*, a Shakespeare y a Simbad el Marino de *Las mil y una noches*. También el poema evoca a Bergman, a su film *Vergüenza*, donde el músico cobarde empuja con la pértiga de su bote los cadáveres que flotan en el mar —los asesinados por el nazismo; los asesinados en el Cono Sur—. Como habrás notado, también es una canción de amor a mi padre, a quien por esa época le descubrieron el cáncer que le llevaría poco tiempo después a la tumba... De ahí el dolor que atraviesa el poema.

Trabajé con citas irónicas: “Oh bella donna, la dama de las rocas / la dama de las situaciones” [Eliot] devino en “mi novia insomne traga belladona / tras la nave negra / se arroja por los acantilados”... lo que además recuerda la leyenda del Holandés Errante.

Lo escribí a lo largo de muchos meses. La fecha de la escritura consta en el poema, “VEINTISIETE / sin embargo carezco de distracciones / como de planes”. Es decir, lo concluí hacia febrero del 75, a los 27 años de edad.

Como ves, el poema tiene sus complejidades. Tal vez sea demasiado “culto” por sus referencias, demasiado “literario”. No sé por qué siempre sentí un extraño afecto por ese poema. Tal vez porque está lleno de homenajes a mi padre y a algunos de mis padres literarios. Faltaría sobre todo Vallejo, imposible citarlo,

aunque quizá esté en ese hálito de dolor que cruza por el poema.
¡Pero qué arrogante he sido!

Por supuesto, tu artículo tiene un aroma semejante. Por eso lo recordé.

Un abrazo,
Iván

2 de febrero de 2012
(Hist.)

Querido Iván,

Notas, notillas sobre H. Arendt:

http://cultura.elpais.com/cultura/2013/01/28/actualidad/1359401307_892113.html²⁰

Un abrazo.
F.

²⁰ Javier Rodríguez Marcos, “La banalidad del mal, cincuenta años después”, *El País*, 28 de enero de 2013, acerca del libro de Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, discutido de nuevo a raíz de la aparición del filme sobre la filósofa, obra de Margarethe Von Trotta (2012).

3 de febrero de 2012
(Hist.)

(Sin encabezado)

Gracias, querido Francisco.

Con esto de las entrevistas, el premio²¹, el cansancio y la tensión, se me pasó por alto este artículo. Había leído otros sobre Arendt en estas semanas, justamente con motivo de la película y el cincuentenario del juicio a Eichmann.

No sé si te recomendé el libro de Roberto Esposito *Categorías de lo impolítico*. En él también se refiere a Arendt. No cabe duda que ha cobrado interés su obra, incluso en nuestro pequeño mundillo. Y eso debe alegrarnos.

Ojalá tengamos acceso a la película.

Estoy leyendo el libro de entrevistas a historiadores de C. Domínguez que me prestó Vásconez²². Los entrevistados: historiadores de México. Y estoy abatido. Tiene cierta razón Assange cuando dice que este, el nuestro, es un “país insignificante”. Y digo “cierta razón” porque habría que meditar en aquello de la “in-significancia”; de hecho, es un oxímoron en una sola palabra, ¿verdad? Abatido, y a la vez con una decisión cada vez más grande de irme por el resto de mi vida a México a partir de mi jubilación el próximo año. Cada vez creo menos en la supuesta decisión de mi querido amigo Echeverría de venir a vivir en Quito, creo que lo que quería es poder estar acá dos o tres meses al año, pero su mundo era México.

¿Qué carajo hacemos aquí, mi querido Francisco?

²¹ Iván Carvajal fue investido en 2013 por la Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos (AEDEP) con el Premio a las Libertades “Juan Montalvo”, en su primera edición.

²² *Profetas del pasado*, Christopher Domínguez Michael, Editorial Era-Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.

De veras, creo que te convendría pensar seriamente en cambiar de “patria”. Eso de des-patriarse, de tornarse a-pátrida, debe ser estupendo. Arendt se fue donde se podía ser apátrida, los Estados Unidos de la época. Pero en verdad, creo que deberías cambiarte de patria, y tampoco Bolivia sería interesante. ¡México!

Abrazos,
Iván

5 de febrero de 2013
(Hist.)

Querido Iván,

El libro de Christopher con los historiadores se elaboró mes a mes en *Letras Libres* donde apareció por entregas. A pesar de que no tengo el volumen, conozco su contenido, salvo las modificaciones y cortes que C. Domínguez debe haber introducido. Refiero esto porque mi perplejidad, la misma que la de Vásconez y la tuya, viene de antiguo, como se decía *de antiguo*.

Vaya historiadores, vaya historia, vaya país, vaya entrevistas. Para caerse de espaldas.

Mi relación con la literatura mexicana es más profunda que con varias otras literaturas, mucho más apasionada y directa, una pasión que se ha consolidado en la última década. Son dos las tradiciones que me obsesionan como lector: la literatura inglesa, irlandesa y norteamericana, y la literatura en lengua española con una capital imaginaria emplazada en México-Tenochtitlán. Salvo el dúo *Biorges*, como ha dado en llamarse, mi cariño con el cono sur es menor en comparación con el que guardo por México.

Quizá ello obedezca a que, desde mi punto de vista, no hay comparación en la gracia, la penetración, los enfoques múltiples, la finura y sabiduría del ensayo mexicano con el porteño, al menos con el ensayo mexicano contemporáneo. Borges, es sabido, ha cobrado una factura altísima a sus sucesores. La vara es infranqueable. Me da la impresión de que los argentinos seguirán jodidos un par de generaciones más si se empeñan en alcanzar a Borges. Ello no ocurre en México, creo que el hecho de que Reyes no fuese tan gravitante como lo fue Borges en las formas y en los contenidos ha sido beneficioso en México para desarrollar esas múltiples vetas a través de las cuales se

expresa el ensayo: la letrilla, el artículo de prensa, el artículo académico, el comentario editorial, el trabajo ligero para revista, el tratado extenso y profundo. No encuentro esa diversidad en los argentinos a pesar de los buenos nombres que escriben ensayo: Tomás Abraham, Beatriz Sarlo, Piglia, Pastormelo.

Doy este rodeo porque nada me haría más feliz que residir en México. Estuve una vez y me quedé extasiado a pesar de la inmensidad y el peligro, o precisamente a causa de ello, supongo. Me encantaron las *tortas* en Chapultepec, la plaza de los coyotes en Coyoacán, Bellas Artes, la librería El Sótano.

Debo idear un plan para volar a tierras mexicanas. Este país me harta. Por fortuna no tengo apegos nacionales, nacionalistas y peor patrióticos. Espero que no afloren si estoy fuera, aunque supongo que esté donde esté, viva dónde viva no me sentiré a gusto. Insufribles viruelas de intelectuales y artistas, tú sabes.

También me gustaría mucho vivir en Norteamérica. No en el contexto universitario, a menos que sea estilo Nabokov o Bloom. En Norteamérica me gustaría mucho habitar el mundo real: la publicidad, las compañías de seguros, la venta de autos, la industria gráfica, el cine documental o la TV basura. Conozco Miami y a pesar del cliché anti-miamesco entre intelectuales y artistas, a mí me gustó mucho: una ciudad norteamericana donde todo el mundo habla español, miles de cubanos cagones y chicas bellas y postizas en bikini. Cabe mi espíritu *hortera*, como se diría en Madrid, que también lo tengo (de hecho, recuerdo que una de las películas más horteras que me gustan —me parece muy buena—, *Huevos de oro*, de Bigas Luna, concluye con el protagonista Javier Bardem arruinado y vejado en Miami). Trabajar, por ejemplo, en una galería de arte que debería localizarse, esta sí, en NY. He visto demasiado cine, pero, basado en la experiencia de un par de amigos, creo que no me iría tan mal.

Espero que cuando dejes la universidad vayas a México. Ojalá encuentres una oportunidad buena para marcharte. Yo aprovecharé para visitarte, prometo, con regularidad. Ah,

México: el horizonte de Quauhnáhuac, como el de Lowry, D. H. Lawrence, Graham Greene, Brodsky, Kerouac, Burroughs, debe ser el nuestro.

Abrazos,
F.

7 de febrero de 2012
(Cult.)

Querido Iván,

Exigiría mayor detenimiento meditar acerca del deporte, sus toallas y sudores, pero debo adelantarme en lo que a mí corresponde. El boxeo me viene de dos vías, la una de mi infancia —mi padre era, como algunos de esa época, afecto a las peleas y a los toros— y la otra de una afición morbosa y casi atávica por ver a la gente propinarse coscorriones, golpes, puñetazos, bofetadas y puntapiés. Sin embargo, más allá de la gresca, algo he pensado sobre al box (la verdad no aborrezco ver un partido de fútbol —aunque no lo practique jamás—, pero me pasa como con el cigarrillo: una o dos noches de humo y a continuación desprecio olímpico durante tres meses). Hace unos meses vi una pelea del mexicano-americano Robert Guerrero contra un boxeador australiano. En los tres primeros asaltos la supremacía de Guerrero era ostensible —más alto y con un muy controlado golpe a la distancia, dada la longitud de sus brazos—. En el cuarto asalto, misteriosamente, el australiano le pegó un par de sopapos bien puestos en plena cara y le rompió la ceja derecha. Ahí comenzó lo bueno: puesta en entredicho momentáneamente su superioridad con el australiano envalentonado, Guerrero comenzó a perder terreno y aun a defenderse contra las cuerdas. El australiano parecía haber calentado la pólvora y con unos movimientos velocísimos que dejaban perplejo al grandote le encajó no uno sino una decena de golpes directos en los asaltos cinco, seis y siete. Guerrero había perdido puntos y tal vez uno de los asaltos fue a favor del contendor. Para el octavo round el esfuerzo sobrehumano del australiano comenzaba a pasarle factura: tenía abiertas las dos cejas y su rostro, insolente y vivo —*resabiado*, diríamos nosotros—, lucía hinchado y rojo

como un globo. Sin embargo, en lugar de amedrentarlo aquello parecía obsequiarle fuerzas extraídas de dios-sabe-dónde... o del infierno que es lo mismo. Guerrero parecía no salir de su asombro y no haberse recuperado del todo. A esas alturas buena parte de los fanáticos habían migrado al bando del australiano o rasgaban las cartillas y mentaban la madre de Guerrero. No obstante, mejor entrenado y con más experiencia, Guerrero tomaría el asalto número diez en mejores condiciones y lograría colocar a distancia al bailarín australiano: dos o tres *jabs* y un par de directos de derecha que desubicaron al insolente. Parecía que Guerrero retomaba el control. En el doce, agotados y muy heridos los dos, se propinaron los últimos golpes. Al final, muy erguido y ausente, Guerrero temía que el título se le fuera de las manos.

Pero no ocurrió así: los jueces fallaron —al menos por esta ocasión— del mismo modo en que los espectadores habíamos visto la pelea: con excepción de los rounds cuatro, cinco, seis y siete, el resto fueron para Guerrero. Desconsolado, sangrante y muy cabreado, el australiano aceptó a regañadientes el veredicto final. Guerrero, sonriente, levantó en alto el cinturón de campeón.

Cuando terminó la pelea sentía mi pecho agitado y los ojos acuosos. Yo hinchaba por Guerrero desde el inicio, pero el maldito bicho se la puso de veras muy difícil. Quién hubiera creído que el payasón australiano que comenzó la pelea con fanfarronadas y bailoteos fuera un gladiador. Eso lo primero: el boxeo es un arte de gladiadores, de bestias criadas para dar batalla. En segundo lugar, es un oficio solitario como la escritura: el boxeador está solo y pone en juego no solo su físico, su humanidad entera es entregada en la lucha. El boxeador se apropia de un espacio, pero nunca está seguro de él, de pronto viene otro luchador que intenta y casi logra arrebatárselo: aunque haya aprendido muchos trucos del oficio, casi siempre es como empezar de nuevo. El box pone en juego la rudeza y la violencia de un modo tan primitivo que espanta: no hay mujer que soporte una pelea de box. Ese salvajismo inexplicable

está revestido de un misterio tan grande que apenas alcanza explicación racional. Es decir, es, como alguna buena literatura, irracional y enigmático. Aunque no se ponga en juego directa o inmediatamente —como el toreo— la muerte, podríamos decir que la muerte ronda, que asecha, implacable. Y en realidad los boxeadores nunca ganan nada —más que los cientos o miles de dólares por peleas legales y amañadas que acumulan en el banco—, los boxeadores todo lo pierden en su empeño: la dignidad, la belleza, la compostura, la cordura y hasta la vida.

¿Cómo no ha de gustarle el boxeo a un escritor?

Con gran afecto,

F.

PS. Sobre Váscenez creo —y solo es una creencia— que más que gustarle el box le agrada el box en el cine. Tal vez.

8 de febrero de 2012
(Cult.)

Querido Francisco:

Me alegro por haberte incitado a escribir este alegato en favor del boxeo, incluso contra Mutis²³. Deberías publicarlo.

El final contiene una sutileza: ¿cómo no puede gustarle el boxeo a un escritor? Me parece que “escritor” denota aquí “hombre, “macho de la especie humana”, que escribe literatura”, es decir, novelas, cuentos, cierto tipo de ensayos. Recordé la frase de Verlaine sobre la diferencia entre poesía y literatura: “lo demás es literatura”... No veo, la verdad, contacto entre poesía y boxeo.

Un fuerte abrazo,
Iván

²³ Carvajal alude al artículo “La miseria del deporte”, de Álvaro Mutis, que le fuera enviado por Estrella días atrás y marcó el inicio de esta plática: <https://letraslibres.com/revista-espana/la-miseria-del-deporte/>

28 de febrero de 20121
(Lit.)

Querido Iván,

Existe una suerte de hechicería, de misterio, en el surgimiento de los componentes de una obra de arte. Estos días leí una opinión que me hizo reflexionar acerca de las circunstancias bajo las cuales un artista, un escritor, compone. Se quejaban dos comentaristas más bien jóvenes de la obstinación, la persistencia de los autores contemporáneos en intentar reflejarse a sí mismos, copiarse casi en el cuerpo de las obras, y saludaban los momentos en que las palabras emergían solas a través de la imaginación y los dedos de un artista, los instantes en que “el lenguaje hablaba por sí solo” a través de sus bocas y sonidos. ¿Es eso posible? ¿Es que acaso el poeta, por ejemplo, es solo la herramienta de un gran caudal cuyo propietario es el lenguaje mismo o, tal vez, *El Lenguaje*? En palabras de algunos autores he oído el deslumbramiento que despierta en ellos el hecho de haber compuesto una obra, sorprendidos por un arranque de palabras, sometidos por la ira o la dulzura de los sonidos, por la tormenta de la imaginación, como en un sopor. Lo he leído en autores del pasado, en contemporáneos, en jóvenes. Pero sin que suene a superchería creo que algo de ello ocurre al autor que revisa sus propias páginas y, por momentos, no alcanza a decir de dónde han salido, de qué parte de su yo, si el yo existe y si se puede partir. Hay cierta extrañeza en aquello escrito por uno mismo, cierto carácter ajeno y aun lejano en las palabras cuando ya no están en uno, porque quizá no *son* de uno.

No sé si ello suponga que los autores deban ser reducidos a cero: hay algo en la teoría de la *muerte del autor* que no termina de convencerme —con toda la admiración que guardo por Barthes— y espero que no se trate del aferrarse a una vieja

costumbre. Si observáramos a los autores en la organización de un Olimpo, si los tomáramos por unos semidioses que entran en contacto con los hombres, supongo que nos iría mejor que si deseáramos que desaparecieran todos los nombres y actuásemos como si una marea colectiva escribiese por nosotros. Aunque quizá haya algo de cierto en que el lenguaje somete al obrero y obliga a que el torrente de la tradición no se apague, lo hace a través de ese alguien y no de otro, haciendo uso de su vida y no de otra, echando mano de su memoria, su pasado y sus recuerdos, los suyos. Los autores han sido creados para vanagloria del ego, aunque también para distinción del género humano. Pienso contigo y con Bajtín que todo enunciado cita a otro, pero no todos los hombres han sido tocados por la luz para recoger esos enunciados antiguos y conectarlos con otros. ¿Que la realidad son solo textos? Quizá. Sin embargo, prefiero concentrarme en saber quién, en qué circunstancias, bajo qué condiciones, en compañía de quién ayudó a comunicar esos textos con otros y no atender a esos textos solamente. Pienso en Byron, en Wilde, en Valle-Inclán, en Ortega, en Henry James —quien, ante su propio fracaso en las tablas, padecía enormemente a causa de la fama de dramaturgo de Wilde que con solo abrir la boca detonaba un éxito inmediato de público, *author, author!*— en Hemingway, en Fitzgerald, en el enmascarado Rapagnetta, y no puedo eximirme de querer saber más acerca de su circunstancia y su figura. Eximirme de los autores me haría extraviar tal vez la mitad de mitología y el enigma literarios. Bah: debo ser un romántico.

A quien no se perdona su actuación pequeñoburguesa en el tema que nos atañe, la autoría y el plagio, es a Karl. Su método, deslumbrante, es de una fatiga de orates. ¿Será por ello que ahora lo prefiero en libritos como *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en su periodismo combativo y su panfletarismo contundente —ah, qué maravilla es, en ese sentido, el *Manifiesto*—, antes que en el glorioso primer volumen del transformador *Capital*. Desde luego, Karl toma asiento, en primera fila, en la política de los autores. Y como tal,

también me sigue interesando: Karl, el judío que detesta a los judíos —y los tiene ahí, en la figura de su padre y su abuelo—, Karl, el descendiente de una línea de tradición rabínica, Karl, el *pater familias* que al parecer concibió una hija ilegítima con la empleada, Karl, el hombre conservador en la vida doméstica, Karl, el tipo profundamente intelectual que siempre detestó lo popular o nunca lo llegó a comprender. Karl.

¿Qué será, a propósito, de Thomas, el hombre que siempre padeció de infernales dolores de estómago? Ha muerto, es un hecho, y supongo que si tanto sufrió por su tripa la causa fue su pasión febril por los jovencuelos, la pasión que transmitió —para nuestro beneficio de *voyeurs*— al Príncipe.

A propósito de autores, querido poeta: cuídate mucho de tus habituales jaquecas, mitígalas como mejor se pueda.

Con gran afecto,

F.

28 de febrero de 2012
(Lit.)

(Sin encabezado)

Estupenda carta, querido amigo. Buena para la tarde fría. En unos minutos me iré para la casa en búsqueda de un brandy. Sobre Karl: ¿has vuelto a toparte con *La cuestión judía*?

Abrazos,
Iván

28 de febrero de 2012
(Cult.)

(Sin encabezado)

Ya que estamos en esas, mi querido amigo Carvajal, te envío este pequeño fragmento que podría resumir no solamente toda la cinematografía sino el sentimiento del que hablas. De *La muerte en Venecia*²⁴:

Mi abrazo, amigo.
F.

²⁴ Estrella envía un fragmento en YouTube de “La muerte en Venecia” de Visconti (1971), a partir de la novela homónima de Thomas Mann, con Dick Bogarde, Silvana Mangano y Björn Andrésen.

(Sin encabezado)

Ah, bueno... Traer a colación a mi venerado poeta el Príncipe Visconti —solo el duro señor de los inviernos suecos y, en cierto sentido, algún otro de las estepas rusas, compiten en mi corazón con el Príncipe— es casi, casi un golpe bajo. Me duele la cabeza, *caro signore della Stella*, y traes a mi memoria no un pedacito del film, sino todo él. Su música, Mahler, la extraordinaria actuación de Dirk Bogarde, e incluso Thomas Mann... Pero no es ese el sentimiento del que hablaba de modo perverso, irónico, casi chabacano, *caro signore della Stella*. Insinuaba el no-caro Rapagnetta... pero sí, Gustav von Aschenbach, esa extraordinaria concreción del músico, del artista, en el fin del Romanticismo, en la decadencia de la civilización occidental. Brillante acierto de Mann: Asche es ceniza, Bach, no solo el grandioso Juan Sebastián, sino toda la familia del músico excelso. Pero Bach es también riachuelo, arroyo. Aschenbach: ¡Arroyo de ceniza! ¡Riachuelo ceniciento! Lo que va a parar al Adriático: la Música como un riachuelo de ceniza, o un riachuelo ceniciento... Y bueno, el Príncipe permite que Bogarde alcance su espléndida actuación al encarnar en el personaje del músico no solo al artista que ha logrado alcanzar la gloria en su composición, sino también la decadencia y la muerte, y el enamoramiento de la belleza en medio de la epidemia del cólera. Cómo fue a encontrar a ese muchacho que personifica a Tadzio, y a Silvana Magnano, para que encarnasen la belleza perseguida hasta la muerte...

Pero ya que me has propinado semejante golpe bajo, *caro della Stella*, no puedo sino vengarme enviándote un poema

del aludido Rapagnetta, en versión del modernista colombiano Guillermo Valencia²⁵. Y, por supuesto, otro abrazo.

Iván

²⁵ Gabrielle D'Annunzio, "Las manos", poema disponible en varios sitios de la Web, por ejemplo, en: <http://amediavoz.com/dannunzio.htm#LAS%20MANOS>

8 de marzo de 2012
(Hist.)

Querido Iván,

Cuando era estudiante universitario —sería 1996—, la FLACSO organizó unas conferencias sobre historia andina del siglo XIX a las que asistí. Entre los expositores —la *crème de la crème* del estudio de ese período— se encontraban Andrés Guerrero, a quien hasta ese entonces yo había leído bien, y el peruano Heraclio Bonilla. En esos años, Guerrero estaba muy entusiasmado con el resultado de sus combinaciones prácticas entre sociología, historia, antropología y lingüística, a las que, investigador serio como es, había llevado bastante lejos, al menos en la aplicación de cierta tendencia de estudio histórico, y se confesaba, paladinamente, “más un historiador que un sociólogo”. Su exposición, fascinante para mí en aquella época, versó sobre las distintas modalidades de escribir historia e investigarla, y de cómo esas nuevas modalidades felizmente avanzaban en el estudio del siglo XIX en América Latina. La exposición fue provocadora, fresca, imaginativa y expuesta con firmeza. Bonilla comenzó hablando lentamente pero no ocupó ni dos frases para dejarnos en claro que, aunque imaginativos, frescos y hasta cierto punto fascinantes los métodos y los trabajos a los que aludía Guerrero, a él le parecían, en definitiva, una veleidad y una moda, y que el trabajo histórico se desarrollaba para “explicar” más que para “contar” —no usó esos términos, pero ya que acabo de leerlos, interpreto y los copio; de ahí las comillas—. Mucho antes de que concluyera su exposición el Feo Heraclio, que de veras es muy feo, yo miraba, asustado, la descomposición del semblante de Guerrero que pasaba del sosiego y el entusiasmo propio de los profesionales del conocimiento a una irrefrenable ira que desdibujó por completo su rostro e inyectó sus muy miopes ojos

de sangre. Como para que no quedaran dudas sobre su deseo de avivar el fuego, Heraclio incluso se mofó de uno de los conceptos importados por Guerrero, el de lo “liminal” —sobre el que yo, a toda prisa, tomaba nota—, ese gozoso purgatorio en que la historia se escribía como literatura, la literatura se pensaba como historia y los criterios de veracidad y fiabilidad histórica se difuminaban entre velos. La respuesta de Guerrero fue lo más airado, áspero y duro que se pudo ver en el encuentro: se sentía herido, más que por su adscripción teórica —que en el fondo le importaba menos, creo yo— por el cuestionamiento de la seriedad de su trabajo que, con su sorna, Heraclio había puesto en entredicho. Recuerdo que a la salida del evento, en las escaleras del obsoleto edificio de Richard O. Custer, en la Patria, mis jóvenes amigos estudiantes de historia de la Universidad Católica tímidamente tomaban partido por Heraclio —los mismos estudiantes que a la vuelta de la esquina, hoy mismo, utilizan sin ningún cuestionamiento epistemológico, las novedades metodológicas que Guerrero importó hace dos décadas y de cuya difusión esa conferencia no fue sino una muestra— y me dejaban solo en la esquina, como casi siempre. Amedrentados por el tradicionalismo investigativo expuesto con monolítica e incaica contundencia por Bonilla, volvían al redil recompuesto por la autoridad del maestro. No creo esquematizar demasiado, me parece que el recuento es fiel.

La lectura de este artículo²⁶ —como la lectura de cualquier documento— me ha llevado a pensar desde qué lugar lo estoy leyendo, a partir de qué posición. En alguna parte, me parece que después del cuestionamiento del “giro lingüístico” a favor del “cultural”, se dice que la memoria se transmitiría a través de la lengua y, por lo tanto, la literatura y la historiografía tienen un papel central en su reconstrucción. Pues bien: el terreno en el que he preferido detenerme desde hace algún tiempo es el de esa literatura que contribuye a la selección de la memoria. Me afano

²⁶ Carlos Pabón, “El giro ‘lingüístico’: ¿desvanecimiento de la historia?”, 2005 (disponible en: https://www.academia.edu/658569/El_giro_ling%C3%BC%C3%ADstico_desvanecimiento_de_la_historia). Enviado días atrás por Carvajal a Estrella.

en el campo tan insólita, despectiva y tontamente llamado por los historiadores *de los “textos literarios”*. Situado en ese terreno tan vasto —aunque para los historiadores solo sea una instancia de transición para definir “memorias”— mi interés es limitado: poner atención sobre los engranajes que hacen funcionar la maquinaria de novelas y cuentos, sus *mecanismos internos*, como los denomina Coetzee. Claro que, visto en perspectiva, se trata de una línea con una tradición tan prolongada que va de Samuel Johnson y Sainte-Beuve hasta Cyril Conolly y los grandes contemporáneos. Pero eso no importa, lo relevante es que mi interés primordial se concentra en realizar esa lectura, si se desea, *de interiores*. No voy a negar —sería una tontería— que cualquier examen de una obra supone su relación con otros escritos, algunos de los cuales forman parte de la tradición en la que esos mismos escritos han nacido, y que examinarlos también implica atender a la situación en la cual han sido creados, a sus circunstancias sociales e históricas. Sin embargo, lo que más me interesa, y usaré una palabra devaluada en nuestro tiempo pero que define exactamente mi interés, es la *efectividad* estética de una obra, a ello procuro orientar mi esfuerzo. De ahí parte que libros que guardan gran interés para mí, sean, por ejemplo, los de Kundera dedicados al estudio de la novela, *Aspects of the novel*, de Forster, *Los mecanismos de la ficción*, de James Wood, el mismo *Mecanismos internos*, de Coetzee o su *Costas extrañas*. No digo que no se puedan realizar otros acercamientos críticos a la literatura, solamente que ese es mi interés literario en el análisis de la ficción, ver cómo funciona, cómo se hace, de qué material está hecha y con qué temporalidad se materializa un cuento o una novela, los secretos de su realización en definitiva. Si cabe decir algo más, agrego que mi interés en la ficción privilegia lo formal sobre cualquier otra cosa —sobre lo histórico, por ejemplo—, que esa es mi puerta de entrada al edificio de la ficción y que esa inclinación marca mi lectura de las obras y su ponderación.

Escribo esto —al parecer más para ponerme de acuerdo conmigo mismo que para otra cosa, por lo que ofrezco disculpas—

solo para decir que situarme en esta posición me ha costado un par de horas de sueño empeñadas en desprenderme de las manías, la jerga, el modo de pensar y ciertos defectos de mi paso por el estudio de ciencias sociales. Aprender a leer ficción — algo que desde niño me apasionó— con cierta severidad estética ha implicado que dejara de balbucear teorías y aproximaciones conceptuales —que, ahora lo veo, afortunadamente nunca utilicé para interpretar novelas ni cuentos—, una propensión a la cita y al amparo de los autores de nota, una inclinación a encontrar explicaciones de las cosas en lo que, supuestamente, éstas guardan en secreto o forman parte de otro ámbito, oculto siempre éste por las circunstancias sociales o históricas que las soportan, deshacerme de la inclinación por la *fenomenología* en suma, una verdadera fijación por evitar lo concreto, los detalles, y encubrirse en generalizaciones vagas, amorfas, útiles al fin y al cabo solo para quien las maneja como un prestidigitador — un Alejandro Moreano, para no irme por las ramas, vamos—. Encontrar el antídoto contra estos defectos de mi alborotado paso por la sociología y sus ardides ha supuesto años de hacer exactamente lo contrario: huir de lo sospechosamente teórico, de lo burdamente conceptual, preferir lo concreto a lo especulativo, la prueba subjetiva de la pista dura a la suposición, la escritura no regulada, anti-académica, irracional, descontrolada incluso, a las formas moldeadas a la medida que prefieren los *estudiosos*. Ello implicó también que abandonara mi gloriosa e improbable carrera académica en los áridos —e inútiles— terrenos de las ciencias sociales. Mientras escribo esto se despierta en mí un pequeño, muy pequeño orgullo, al ver que dos de mis críticos y ensayistas más admirados hoy, los mexicanos Antonio Alatorre y José Joaquín Blanco, siguieron un camino más o menos parecido, lo que, no voy a negarlo, me conforta.

A pesar de que mis amigos de la época de la FLACSO y los seminarios históricos, estaban siendo víctimas de la colonización de las ideas posmodernas y su relativismo, existía una diferencia fundamental entre ellos y yo: por más embarrados de especulación

que quedaran después de las conversaciones de cantina, en las aulas los estudiantes de historia por fuerza debían regresar al dato y su contundencia gnoseológica mientras yo podía permitirme el lujo de permanecer en el éter eterno, en la desesperante y peligrosa divagación consecuente al tipo de formación que me tocó en suerte (después de la época agrarista —que desconozco si fue fértil o no, útil o no—, a finales de la década de 1980 e inicios de los 90, en Quito, los sociologuitos ya no debíamos esforzarnos en investigar nada y nos permitíamos fumar un cigarrillo barato tras otro mientras oíamos cátedras de mezcolanza pura entre discursos e íbamos a casa a seguir meneando la olla, sin averiguar nada que no ocurriese más allá de las tapas de libros tan especulativos como nosotros mismos, aunque escritos, éstos, al pie de la Pirámide del Louvre), podíamos darnos el lujo de ser “teóricos” por completo, sin conexión con empiria o praxis alguna. Esto que puede ser un privilegio —privilegio de primer mundo en departamentos universitarios del cuarto— podía ser también una condena: sospechaba yo que podía exhibir una apariencia mucho más *chic* con mis malabares *retóricos*, pero sabía que me alejaba cada día más de lo que mis amigos estudiantes de historia tenían por moneda corriente: la necesidad de construir del modo que fuese, marxista, hobsbawmiano, foucaultiano ya en esas épocas, personalista, “mentálico” (de las mentalidades), veyniano, pero construir el hecho de algún modo. Solo los sociólogos —más aún: los sociólogos de la Universidad Central— podíamos procurarnos un lujo del que han carecido, me parece, hasta los grandes pensadores: pensar sin necesidad de construir un objeto de pensamiento. Sin embargo, ya en esas épocas yo escondía con habilidad cierto temor a que mis divagaciones de bar —más exactamente *de césped* fuera del bar de la U. Católica— no llegasen a buen fin.

Y no es que me arrepienta de haber vivido esa época privilegiadamente especulativa, sino que la carencia de objeto concreto de interés que no fuese especular hasta el infinito jugando con superficialidad al tute y al *puzzle* con las viejas y

nuevas teorías de las ciencias sociales —del marxismo de la escuela de Frankfurt a la teoría de juegos en la politología, de la teoría de la elección racional a la teoría institucionalista en la psicología social— en el fondo me preocupaba más de lo que dejaba ver mi boba alegría teoricista: era como disputar una gran partida de póker con naipes de lujo frente a jugadores invisibles. Quizá, es más que probable, esté confundiendo aquí *objeto de reflexión* con *dato empírico*, pero en ese tiempo lo que echaba en falta, como diletante de las ideas que fui, era la concreción y el rigor que imponía pensar en un coto cerrado y no con el horizonte entero por límite, y eso identificaba yo, un inepto para la filosofía “profesional” al fin y al cabo, con un retazo al que descendiera desde el éter y me hiciera colocar los pies sobre la fría tierra. Más aún: tentar el riesgo con las disciplinas desmembradas y en mutación vertiginosa podía amedrentar al más arriesgado. Pero esas sutilezas, según veo ahora, escaparon por completo a la percepción de la mayoría de mis “colegas” de generación. No lo sospechaban y ahora será imposible que lo sospechen.

No lo sospecharán, afirmo, porque viven ahora y cobran rentas del material recogido en esa cosecha. Si, a mi juicio, es una gran dicha que la historiografía contemporánea disfrute de un momento de repliegue de la ideología —que al parecer está marcada por la pasión en creer que lo que percibimos de la realidad es una fantasía y que la realidad en verdad está gobernada por resortes siempre ocultos y espurios, concepción cuyo origen me intriga: ¿Hegel, Marx, el cristianismo?— no soy yo quien puede entusiasmarse por lo que ocurre en las disciplinas históricas, hoy. Si lo bueno de la historia, de las aulas de la Católica a la escuela de los Anales, es la necesidad del dato, aquello que echaba de menos en mi formación como sociólogo, como lector de literatura el dato construido bajo el método que sea no me sirve: ¿qué me dice el dato acerca de la concentración en los detalles de Nabokov al escribir Lolita (y su implicación para producir un efecto no solo de verosimilitud, sino de extrema veracidad, de hiperrealidad, que es lo que suele ocurrir con los narradores

detallistas, gracias a lo cual embrujan al lector y despiertan su perplejidad —desprecio, agobio, náusea— ante la fatuidad de lo real), como cuando dice que Humbert Humbert conducía el volante del viejo coche “con un solo dedo” con Lolita a su costado? En ese plano, naturalmente, estalla la diferencia entre la mejor disciplina científica y el arte. Quiero decir que, si en el estudio de la literatura uno no está preocupado por las *narrativas*, la crisis en la escritura de la historia le dice poco, casi nada. Y por supuesto no es que desprecie el cambio de postura en una disciplina u otra, sus crisis epistemológicas, sino que, este caso en particular no alcanza a mis preocupaciones de estudio, aunque sí a intereses intelectuales más generales.

Escribo esta palabra, *crisis*, de modo completamente consciente porque salta a la vista que la posmodernidad y sus antecedentes colocaron en crisis el estudio de la historia. No digo que ello sea malo, solo que así ha ocurrido. Lo que veo es una crisis que atraviesa esencialmente la *forma*: si las ideologías y el marxismo con su infatigable confianza en el progreso aseguraron a la historiografía un lenguaje positivo y constructivo, la posmodernidad con su obsesión por desarmar discursos puso en entredicho el mecanismo de expresión de sus hallazgos. De ahí arranca la crisis, me parece, y termina por afectar a todo el cuerpo, a sus recursos, herramientas y métodos de investigación. Emparentadas en la expresión, en el uso de la palabra como medio, con la crisis la historiografía termina por ver a su —considerada durante demasiado tiempo— hermana menor después de la época de los antiguos, la literatura, y se despiertan sus ansias por compartir algo de su libertad. Pero: ¿cómo conciliar dos actividades cuyos fines, no sus medios, dígame lo que se diga, son antitéticos? ¿No hay algo de razón en aquello de que el propósito de la historiografía es explicar más que contar? El famoso giro lingüístico con todo y su nombre rimbombante no hace sino profundizar el problema, el hecho de que las explicaciones a partir de las ramas —las clases, los estratos, la lucha entre las clases, los sistemas de pensamiento— fueron insuficientes para

enfocar al hombre en su conjunto, pero gracias al *giro* nos quedarán “imágenes”, “memoria”, como estampas ahora sí bien contadas.

En el fondo dudo mucho que ésta sea una cuestión de escribir bien o no. Por supuesto agradezco que la historiografía venga bien escrita y divierta, pero me parece que la crisis de autoestima de las disciplinas y las artes abierta por la posmodernidad va más allá. En la historiografía parte también, creo, de la insatisfacción con la realidad, de la falta de suficiencia de la realidad, no solo de que el relato se exhiba, arrogante aunque incompleto, en la era de la historiografía tradicional, sino que el propio ser humano echa en falta sus pulsiones imaginarias y la realidad se le antoja corta. En el fondo creo que palpita en el ambiente una no admitida insuficiencia de las ciencias, su verdadera impotencia para decirlo todo, acompañada de la reacción pueril y el acto reflejo de intentar comerse a los rivales para fortalecerse y seguir.

Lo curioso es que esa misma crisis ha tocado también con su vara posmoderna la frente de la literatura. Si la historiografía se alimenta de textos y no de hechos en sí, lo cual es cierto, la literatura puede alimentarse de literatura, de hechos, de textos, imaginación y recuerdos, y, aun haciéndolo, no estar conforme con su estatuto formal. La literatura también ha querido oírse como un ensayo de realidad, con una ilusión de veracidad, y, si admitimos esto, en adelante podremos entender mejor a Sebald o a Julian Barnes. Creo que la crisis de discurso de la literatura, de las artes y las disciplinas humanas en general obedece a cierta antigua compartimentación de los saberes que ha terminado por indigestarnos a todos.

El problema de las proposiciones que intentan abrir el discurso histórico a otros vientos es que, entre los de veras dotados, como aquellos que cita el artículo, grandes maestros de la investigación y acaso de la pluma, mucho o casi todo es aprovechamiento de las proposiciones, optimización de las provocaciones, radicalización del riesgo, pero en las periferias del conocimiento, en nuestros predios, por ejemplo, la falta de desarrollo de definiciones y herramientas que conviertan los postulados en trabajo empírico inevitablemente conduce a que las incitaciones —más allá de que en

ocasiones puedan resultar prematuras: quién puede pensar que para construir una imagen, una memoria o lo que sea, pueda compararse siquiera el análisis de los “textos literarios”, que albergan una tradición de más de dos mil años, con la observación ¡del mismo cartel!, por más teoría de la recepción que se aplique a la visión del maldito cartel— queden a medias y los discursos teóricos no se conviertan en verdaderos hallazgos sino en materia mal cocida. La segunda posibilidad es convertirse en loros, lo que suele ocurrirle a la mayoría: un frangollo mal hervido a la manera de la Escuela de Sociología de la Universidad Central y sus condimentos. La primera posibilidad la ilustra Guerrero: sus aprendizajes teóricos no fraguan como debiesen y se nota aún la recurrencia del entramado, su necesidad para que la edificación toda no se venga abajo. Se le notan las costuras y ello, aunque Guerrero sea el magnífico investigador curioso que es, no lo salva de su condición periférica... entre periféricos, ¡ensalzado sea Alá! La fusión entre teoría y dato resulta impostada, inconclusa, inducida.

Pero nada como los loros, nada tan patético como un loro: comen en la mano de los mejores, de aquellos que, aunque no triunfen, arriesgaron y arriesgan, como lo ha hecho Guerrero, repiten las frases los loros y hasta, ay, las zurcen con gracia. Para un loro nunca existe algo que Bertold Brecht enseñó: el distanciamiento del actor. Románticamente, para cada loro no hay nada más bello que el mismo loro. Ellos, simplemente, se han fundido con su rebaba, se han *mimetizado* con ella, ahora que recuerdo y quiero recordar al gran Auerbach a quien tuviste la gran amabilidad de conducirme.

Marcador final:

Promoción de historia del 96 = caterva de loros.

Un abrazo,

F.

(Carta sin respuesta de Carvajal)

Carvajal envía a Joaquín Hernández Alvarado, Javier Vásconez y F. X. Estrella el artículo “Manual de uso para el declive imperial”, de Jacinto Antón²⁷, publicado en El País, en el que se anuncia la nueva edición de Decadencia y caída del imperio romano, de Gibbon.

17 de abril de 2012
(Hist.)

Queridos amigos:

Esta me parece una excelente noticia. ¿Al fin tendremos la gran obra de Gibbon a nuestra disposición?

Ya sé que los novelistas dudan de la historia, qué le vamos a hacer, y no solo ellos, sino algunos ensayistas que tratan de olvidar las oscuras ciencias sociales, pero solamente esta frase que cierra la nota y que se ha extraído de la obra del inglés es suficiente perla como para pensar la imaginación que porta en sí la historia:

“Era poco probable que los ojos de los contemporáneos descubrieran en la felicidad pública las causas latentes de la decadencia y la corrupción...”

Además, esas precisas caracterizaciones de los emperadores (disculpas por lo que puede ser un anglicismo, “caracterizaciones”)

Abrazos,
IC.

²⁷ Jacinto Antón, “Manual de uso para el declive imperial”, *El País*, 16 de abril de 2012. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2012/04/16/actualidad/1334601364_641285.html

17 de abril de 2012
(Hist.)

Querido Iván,

¡Al fin Gibbon! Borges siempre habló de él (sus menciones en el *Borges* de Bioy Casares son abundantes y siempre muy elogiosas), deseo leerlo.

Imagino que el libro costará un ojo de la cara que vale la pena gastar. El conde Siruela, Jacobo Fitz-James Stuart, como me gusta llamarlo, aunque a él le importe un rábano partido por la mitad su noble título, hace un excelente trabajo con *Atalanta* del mismo modo que antes lo hizo con *Siruela*. Por ejemplo, ha editado también en dos tomos la *Vida de Casanova*, libro que para conseguirlo deberé hacer un trabajo extra o ingeniarme y hurtarlo, ya lo decidiré.

¡Esto sí me gusta! Cualquier vejestorio —al menos así lo ven la mayoría de mis contemporáneos, con excepción de Gustavo Salazar, claro está— despierta mi asombro y me incita a leerlo. He leído muchas partes, nunca íntegramente, de las *Vidas paralelas* de Plutarco —tengo dos ediciones: una en seis volúmenes que compré aquí y otra antigua, en cuatro, que me regalaron en Bolivia— y uno de mis preferidos es la *Vida de los Césares* de Suetonio, que he leído y releído desde que era niño.

Así es que Gibbon, estoy seguro, me vendrá como anillo al dedo.

Gracias por la noticia.

Un abrazo, querido Iván.

F.

20 de abril de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

Después de leer *El libro flotante...de Leonardo Valencia*, me he quedado intrigado sobre dos cuestiones:

1) Hay páginas de una escritura notable, en que se revela un excelente narrador, con gran manejo de la lengua y los recursos narrativos. Mas está por otra parte ese juego con los poemas en prosa, que fracasan tanto en esta novela como en su anterior. Y hay algo así como un problema de estructura, de composición, que deriva de cierta ampulosidad más bien intelectual que imaginativa.

2) ¿Qué oculta la inundación? Es interesante contrastar el mundo criollo, sabroso, popular, de Velasco Mackenzie, que es el que se hunde sin remedio en la novela del “romano”, con ese mundo de los residentes de las Lomas de Urdesa, casi todos con apellidos y nombres extranjeros, italianos, franceses, algunos árabes quizá. ¿Qué hay en ese repudio de lo criollo, de la plebe? Eso no encuentro en Vásquez, por ejemplo.

¿Es algo generacional? ¿O una posición de Valencia?

Abrazos,
IC.

20 de abril de 2012
(Lit.)

Querido Iván,

Uy, esto sí amerita la reunión que nos debemos, pero adelanto una conjetura que me da vueltas acerca del punto dos. Sí, hay un repudio de lo plebeyo en mi generación, por varias razones. Escribo parte de lo que pienso.

En el Ecuador y fuera de él, creo que hasta en España, se constata en mi generación, entre los lectores y escritores de treinta a cuarenta y cinco años, una verdadera fijación con la literatura norteamericana contemporánea posterior a Capote. Y yo me he preguntado: ¿de dónde viene esa obsesión, nuestra necesidad insalvable afincada en norteamericanos como Stephen King, Foster Wallace, Douglas Coupland, Palahniuk o Bret Easton Ellis? Hasta hace poco no sabía ofrecer una respuesta seca, es decir, distanciada y no emotiva, pero ahora he pensado lo siguiente: nosotros somos la primera generación completamente amamantada por la televisión, para nosotros más importante que el barrio, las familias numerosas, los viajes, el campo metido en la ciudad en sus potreros y solares vacíos, la sala de cine, las excursiones, las novedades de la ciudad —como ver al Cordobés en la Plaza de Toros—, más importante y decisivo que todo eso ha sido lo que nos decía, lo que nos transmitía la caja de la TV, tarde tras tarde, noche tras noche. ¿Y qué era eso? Lo resumo de este modo: la ideología de exportación de México y los Estados Unidos de América. Veíamos dramones mexicanos en todas sus formas —películas, series o telenovelas— y edulcoradas versiones de lo conforme y no contradictorio, versiones del optimismo norteamericano de la era Reagan (opulencia y apariencia de optimismo en series para niños, comerciales, miniseries, documentales —el del mundo submarino de

Jacques Cousteau, por ejemplo—, telenovelas —escasas— y, por supuesto, películas.) Tomaré un atajo con el fin de ser más directo: ¿has visto la película *El secreto de mi éxito* con Michael J. Fox? Si no la conoces y si tu estómago no la rechaza, te ruego que la veas: eso es lo que veíamos nosotros cuando niños, *todos nosotros*, el sueño americano convertido en una posibilidad de *fast food*: con ello crecimos y a ello respondemos de uno u otro modo. Melodrama + triunfalismo hollywoodense es la fórmula del subconsciente de mi generación.

En ello reside la pasión de la gente de mi edad por la literatura norteamericana: aman la literatura norteamericana contemporánea porque les recuerda su infancia, porque remite a esos sueños de triunfo y orden del *Show de los Muppets* a la película *Clase*, pasando por la serie *Three's Company* y *Dinastía* o *Dallas*. Los medios de comunicación, como diría Jean Luc Godard, “nos han colonizado el inconsciente”, y nuestro particular Hernán Cortés ha sido la televisión.

En las series-películas-documentales americanos no existe la plebe latinoamericana, no se diga ecuatoriana. A lo sumo en *Los olvidados* de Buñuel, que por fortuna también vi cuando niño, pero lo fuerte, lo “aspiracional” como dicen los mercadotecnistas que en el mundo han sido, no admite subdesarrollo alguno. La TV sirvió a la ¿clase media? de mi época para exorcizarse de su raigambre popular: vivíamos en San Juan, pero vivimos en Beverly Hills y Bel-Air.

He debido hacer acopio de fortaleza y refugiarme en otra enajenación quizá —la literatura mexicana— para vacunarme contra el optimismo reaganiano.

Creo que Valencia, más allá de sus peculiaridades como escritor, se enmarca también en esa generación. Él es, por supuesto, más listo. Pero responde también a ese “rango” y es lo que cuenta. Lo popular lo contamina —quizá en eso Leonardo sea más que un hombre de TV, un hombre de letras, pero las letras acaso le han servido para enajenarse— y, me imagino, las letras le han servido para escapar del infierno de lo prosaico que a

él le resultó Guayaquil. En definitiva: acaso comparte algo de lo ilusorio de quienes crecimos en esa época con una singular dosis de enajenación literaria. Supongo que algo de eso es posible.

Por el momento esta hipótesis. Pero aún es una conversación inconclusa.

Un abrazo, querido Iván.

F.

21 de abril de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

Muy sugestivo lo que tú dices. Fíjate que yo tenía en cuenta este entorno cultural en relación con mis estudiantes de tu generación, pero no tenía presente la impronta sobre los escritores, artistas, intelectuales. Es verdad, la tuya es la generación amamantada por la tv, no la primera, sino *la* generación, pues la que les sigue ya está en otro mundo. La mía fue formada por la radio, los cuentos de los hermanos Grimm en las ediciones en miniatura de la editorial Sopena; solamente el niño atormentado que debe haber sido Javier Vásconez se amamantó —según alguna vez me contó—, directamente con Freud, Henry James y Proust, gracias a la exquisitez aristocrática de su madre, aunque sus testimonios suelen pecar de muy extraños anacronismos. De ahí tanto pasillo, bolero y tango que resuena en la narrativa de Velasco Mackenzie y todos los Pérez & Egüez. Pareciera que a Pancho Proaño no le dejaron oír ni siquiera la radio; su mundo es el de la vitrola y las cajitas de música escondidas en las cómodas. Hay un momento muy importante en la historia del Ecuador, cuando llega el transistor. Eso revolucionó el campo. Bicicleta y radio de transistores: no conozco un ensayo sociológico o antropológico —me refiero a estas disciplinas pensando en ensayos a lo Caillois o lo Geertz, no a los trabajitos perezosos de tus ex colegas—, o un buen documental sobre ese momento en Ecuador. Alguna vez vi un documental italiano sobre el Fiat topolino, el ratoncito, y cómo este autito modificó la vida cotidiana, la cultura, la moral de la clase obrera, los campesinos y sobre todo las mujeres, que comenzaron a salir de casa para darse sus paseítos, quizá para ellas se construyó la Ruta del Sol. Sin esa combinación de bicicleta y transistor, bajo la tutela de monseñor Proaño, los salesianos (no,

desde luego, aquellos que enseñaban en los colegios Cardenal Spellman para las niñas y niños ricos) y la HCJB, no habría habido más tarde CONAIE, ni ponchos y plumas en la nueva diplomacia, ni ese Estado plurinacional en el que vivimos, según reza nuestra sagrada constitución. Yo no tuve sino un radio de transistores, que me robaron pronto, por dejarlo en una ventana mientras me fui a la tienda a comprar unos plátanos. Dependí más bien del casete, de hecho, tenía unos cuantos con música de Bach, Mozart, Beethoven y Dvořák, ¡vaya ilusión esnobista de cultura melómana!

¿Hay algo que no sea “clase media” en el *American way of life*? En esas series edulcoradas sobre los potentados gringos, estos son bien clasemedieros en sus gustos, sus expectativas, sus intrigas. Imagínate lo que sería una serie sobre Mr. Kissinger y su entorno, que escarbe, hurgue, hunda la cuchilla en los intersticios, como se supone que hacen los forenses...

La mayoría de los jóvenes de hoy ya no tiene mucha idea de la TV, ellos son criaturas de otros artefactos —¡lo que estoy poniendo!, toda una tesis “materialista”, vaya!—. Tampoco leen mucho, y escriben menos, su estándar es el Twitter, tres frases llenas de signos “taquigráficos”. Ya no entienden *El astillero* de Onetti, pues su vocabulario no da para tanto, y como tendrían que ir continuamente al diccionario, prefieren dejar las cosas ahí no más, y bajarse un resumen de internet.

Nuestro amigo Leonardo, por otra parte, debe haber vivido el escarnio de las alcaldías de los Bucaram, la basura en las calles, la fetidez. Hay épocas en que Guayaquil es, o era, total fetidez. Yo llamaba a la ciudad “el pantano” cuando vivía ahí, del otro lado de un brazo del estero, frente a Urdesa. Cuando caían los grillos o subía el calor, vaya fetidez. Y el ambiente cultural es muy extraño, de una clase media plebeya. Cabe contrastar a Vallejo, Balseca y Campaña con Valencia. Este es el refinado. Vallejo, el arribista que toma lecciones sobre cómo comer escargots para llegar a ministro, embajador, y, con suerte, como él quisiera, a director general de la UNESCO... Balseca,

desconcertado siempre. Campaña, que vio que acá acabaría de abogado de algún ministerio, trabaja afuera, siempre con la mira puesta en ser el “referente intelectual” del puerto y de la patria... Valencia es definitivamente de las Lomas de Urdesa, sin que importe en qué barrio haya vivido. Debe pesar mucho —mucho más, desde luego, que el ya de por sí penoso Benalcázar, donde estudiaste— ese padecimiento en el colegio San José, donde —creo, no estoy seguro— se educó. Me intriga ese desdoblamiento de sí mismo en “Iván Romano” (vaya nombre) y el menor de los Fabbre, Ignacio: ese encierro en la biblioteca. Pero es un encierro “ilustrado”, racionalista más que imaginativo, que algo tiene de encierro de erudito.

La otra cuestión que me inquieta tiene que ver con los personajes femeninos en las novelas de Leonardo. En *El desterrado*, amas de casa italianas. Se opacan rápidamente, sea porque se llenan de hijos, sea porque enloquecen. En *El libro flotante...*, una madre que enloquece, la de los Fabbre; una hermana que vagabundea por Europa, la Romano; una belleza casada, con amantes e hijo moribundo, V, y muchachas de lo que —siguiendo tu observación—, cabe llamar “clase media estándar *American way of life*”. No hay amor en los personajes de Valencia, y cuando se refiere al amor —las parejas de su primera novela, el amor de los Fabbre por V— no hay pasión, no hay intensidad afectiva, no hay sufrimiento. Se va tu amante y no te pasa nada. ¡Qué contraste con la pasión de la mujer de las bielas por el novelista!

Creo que Valencia necesita un par de años de vagabundeo por puertos, aldeas, lupanares, hospitales, no sé, prohibido de conciertos de cámara, museos, libros. Algo que le sacuda el intelectualismo que tal vez le impida ser un artista pleno. Está muy “empaquetado”, por decirlo de alguna manera. Y vaya si tiene talento...

Abrazos,
Iván

22 de abril de 2012
(Lit.)

Iván,

Espero no ser desconsiderado si prosigo con la correspondencia, aún tengo un par de ideas.

1. Hace un par de meses leí una novela breve, casi infantil, de José Emilio Pacheco, *Las batallas del desierto*, muy bonita. La cito porque recuerda la infancia de la generación de Pacheco, que bien podría ser la tuya o la de Javier, y describe algunas referencias de tu carta (la radio, el transistor. De paso digo: una de las razones para que yo abandonara la disciplina esa, la sociología, fue que quería escribir algo como lo que dices, el tratado sobre el transistor, pero en la facultad me veían — más mis compañeros que mis profesores, debo ser justo, más conservadores los jóvenes que los viejos— como a un marciano y me sentía huérfano de una tradición nativa mínima. Ay, si solo hubiese leído en esos años a Caillois o a Lévi-Strauss hubiese enviado todo a la mismísima mierda y lo hubiese escrito.) Leí la novela de Pacheco en un par de horas y me hizo llorar durante cerca de una, no sabría explicar el por qué. Imagino que sentí a mi padre cuando niño, o imaginé verlo, en esa novela.

2. Si he conocido algo de mundo —y me refiero al mundo-mundo, de un acuchillado que vi en la plaza de La Victoria cuando tenía seis años; mi madre me cubrió de inmediato los ojos con su diestra, pero alcancé a verlo; a las lágrimas de un personajillo nefasto de la política de este país, pasando por las sábanas de damas burguesas desaforadas y en éxtasis— ha sido gracias a que un día decidí descender por las escalinatas de San Juan y soñar con echarme el mundo a la espalda, triunfar, con lo

que imagino llevaría a cabo mi sueño americano. No es que haya llegado a un podio artístico con ello, no lo he hecho, pero estoy convencido que me ha servido, definitivamente, para escribir porque escribir es recordar, recordar con imaginación. Agradezco haber nacido en San Juan, el barrio que siempre odié, porque si no hubiese nacido ahí nunca hubiese querido desprenderme de él y quitármelo de la piel intentando conocer mundo.

Me da la impresión que mi amigo L. Valencia intenta escribir novelas sobre la base de lo que ha leído. Es lícito y posible, pero no del todo confiable. Tú sabes: no se necesita haber muerto en el intento, apenas una percepción privilegiada, una dosis de sensibilidad peculiar, para llevarse el mundo con uno y procurarse el grueso del material. Vargas Llosa ha dicho que el escenario de su próxima novela será Piura en los cincuenta, aún no se le ha acabado la tinta después de *Conversación*, *La tía Julia*, tantas otras, y ya sobrepasa los setenta. Pero hay algo en la novela como género que no admite bien lo que uno ha vivido en los libros únicamente y se resiste a lo no festivo, a lo no experimental, a lo no vivido. Borges pudo vivir y ver poco —aunque también dudo de esto—, pero su imaginación funcionó de maravilla porque escribió cuentos, poemas y ensayos, no novelas. En las novelas hace falta una dosis de aspereza y, voy a decirlo, de *sabiduría*, que confiere la experiencia y no es posible sustituir con la imaginación más pulida o la investigación más afanada. Si se investiga o imagina, este acto debe ser compaginado con una dosis de verdad que confiere la vivencia meditada y pasada por el tamiz que organiza racional —e irracionalmente— el material, por la mano del orfebre y del artista. Porque es un género prosaico, la novela debe trabajar lo prosaico y mundano con la emotividad que emiten esos factores cuando se materializan, aunque el modo en cómo conocemos nosotros esa mundanidad y esa prosaica certeza sea a través de la palabra. La novela no es solo una máquina de signos o lenguaje puro, la novela debe conocer cierta violencia concreta.

Es lo que hace falta en los libros de Leonardo, ese rodar mundo de los novelistas y no solo de ellos, de muchos cuentistas y, sin duda, de los poetas. Me temo que, si ahora se perdiese en lupanares, comilonas y jamones, no encontraría ya ese placer por lo caótico del mundo que evidencia todo artista de la novela. No por falta de talento, por supuesto, sino por falta de entrenamiento y piedad con las cosas del mundo. Cuando uno se ha educado en la evasión y ha aceptado la evasión como eje de trabajo, por fuerza los resultados evidenciarán la frialdad del retiro —¡que no del destierro o el exilio!— y lo descomprometido de aquel que es poco o nada entusiasta, serán objetos en manos de un aséptico en su laboratorio. En mi opinión, *La luna nómada* es mejor que *El desterrado* y el *El desterrado* es mejor que *El libro flotante*, y éste a su vez está por encima de *Kazbek* porque *La luna nómada* trabaja con los impactos, sugerencias y enigmas del cuento y lo hace en clave borgiana —al menos en algunos casos— que no requiere esa violencia. Así funcionan el cuento de la mujer que se va a casar, “Las emisarias”, el cuento dedicado a Lezama, el del capítulo seis de los libros, el del maestro chino y su discípulo, en fin, todos los cuentos. Son sorprendentes, impactantes, intelectuales, pero no carnales ni vívidos. El muy joven Leonardo de *El desterrado* —el mejor prospecto de novelista ecuatoriano de los últimos años con este libro— se solaza con ese tono nostálgico y emotivo que a mí me parece de neorrealismo italiano y nos hace vivir y emocionarnos a causa de la disolución de la familia Dalbono. Pero después viene el quiebre, la inflexión, con *El libro flotante*, que Leonardo escribe con la explícita intención de convertir en su *opus magnum*: no es necesario que se atienda a lo que el novelista, intuimos, se ha esforzado en dar la espalda, al “pantano” que tú recuerdas, los bohíos, los grillos, la cerveza regada en los pisos de cemento, las montañas de basura en las calles, pero falta a la verosimilitud —si este concepto aún es válido para la novela de hoy— el hecho de que un madero húmedo, podrido, pestilente, mohoso, no aparezca, flote o se hunda en ese mundo anegado.

Ello funciona en Nueva Orleans o en el fétido Londres de la Edad Media, pero no en la novela de Leonardo Valencia, en la que no hay *sensaciones* por ningún lado. Valencia le da la espalda a lo sensitivo en atención a ¿la palabra? Quizá: tal vez pretenda que su novela se convierta en un total artefacto verbal y corra el riesgo que es, supongo, un gran riesgo. Su trama, tan retenida, intrigantemente contenida, tampoco es de recordación o asombro especiales. Para mí *Kazbek* es la consumación de ese camino equivocado, de intentar una novela como artefacto verbal y no atender a pulsión alguna. Creo que Leonardo debería ser un cuentista —y ensayista— y acaso trabajar en una novela de ingenio y artefacto, pero no apuntar a la novela como ambición central.

Y, dicho esto, llegamos a lo de siempre: el crítico que reprocha al escritor y lo reconviene de mala manera. Qué le vamos a hacer.

Me parece que el talento debe controlar al talento. Recuerdo una frase de Nietzsche, “la inteligencia debe poner límites a la inteligencia”. Un artista en ejercicio debe intuir por dónde va, olfatear sus límites, elegir su forma de expresión, su formato. Me parece, lamentablemente, que eso anda fallando con Leonardo.

Abrazos,
F.

23 de abril de 2012
(Lit. Cult.)

Querido Francisco,

Coincido contigo en tus apreciaciones, y me son de mucho valor, no para el artículo (éste habrá de tener finalmente un cariz propagandístico de la “literatura ecuatoriana”, cosa que, como sabemos, no existe), sino para pensar en lo que sucede con la novela. Leí hace muchos años la novela de Pacheco, y me gustó mucho. No recuerdo haber llorado, aunque sí disfrutado de la novela, quizá más que de sus poemas posteriores.

Gracias por los comentarios.

Un abrazo,
Iván

24 de abril de 2012
(Lit. Cult.)

Querido Iván,

Reviso el número 257 de la revista de la Casa de las Américas dedicado a los escritores de este país y recuerdo que Vásconez, habiéndose negado a participar en el número, pero con la invitación del comisario Fernández Retamar en la mano, había referido mi nombre al comisario para que yo enviara un artículo... lo hacía para ayudarme a publicar algo. Recibí un mail de Fernández Retamar, lo pensé muy bien, y dije que no. ¡Cuánto me alegro de haber tomado esa decisión! Me perdí la oportunidad de compartir cartel con, precisamente, Avecillas, ensalzado sea, a quien no tengo el placer de conocer ni padecer, y de ser vecino en la página de *Amalia*, *Amalia Carífo*, ya que estamos en esas. Cuando pasan estas cosas, pienso en los papeles que nos tocaría representar a cada uno de nosotros si esto se convirtiera en la Cuba de Castro o la Rusia de Stalin, a quien le tocaría ser nuestra Ajmátova o nuestro Mandelstam —¿tú?—, quién sería nuestro comisario Fernández Retamar —¿Ponce?—, nuestro Padilla —¿yo?—, nuestro Arenas, nuestro Pasternak, nuestro Lezama —¿Vásconez?—, nuestro negociador entre uno y otro bando, nuestro presidente de la Sociedad de Escritores Oficiales —un casi seguro R. Vallejo—, quién sería yo mismo: ¿vencería cierta cobardía que en ocasiones padezco o prevalecería mi ¿liberalismo anárquico? e iría a parar a la cárcel, el exilio o el silencio casa adentro, en una casita en el campo?

Leo algunas de los poemas de ese repulsivo número dedicado al “Ecuador” y me avergüenza en ellos la escritura por encargo, colocar los caballos en función de la cuadriga, ofrendarlos a una conveniencia política. ¡Por qué mierda lo hacen, para qué! En un pasaje de *El pez en el agua*, Vargas Llosa dice que nuestros

intelectuales y escritores tienen tan mal asegurado su futuro económico que no les queda más que hacer venias a los poderosos y por ello padecen falta de independencia. Al respecto Vargas Llosa pone el ejemplo espantoso de un Julio Ramón Ribeyro —hombre sosegado y aislado de la arena política pero que gracias a gobiernos y estructuras vivió siempre en Europa— vociferante en contra de un Vargas Llosa en campaña presidencial. Pero en privado y a través de un amigo común, Ribeyro le envía a Vargas Llosa el siguiente mensaje —lo cito de memoria—: “dile a Mario que no haga caso de mis declaraciones, que son puramente *coyunturales*”. Y a VLL casi le da un ataque. Quizá Vargas Llosa tenga razón: nuestros escritores latinoamericanos, no se diga ecuatorianos, prefieren comer y agradecen al Estado, el Amo, por su plato de lentejas.

¿Cómo un hombre que era el periodista *pesimista* —así lo definió la revista *Diners* en una interesante serie que comparaba la opinión de algunos periodistas respecto del futuro de este puerco país— puede dar ese giro y convertirse en un convencido del “proyecto”, un rehén de un gobierno populista y degenerado como éste? ¿Por qué? Me parece que en Ponce hay más cinismo y deseo de jugar que otra cosa, que se trata de una endeblez moral, más que otra cosa. No lo sé.

Es cierto: ninguna sorpresa. Ya ni siquiera da lástima.

Como decía el personaje de una novela: *allá penas*.

Afectuosamente,

F.

El mismo día, jueves 3 de mayo de 2012, Estrella ha enviado a Raúl Pacheco, Juan Pablo Castro, Javier Vásconez e Iván Carvajal un fragmento del filme Todo Modo, de Elio Petri, en YouTube, ante lo cual Carvajal recuerda en un mensaje anterior a éste de Estrella la novela de Sciascia sobre la que está basada la película, además de mencionar un documental dedicado a Giulio Andreotti, político italiano de las altas esferas de la Democracia Cristiana.

3 de mayo de 2012
(Lit.)

(Sin encabezado)

No he hallado el vídeo con el filme, me encantaría ver *Todo Modo*²⁸ de nuevo. Y, por supuesto, es una novela que me fascina, con ese misterioso final, más aún que el de la película. Por lo demás, una magnífica novela corta, me parece.

Quizá Don Javier no diga eso pero que la novela (¡y el film, el film!) es estupenda, lo es. Tengo *El archivo de Egipto* en casa, pero no la he leído. ¿La recomiendas?

No he visto el documental de Andreotti, lo buscaré. Es curioso que el papel que interpreta Gian Maria Volonté en *Todo Modo*, basado en parte en Aldo Moro, anticipa su protagonismo en *El caso Moro*, esa entretenida cinta sobre el asesinato del jefe de la Democracia Cristiana, precisamente el hecho que citas. ¿La viste? ¿Era de verdad Aldo Moro tan candoroso como Volonté —que era comunista, eh— lo interpreta en la película? Cuando, a la hora del alba, lo matan a balazos en el compartimento trasero de un coche mientras duerme, cubierto del todo por unas mantas,

²⁸ Cinta de Elio Petri con Marcello Mastroianni y Gian Maria Volonté (1976), basada en la novela homónima de Leonardo Sciascia.

el momento es triste, aciago, pues uno se ha encariñado mucho, se ha acostumbrado a él.

Espero que los piratas del mundo del vídeo nos salven con estos dos filmes para verlos otra vez.

Abrazos,

F.

4 de mayo de 2012
(Lit. Hist.)

Querido Francisco:

Pues, como te decía, si *Todo modo* me parece una estupenda novela, *El archivo de Egipto* me fascinó. Con decirte que prefiero ésta a aquella. No te diré nada de la novela, es de esas que, habiéndolas leído mucho tiempo atrás, apenas la mencionas te vienen imágenes potentes a la memoria; pero seguro que la vas a disfrutar.

Como Volonté, Elio Petri también fue comunista, aunque abandonó el partido cuando la invasión soviética a Hungría en el 56, lo que le honra; creo que Volonté estuvo hasta cuando los tanques aplastaron el “socialismo con rostro humano” checoslovaco — he revisado Google, porque vi hace un par de años un documental sobre él, y quería estar seguro, y ahora atando cabos fue ahí cuando pasaron *Todo modo*, ya ves, mis experiencias con la TV son más bien cinematográficas, aunque haya que lamentar el tamaño de la pantalla, pero al menos uno se libra del asqueroso olor al canguil y los hotdogs—.

Para mí, la mejor actuación de Volonté, dentro de lo que conozco, es la del comisario en *Un ciudadano libre de toda sospecha*, también dirigida por Elio Petri. Es de lo mejor del cine político. ¿La has visto? Te la recomiendo, es una gran película.

Aldo Moro sin duda no era tan inocente como aparece en el film de Petri, que sí lo he visto un par de veces, seguramente también en la TV. A mi juicio, hay ahí una deformación debida al sesgo político que provoca la cercanía al conflicto, pues se quiere contrastar la figura de Moro con la de Andreotti. Moro, en ese momento, planteaba un acuerdo amplio con socialistas y comunistas, en el contexto del surgimiento de grupos radicales a la izquierda —no solo las Brigadas Rojas, que eran el asunto

más complejo por el terrorismo, sino también Lutta Operaria, que creo que era el grupo de Negri, anarquistas y otros—, y a la vez grupos de derecha, también terroristas neofascistas, y la intervención de la mafia en política, como se sospecha en el caso de Andreotti y se sabe en el caso de Berlusconi, un poco más tarde. Es decir, Moro venía a expresar el acuerdo democrático, y de ahí que la izquierda no haya dudado en ubicar la autoría del asesinato dentro de los nexos entre Andreotti y la mafia. A la vez, Andreotti pudo tomar el poder y a la vez inculpar a las Brigadas Rojas y desatar la persecución contra éstas y otros grupos de izquierda. El propio Negri estuvo en la cárcel, y creo que incluso Agamben.

Abrazos,
Iván

Carta dirigida a Lucía Arízaga, Javier Vásconez y F. X. Estrella.

27 de mayo de 2012
(Cult.)

Saludos, queridos.

Como pueden ver, el culebrón papal se alarga...²⁹ Hay un aspecto fascinante en todo este culebrón: esa mezcla de intriga cortesana casi medieval, junto a los intereses políticos de la iglesia, las finanzas —pues se perciben otra vez los nexos de la banca vaticana con capitales mafiosillos— y la corrupción de los curas vinculada al doble juego de poder que estuvo bien para consolidar la iglesia en los siglos “oscuros” de la Edad Media, antes del año 1000, pero que hoy resultan un disparate: el sacerdocio masculino, puesto que las mujeres no pueden ser sacerdotisas sino solo monjas, y el celibato. Claro que si se suprimen estas dos reglas, la iglesia católica podría derrumbarse, pues le seguirían el cuestionamiento del imperio papal, la posibilidad de elegir obispos y suprimir cardenales, es decir, “democratizarla”, y con ello, “democratizar” la misma teología poniendo a discusión los dogmas a través de las redes sociales...

Se suponía, cuando lo nombraron, que Benedicto sería un político tan fuerte como el anterior, pero Juan Pablo II estuvo en un momento singular, el fin de la URSS, el avance neoconservador, y tuvo una función destacadísima en la política mundial “representando” el viejo sentido imperial de la latinidad, pero al servicio de Estados Unidos en el momento en que apenas si comenzaba la declinación de su hegemonía. Ratzinger es más bien un ideólogo viejo. JP era una especie de Borgia pero “a

²⁹ Carvajal remite el artículo de Pablo Ordaz, “Lo que ocultaba el cuervo del Papa”, *El País*, 27 de mayo de 2012: https://elpais.com/internacional/2012/05/26/actualidad/1338058012_961077.html (sin comentario de los remitentes).

la inversa”, pues Borgia era símbolo de progresismo, mientras Wojtyla lo era de conservadurismo, como polaco que era. Benedicto se parece más bien al cardenal Bellarmino. Ratzinger querría mandar a la hoguera a los herejes como lo hiciera el jesuita con Giordano Bruno, pero ya no hay posibilidad, pues se le hace aguas el bote con tanta denuncia de curas pedófilos y violadores, con tanta monja que ha robado niños en la época franquista. Como Bellarmino, se interesa por la ciencia, la filosofía, la teología.

Se podría establecer un paralelo interesantísimo entre Bellarmino y Ratzinger. Bellarmino, a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, tiene que habérselas con la teoría heliocéntrica de Copérnico continuada por Kepler, quien complica el modelo, luego con los delirios de Giordano Bruno que afirma la posibilidad de miles de planetas con vida semejante a la humana en el universo infinito. Giordano Bruno es de los primeros en imaginar un universo infinito —la infinitud del universo no se sostiene teóricamente en la actualidad, pues se dice que es finito pero ilimitado— y por último con Galileo Galilei, y con el telescopio. Ratzinger, como teólogo, ha tenido que vérselas con el Big Bang, la física cuántica, el principio de incertidumbre, las nuevas teorías sobre la vida —el ADN— y la evolución, que hacen más difícil aun colocar a un dios semejante a un ser humano organizando el cosmos para sostener ahí la “roca” de la iglesia. Digo “la roca”, porque con este lío del cuervo no le quedó más remedio que citar a Mateo en el pasaje en que Jesús habla de construir la casa sobre la roca, que se ha tomado después de Pablo de Tarso como la construcción de la Iglesia. Seguramente Ratzinger querría imaginar una teología que enfrente como “roca” a las teorías científicas actuales; mas, en vez de ello, tiene que dedicar su tiempo a miles de cartas sobre curas pederastas y monjas roba-niños.

Si no fuera porque los medios no pueden hacer otra cosa que narrar esta historia como culebrón, ¡vaya novela que se podría tejer con este material! Digamos que se recobra el talento

de Ratzinger cuando trata con otros teólogos de impulsar el “aggiornamento” de la Iglesia durante el concilio Vaticano II de Juan XXIII, cuando se lo podría encontrar, después de su remoto pasado quizá filo-nazi, cercano a la democracia cristiana alemana de la época de instauración del “Estado de bienestar” y consiguientemente del “Estado de derecho”, coincidiendo con ciertos teólogos próximos a la socialdemocracia y aun a la teología de la liberación de unos curas latinoamericanos, más liberales, más inquietos por la figura del “dios escondido”... Un talento que le lleva, en una línea consecuente, a convertirse en el teólogo conservador y asesor de Juan Pablo II. Pero que como teólogo no puede menos que ponerse a temblar frente el camino que toma la ciencia, con sus consecuencias tecnológicas y su dominio sobre el mundo, y por otra parte con la deriva del liberalismo, de los derechos humanos. Cuántas veces se habrá preguntado: ¿qué hacemos con el aborto, con los homosexuales y sus derechos, con el divorcio, con el matrimonio homosexual y lésbico, con la genética y la biotecnología, con los implantes, etc. etc.? ¿Qué hacemos con un universo que se expande a partir de una explosión de su masa infinita concentrada en un punto, explosión que sucedió hace unos 14 mil millones de años?

Figurémonos un talento intelectual muy potente en un individuo recio y conservador, que tiene que dirigir un extraño imperio dentro del imperio mundial, un poder muy grande que se reclama “imperio sobre las almas”, pero que se sustenta en una “roca” que ahora es bancaria, financiera y, como tal, que financia investigaciones tecnocientíficas encaminadas a corroer los “valores” que aseguran el dominio sobre esas “almas”... Y él, que quisiera dedicar su tiempo a elaboraciones complejas para subordinar la historia del universo a un “proyecto” de una mente divina, que quisiera subordinar las galaxias, las estrellas, los planetas de todos los sistemas solares, e incluso la posibilidad de vida y de vida inteligente —¡ah, Giordano vuelve en las pesadillas desde su

hoguera!— a un “diseño inteligente”, ¡tiene que preocuparse por esas cartas! ¡Y encima se las roba el mayordomo!

Como no se ha escrito la novela sobre Ratzinger y solo nos es dado asistir al culebrón, al menos me parece que sería oportuno volver a leer la mejor obra teatral de Bertolt Brecht, su *Galileo Galilei*. Bellarmino es uno de sus personajes más interesantes.

Abrazos, y ahí va un retazo del culebrón.

IC.

Carta dirigida a Amaranta Carvajal, Lucía Arízaga, Javier Vásconez y Francisco Estrella. Carvajal anexa a la misiva el artículo “El malogrado sueño de los disidentes” de Evgeny Morozov, publicado en El País, el 6 de julio de 2012³⁰.

6 de julio de 2012
(Cult.)

Saludos.

Hay determinados hechos que me llevan a dar la razón una vez y otra al ensayista español Antonio Escohotado, quien en su libro *El espíritu de la comedia* (Premio Anagrama, 1991) sostenía que la política moderna había acabado con el espíritu de la comedia. Eso entraña una sutil y necesaria distinción entre la comedia y la ridiculez de la política.

Esto he recordado al enterarme de que el pirata informático Julian Assange —“héroe” del siglo XXI, para algunos— le gasta una broma al dúo Correa-Patiño desde la propia embajada del Ecuador en Londres, pues mientras el lado bobo del dúo, es decir Patiño, declara que «los detalles de las causas por supuestos delitos sexuales de los que se le acusa a Assange son para “morirse de risa” puesto que las suecas que lo acusan a él lo hacen porque “un día el preservativo se rompió” (según *El Comercio*), Assange decide sacar su archivo sobre los negocios turbios de El Asad, el tirano sirio a quien el dúo ha defendido en la ONU junto a Rusia y China, y también, por supuesto, los negocios entre El Asad y sus supuestos enemigos occidentales. Esto último no debe sorprender sino a los ingenuos. Es ni más ni menos lo que pasaba entre Occidente y el dictador libio Gadafi. ¿Y ahora, qué va a hacer Correa?

³⁰ https://elpais.com/elpais/2012/06/22/opinion/1340371851_798752.html

Yo me río de la ridiculez del lado “antimperialista” de este gobierno: ahora tienen a buen recaudo en la embajada de Londres a quien va a exponer los negocios turbios de su aliado sirio, y los contubernios de este con sus “enemigos” occidentales.

Pero pasemos a otro asunto. Los e-books. Ni modo, hay que empezar a escribir para los e-books. El blog —y esto va dirigido en especial para Francisco— se está quedando a medio camino. Quienes escriben aún hoy pensando en novelas impresas para papel, están muertos. Como quiera algún librito de poemas, válido no por los poemas, sino en cuanto “objeto”. Es decir, la única posibilidad es exhibir sus cualidades artísticas editoriales; los poemas tienen, en tal caso, un valor secundario.

Y no solo eso: las novelas de espionaje para papel, que tenían en los pedacitos de papel —cartas, telegramas, apuntes— un soporte de sus intrigas, y que cuando más avanzaban al teléfono, y ya estirando demasiado la trama, al celular, *palmaron*, como diría J. Vásconez. Ahí va un artículo sobre las actuales posibilidades de la guerra ideológica, de la inteligencia y contrainteligencia. La inteligencia parece ya haber desaparecido de los individuos para desplazarse a los sistemas de aparatos controlados militarmente.

Abrazos,
Iván

6 de julio de 2012
(Cult.)

Querido Iván,

Acerca del tema del papel, los e-books y la autoedición debo decir que:

desearía acoplarme a los tiempos que corren sin problema, pero ahora, cerca de los cuarenta años, me resulta del todo imposible: en mí habita un ser anticuado, recostado de lado en un catre junto a un individuo moderno que, sin embargo, desconfía del progreso, la técnica, la velocidad.

El anticuado adora el papel, tan así es que lo acumula de modo enfermizo en casa y fuera de ella. Al moderno no le resulta difícil leer cosas breves en las pantallas con las que lo contemporáneo ha salpicado el mundo, artículos, ensayos, otros. El moderno usa computadoras, correos electrónicos y blogs. En este plano resultan complementarios los dos.

Al anticuado le resulta del todo indiferente el cambio del “soporte” de las expresiones artísticas: se seguirá escribiendo y leyendo —acaso cada vez menos, cada vez de modo más indiferente y aguado, tal vez— pero llega un momento en que al que escribe y reflexiona le resulta indiferente todo, excepto sus obsesiones, su pequeño universo —unas manzanas apenas, cuidadas con primorosa paciencia—, su obra. Al moderno le causa perplejidad y despierta en él inquietudes de orden intelectual el curso del mundo y sus consecuencias: ¿pensamos en fragmentos, en pedazos ahora? ¿El cerebro se nos ha pulverizado hasta decir solo despojos de signos? ¿Quién escribirá el nuevo *Quijote* que recoja esta explosión acaecida en esta nueva/vieja edad media? ¿Cuándo?

Sin embargo, creo que, con su obra, Beckett ya lo vaticinó.

Creo que el anticuado —que en mí es un indiferente— me está diciendo que le agrada escribir notitas excéntricas —como, en el pasado, aparecieron en cartas o epigramas— y le gusta acumular sus artículos para que alguien los lea. Después, después del blog, quiero decir, ansía, como un reaccionario obstinado, publicar un libro. De papel.

Miles y miles de bosques talados. Está bien: el hombre debe destruir, ésa es su consigna en el mundo.

Imagino que los dos hombres terminarán leyendo libros en dispositivos tecnológicos, iPads, qué se yo. Y que los seguirán leyendo del mismo modo: a la antigua, al modo decimonónico. No hay nada qué hacer.

Soy una jodida mezcla entre lo viejo y lo nuevo. Una jodida nuez, querido amigo.

Abrazos.

F.

8 de julio de 2012
(Cult.)

Querido Iván,

Seguimos con el tema del libro: Julian Barnes sobre su bibliofilia³¹.

Un abrazo.
F.

³¹ “Julian Barnes: my life as a bibliophile”, *The Guardian*, 29 de junio de 2012. Disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2012/jun/29/my-life-as-bibliophile-julian-barnes>

9 de julio de 2012
(Cult.)

Gracias, querido Francisco.

Tres observaciones:

Primera: no deja de ser un “síntoma” por demás interesante el que me envíes esta “confesión” o “memoria” de Barnes “sobre su bibliofilia” en versión electrónica, y que la hayas obtenido de Internet. Otra cosa sería si me la hubieses enviado como parte de una revista en papel... ¿Tendría sentido semejante gasto?

Segunda: en cuanto al “tema del libro”, hay que tomar en cuenta que el significado del término “libro” es el que estaría cambiando a consecuencia de los medios electrónicos. Cuando se dice que el “libro” está por desaparecer, me parece que se comete un craso error. El “libro” ha pasado por varios soportes materiales: arcilla, fibra vegetal de papiro, cuero de cordero, papel basado en celulosa, esto es, fibra vegetal, pero ya no solamente de papiro. Ahora bien, aquí surgen algunas inquietudes sociológicas y cuestiones históricas y estéticas. Sé que se ha puesto de moda entre ciertos intelectuales “liberales” quiteños la crítica de la historia, y no solo de la sociología, al punto de ignorarla olímpicamente, ni más ni menos: ¡olímpicamente! ¿Cómo cambia la escritura, que mucho tiene de *técnica*, con los cambios de soporte material? Para mí, es evidente que las formas de escritura en verso, y no menos lo que llamamos “lírica”, o vulgar o rápidamente y en términos muy imprecisos “poesía” o “poema”, han cambiado significativamente. Tanto que luego de la imprenta y el papel, hemos asistido en la poesía moderna, al menos a partir del siglo XIX, si es que no es antes, a considerar la “enmarcación” del poema en la página, los espacios en blanco, la tipografía, los juegos de ideogramas... Por aquí hay mucho para indagar y debatir. Por ahora, es cierto, de manera

convencional los medios electrónicos apenas si llegan a replicar lo que es la página diseñada para un poema ideográfico. Pero por ahí se abre un espacio de escrituras no convencionales que quién sabe adónde llevará al poema. Y al cuento. También hay que considerar que los géneros surgen, se desarrollan y perecen. O quedan en los márgenes, a veces como anacronismos y a veces como excrecencias.

Tercero: la generación a la que pertenece Barnes. Este nació el mismo año que Vásconez. Es decir, pertenece a una generación —la mía— que creció sin pantallas en casa. La pantalla era la del cinematógrafo, recuerda *Cinema Paradiso*. En casa, no tuvimos televisor sino cuando ya habíamos llegado a la adolescencia. TV, Rolling Stones, Beatles, es decir, discos, y libros y revistas, muchos libros, bibliotecas familiares, más aún si los padres eran maestros. A mí mismo me ha entrado esta especie de desconcierto y fatiga con los libros muy recientemente, bien pasado el medio siglo de edad, cuando había vivido la mayor parte de mi vida. Por supuesto que yo tampoco estoy dispuesto a deshacerme de todos mis libros. Hoy podría deshacerme de buena parte de lo que he acumulado, que no es mucho, pero que todavía tiene su dimensión, pese a que ha habido algunos momentos en que me he deshecho de libros, aparte de los que he perdido. Pero hay unos cuantos, aunque no muchos, de los que no podría desprenderme. Papel, polvo, moho, polilla: hacia allá van las viejas bibliotecas familiares. ¿Debemos sentir pena? ¿Nostalgia? Es un mundo —el de mi generación— el que se pierde. No creo que vayan a desaparecer los libros en papel, en absoluto. Pero quedarán como marginales. Desaparecerán las librerías, quedarán unas pocas y pequeñas. Van desapareciendo los cafés y los lugares de tertulia. Pero los que han nacido en el siglo XXI, tus hijos, por ejemplo, llevarán consigo sus bibliotecas en unos aparatejos de medio kilo de peso, que podrán guardar en la mochila, y podrán incrementar con sus cámaras incorporadas cuanta fotografía e ilustración quieran... incluso

para leer, si es que todavía lo leerán, al novelista Barnes... o al novelista Váscónez.

De lo que tenemos que hacernos cargo es de estas conmociones complejas del mundo.

Desde luego, querido Francisco, esto se asocia en mi caso con una pregunta mucho más dura y difícil: el sentido de la escritura poética. No es ajena a esta pregunta el inquirir por la condición de ecuatoriano en este contexto. A ratos miro a los amigos poetas de mediana edad, no son malos poetas, sin duda no lo son, pero me parecen tan patéticas sus preocupaciones: un viajecito a algún “festival de poesía”, la incorporación a alguna antología, un premio. Es decir, exterioridades, nada que ver con la cuestión de la escritura poética. Y no leo entre lo que ahora aparece nada que me entusiasme de verdad, aunque sean buenos poetas. Ser buen poeta se ha tornado trivial. He releído este fin de semana el que tengo entendido que es el último libro de Luis Antonio de Villena, en una fotocopia que me proporcionó Javier Váscónez. En 130 páginas, apenas si hay un puñado de poemas que provocan verdadero interés. Lo demás, nada, pese a que no es mala escritura. Apariencia de pasión, pero nada. Juegos demasiado evidentes, pose. A Váscónez le pareció un gran libro.

Abrazos,
Iván

9 de julio de 2012
(Cult.)

Querido Iván,

Peliaguda se observa la cuestión. Pero si es de venir, que venga. Leía un artículo sobre Dickens, pero lo interrumpo para dar paso a la plática.

Sí: había intuido que tus reflexiones al respecto giran alrededor del “sentido de la escritura poética” tal como corresponde a cierto tiempo y sus relaciones o derivaciones respecto de cómo se ofrece la escritura a través de cierto soporte o mecanismo.

Me ha inquietado mucho algo que dices porque es un tema que también me preocupa, el hecho de que la escritura literaria tenga mucho de técnica y que el soporte comprometa esa técnica al tratarse de una variación técnica también. Hace mucho hablaba con un amigo al respecto, pero él no concedió mucha importancia al hecho de que ahora escribamos en ordenadores, lo que antes se hacía en máquina de escribir o a vuela pluma. Me ponía yo mismo como ejemplo y le decía que mi modo de componer un artículo es fragmentario: se me ocurren varias ideas alrededor de un tema, por lo general oraciones cortas, las escribo en un papel o en el ordenador, hago una lista con ellas y las clasifico en torno a subtemas, afinidades conceptuales e incluso por su sonoridad. Después suelo usar como conectores, anécdotas, fragmentos narrados o recursos de la ficción. ¿Hay algo de malo en ello? En aquellos días pensaba que sí: este proceso de pensar-escribir es un retaceo pegado con recursos narrativos, le decía a mi amigo. Creo que he dejado de pensar con ese temor sobre mi propia estrategia de composición, no sé si me he dejado vencer, pero creo que esa destreza para el “cosido”, para zurcir unas cosas y otras, es favorecida en gran parte por la facilidad que ofrece el ordenador para jugar con ideas sueltas, aisladas —algo así como islotes

en la pantalla— y unir las haciendo uso de cierta habilidad que proviene, supongo, del ingenio y la cultura. Pero: ¿es eso pensar? ¿Es eso *ensayar*? ¿No es inherente al oficio de la reflexión un flujo sostenido a partir de una o varias ideas de peso que toman forma, se ramifican y arrojan otras hipótesis o aproximaciones por inducción, deducciones lógicas o asociaciones múltiples? De otro lado: ¿pensar de esta última manera es actuar de modo muy tradicional para quien trabaja un género flexible como es el ensayo? Y, lo fundamental para el tema que nos atañe: ¿existe una relación entre ese modo de “componer” una reflexión breve con la *técnica* subyacente a la máquina que soporta?

En lo personal creo que sí existe esa conexión. Desconozco, por ejemplo, si Nietzsche hubiese podido pensar y escribir del modo que lo hizo con un ordenador al frente, no solo por la diferencia de época, algo que resulta ridículo preguntarse, sino por el modo mismo en que se piensa y se desarrollan las ideas. Creo que el ordenador, por ejemplo, es la consecuencia de ese proceso de fracturación de modos sostenidos de pensar, de algo que, podría llamarse, *reflexión-río*. Quiero decir que el soporte o, en este caso, la máquina, corresponde al modo en que el tiempo asume el ejercicio del pensamiento, que es su consecuencia.

Por supuesto que esas incidencias me preocupan y me llevan a pensar. Estoy de acuerdo contigo en que no será el fin del libro (recuerdo, anecdóticamente también, que, sobre la base de un viejo artículo de Asimov en que hablaba de bibliotecas enormes que podrían almacenarse en pequeños estantes —Asimov pensaba que los libros sobrevivirían en un soporte de tarjetas, como las de crédito, no llegaba en ese artículo a imaginar iPads, Kindles y otros—, intentaba platicar con mis amigos de hace veinte años sobre temas que ahora podrían ser reflexionados por un crío, éstos de los que hablamos, aunque mis contertulios me veían con cara de “éste ha fumado”), pero hay algo más amplio que me preocupa: la dificultad del mundo contemporáneo para reflexionar sobre él.

Aquí, una confesión: en ocasiones quisiera hacerlo, pero me siento impotente para ello y por eso me refugio en ciertos lugares menores, más íntimos, en parcelas que puedo controlar, sobre las que puedo ejercer cierto dominio. Sé que hoy en día ello es imposible, aislarse, pero he percibido también el fracaso de ciertas reflexiones más amplias: ¿dónde está, por ejemplo, el filósofo que nos provea de ciertas claves maestras, maestras de veras, acerca de la política, la tecnología o la ciencia de nuestro tiempo? ¿Quién es, alguien que no escriba de modo muy especializado —y aberrante a su modo, como Jürgen [Habermas]— o se ahogue en el mar de su aparente sabiduría y sus teorías innovadoras? Me digo: si no existe ese pensador, creo que hago bien en refugiarme en mi parcela. Es una cuestión de cobardía, pero también de pragmática, supongo. Privilegiar la intimidad con el lenguaje, por ejemplo, al leer las novelas y los cuentos, es una de esas parcelas. No creo que debamos desembarazarnos del estudio de la historia —¡vaya que no he dicho ni pensado eso, querido Iván!— aunque sí más de la sociología, pero, en este último caso como una estrategia: demasiados años hemos privilegiado una visión social sobre la escritura con resultados relativos en el mejor de los casos y deplorables en su mayoría. Es hora de leer de un modo diferente la literatura, creo.

Un breve apunte: creo que Javier es un “sedimentador” de lecturas: los libros —no solo la poesía— llegan a su gran depósito, una especie de balde para la construcción y en él permanecen hasta llegar al fondo. Por ello sus primeras lecturas, también de novelas, no son muy confiables. Es preciso esperar que sedimenten. Esto respecto de Villena.

Pero, de veras: ¿no hay algo que te entusiasme en la poesía contemporánea? ¿La escritura de Tranströmer, por ejemplo?

Un abrazo,
F.

9 de julio de 2012
(Cult.)

Querido Francisco:

Te escribo sin más tardanza hoy mismo, y así “gastaré” algo del tiempo de mis vacaciones. Ya he consumido la tercera parte de ellas en un resfrío prolongado; congestiones, conjuntivitis, dolores de cabeza y del cuerpo, lo sabido. Cada vez más siento que el cuerpo se torna débil, pero la misma debilidad es débil: nada especial por qué preocuparse, pero sí mucho fastidio. Corre el tiempo de las vacaciones que, en esta ocasión, no ofrecen mayor posibilidad de goce. Y es desde luego un placer debatir contigo sobre libros, anaqueles, “ordenadores”...

¿Te has dado cuenta, querido amigo Francisco, en la traducción española —de allá, del otro lado de los océanos-mares— para el término inglés “computer”? ¡Ordenador! Un dispositivo que pone en orden, supongo. Por tanto, lo que habrá visto el primer traductor del inglés al español de España es la capacidad del artefacto para “ordenar”, para catalogar, archivar, marcar códigos, preparar listas, alfabéticas o de otra índole, y no precisamente la facilidad para “escribir”. *Computadora* se acerca más al aspecto estructural del artefacto, la programación, el hecho de que funciona en tanto tiene incorporados programas que son el resultado de cálculos —sabemos: cálculos dentro de un sistema binario—, y que permite elaborar nuevos programas. Como sea, ordenador o computador, en su estructura está incorporada, en la “esencia” del “chip”, la capacidad para almacenar ordenadamente informaciones. De ahí que en el momento en que surgió el chip estaba *in nuce* la posibilidad de guardar en un pequeño, pequeñísimo artefacto, una gigantesca biblioteca.

A propósito del chip: cuando Asimov escribe su idea de biblioteca reducida a tarjetas, seguramente tiene en mientes

el sistema de funcionamiento de las máquinas computadoras “ante-diluvianas”, es decir, anteriores al computador personal. Esas funcionaban con tarjetas de cartón perforadas. En esencia, también obedecían a una programación binaria —hueco/no hueco—, pero eran unos enormes mamotretos que ocupaban mucho espacio para hacer una mínima parte de lo que ahora hace una de nuestras máquinas personales. Y esto sigue, desde luego... Ah, esos misterios que encerraban los granos de arena...

Pero vamos con la escritura. Como siempre, tendrás que disculparme por el “materialismo” implícito. Digamos que, en principio, tienes toda la herencia romántica e idealista del “escritor” como sujeto soberano. Frente al monstruo Leviatán del Estado (Hobbes), frente a los gustos mercantilistas del burgués, anhelando a la vez cierto tufillo aristocrático, un mecenas, un gran mercado editorial y la prometida libertad que trae el liberalismo político en sus orígenes, durante las revoluciones burguesas de fines de los siglos XVIII y XIX, surge esa imagen, sin duda ilusoria, del artista libre, soberano, divino o diabólico que caracteriza al genio, esa imagen que persigue a poetas y artistas desde el Romanticismo, pasando por simbolistas, impresionistas, naturalistas, realistas, vanguardistas de toda laya, hasta el momento de fatiga, cansancio y percepción de la futilidad de esa desmesura que, en términos amplios, “anglosajones” en cierto modo, es el posmodernismo.

También ha de verse en ese momento “posmoderno” el ascenso de las masas, el resultado de la democracia moderna, la muchedumbre que reduce la experiencia estética a lo popular, lo plebeyo. De la sala de conciertos donde suena Mozart, pasando por una serie de músicos que tratan de fundir lo popular con lo clásico, al estilo de Rimsky-Korsakov, a la emergencia de los *spirituals*, el *gospel*, los blues, el jazz, el rock, y toda la serie de ruidos que llegan después. He visto hace unos días una comedia sueca, *Sound of Noise*, en que un grupo de músicos expulsados del conservatorio, la orquesta sinfónica e incluso las bandas, organizan una serie de actos “terroristas”: música concreta de

la ciudad. Brillante la idea de que el detective que los persigue sea un hijo de músicos, hermano del director de la sinfónica, que sufre con la música; ¡le sangran los oídos! [Búscala: <http://www.magpictures.com/soundofnoise/>]. En la música, quizás, puede verse de la mejor manera esa “democratización” de la cultura, ese radical proceso de cambio de la jerarquía cultural, la reducción del “aura” de las grandes artes, de la gran literatura. Shakespeare, gracias al cine, se populariza. ¡Cuántos Romeos y Juliets aparecen aquí y allá, sin que los espectadores o auditores lo sepan! En el concierto de rock, la separación entre artista y espectador/auditor se rompe en gran medida. Y mira tú los instrumentos. Lo que sucede es que el instrumento no es “mero instrumento”: es parte del cuerpo, y por tanto, del alma, del espíritu. Y la palabra es aún menos “mero instrumento”. No hay “misterios sagrados” en ello: es la riqueza y a la vez las cadenas que contienen las cosas, posibilidades y restricciones.

Nos olvidamos a menudo que nuestro señor Don Quijote salía a cabalgar desde un cuartucho de Castilla, donde pluma en ristre el ex soldado y ex prisionero y esclavo de los sarracenos, don Miguel de Cervantes Saavedra, rasgaba sobre un papel que nos parecería a nosotros, hoy en día, bastante rústico. Pluma que va al tintero, caligrafía de por medio, pluma que rasga y tacha, pluma de ganso. Imagínate el ritmo de la escritura. No había, por lo demás, muchos libros que leer. Afuera, un pueblucho de la meseta castellana. Polvo, olor a excrementos de caballos y mulas, un puñado de “paletos”, como diría Vásconez. Ningún acucioso “representante” del escritor. De alguna manera, Cervantes habrá podido leer todo lo impreso en lengua castellana, más algo en latín, supongo, y quizás algo en otra lengua moderna. Doscientos, trescientos, mil libros.

Hoy nos sentamos a conversar y salen a relucir mil autores. ¿Cómo, no los has leído? Y corres a Amazon.com, porque seguro que ese último de los últimos no está en Mr. Books que, según Vásconez, es la única librería medio respetable de esta ciudad;

la verdad, yo no he encontrado en ella casi nada de lo que me interesa. Y si no lees al último de los últimos, estás “out”.

No solamente está la pluma, el papel, la tinta. A mí me gusta en ciertas horas ajenas a la fatiga borrar unas líneas con pluma fuente y tinta. ¡Mierda de ciudad, ya no consigues plumas ni tinta de buena calidad! Esos productos bastardos que traen los chinos... Está por supuesto el ambiente. Escribían Boris Vian y los existencialistas en los cafés del Barrio Latino, a orillas del Sena. Escuchaban jazz al fondo. Al atardecer, absenta. ¿Me iré a escribir, con mi buena pluma fuente y la tinta fabricada en China? —¡para nada tinta china, aquella que los artesanos chinos del pasado fabricaban para el pincel, el paisaje y el ideograma que tendrían que imprimirse sobre seda—, ¿a un café de la plaza Foch?, ¿o en una mesa de esa mezcla de heladería para niños, pasteles para adolescentes y cafetería de la cadena Corfú? ¿A orillas del Machángara?, ¿o de esa cochita que llaman laguna en el parque La Carolina? Para qué absenta si estamos siempre ausentes de nosotros mismos en estos ríspidos lugares que nos ha deparado el destino.

La máquina de escribir... se pegaban las teclas y los tipos, tenías que interrumpir la escritura. Un error y la hoja a la basura. Miles de hojas a la basura. O al archivo, los más prudentes, a los que sabían de antemano su gloria póstuma. Con pluma y máquina de escribir se dejaban manuscritos. Miles de hojas de manuscritos. Versiones diversas de ensayos, poemas. Pasto para el goce de esa curiosa estirpe de eruditos, de *schoolars* que rastreaban versiones, revisiones, arrepentimientos del autor, olvidos, tachaduras. Esa estirpe ya está desapareciendo. Quedan unos cuantos viejos Tortuga-George y quizás alguna francesa de mediana edad pero extemporánea que pasa por ahí. ¿Quién va a rastrear los discos duros, las flash-memory? Pero la cuestión es más difícil: rastrear apuntes a lápiz, en cuadernos, a pluma, papelitos, pero luego los diskets, las cintas, los casetes, los CDs. Uyuyuy, lo que se sufriría. ¿Y para qué? Después de que Bolaño se encargara de arruinarnos la novela latinoamericana,

con lo que puso énfasis en que con el boom había llegado a la vez a su esplendor y a su ocaso la gran novela latinoamericana, incluida la brasileña, no quedan sino algunos episodios que dan cuenta de ese acabamiento, de ese ocaso. ¿Quién se va a poner en la tarea de recoger las anotaciones, las primeras versiones, los cambios, etc., de los discípulos de Bolaño? Sin embargo, como nunca, cada cual puede llevar “ordenadamente” en el ordenador sus archivos: versión 1Aa, versión 1Ab, versión 1B, etc. etc. Al igual que puede manejar su currículo, calcular, “computar” en el computador sus posibilidades de éxito, de viajes, de ferias de libro, recitales, premios...

¿Te das cuenta de cómo ha variado el género epistolar? Hasta cierto punto, Twitter replica el “billete” de la literatura francesa del siglo XIX. D envió un billete a Mlle. Q en el que le decía que esa tarde.... Es decir, circulación del chisme. Circulación potenciada: millones de chismes que salen de las computadoras de jefes de Estado y gobierno, ministros, deportistas, periodistas, gente del común. La cifra es tan astronómica que el pequeño “billete” o mensaje que puede ser decisivo en la vida de un individuo, se pierde, carece de importancia, se torna invisible.

Te escribo esta “epístola” —resulta fuera de lugar, fuera de juego sería mejor decir, el utilizar esta palabreja—, esta “carta” que ya no es carta, porque se ha tornado casi imposible el sentarnos en un bar, el bar cotidiano, la cafetería de todos los días, en que lo mismo te podría decir a viva voz, inter-mediados por el aroma del café o del brandy, y tú me escribes otras semejantes. ¿Y qué? ¿Las guardaremos en un archivo para alguna vez colgarlas de un archivo de la biblioteca mundial que se llame “Correspondencia Carvajal-Estrella. 2012, K. 1Aa”? ¿La va a compendiar algún “hijo putativo” de tu amigo, Monseñor Gustavo Salazar? Especie en vías de extinción la de nuestros amigos Pacheco-Salazar. También ellos Tortugas-George.

Esto es: hace un cuarto de siglo, todavía habría sido posible ponerse a escribir cartas para un tomo futuro de “Correspondencias”. Hoy no. Escribimos con parecido interés

en las cosas, de alguna manera punzantes, mirando aspectos que luego podrían dar pábulo a la reflexión, a un ensayo, a una nota. Pero ahora este es un coloquio mucho más personal. Apenas si tendrá alguna consecuencia que vaya más allá de este encuentro entre dos amigos, dos personas.

¿Hay posibilidad de filosofía? Ese tema lo dejaré en suspenso por ahora. Tengo algunas intuiciones al respecto que me gustaría compartirlas contigo. Cuando me refería a poetas que no me dicen nada, lo decía en relación a los de aquí cerca, los de la comarca. Pero desde luego es más amplia esa insatisfacción. Sin embargo, hay poetas que todavía descubro y me conmueven...

Por ahora quedamos aquí. No hay el sujeto soberano, el libre creador, el estilo que emana del espíritu, el alma, el sentimiento o lo que fuese. La escritura no es “expresión”, ni de los individuos, ni del espíritu, ni menos aún de naciones, clases, pueblos. Ni tampoco de meras condiciones técnicas. Hay escritores, con mayor o menor talento, cuya escritura se constituye en el flujo de “fuerzas” y entrecruce de “constelaciones”, por decirlo de alguna manera. Yo soy, entre otras cosas, esta ventana que da a la mole del Pichincha, lo cual me impide tener un horizonte de largo alcance.

Abrazos,
IC.

14 de julio de 2012
(Lit.)

Querido Iván,

Te envío un librito del magnífico crítico literario canadiense,
Hugh Kenner: *Flaubert, Joyce and Beckett*.

Un abrazo,
F.

18 de julio de 2012
(Lit.)

(Sin encabezado)

Acabo de releer —en su traducción al castellano: el original en inglés se presentaba un poco complejo para mi conocimiento del inglés— el prefacio de Kenner, he proseguido con el capítulo de Flaubert y la Ilustración, y creo que seguiré hasta el final. Claro: el aspecto técnico en la escritura, el enlace entre el habla y la palabra escrita que da como resultado la palabra literaria. Resulta sugerente el librito y Kenner se mueve como pez en el agua en distintos planos, nociones literarias y tiempos, cosa que me asombra. Muchos críticos parecen detenidos en una forma de pensar, en un modelo de pensamiento, en un estatus y una época, piensan de acuerdo con los valores y preceptos de esa época y les resulta difícil aproximarse a otras. No así Kenner, que viaja con facilidad de una noción contemporánea sobre la Ilustración, por ejemplo, se detiene en el modo en que leían los románticos, y retorna a lo actual y al modo cómo leemos los posmodernos, si es que esto último existe. Una encomiable libertad arraigada en su sabiduría y libertad de pensamiento.

Ahora que leo el librito pensaba en esto, algo que quería compartir contigo: este tipo de libros —y no solo hablo de Kenner o de la crítica literaria, sino del pensamiento social, la filosofía, la antropología, cierta sociología incluso— escritos por profesores, pensadores solitarios, académicos que residen en las grandes universidades o los grandes institutos de las capitales del mundo son muy difíciles de cuestionar tras una primera lectura porque sus planteamientos son muy sólidos, y exhiben una coherencia y un respaldo que los compacta y los blindas casi. Creo que ello es menos frecuente en libros escritos en lengua española, menos aún en los hechos en Latinoamérica, no se diga los elaborados en el

Ecuador. Son estos últimos, mucho más discutibles, endeble la mayoría, incompletos, cojos. Su aparato es deficitario, la cultura de sus autores, salta a la vista, limitada en muchos casos, su argumentación a veces pobre, el sostén lógico no resiste una lectura detenida. También la experiencia —que creo es indispensable para toda reflexión— es corta y, fundamentalmente, suele abandonarse y el individuo adoptar una posición conservadora: después de alcanzar un momento de redención —avistar a Marx, avistar a Foucault, avistar a Toni Negri, avistar al Cristo redentor—, se detiene, deja de moverse, resistir y criticar, deja de ser inquieta y curiosa, se abandona al confort de lo seguro, y deja de formular preguntas sobre el mundo y el hombre. El cerebro se reblandece, se coloca a buen recaudo, y el hombre deja de vivir. Porque pensar es una forma de vivir, ¿no?

Naturalmente no pienso que esos libros sean incuestionables ni imposibles de criticar. Solo lo que he dicho: son sólidos. Pienso en Cioran, en Steiner, en Marc Fumaroli, en Kenner, en David Lodge, en Erich Auerbach, en Scholem: sus libros son solventes, terminados, casas bien edificadas y rematadas. Las casas de aquí no son casas: suelen ser covachas.

Por eso en ocasiones me dan risa ciertas aseveraciones. Gente que se pasa por el forro a libros como éstos, nombres como éstos. Recuerdo que una noche bebíamos una copa, tú, Vásconez, yo, Mercedes Mafla, Albán, y un nutrido grupo de chicos alborotados en el restaurante de una amiga mía, Lidia, en la Plaza Foch. Recuerdo que Albán —sé que es tu amigo, pero así lo recuerdo, perdona— se quejaba amargamente de que en las estaciones de televisión francesas y españolas se entrevistara solo, *solo*, a Vargas Llosa y a George Steiner. No sé si así ocurra —no conozco Francia ni España y no veo con frecuencia sus televisoras—, pero debe ser un placer ver en la tele a Steiner y, también, aunque más conocido, a Vargas Llosa. ¿A quién quería Fernando Albán que se entrevistara? ¿A Petrarca? Ahora sé que opiniones como ésas esconden un desprecio por ciertas obras y autores sobre los que nos sentimos superiores pero en realidad no lo somos, sobre los

que pensamos ser superiores emplazados en la seguridad aparente de un discurso o un modo crítico de leer, pero, solo por lanzar una provocación ahora escribo: ¿podríamos emular con nuestra apreciación crítica o con nuestros libros de réplica la precisión y el tan cacareado rigor con que se escriben las obras de esos hombres a los que vapuleamos con tanto donaire en casa?

Venía de un asombro y termino en una queja; no es una actitud prudente, la actitud de un caballero. Un caballero no se queja. No deja de asombrarme la composición de aquellos libros, lo estimulante que resulta aprender en ellos, lo deslumbrante del conocimiento y sus secretos. No dejaré nunca de lamentarme no haber sido un caballero oxoniense, pero ya no se pudo, qué le voy a hacer. He de conformarme con seguir los pasos de esos señores, con humildad.

* * *

Comencé con un volumen de críticas de cine de José Luis Guarnier, *Autorretrato del cronista*, de quien se dice fue el primer crítico de cine en lengua castellana. Siento un verdadero placer al leer estas notas sobre películas —muchas de las cuales no he visto—, directores y algunos de mis actores favoritos. El género breve de la nota de prensa, la cuartilla crítica para las revistas, es uno de mis preferidos, lo que se escribe para las revistas en general.

El elevado placer que me deparan estas críticas me conduce a pensar en qué tipo de estímulo detonan los géneros literarios y, en general, los libros en mí. Libros como éstos me ubican en un espacio seguro que me proporciona simple y llana alegría: su nivel teórico, por llamarlo así, es muy básico, pero su objeto —las películas, los actores— es conocido por mí y me resulta entrañable pues me remite a mi niñez y juventud, a un momento de creencia, de esperanza y fe, a lo que, en definitiva, el cine constituye para mí. Por ello leer esas notas —en general, leer sobre cine— me hace sentir en un espacio seguro del cual soy amo y señor. Se trata de una lectura risueña.

Todo lo contrario de las lecturas más graves, la poesía, la novela. Si creo que la novela proporciona —o intenta proporcionar— un conocimiento sobre lo humano y sus misterios —el alumbramiento, el sexo, el pensar, los delirios, los celos, la fe, la desesperanza, la traición, la alegría, la enfermedad, el silencio, lo ilusorio y endeble de la vida humana— porque relata acerca de ellos, porque los reconstruye de modo intencionado, porque no reflexiona de un modo distante y, a su modo, sobrenatural —la novela es lo menos sobrenatural que existe— y que la poesía me depara el placer de lo que por su inconcreción y naturaleza inefable no se deja atrapar —¿qué puede ser si no: “grita sonad con más tristeza sombríos violines y subiréis como humo en el aire/ y tendréis una tumba en las nubes no se yace estrechamente allí”?— [Paul Celan, *Fuga de muerte*], y es algo así como un alambre extendido entre las ideas y el sentimiento cuyo conductor es la palabra, mis lecturas de la poesía y de la novela son lecturas de la vida. No busco ni encuentro alegría al leer novela y poesía, busco pistas sobre la vida porque ambas la completan, la rellenan, porque la edifican de otro modo y arrojan luz sobre ella, y, por lo general, estimulan mi asombro acerca de cosas, intuiciones, premoniciones, que llevo dentro y siento que se sensibilizan y extreman a causa de que otro ya las ha sentido antes que yo, porque otro ya las intuyó y escribió sobre ellas, porque mi sospecha se comprueba. El ejercicio de la sospecha acerca del conocimiento del mundo que todo hombre lleva dentro de sí, aunque aún no lo sepa, es uno de los motivos de mi lectura de la novela y la poesía.

La crítica siempre involucra en mi caso un desafío intelectual. Es una lectura puramente cerebral. No leo crítica para conocer la vida, la leo para conocer a los que intentan conocerla. Si la crítica me plantea siempre un desafío intelectual, el ensayo es mi elemento natural porque tiene una pata en las ideas y la otra en lo sensible: me siento tan bien en su interior, como conectado a un tanque de oxígeno. Leer ensayos me resulta tan natural como leer el periódico, independientemente de su facilidad, profundidad,

presentación intrincada o diáfana: leer ensayos constituye un ejercicio de pura construcción y reconocimiento personal para mí. Sin ápice de arrogancia me atrevería a decir: *soy un ensayo*.

El cuento es un placer intelectual muy profundo, distinto a la búsqueda de las claves de la existencia de la novela o la poesía. El cuento es un reto de desciframiento, un desafío lógico. Por decirlo de un modo idiota: no me interesan los cuentos que cuentan, me deslumbran los cuentos que no cuentan. Es lo de Hemingway: volverse loco, romperse la cabeza para que quepan historias tan largas como novelas en apenas unas páginas. Creo que Borges tenía mucha razón al respecto en su concepción del cuento. Pienso yo, se trata de uno de los ejercicios más estimulantes del intelecto puro.

El resto es sabiduría, cultura. Leer historia, periodismo, me hacen saber y creo ser un individuo al que le gusta saber. No sé por qué ni para qué, pero siempre mi reto ha sido saber acerca de las cosas, no permanecer en la oscuridad del precámbrico. Cómo funcionan las cosas y para qué sirven, de dónde vienen. Supongo que es un ejercicio del Narciso que habita en todo hombre de corte intelectual.

Hoy en día la filosofía tiene un gusto muy parecido al de la poesía, y se conecta, naturalmente, con un componente vital que cuando está ausente no me dice mucho. Es decir, la filosofía para mí es Nietzsche, Schopenhauer y Cioran y nada, casi nada, de Kant, aunque Kant en la semblanza de De Quincey sí que me apasiona. Es ese hilo que recoge lo que los novelistas demoran en decir trescientas páginas con una sola pincelada. Aunque pueda leer a Ernst Cassirer como si leyese historia.

Bien, querido amigo, lamento haber escrito tanto. Me gustaría mucho escuchar qué detonan y provocan las lecturas hoy en día en ti. Espero que no se agote tu paciencia con este amigo tuyo y sus cartas tan extensas.

Con gran afecto,
F.

19 de julio de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

Toma en cuenta que Mr. Kenner escribe su libro en los años 60 del siglo pasado. Su tesis sobre Pound es de inicios de los 50. Esto es decisivo en la formación de los críticos literarios, incluso en Estados Unidos y Canadá. Los europeos —alemanes, ingleses, franceses, rusos, italianos, polacos— tenían una sólida formación desde los institutos secundarios; en los “gimnasios” alemanes y colegios europeos aprendían griego y latín, por ejemplo. En los estudios superiores combinaban filosofía, literatura, historia, al menos, historia cultural, lingüística, etc. No es extraño entonces que quienes se formaban como “humanistas” desde el Romanticismo en adelante, sobre todo en las universidades inspiradas en el modelo de Wilhelm Humboldt, que pone su acento en la investigación y el seminario, hubiesen adquirido semejante conocimiento. Piensa además en la posibilidad de aprender lenguas, de viajar dentro de Europa, o de contar con profesores europeos o formados en tu amada Oxford, en el caso de Norte América. Todavía entonces la erudición y la memoria tenían un enorme valor. Y se apreciaba la “alta cultura”. No deja de existir por tanto en esa cultura académica de los críticos un tufillo aristocratizante, anti-plebeyo y hasta anti-popular. Incluso como temor, que se trasluce en varias obras de mediados del siglo pasado, como en *La rebelión de las masas* o *Dialéctica de la ilustración*, para mencionar un par de ejemplos notables.

Es la figura del sabio, que existió hasta mediados del siglo pasado, y que hoy ya no existe. De ahí surgen esos personajes académicos como los Jakobson, Lévi-Strauss o Braudel. Críticos como Auerbach, Frye, Péter Szondi, Steiner. Y bueno,

Adorno o el extraordinario Benjamin. En América Latina hay unos cuantos que siguen esos pasos o procuran seguirlos, Rama, Gutiérrez Girardot. Yo no sería tan pesimista en este sentido, no creo que se trate de un desierto en AL durante algunas décadas del pasado siglo. Mi generación se formó en el colegio teniendo al frente todavía el ideal del “sabio”; sin embargo, apenas iniciados los estudios universitarios comenzamos a percibir que nos sería imposible serlo. Después, el sabio se acabó. Hoy tenemos el científico hiperespecializado y el *tecnita*. Esa época dorada terminó, y terminó para bien y para mal en todo el mundo. No olvidemos que incluso hasta nuestros días todavía han escrito Said, Steiner, Bloom y otros críticos notables, todos ellos nacidos hasta 1930, aproximadamente.

Ahora bien, el caso del Ecuador y de otros países latinoamericanos tiene que ser mirado en su exacta dimensión. Países marginales, sin tradición académica, donde la aventura intelectual es obra de individuos que tienen que vérselas con circunstancias por completo adversas. Yo valoro el esfuerzo de algunos intelectuales ecuatorianos, pese a todo. Sus logros sin duda son limitados, pero no dejo de reconocer sus agallas, su integridad intelectual. De distintas posiciones: el jesuita Espinosa Pólit traduciendo a Sófocles, a Virgilio y Homero; el socialista Aguirre, escribiendo en este hueco —imagínate Quito en los años 40/50— una historia del pensamiento económico que no está nada mal, y desde luego Echeverría, claro que en su caso en México. La crítica literaria y cultural, en cambio, ha carecido de fuerza. Por falta de conceptos, de vuelo teórico y a la vez de imaginación. Y posiblemente por el peso del nacionalismo. Había que crear la nación ecuatoriana, no olvidemos. Todavía la están creando. Al menos, todavía se esfuerzan por acabar de crear el Estado ecuatoriano: ¿no es eso el gran empeño de la “revolución ciudadana”, acabar de crear la “nación en ciernes”? Si esto es así, la crítica ya no toma como objeto la obra en tanto creación poética, como poema, sino como documento sociológico. Es lo que hacen Cueva y otros. Tal vez suceda en muchos casos en

América Latina. Hay también una extraña pereza: existe por ahí un señor Robles de Manabí, profesor en USA, que se doctoró hace medio siglo con un trabajo sobre las vanguardias en el Ecuador. Este señor ha vivido de ese trabajo por décadas.

Detrás de esto, o bajo esto, habrá que ver lo que una amiga mía decía ayer, la “falta de sedimentos”; lo expresó en una conversación a propósito de la falta de cafeterías y de la trivialidad de múltiples hechos de la vida cotidiana entre nosotros: falta de sedimentos culturales, falta de tradición. ¡Ojo!, este asunto de la tradición para nosotros es grave, deberíamos escribir un libro colectivo al respecto. ¿Necesitamos tradición? ¿Qué es hoy “tradición”? Como no hay tradición literaria —¿es posible tener una tradición literaria “nacional”?—, puesto que acá se comenzó a escribir literatura prácticamente hace cien años, ¿cómo podía configurarse una crítica? Y siendo un país marginal, ¿cómo iban los críticos ecuatorianos a acometer la tarea de hablar de Góngora, Quevedo, incluso de Darío o Juan Ramón Jiménez? Cuando lo han hecho, ha sido tímidamente, con miedo, como quien teme decir algo inconveniente... no vaya a ser que se molesten, que nos encaren la falta de sustentación, de argumentos... ¡Ni siquiera nos hemos atrevido con Vallejo, nuestro entrañable Vallejo! O en la novela, ni siquiera con Vargas Llosa. Conversamos, sí, pero nada de tomar la pluma, o el ordenador, como tú lo llamas, a la española... ¿Y por qué no lo hacemos?

Hoy en día la cuestión se complica, pues los ambientes académico-literarios han llegado a una total trivialidad a cuenta de crítica a la crítica-crítica. Y los medios de comunicación: ¡para llorar! De ahí que la crítica termine en los “aciertos del error” ¿o viceversa?

Lo que ejemplificas con la anécdota de F. Albán, a mi juicio tiene que ver con el provincianismo, con el espíritu de aldea. Puedes vivir una década en Francia y seguir siendo aldeano de los Andes. El provincianismo tal vez se haya extendido a la par que la llamada globalización. Miramos la “aldea global” desde la aldea, con óptica aldeana. La mirada se llena de prejuicios,

deriva en dogmatismos muy limitados. En el caso que recuerdas: hasta cierto punto es razonable poner bajo sospecha el “medio”, la TV. Ya sé que eres un producto de la TV, pero aun así... Los comentarios culturales de TV suelen ser triviales, adocenados, vulgares, chatos, y están destinados a complacer a la masa, al “gran público”. ¿Se podría conversar sobre *Ulises* en TV? ¿Sobre una novela de Beckett? Dos o tres generalidades, nada más. Vargas Llosa seguramente hable más sobre liberalismo y democracia en América Latina... La estrechez de miras está en juzgar a Vargas Llosa por esa entrevista, sin atender al medio y lo que se puede decir en él, y sin leer a Vargas Llosa. Mi querido amigo Albán suele, como muchos ecuatorianos, ignorar olímpicamente a quienes no lee. Es un terrible defecto. ¿Por qué no podemos decir: no conozco a ese autor? Esta es la otra cara de la medalla del provincianismo: no nos atrevemos a escribir sobre Neruda o sobre Paz, pero a la vez olímpicamente despreciamos aquello que no conocemos. Espíritu de aldea.

En cuanto a la filosofía, querido Francisco, me parece que cometes un error algo semejante. ¡Qué olímpico desprecio a Kant! ¿Seguro que puedes penetrar en lo que están pensando Schopenhauer o Nietzsche con semejante puesta al lado de Kant? Yo sí que lo dudo. ¿Hasta qué punto Nietzsche es un anti-kantiano? Y si lo es, entonces, de alguna manera está inserto en el kantismo o en la problemática abierta por Kant. Dicho muy rápidamente y, por tanto, de modo que se presta a los peores equívocos: ¿no está reaccionando Schopenhauer contra lo que comienza en Kant, a quien dedica un estupendo estudio, *Crítica de la filosofía kantiana*, y sigue con Fichte, Schelling y Hegel? ¿Qué es eso de que “el mundo” (no el sujeto, no el yo) sea “voluntad”? ¿Y esa famosa palabra “como” (*als*)? ¿No te dice algo la palabra “crítica” en Kant? ¿Y no les legó acaso el árido señor Kant de *Crítica de la razón pura* el rollo ese del “sujeto”, de la “apercepción trascendental”, aparte, claro está, de la crítica de las “antinomias de la razón”? ¿Y esa reducción del cristianismo “filosófico” a “religión en los límites de la razón”, que es en

definitiva la conclusión de la reforma iniciada por Lutero, sin la cual imposible pensar que “dios ha muerto”?

Todo esto puede estar relacionado con un especial asunto en el caso de Schopenhauer, también Kierkegaard y sobre todo Nietzsche: se los suele leer como “poetas” más que como “filósofos”. Tanto Schopenhauer como Nietzsche quieren “superar” la metafísica, ser “filósofos” que van más allá de la “filosofía”, que se valen del lenguaje “poético” hasta cierto punto, pero su problema es “pensar” en la vía de la metafísica. Entonces, en la lectura “poética” pasa de largo o por debajo la metafísica. Y pasa también mucho de Kant o del kantismo, del idealismo alemán, y qué se yo qué más. Porque, querido, ¿qué significa por ejemplo “voluntad de poder”? ¿Qué implica la “muerte de Dios”, el “superhombre”? ¿Y no será que por ahí le acompañe al discurso de Nietzsche la sombra de Kant vaya por donde vaya? ¡Ojo! Esto no quiere decir, en ningún caso, que esté sosteniendo que Nietzsche sea un kantiano.

Cioran es otra cosa. Es un ensayista, en cierto modo un ensayista-poeta. ¿Filósofo? Tiene tantos sentidos esta palabra... ¿Cuáles son los filósofos realmente importantes del siglo XX? Dos nombres, sin duda: Heidegger y Wittgenstein. Hay otros, Husserl, Russell, Dewey en Estados Unidos, si quieres Lukács, Adorno, Gadamer, Sartre, y también Derrida. Foucault negaría serlo, a rajatabla, y por distintas razones Rorty. Otros querrían serlo, como Vattimo, aunque dudo que muchos lo tomen por filósofo. ¿Pero Cioran? ¿Crees tú que alguien que haya estudiado filosofía lo tomaría como filósofo? Su lugar está en el campo de las letras... ¿Savater, filósofo?

A este respecto, creo que habría que ser cautos. No sigas por el erróneo camino de nuestro querido Vásconez, que no tiene mayor idea de la filosofía y, sin embargo, encasilla y pontifica. Hay que decir con tranquilidad y transparencia: de esto, no sé. La filosofía, como saber, tiene también sus lenguajes, sus técnicas, sus estructuras. Como la antropología —Lévi-Strauss, Roger Caillois, Geertz...—. O la semiótica —Pierce, Saussure,

Hjelmslev, Benveniste, Lotman...—. O la matemática, o la física... ¿Nos pondremos a debatir sobre el bosón de Higgs?... ¿Y acaso no deja de ser “poética” la imagen ingenua, ajena a la “representación” puramente matemática, que nos hacemos del tal bosón o de las partículas subatómicas? No digo que no se pueda leer a Nietzsche con “libertad”, pero mucho de lo que dice Nietzsche quedará en las sombras al no ubicar su discurso en relación con problemáticas “metafísicas”.

Ah, los anti-kantianos que no saben cuán kantianos son en el fondo... Querido Francisco: cuando hablas de “libertad”, cuando afirmas tu individualidad, tu autoconciencia, cuando privilegas la libertad sobre la igualdad, ¿acaso no estás siendo kantiano?... Poéticamente, desde luego que la ironía de De Quincey es encantadora. El asesino preferirá matar a un niño lleno de vida, antes que al tedioso profesor de Königsberg. Y el narrador dirá que el único filósofo que merece el asesinato es Spinoza... En todo caso, para que te pase el mal rato con Immanuel, te recomiendo un pequeño texto, “¿Qué es la Ilustración?”, que está publicado en español en algún volumen que se llama algo así como *Filosofía de la historia*. Lo vas a disfrutar, y sobre todo si comentas los primeros párrafos con Alejandra...

Y aquí termino, pues estarás ya harto de apuntes marginales, muy marginales incluso, con tufillo “filosofante”. Y espero que no me mandes uno de esos asesinos de Thomas, por tal causa.

Abrazos cariñosos,
Iván

20 de julio de 2012
(Fil.)

(Sin encabezado)

¡Qué pesado me habré vuelto para ti, mi querido Francisco! A propósito del par de párrafos sobre filosofía, filósofos y lecturas “poéticas” —que consten las comillas nada ingenuas— de Schopenhauer y Nietzsche, me permito sugerirte la lectura de un texto de Heidegger, la conferencia “La época de la imagen del mundo”. Está en *Caminos de bosque (Holzwege)*. La conferencia es de 1938, es decir, en pleno nazismo, vísperas de la II Guerra Mundial, cuando ya Heidegger, según aclarará años más tarde, se ha distanciado del nacional socialismo. No sé de qué época sea el “Apéndice”, las notas, o “Adendum” como también aparece, pero debe haber sido redactado más tarde. Es un célebre texto sobre la modernidad, la ciencia moderna, y algo muy importante: el sujeto. Precede en esta línea a otro célebre texto de Heidegger, *La cuestión del humanismo*, contra Sartre o aclarando a Sartre lo que él entiende por “ek-sistencia”. Son muy importantes las notas 8 y 9 de “La época de la imagen del mundo” —como para un seminario—. Lamentablemente, las palabras en griego son un desastre: no las tomes en cuenta. Espero que se pueda imprimir el texto... Es un trabajo para unas cuatro horas de alta concentración³². Pero te serán de provecho, vas a ver que sí.

Abrazos,
Iván.

³² Carvajal remite “La época de la imagen del mundo”, conferencia ofrecida por Heidegger en Friburgo, en 1938, posteriormente enriquecida con notas y comentarios, publicados como un documento entero en 1950.

22 de julio de 2012
(Fil.)

Querido Iván,

Comienzo con algunos aspectos que se encuentran cerca del final de tu última y magnífica carta, bueno, la penúltima. No, para nada adoptaría yo una posición estilo Javier Vásconez respecto de la filosofía, actitud que se expresa tal y como tú dices, de hecho, esa postura lo sitúa en una picardía estilo Ernest Hemingway en el mejor de los casos. Creo que escribí con ligereza y falta de sustento, movido por el entusiasmo. En absoluto era mi intención mostrarme despectivo sobre un filósofo en especial o sobre la filosofía en general, si no más cercano a lo que tú adviertes: el hecho de que ciertos libros y ciertos autores me resultan impenetrables hoy en día o que los desconozco a secas. Por eso tomé el nombre de Kant —más su nombre, la verdad, que su obra o sus ideas—, a quien intenté leer en mis años mozos y no lo conseguí —al contrario de dos libros de Hegel que sí leí con gusto en la universidad— y sobre quien he leído ese textito bello que le dedicó Thomas de Quincey. Estimo que la filosofía, como dices, tiene sus códigos, su tradición, su lenguaje y, si me he atrevido a aseverar algo al respecto, responde a una sola razón: a que he leído algunos libros escritos por filósofos, ahora ya sin intención sistemática o ambición alguna en el terreno filosófico —un peregrino deseo que sentí en mis años universitarios, y escribo *peregrino* porque mi capacidad de abstracción, el talento, vaya, no fue ni es lo suficientemente solvente para asumir la filosofía como un estudio riguroso—, pero que me han proporcionado un brío, una dosis de concentración y ambición en torno al pensamiento que empuja mis reflexiones dispersas, como denominaba Samuel Johnson al ensayo. Mejor: leer un texto filosófico —el de Heidegger que me enviaste y me dispongo

a leer esta noche, por ejemplo, el de Kant que me recomiendas, o los aforismos de Wittgenstein sobre los que te pedí consejo hace unos meses— es como recibir una potente inyección de morfina que predispone al lego para la reflexión y lo abstracto. No lo convierte a uno en un filósofo ni estudiante de filosofía: proporciona un estímulo para desarrollar las ideas y tratar de pensar con una vara elevada.

Imagino que mucho se pierde con ese procedimiento, si pensamos en esos códigos y rigores de la filosofía “profesional”, no advertir esas herencias, influencias y continuidades que se extienden de Kant a Nietzsche, por ejemplo, según indicas. Aquí, debo confesar con sinceridad lo siguiente: la lectura que alcanzo a realizar de Nietzsche, Schopenhauer y, por supuesto, Kierkegaard —magnífico es, por ejemplo, su *Diario de un seductor*—, igual que de Pascal, Descartes y algunos antiguos —Séneca, por ejemplo— es precisamente la que criticas, la lectura poética de esos autores. Tras haber leído Nietzsche con asiduidad pienso que encuentro intuiciones y contrastes respecto de su gran debate con el cristianismo, por ejemplo, alcanzo a intuir la espesura de su debate con algunos filósofos —en particular, me apasiona su arreglo de cuentas con todo el mundo en el *Crepúsculo de los ídolos*—, pero no puedo comprender ese intento de rebasar la metafísica y de ser un filósofo que intenta ir más allá de la filosofía. Por una razón concreta que espero no te espante oír, pero que es la pura verdad: no alcanzo a comprender qué es la metafísica y el gran dilema de la filosofía alrededor de ella. No me vanaglorio en absoluto de este desconocimiento, pero no alcanza mi entendimiento —y aquí ya camino en un territorio por completo espinoso para mí, el de las diferencias entre “comprensión” y “entendimiento” que, según me parece, provienen de la filosofía alemana— al gran tema de la metafísica sobre el que siempre he oído hablar, incluso quejarse a los filósofos, pero sobre el cuál nada sé. Y, créeme, querido amigo, que intenté comprender alguna vez, pero mi vocación filosófica —¡si ello existe en alguien!— es mucho más que limitada.

No sé si lo que voy a decir constituya una tontería, lo planteo como una inquietud. Me da la impresión de que puede realizarse esa lectura “poética” de un texto como *Diario de un seductor* de Kierkegaard, quizá desarticulada, aislada del intento de su autor por desarrollar ciertos propósitos filosóficos, por ejemplo, los que tú apuntas. No lo sé. Creo que los escritores lo leemos así, al menos los profanos que desconocemos esa sistematicidad de la tradición filosófica podríamos leerlos como un compartimento autosuficiente y estanco, como podríamos hacerlo con *La rama dorada* o *Tristes trópicos* —cosa, esta última, que realicé hace pocos meses, apenas cuatro o cinco; leí una parte de *Tristes trópicos*— y, quizá, saquear algo de ese fortín. Hay en Nietzsche y varios otros, otro aspecto, además: una prosa, un estilo, una puntuación —en Nietzsche— que uno recoge, junto con las ideas, pero, creo, también, independientemente de ellas y lo hace como un profano, en este caso, como un escritor que se alimenta de otro que, a su modo, también es un escritor. Tal vez reside en ello la recepción positiva de Nietzsche entre literatos, *popularidad* incluso, entre escritores de literatura —cosa que, como sabes, es grande, en la obra de Kafka, Robert Musil, Thomas Mann, Unamuno, Vargas Vila o José Asunción Silva. De hecho, con la sola excepción de Borges, no conozco a un escritor, entre quienes lo han leído, que reniegue de Nietzsche—, y con ello acaso se entiendan también las acusaciones de ciertos defensores del “proyecto filosófico de la modernidad” acerca de que su pensamiento ha sido la causa de la posterior *logorrea* —como denominaba el brasileño José Guilherme Merquior a la descomposición del discurso filosófico después de Nietzsche y el giro lingüístico en el artículo “El logocidio occidental”— y lo que Merquior señalaba como el oscurantismo y la escasa claridad para afrontar temas por parte del pensamiento contemporáneo después del “logocidio” —recuerdo que cuando era universitario solía repetir los argumentos de Merquior a favor de cierta tradición racionalista más “rigurosa” del pensamiento en contra de los “logocidas”, algo que, hoy en día me avergüenza, no

solo por mi desconocimiento real del fondo de los temas si no porque es precisamente lo contrario de lo que pienso ahora—: el hecho de que sea más “poeta” que “filósofo”. En una biografía de Nietzsche que leí hace una década el biógrafo comenzaba diciendo que el primer dilema de Nietzsche era que, si hubiese podido, hubiera escogido ser poeta o soldado, pero el hombre se hallaba encerrado en un cuerpo de filósofo, lo que lo condujo a ser y escribir de cierto modo y sobre ciertos asuntos. Creo que cabría pensar al respecto en cuanto a las implicaciones de sus libros, naturalmente si aceptamos la idea del biógrafo.

Lo de Savater no deja de divertirme. En mis años universitarios contraje una fobia *avant la lettre* en contra de Savater sobre la base de lo que había oído a mis profesores, entre ellos, a ti. Pasó el tiempo y me alejé del territorio de las ciencias sociales y la poca filosofía que había leído —aunque, pensándolo bien, no fue tan poca, como creía unas líneas más arriba, aunque eso es tema de otra conversación— y durante tres mañanas seguidas, en una librería, leí uno de sus libros, *Idea de Nietzsche*, de Savater, cosa que casi me llevó a confirmar las prevenciones de mi par de maestros universitarios. ¡El libro es muy malo, una barbaridad! Savater lleva a cabo tan mal su lectura de Nietzsche, según recuerdo, que todo le reprocha al gran maestro desde el punto de vista de la democracia liberal contemporánea —que, según Savater deja entrever, constituye para él el último estadio de desarrollo del mundo, como en Fukuyama, vamos— y procede con una torpeza digna de un sociólogo segundón, no de quien se supone es un “filósofo”. No hay pizca de enfoque histórico en ese libro, todo es una retahíla de cuestionamientos a Nietzsche por, según Savater, haber equivocado su visión del mundo posterior, el que nosotros habitamos o habitábamos. A causa de ello lo abandoné otros buenos años hasta que un día leí que se consideraba a sí mismo “filósofo de compañía” y no un filósofo académico y eso me gustó más. En lo posterior lo he leído bastante, en artículos en los que habla sobre lengua, cine, novelas y un par de problemas del mundo contemporáneo, y hace mucho decidí

quitar de la antesala de su apellido el apelativo de “filósofo”, algo que en realidad no parece ser, y colocar arbitrariamente uno mucho menos pretencioso, el de *articulista*, y todo funciona para mí a las mil maravillas. Tiene un librito de artículos de prensa en los que habla sobre “malos” y “malditos” en el cine, por ejemplo, que es decididamente bueno. Que las editoriales y el andamiaje publicitario español quieran convertirlo en novelista, es ya otra cosa. Para nada lo es, aunque lo premien con un par de sacos de dinero y el Premio Planeta que parece ya una confabulación grotesca y no un premio.

Sobre Cioran poco puedo decir: no sé si trata de un filósofo y, sí, parecería más conveniente llamarlo “ensayista-poeta”, pero sus libros, uno tras otro, han sido para mí el agua de un —amargo y delicioso— manantial.

Ahora que mencionas a T. W. Adorno, observo en qué ha terminado mi procedimiento: eludí leer los trabajos más propiamente filosóficos de Adorno hace tiempo —la *Dialéctica negativa*, por ejemplo— pero no he dejado de leer, y espero no hacerlo, sus trabajos sobre cultura, estética, literatura, cine, música y aun sociología —esas lecciones de sociología que publicó Gedisa hace años son uno de los mejores libros explicativos de sociología paso a paso por parte de un conocedor superdotado del tema—. Mi procedimiento es quedarme con lo que puedo, descartar lo que ya no puedo. Te confieso: antes me desesperaba que en el camino dejara algo muy importante, definitivo para comprender a un autor —leer *Prismas*, sin leer *Dialéctica negativa*—, y la conciencia me remordía. He dejado de hacerlo, espero que no para mal, al menos no por completo. Leí, por ejemplo, un librito que Steiner le dedica a Heidegger y no por ello peroraré sobre, pontificaré o impugnaré la filosofía de Heidegger, ni siquiera —¡por supuesto que no!— podría hablar sobre Heidegger, pero puedo hacerme una idea —apelar a esas imposturas secretas que brinda la intuición, como da fe Althusser en *El porvenir es largo*— de lo que Heidegger pensó, y disponerme, con mejor entrenamiento, a leer un trabajo

como el que me recomiendas de ese mismo autor —acabo de bajar y ordenar los dos, el de Heidegger y el de Kant, para dedicarme a ellos con tranquilidad—. En ocasiones conocer esas aproximaciones de *divulgación*, si vienen de la pluma de Steiner, me basta.

A propósito de Javier, un apunte. Le recomendé la lectura de *El porvenir es largo* hace tres años. Lo tomó a regañadientes y, estoy seguro, no lo leyó. He recomendado el libro a por lo menos media decena de amigos pues es uno de mis más entrañables, y he recibido de ellos reacciones desde la más cerrada indiferencia a la curiosidad y el respeto más adusto. Váscone me lo regresó con el solo apunte de que “su prosa era demasiado intrincada”, y me di cuenta inmediatamente que apenas lo había abierto, a pesar de que yo le hubiese dicho que el testimonio era de una belleza excepcional y tétrica. Unos meses más tarde el crítico español Ignacio Echevarría le remitió un *mail* sobre su novela *La piel del miedo* en que hacía una comparación entre algún aspecto de la novela y la autobiografía de Althusser. Me lo comentó por teléfono y aludió al libro con intención de que se lo pasara de nuevo, supongo, pero la indiferencia me venció. Me hice el sordo.

Leí hace tiempo una entrevista al filósofo judío inglés, Alfred Julius Ayer, que formó parte de Círculo de Viena, y me sorprendió lo duro y “analítico” de sus opiniones sobre quiénes son filósofos de verdad y quiénes no —te la envió como anexo³³ porque es muy mordaz—, aunque también sus criterios son muy ortodoxos en cuanto a considerar de valía solo lo que forma parte del círculo de irradiación de la filosofía analítica, y cosas de poca monta lo que no cae en ese circuito. Veo que las consideraciones sobre quién es un filósofo y quién no dependen mucho del concepto de filosofía

³³ Francesc Arroyo, “El filósofo Alfred Julius Ayer afirma que no necesitamos nuevos principios éticos”, *El País*, 3 de mayo de 1989: https://elpais.com/diario/1989/05/04/cultura/610236001_850215.html Estrella también remite con esta carta la última entrevista a A. J. Ayer titulada con una frase del filósofo, “La metafísica, cualquiera que sea, es una tontería”, publicada en *La Vanguardia* el 30 de mayo de 1989 (disponible en algunos sitios de la Red).

del proponente. Fíjate, por ejemplo, en los términos, estos sí despectivos, con que Ayer se refiere a Heidegger y Derrida.

Acerca del otro tema hago un par de pequeñas precisiones. Fui superficial al escribir lo que escribí sobre los libros de crítica y ensayo en lengua española. Por supuesto que Gutiérrez Girardot, Emir Rodríguez Monegal o Rama tienen libros estupendos. No, no iba en ese sentido lo que quería decir. Solo que me parecen casi insuperables muchos libros escritos en otras tradiciones, cuyos orígenes y desarrollo, describes muy bien en tu carta, querido Iván. Solo quería apuntar mi asombro ante la solidez, la monolítica solidez de dichos escritos. Tampoco quería desestimar aquello que ciertos individuos —Espinosa Pólit, por ejemplo— han hecho en este país, ¡imposible! Pensaba, al escribir lo que escribí, en publicaciones más actuales, aunque, también en ciertos “clásicos” nativos que no lo son tanto, al menos en ese sentido, de presentar estructuras seria y profundamente montadas con el respaldo de una tradición —ah, la tradición—, ciertos conocimientos y métodos. Estoy pensando en *Entre la ira y la esperanza*, por ejemplo: si fuese leído con severidad, como haríamos con un libro de Bloom, por ejemplo, ¿dejaríamos pasar ciertos deslices evidentes como no se los dejamos pasar a Bloom? En fin, solo intentaba constatar esa formación intelectual de la que das buena cuenta en tu carta.

Tantas cosas por hacer, por emprender. Hay que ir tras ellas.

Un abrazo,

F.

23 de julio de 2012
(Fil.)

Querido Francisco:

Me alegra mucho el tono y el talante de tu respuesta. Quisiera, además, que quede claro que no pretendo sugerirte una lectura filosófica de los filósofos, ni mucho menos, sino tomar en cuenta el alcance limitado de las lecturas “poéticas”, que, en efecto, son posibles en relación con determinados filósofos y a condición de mal-comprenderlos. Tomando en cuenta esto, y haciéndose cargo de los efectos poéticos, literarios o retóricos de una mala-lectura —y no del todo en el sentido de Harold Bloom, por supuesto, aunque “en forma parecida” a su noción de “*missreading*”—, esta mala-lectura puede ser propicia para la escritura literaria: poemas, prosa narrativa o ensayística. En efecto, Nietzsche y en menor medida Schopenhauer y Kierkegaard tuvieron una extraordinaria influencia en poetas, ensayistas y narradores de la primera mitad del siglo pasado, tanto de Europa como de América, de las dos Américas (¿o son tres?). Mucho tiene que ver esta influencia con el ámbito generalizado de desdivinización (Heidegger) o desencantamiento del mundo (Max Weber) de la época. Ciencias y técnicas promueven una revolución completa de la vida cotidiana; ciudades, transportes, comunicaciones, armamento, medicina, alimentación, deportes, cultura de masas... Se pone en cuestión el estatuto de lo humano, de lo divino, de lo natural. Todo el ámbito de los valores. Solo en esa época podían escribirse *El proceso*, *La montaña mágica* o *El hombre sin atributos*. Esa desazón y a la vez búsqueda de afirmaciones en la “trasmutación de los valores” se percibe en poetas como Vallejo o Gorostiza, desde luego. Y en todo ello está la influencia de las lecturas, de Nietzsche sobre todo. Después vendrán otras influencias, tal vez

en alguno Bergson, y desde luego Heidegger, en especial a través del primer Sartre.

Y aquí viene algo muy serio para considerarlo: a través de esa influencia de la filosofía, o de ciertas filosofías, o incluso de ciertos filosofemas, ¿acaso no transita(n) de un campo a otro la(s) metafísica(s)? Y bueno, ¿a qué nos referimos con metafísica? En la entrevista a Ayer que me envías, él también, cómo no, lanza sus denuestos contra la metafísica. “La metafísica, cualquiera que sea, es una tontería”, dice. ¡Tan seguro él de haber superado la metafísica! ¿Acaso una afirmación como la que se destaca al inicio de la entrevista, “No necesitamos principios éticos; los viejos principios liberales son bastante buenos”, no se sustenta en una metafísica? Su afirmación contundente de la ciencia y de la lógica científica, de la teoría del conocimiento, ¿no tiene acaso un sustento metafísico? Heidegger, si ya has tenido tiempo de echar una mirada a la conferencia sobre la época de la “imagen del mundo”, sonreiría con sorna. Y cómo no hacerlo.

Meta-física, onto-logía, onto-teo-logía... Para el logicismo de la filosofía analítica no existe problema, porque su quehacer se circunscribe al análisis del lenguaje científico, de ahí su fecundidad en el campo de la lógica y de la “fundamentación —¡ya entró otra vez la metafísica!— de la matemática”. De ahí que no haya sorpresa cuando se trata de ética, no cabe duda: desde esa óptica, basta con un sano liberalismo británico decimonónico, y menos aún de estética, prácticamente inexistente. Cuando hablamos de “lenguaje científico”, por supuesto que nos referimos a las matemáticas y cuanto conocimiento esté fundamentado matemáticamente. En las ciencias sociales: descripciones. Ninguna interpretación, por supuesto. Analíticamente, habría que desmontar su impertinencia. Un filósofo analítico puede gustar de la poesía, de la novela, no lo sé si del ensayo, pero nada tendría que decir acerca de un poema o una novela. Estos son “objetos” in-analizables.

Pero ese conocimiento que es “objeto” de la filosofía analítica implica un ámbito de objetividad predefinido,

preacotado, no discutible. ¿Se puede discutir lo que sea “espacio” y no se diga “tiempo”? *Ser y tiempo* desde luego resulta un sinsentido. La propia pregunta por el ser deja de tener sentido. ¿Y quién conoce? ¿Bajo qué condiciones es posible el conocimiento? Todo ello está predefinido: una metafísica que actúa sin declararse. Desde luego que el “marxismo”, la “filosofía marxista”, la “dialéctica materialista” compartían esa condición metafísica no declarada, bajo el supuesto de la superación de la metafísica.

El lenguaje, desde luego, no se reduce a sentencias científicas, ni el pensamiento a razonamiento lógico. Lo que repugna de ciertas filosofías continentales a cierta filosofía anglosajona es que aquellas más bien trabajan en el ámbito de discursividades más amplias, que no se reducen a abordar solo la teoría del conocimiento y la lógica, sino a indagaciones sobre la cuestión del ser, sobre los “fundamentos”; substancia, espíritu, valores, voluntad... Hasta hoy me parece que han sido poco fructíferos los esfuerzos por conjuntar estas dos grandes vías discursivas de la “filosofía”, la alemana-francesa y la anglosajona. Incluso cuando se afincan en el lenguaje. Me he divertido con la mala leche de Ayer: casi ningún reconocimiento a ninguno de los filósofos a los que cita. Ni siquiera se contiene frente a Austin o Wittgenstein. Creo que apenas si se salvan dos o tres filósofos de sus tajantes descalificaciones.

En fin, y por ahora, quizá conviene tener presentes un par de cuestiones dichas por Kant:

- 1) La filosofía es un “campo de batalla”. ¿En torno de qué? Ese es un buen punto, muy difícil de establecer.
- 2) La filosofía versaría en torno a cuatro preguntas:
 - i) ¿Qué puedo conocer? ¿Cuáles son las condiciones del conocimiento?
 - ii) ¿Qué debo hacer? [cuestiones éticas]
 - iii) ¿Qué cabe esperar? [¿religión?]
 - iv) ¿Qué es el hombre?

En un ensayo, Foucault recuerda estas preguntas. Desde luego, en Kant está operando ya un “fundamento”: está el Sujeto de una parte (un sujeto trascendental) y el objeto de otra. ¿Son siempre esas cuatro preguntas las que configuran las filosofías modernas? En todo caso, ya me dirás tú si estas preguntas tienen sentido para ti mismo, para tu vida, para Francisco Estrella. ¿Acaso cuando lees *El ocaso de los ídolos* no están en juego esas cuatro preguntas?

Y, para terminar, por ahora: ¿alcanzan los buenos principios liberales para la ética, hoy? Yo no comparto esta afirmación del buen profesor de Oxford. Está bien para el Oxford victoriano y postvictoriano, que es el mundo de Ayer, de J. A. y del ayer o antes-de-ayer, ¿pero funcionan esos buenos principios para nuestra época? ¿fuera de la vieja Inglaterra?

Abrazos,
Iván

24 de julio de 2012
(Lit.)

Francisco:

Tal como lo sospechaba, ahí en Internet están las narraciones de Kundera. Me pareció muy ingenua su declaración sobre los medios electrónicos de circulación del libro. Pero a propósito de Nietzsche, la metafísica, la muerte de dios, el nihilismo, y las relaciones entre filosofía y literatura, te sugiero que leas el relato “Eduard y Dios” de este libro que está en internet: <http://200.21.193.162:81/pub/proyectos/Kundera.pdf>

Abrazos,
Iván.

24 de julio de 2012
(Lit.)

Querido Iván,

Muchas gracias por el envío de Kundera —en cuanto a ficción se refiere, solo puedo leer relatos muy cortos en pantallas de dispositivos electrónicos, por eso prefiero imprimir el PDF y traerlo a casa— que voy a leer con gran gusto. Aún no he podido con Heidegger, pero empecé con “¿Qué es la Ilustración?” de Kant y ha despertado en mí un gran y extraordinario asombro: ¡puedo leer a Kant y disfrutarlo, si puede decirse que uno disfruta con el de Königsberg!

Me fascinó tu última —ya no escribo “carta” para no parecer tan anticuado—, en particular las observaciones sobre el filósofo J. A. Ayer. ¡Te lo enviaba con intenciones, eh, y me alegra que surta el magnífico efecto que me brinda tu respuesta! También muchos de los apuntes y las razones que observas para entender la penetración de Nietzsche entre los literatos son fascinantes.

Pero te escribo ahora con cierta rapidez —espero que no con torpeza— para, como siempre, expresar mi asombro ante coincidencias y azares. Escribía yo en mi primera ¿carta?:

No busco ni encuentro alegría al leer novela y poesía, busco pistas sobre la vida porque ambas la completan, la rellenan, porque la edifican de otro modo y arrojan luz sobre ella, y, por lo general, estimulan mi asombro acerca de cosas, intuiciones, premoniciones, que llevo dentro y siento que se sensibilizan y extreman a causa de que otro ya las ha sentido antes que yo, porque otro ya las intuyó y escribió sobre ellas, porque mi sospecha se comprueba. El ejercicio de la sospecha acerca del conocimiento del mundo que todo hombre lleva dentro, aunque aún no lo sepa, es uno de los motivos de mi lectura de la novela y la poesía.

y encuentro en el libro de Kenner³⁴ una cita de Flaubert — Madame Bovary— que dice:

—¿No le ha sucedido algunas veces —prosiguió León— encontrar en un libro una idea vaga que se ha tenido, una idea borrosa que nos viene de lejos, algo así como la exposición íntegra de nuestros sentimientos más sutiles?

—Sí que lo he experimentado —afirmó Emma.

—He ahí por qué —continuó el joven— me gustan sobre todo los poetas.

Todo se une con todo como al final de un círculo. Me fascinan, deslumbran y amedrentan estos azares. El azar.

Un abrazo.

F.

³⁴ Flaubert, Joyce y Beckett. *Los comediantes estoicos*, Hugh Kenner, FCE, 2011.

25 de julio de 2012
(Fil.)

Querido Francisco:

Te escribo una breve anotación sobre la marcha. Van quedando temas sueltos, como el del nihilismo y el del giro lingüístico en filosofía. El nihilismo es quizás lo que caracteriza a la atmósfera cultural de Occidente desde fines del siglo XIX hasta al menos mediados del siglo XX. Desde Dostoievski hasta Camus, Celan, Beckett. No sé por qué entre nosotros el “debate intelectual” se restringió tanto en torno al “compromiso”, tomado a partir de Sartre —de la época en que Sartre se acerca al marxismo—, y se olvidaron otros aspectos del debate. Hace algunos años, unas tres décadas, comencé a pensar que había entre nosotros un especial repudio a la teoría. Desde distintas posiciones: los artistas y poetas, desde luego. También, por supuesto, los políticos y los sindicalistas. Y en nombre de la “praxis”, los “marxistas”. Aparentemente era fácil dejar de lado el tópico del nihilismo en nombre de la revolución. Pero habría que examinar otras “atmósferas”, como las “posmodernistas”, y examinar cuánto queda en ella de nihilismo. Y tal vez haya que emprender una crítica más consistente de la cultura, de la literatura y el arte en América Latina y Ecuador; no sé si sea necesario, no sé tampoco si sea aún posible tal empresa.

Sobre el giro lingüístico solamente un breve apunte. ¿Utilizaste en algún momento el término “logocidas” para caracterizar a los filósofos que estarían vinculados al “giro lingüístico”? O fue alguna palabra parecida. En cualquier caso, me parece que el “giro lingüístico” aparece en el pensamiento del siglo pasado como consecuencia de algo que es una cualidad “epistémica” de esa época: la reflexión sobre el lenguaje. En este caso, tiene pleno sentido la palabra

“reflexión”: pensamiento-y-lenguaje que piensan el lenguaje, la relación entre pensamiento y lenguaje, y consiguientemente la condición “humana” del lenguaje (la palabra), en relación con otros “lenguajes” (animales —y para los teólogos, la palabra de Dios, la “revelación”—), y a partir de ello, la relación entre Yo y Tú, la comunicación (lo social), el lenguaje del inconsciente, la posibilidad de una “antropología”, la cuestión de la verdad —es algo que se puede decir respecto de ciertos enunciados—, la relación entre comunicación e información, y por tanto entre el lenguaje humano y las máquinas, etc... Y esto viene por distintas vías: la semiótica de Peirce, la lingüística de Saussure, la analítica anglosajona, la semiología “continental” [europea], los estructuralismos... Se advierte la centralidad que tiene la cuestión del lenguaje (el habla, el discurso, la lengua, la comunicación o incluso la expresión) en el pensamiento del siglo pasado —¿y en el actual?—. De ahí que Wittgenstein —el del *Tractatus* y desde luego el de *Investigaciones filosóficas*, donde aparecen su planteamiento acerca de los “juegos del lenguaje” y el análisis de lo que (no) puede ser comunicado—, el Heidegger de la metáfora “el lenguaje es la casa del ser y el hombre es su guardián” —que ha servido para mucho, incluso para la sátira: en esa casa vieja que parece venirse al suelo vive el viejo H que se cree guardián del ser—, o Habermas que parte de la pragmática anglosajona —Austin, Searle & Cía. — para su utópica “acción comunicativa” sin estrategias. Y desde luego Derrida, con su “giro” del signo lingüístico —por tanto, del “fono”— a la escritura (en el sentido en que él entiende “escritura”: la huella, etc.).

Abrazos,
IC.

11 de agosto de 2012
(Lit.)

¿Qué tal, querido Francisco?

Espero que el largo de fin de semana te haya permitido salir de la desazón que, por lo que me has contado, te ha producido el nuevo empleo.

El lunes empieza mi curso de este semestre que tiene por tema la novela ecuatoriana. O mejor “la narrativa ecuatoriana”. Y eso me ha llevado a releer el ensayo de nuestro amigo Valencia, “El síndrome de Falcón”. Veo que no lo había leído con atención. O no le presté la suficiente atención. Lo vi como un puntillazo de un joven escritor en su momento de arranque, para afirmar su posición, sobre todo contra lo que inmediatamente tenía a la vista. Curiosamente, se apoya en la novela de Egúez, *Pájara la memoria*, en *El viajero de Praga* de Vásconez y en cierto modo en la pareja Adoum-Luzuriaga, *Entre Marx y una mujer desnuda*, y más lejos, en Palacio, para intentar situarse él mismo. Y aquí viene el asunto:

1) Para 1998, cuando firma el ensayo, Palacio ya es el “centro” del canon (en la medida en que pueda hablarse de canon, o de percepción histórica) de la literatura ecuatoriana. No conozco novelista de mi generación que no haya supuesto a Palacio como su antecedente. Si lo lograron o no, es otro asunto. Hacia 1974 se publicó un par de artículos de Abdón Ubidia que vienen a ser como el “manifiesto” de los narradores de toda la generación sobre sus antecedentes “ecuatorianos”, uno es sobre de la Cuadra y otro sobre Palacio. Excepto Agustín Cueva, ninguno de los escritores de izquierda tenía por Icaza ningún aprecio a fines de los 60 o inicios de los 70. Lo habían leído, sí, por supuesto, pero no era reconocido como su antecedente. Si no, ¿cómo podían ser parricidas? Debe tomarse en cuenta que provenían del parricidio

tzántzico contra Carrión, contra Icaza... y ahí descubrieron a Palacio, en el tomo que publicó la Casa de la Cultura con una serie de artículos y un largo prólogo de Alejandro Carrión. Luego, su obra se publicó en la edición Ariel, destinada al gran público. Dato curioso: en la biografía de Wikipedia, que acabo de consultar para verificar el dato de la edición en la CCE, no aparecen registros de estas ediciones; sí, por supuesto, la edición de W. Corral. Incluso Cueva promovió la publicación de Palacio en Chile. Por tanto, Palacio está en el “canon”, o como se llame, desde mucho tiempo antes del nacimiento de nuestro amigo Valencia. Yo leí a Palacio por primera vez en el colegio, y a los 20 años tenía ya mi ejemplar de sus obras completas bastante maltrecho por la lectura. Por entonces, ya entraban los escritores del boom. Si Ubidia imitaba a Cortázar, Vladimiro Rivas imitaba a Borges. Tinajero y Moreano querían escribir como Camus o como Sartre, y otros se preparaban para seguir las pautas de García Márquez. Por tanto: Icaza, como Carrera Andrade en poesía, pertenecían al pasado. Y todos escondieron sus obras en los altillos por temor al contagio...

2) El ataque de Valencia se dirige contra Icaza y el “realismo socialista”. Hay un equívoco terminológico digno de notarse. ¿Cómo puede hablarse de “realismo socialista” respecto de una literatura de un país no socialista? Este equívoco, seguro, no lo habría cometido ni Zhdánov, el ideólogo del “realismo socialista”. El héroe del realismo socialista es un héroe positivo, que afirma los valores del Estado, el stajanovismo, etc. El del “realismo social” es un héroe que generalmente será derrotado, y que pone en juego su vida o su futuro para denunciar una injusticia social. Me parece que es sustancialmente distinto el “realismo social” de los latinoamericanos, más vinculado, estéticamente, a un Zola o incluso a un Maupassant.

3) Valencia es tan anti-marxista que no percibe una cuestión muy interesante, que implica cierta contradicción y a la vez un desplazamiento político e ideológico en el marxismo. Es la cuestión “nacional”. Tiene que ver con el nacionalismo y, por

consiguiente, con la “identidad”. Desde luego, Marx no era en absoluto nacionalista, en ningún sentido. Frente al nacionalismo alemán, aunque desde puntos de vista muy diferentes, es tan anti-nacionalista como Nietzsche. Ante la guerra de 1914, se recordará, los partidos socialistas se escinden y se confrontan entre sí sus alas nacionalistas, pacifistas e internacionalistas. Los marxistas adoptan por lo menos la actitud pacifista, aunque por lo general se niegan a adoptar cualquier posición nacionalista; de ahí nacen los partidos comunistas, Lenin, Rosa Luxemburgo. ¿En qué momento aparece el “nacionalismo” de los marxistas? Con Stalin y la III Internacional, a fines de los años 20, cuando los comunistas estalinistas asumen que en los países coloniales y en los semicoloniales (y aquí entramos) es necesaria una alianza con las “burguesías nacionales” para luchar contra el imperialismo. Entonces aparece un “nacionalismo revolucionario”, la necesidad de una “liberación nacional” —... y esto incluso explica por qué hay comunistas y otros izquierdistas en la “revolución ciudadana”—. Es decir, es un giro hacia el liberalismo, hacia la constitución de estados nacionales independientes.

¿Por qué autores no-marxistas como Aguilera Malta, de la Cuadra, y sobre todo Icaza, aparecen entre los primeros en este ámbito de la búsqueda de la identidad nacional? He releído en estos días *A la costa* de Luis A. Martínez, y el estudio que le dedica Augusto Arias, en 1937. Una observación interesante de Rodríguez Castelo: Martínez, de alguna manera, prosigue los relatos de su suegro Juan León Mera en *Novelas ecuatorianas*. De allá vienen el “tono realista”, la búsqueda de “identidad” nacional, el nacionalismo literario, la denuncia. Dejemos de lado por ahora a Mera. Es evidente que la revolución liberal involucra una necesidad del Estado: una ideología nacional, una literatura que funde la nación, que la cree en el imaginario social. Y en este sentido, es heredera de una historia que tiene un fuerte antecedente en García Moreno.

4) La cuestión de la denuncia. ¿Por qué surge y se extiende la literatura de denuncia en América Latina desde el siglo XIX

hasta las primeras tres décadas del siglo pasado? Me parece fútil rechazar la novela de denuncia a fines del siglo, cuando ya a nadie se le ocurriría escribir una novela de denuncia, pues se vería un anacronismo ridículo. Eso deja sin interpretación esa novela de denuncia, distante ya, a la sazón, con seis o siete décadas. Es decir: se “denuncian” los límites estéticos de la novela de denuncia de los abuelos o bisabuelos...

5) El liberalismo no trae al Ecuador esa “subjetividad” que se opone a un “mundo masificado, despersonalizado”, que, según Valencia, caracterizaría al “lector contemporáneo”. No sé por qué los escritores de 40 años para abajo, que ciertamente vivieron su adolescencia en un Quito o un Guayaquil de más de un millón de habitantes, olvidan consultar los manuales de historia para tratar de imaginarse el Ecuador de 1930 o 1940. Y digo “manuales de historia”, porque se percibe que no prestan atención a la novela. ¿De qué “mundo masificado” podía hablarse en esos años? ¿Dónde comenzaba y dónde terminaba ese Quito de 150 o 200 mil habitantes, del que costaba salir al mar? Palacio es en verdad extraordinario, y hasta hoy, según me parece, nadie ha encontrado una explicación persuasiva acerca de cómo llegó a escribir lo que escribió. Sus cuentos son escritos por un joven de veinte o veintiún años de edad que llega a Quito desde Loja, una ciudad pequeña que habrá tenido en aquella época poco más de diez mil habitantes. Para salir de Loja a Quito habrá hecho un viaje de diez días o más, con una vuelta por Paita, Guayaquil. No olvidemos que su segunda y última novela es de 1934, cuando tiene treinta años. Y ahí acaba...

A mí me parece que *Débora*, su “novela subjetiva”, pone en evidencia la poca densidad de la subjetividad del protagonista. Y lo mismo pasa con *Vida del ahorcado*. Ningún demérito de Palacio, desde luego.

6) ¿Por qué ese desprecio sistemático a Icaza? Sigo sin comprender por qué se lo desprecia tanto. No entiendo incluso el desprecio que hoy se tiene por *Huasipungo*. Es cierto su esquematismo, la tipología demasiado caricaturesca de

los personajes, el gamonal, el cura o el teniente político... Pero *curiosamente* intenta penetrar en la subjetividad del protagonista indio, Andrés Chilibinga, con un instrumento que aparecerá luego en Dávila Andrade, la “chaupi lengua”, la mezcla de castellano y quichua, un castellano quichuizado, en ese inolvidable pasaje del lamento por la muerte de la Cunshi. Nada dicen los detractores de Icaza al respecto. Para mí está claro: escribir novelas indigenistas en 1950 ya era una aberración, ¿pero en 1930 o 1934? ¿Por qué no colocar una junta a otra, *Vida del ahorcado* y *Huasipungo*, y mirar desde ahí el panorama de lo que se puede llamar “narrativa ecuatoriana”? Son dos intentos notables, sin duda. Y bueno, está esa novela notable, quizá tardía, que es *El chulla Romero y Flores*, ¿acaso no hay en ella inmersión en la subjetividad? Sí, de una capa social muy quiteña, que se ha dado modos para proseguir con sus estereotipos hasta nuestros días, pero que sin duda resulta difícil de captar para un joven guayaquileño.

7) La cuestión de la carga del padre /o su asesinato. Este asunto no lo aborda en rigor Valencia. Y vaya, Edipo/Eneas, ¿cómo resolver este asunto? ¿De qué legado me hago cargo? ¿Qué legado recibo? ¿Cómo me hago cargo?

En fin, querido Francisco (mi querido “sastre”): mucha tela que cortar.

Abrazos,
Iván

12 de agosto de 2012
(Lit.)

Querido Iván,

A cortar la tela se ha dicho.

Hay varios puntos en tu carta sobre los que tengo ideas y comentarios. Procederé con cierto desorden y luego pretenderé hilar la dispersión.

Lo de *Huasipungo* que es un tema muy recurrente. En mi generación, digamos de Leonardo Valencia hasta la gente más chica, no existe un rechazo a la novela, salvo por Leonardo y algún otro: con excepción de los escritores que han estudiado literatura y, puntualmente, que lo han hecho en la Universidad Católica que, por exigencia de estudios, imagino, deben leerlo, el resto no ha leído ese libro. Pero esta falta de lectura es un hecho sintomático. Entre los que probablemente la hayan leído —Yanko Molina, Marcelo Báez, Margarita Borja, Juan Pablo Castro, Santiago Cevallos, Juan Secaira, varios otros— jamás, nunca, he oído el más mínimo interés, no por su trama o propuesta, sino al menos por mencionar esa novela. Esto, hasta cierto punto, es comprensible: estamos —me incluyo— demasiado lejos de *Huasipungo*, cercados por la invasión de voces literarias que vienen de todas partes y muy apartados de su universo y propuesta estética. Sin embargo, esta comidilla literaria no destruye el contenido del libro, por supuesto. Hace unos años me detuve a leer a los dos en paralelo, Icaza y Palacio, quería redactar un artículo sobre ambos, pero no lo terminé nunca. Esa intención me regaló la lectura de sus obras, algo que agradezco. *Huasipungo* tiene un encanto que parte del trabajo con la lengua y de la monstruosidad de sus situaciones, algo que ahora podríamos tildar de *tremendismo*, pero que Icaza, en función de la denuncia, logró apuntalar muy bien. Es evidente

que se trata de una novela terminada de un modo muy rústico, me refiero a su estructura literaria, no a su lengua: en mi opinión hay más pasajes estupendos en *Huasipungo* que una novela en sí. Es notorio en Icaza su talento natural acompañado de una cultura muy pobre. ¿Qué autores leía Icaza? No creo que fuesen los grandes que vienen después de Flaubert o Maupassant, la gran novela del siglo XX, quizá algo de teatro clásico o a Eugene O'Neill. Se nota que dio la lección con los naturalistas franceses y acaso los norteamericanos y se dedicó a escribir. No le hizo falta nada más. Esa, la tragedia de Icaza —y también de Palacio, me parece, aunque en Palacio el talento destellase sobre cualquier cosa—, esa la tragedia de casi todos los escritores ecuatorianos: abandonar su curiosidad en un punto y confiar en que el talento, un pozo sin fin, siga alimentando su obra. En suma, su desprecio por la lectura, por contrastar sus libros con los libros de fuera, con otras estéticas, y ya no ocupar el mandil de obrero. Las razones las conocemos de sobra: nos hacemos viejos, nos hacemos burócratas, debemos pagar hipotecas, tenemos esposas, amantes, hijos, olvidamos que un día escribimos un buen cuento, una novela, un ensayo, nos solazamos en la vagancia y en la derrota inherente a la vida en un país como éste, preferimos la vida cómoda a los rigores del arte —eso queda claro en la nota de hoy, domingo, en *El Comercio*, que cierra con una opinión tuya acerca de la Casa de la Cultura—, nos convertimos en seductores profesionales con un discurso apolillado, en vejetes con pinacoteca de siete cifras, en maquinarias de “proyectos” fabulosos para hacer dinero, en viejos lectores de cartas, el tarot, la palma de la mano, la espalda, ¡la espalda, Iván!, en novelistas a destiempo que no abandonan, porque no pueden, su verdadera vocación. Tú sabes, pocos se salvan, poquísimos... Vásconez, Vladimiro Rivas.

Esto me lleva a la segunda parte de mi carta. En el Ecuador confundimos dos cosas y eso nos lleva al abismo. Pensamos que los problemas de la literatura son esencialmente políticos y, creo yo, no lo son, en lo absoluto. Los problemas de la literatura son

estéticos, problemas noblemente estéticos que pueden acarrear incidencias políticas, por supuesto, pero que deben partir de una concepción estética. Esa es la carencia de nuestra crítica de la narrativa ecuatoriana, que ese libro de un enfoque *estético* — aunque fuese una miscelánea de reseñas sobre varios autores— no existe. Ese libro que, por ejemplo, yo debiese haber escrito o estar haciéndolo, no acaba de cuajar. Ese es, por ejemplo, el problema del ensayo de Leonardo —además de otros—: Leonardo parte de un pre-concepto muy arraigado, de que los ecuatorianos somos parroquianos que no alcanzamos a ver el mundo más allá y como remedio acuña un *cosmopolitismo* salvador sin fronteras, más parecido a una agencia de viajes por Europa y África del Norte que una propuesta estética. En un artículo escribe una especie de directorio telefónico de todos los autores latinoamericanos que han escrito obras *no* ambientadas en tierras americanas y con ello descubre el cosmopolitismo. Lo que me preocupa en tipos tan inteligentes y cultos como Leonardo es que esta actitud los lleva a caricaturizar sus propios destellos de originalidad y lucidez. Si tú revisas, Iván, los ensayos de Leonardo sobre este tema, podrás constatar y quizá asentir conmigo, que sus primeros ensayos eran mejores que los últimos, y que, en estos últimos, ya se nota cierto agotamiento de las ideas.

¿Por qué menciono lo anterior? Porque me da la impresión de que Leonardo se inventa un problema de un modo erróneo. No le falta razón cuando sitúa los prejuicios aún vivos en la generación anterior, la de los narradores nacidos en los cuarenta, quienes conservan aún cierto lastre, que no les viene por la vía de la literatura —ya has recordado tú quienes eran, a quienes querían imitar, qué leían— sino del compromiso político, *sartreano*. Sin querer parecer miope, ese compromiso, hoy en día, no le dice nada, absolutamente nada a los jóvenes escritores menores que yo, simplemente ya no existe como *problemática*. El comportamiento y las opiniones políticas o literarias de esos autores es lo que confunde a los que vienen después y es lo que Leonardo ya no estaba dispuesto a aceptar. En ello procedió bien, con propiedad:

si quien abre la posibilidad de un entendimiento *formal* de la novela de modo amplio y ambicioso, Adoum, según el artículo de Leonardo, sigue acosando a los jóvenes escritores por su carencia de compromiso político hasta antes de su muerte, ello hace suponer que poco había cambiado en la arena literaria de este país. Y de veras aún hoy sigue ocurriendo. Lo que no han notado los autores de más edad —y Leonardo tampoco— es que se ha operado una verdadera partición, se ha instalado un dique, entre los escritores más jóvenes y su tradición natural, esto es, la literatura anterior de este país. Sea por estupidez, ceguera, petulancia o desprecio, ello está ocurriendo entre los más jóvenes. El problema del ensayo de Leonardo, desde mi punto de vista, es que ofrece de nuevo una respuesta política a un problema estético: logra sortear el clima sartreanamente enrarecido de sus inmediatamente mayores, los pone contra la pared, usa un ídolo viejo para trazar la caricatura —la osamenta de D. Jorge Icaza— y descubre el síndrome. Nos dice, en el fondo, que el nacionalismo corresponde a una literatura parroquiana, y solo el cosmopolitismo viajero, desarraigado, el exilio, nos permitirá escribir una literatura sin fronteras.

Lo segundo es más importante, creo, desde un punto de vista literario. Hay un precepto en el que creo como escritor. Un escritor debe explotar al máximo lo que ve, lo que observa, extremarlo, como pretendía el *nouveau roman* francés. Y si lo que veo de modo inmediato es un árbol, una mujer, unos hijos, si atravieso la puerta y me encuentro con un modo de hablar, con unas calles que son de un modo y no de otro, con unas plazas y unos gritos, con una forma de ser y engañar, con un reguero idiosincrático muy definido y, desde la óptica deformada de un escritor como yo, una forma monstruosa e inane, si lo que veo y donde habito es una ciudad en que no es posible amar, aunque , precisamente por ello, hay que enamorarse y no hundirse en el vacío de esta ciudad, si ello me pasa, estoy aquí y soy un novelista —algo que no soy— puedo asumirlo, me cabe, y hablar de ello: es mi primer material, mi materia esencial. ¡Qué carajo tiene que ver eso con

el cosmopolitismo, si el novelista hipotético de esta ciudad sin amor, traza las calles y las plazas de esta ciudad y les da forma con un habla, un tratamiento de la lengua, una gracia alimentada en los Andes, en Quito, en este pozo al pie de un volcán!

Como ves, creo que el problema está mal planteado, no va por ahí, según mi criterio. Los fabuladores se alimentan de libros y de la vida, y en las dos canteras extraen las rocas para construir sus edificaciones. No creo que una literatura, siendo tan singular, tan subjetiva siempre, se defina por construir escenas de cartón-piedra en que ambientar fábulas. Tampoco creo que el género de la novela sea puro lenguaje (hay casos que se admiran —el *Ulises*—, hay casos en que se toleran —Benet—, hay casos que deben ir al cubo de la basura —Adoum—) ni puro compromiso, ya que hablamos de realismo social —no socialista—.

Te ruego me permitas un par de puntualizaciones de tipo personal. Cuando recientemente hablé de estos temas en mi polémica con Eduardo Varas, inmediatamente se dispusieron a colgarme en el cuello el cascabel de “nacionalista”. He llegado a estas conclusiones como lector de novelas y como crítico que se fija ante todo en el universo personal de un autor y en la forma. Un autor tiene que hablar de lo que ve y de lo que habita en él. Y si para ver se sitúa en una coordenada que implica el uso de una lengua y un determinado modo de ser, pues ha de escribir sobre ello. Ahí entra el talento con toda su fuerza. Si carece de talento hará “nacionalismo”, hará “caricaturas” y, en el Ecuador, se convertirá en donjuan sesentón o imprentero. Si tiene algo de talento persistirá, con los riesgos que hay que correr —Proaño Arandi—, si su talento es mayor se verá en el peor de los conflictos: luchar por ser alguien, ya no entre cuatro paredes volcánicas, sino por dar el salto. En ese empeño morirá, porque este país no alcanza, no da para más. Es el caso de ya-sabes-quién, nuestro amigo en Santa Clara. Si cierto público quiere confundir la visión de un crítico de mediana edad cuando dice que uno escribe lo que puede y está a la mano con la “pertenencia a una patria”, que lo hagan, que comprendan erróneamente.

En fin. Hay varios temas pendientes, pero aquí va esta entrega respecto de tu anterior. Como siempre, te agradezco por ser mi amigo y permitirme hablar contigo. Para mí siempre ha sido un privilegio, querido Iván.

Con el afecto de
F.

20 de agosto de 2012
(Hist.)

Queridos Iván y Javier [Vásconez],

D. Irving es un historiador inglés especialista en el Tercer Reich, autor de numerosos libros, biografías y análisis, sobre los nazis. Ha levantado revuelo a causa de sus controvertidas tesis que descartan algunas de las supuestas —siempre según Irving— atrocidades del régimen nacionalsocialista y la guerra. En consecuencia, ha sido tildado de neo-nazi e historiador revisionista, condenado por varios tribunales, aunque también, según uno de esos mismos jurados, haya sido admitido que Irving es probablemente uno de los historiadores que más datos maneja acerca de dicho período.

Por razones distintas realizo este envío, uno de los clásicos y más polémicos libros de Irving, *The path of war, El camino de la guerra*. Sé de tu pasión por la historia, querido Iván, veamos qué nos dices acerca de Irving. Javier: movido por un fragmento de nuestra conversación del domingo te envío este volumen. Quizá los capítulos destinados a los preparativos de la guerra no sean de mucho interés para ti, pero los denominados “La otra cara de Hitler” y “Cincuenta”, en los que se habla acerca de la personalidad, el comportamiento y las características físicas del Führer probablemente te interesen más.

Un abrazo,
F.

21 de agosto de 2012
(Hist.)

Querido Francisco:

He leído el prólogo del libro de Irving. ¿Se trata de historia, me pregunto, o de una biografía? ¿Hasta qué punto la biografía es historia?

Quizás este sea un problema típicamente inglés, no sé. Desde Carlyle, para muchos autores ingleses la historia es asunto de individuos, héroes, personalidades. ¿Hitler no dio en persona la orden de la “solución final”, el exterminio de los judíos? Posiblemente no, pero ese es un asunto central de la política nazi en su último período, como la guerra contra la URSS... ¿Si no hay un papel con la firma de Hitler en ese sentido, quiere decir que Hitler no tiene responsabilidad alguna? ¡Por favor!

Las biografías resuelven finalmente todo en torno al sujeto psicológico, a sus impulsos, a los datos sobre sus actos más o menos conscientes, como firmar un papel, un documento. Eso no es historia. O es historia decimonónica, del peor romanticismo. Hace rato, digamos desde el mismo XIX, desde Hegel, desde Marx o desde Nietzsche, esa manera de ver la historia carece de significación.

Yo diría que la biografía es un género más cercano a la novela. Cuando menos literaria, más datos verificados. En este sentido, Irving se destaca, por lo que puede verse. Muchos documentos. Y aquí viene la doble trampa de las biografías:

Irving denuncia, con razón, la una cara de la moneda, los documentos falseados. Por supuesto, siempre se ha de dudar de las memorias, los diarios, las conversaciones, los pactos (firmados o no): estos se arreglan luego, de acuerdo, con las circunstancias. Desde el inicio, están cargados de subjetividad, es un punto de vista intencionado; pero luego, se modifican de acuerdo con las

circunstancias: de los vencedores, de los vencidos, de los que quieren salvar el pellejo...

Pero la otra cara es la reducción, justamente, a los individuos. ¡Por qué Lord Churchill entró en la guerra, por qué Stalin no aceptó un pacto, por qué Roosevelt!... Por favor, esto es un disparate, es mirar las cuestiones con una óptica limitada. La intención o la decisión del individuo son fundamentales en la novela, pero son a menudo anecdóticos en la historia. Hay fuerzas más complejas que impulsan los acontecimientos, tensiones sociales, procesos demográficos, impulsos irracionales de los grandes conglomerados humanos, factores económicos, religiosos, culturales.

Una cuestión importante: el libro de Irving aparece en el contexto de la guerra fría, y dentro de ese contexto, en el fortalecimiento de Israel como aliado de Estados Unidos. Para el sionismo, fue fundamental la cuestión del Holocausto. Pero este es un tema muy complejo de filosofía, de ética, de historia. ¿Por qué, en varias circunstancias, una sociedad o una comunidad opta por el exterminio de los diferentes? ¿por la limpieza étnica? ¿por la pureza de sangre? ¡Y esta es una faceta de la famosa consigna moderna por la Fraternidad!!!

¿Y no se nota por ahí un tufillo nostálgico del imperio británico?

Seguramente leeré algún capítulo del libro de Irving, pero no veo que se trate de historia. Al menos, no es la forma de historia que me interesa.

Un abrazo,

I.

22 de agosto de 2012
(Hist.)

Querido Francisco:

Ya que estás entusiasmado con las biografías, te envío una entrada que será de especial agrado³⁵. Me pregunto si el autor de *El síndrome de Falcón* habrá leído este breve texto biográfico. ¿Podría decirse, acaso, que el síndrome va muy lejos, varios siglos atrás?

¡Guayaquileños! Ellos y sus linajes y rancios abolengos...

Abrazos,
IC.

³⁵ Carvajal envía el enlace a una nota biográfica sobre el escritor guayaquileño Joaquín Gallegos Lara, en la que se nombra a un ancestro español del escritor que habría sido médico en el entorno del rey Carlos IV de España y a una abuela perteneciente, en apariencia, a una alta clase social.

22 de agosto de 2012
(Cult.)

Ja.

Lo comento con una lista titulada bajo una paráfrasis del texto del voceador socialista yanqui, John Reed,

Doce biografías que cambiaron el mundo:

1. *Vidas paralelas*, Plutarco
2. *Los doce césares*, Suetonio
3. *Vida de Samuel Johnson*, James Boswell
4. *Retrato de Balzac*, Théophile Gautier
5. *Oscar Wilde*, André Gide
6. *Faulkner: una biografía*, Joseph Blotner
7. *Hernán Cortés*, José Luis Martínez
8. *James Joyce*, Richard Ellmann
9. *Oswald*, Norman Mailer
10. *Vida de Fray Servando*, Christopher Domínguez Michael
11. *Borges, una biografía literaria*, Emir Rodríguez Monegal
12. *El mensajero (vida de Porfirio Barba Jacob)*, Fernando Vallejo

(Selección: F. X. E.)

Un abrazo,
F.

23 de agosto de 2012
(Cult.)

(Sin encabezado)

Nada mal la selección, pese al insulto al pobre John Reed, querido Francisco...

Lo del articulillo “biográfico” sobre Gallegos Lara no tenía relación directa con la biografía de Hitler que me enviaste. Quería hacerte notar esa tontería de esos supuestos intelectuales porteños a los que les encantan las largas listas de nombres para dar cuenta de algún linaje: ¿se creen reescribiendo el Génesis o aprendieron de la retahíla de descendientes de David hasta Jesús? No sé, pero me parece una tontería. Lo hace el citado “biógrafo” de Gallegos Lara, lo hacen Pesántez Rodas, Cristóbal Garcés y otros. De ahí debe venirle a Correa esa manía de derivarse por vía colateral de Eloy Alfaro.

Lo otro es distinto. Hay algunas biografías que me han gustado, quizá más por los personajes, sobre todo artistas, que por la pretensión historiográfica. Desde luego, creo que en el caso de Plutarco y Suetonio hay una visión más amplia, intentan reconstruir la vida de sus personajes para conjuntarlos, para establecer comparaciones. De adolescente leí varios ensayos “biográficos” sobre Donatello, Leonardo, Miguel Ángel, Hölderlin, Beethoven, Dostoievski, Tolstoi, Nietzsche, Van Gogh, biografías escritas por Zweig y por otros, alguna biografía de Robespierre, una de Napoleón, otra de Lincoln, luego, las de Trotsky y Stalin escritas por Isaac Deutscher (un excelente investigador, la verdad), alguna de Juárez, otra de Diego Rivera, más tarde una que me interesó mucho, no por lo literario, sino por lo extraordinario del personaje, Lomonosov. Y hay un libro de Koetsler, *Los sonámbulos*, sobre la cosmología desde la Antigüedad hasta Copérnico, Kepler y Galileo —este último

algo maltratado por el húngaro-inglés— que, más que historia de la ciencia, es una especie de “biografía de la cosmología”; es un estupendo libro. Hoy, más que leer biografías, busco breves notas sobre los autores a los que leo, pues siempre considero necesario tener alguna referencia de contexto. Me molestan esas indistinciones que conducen a leer a un autor norteamericano contemporáneo nuestro como si fuese un renacentista italiano.

Lo que quiero decirte es que no desprecio para nada la biografía, pero que para mí es algo diferente de la historia. Y sí, prefiero la historia, la apreciación de grandes fuerzas, de tendencias que se confrontan, los sistemas de creencias, la construcción, devastación y reconstrucción de ciudades, las revoluciones tecnológicas y científicas, los sacudones de lo que llaman “mundo de la vida” en los grandes acontecimientos, las pequeñas fisuras que acaban por derrumbar imperios, el soplo del viento sobre los escombros, el polvo que sepulta civilizaciones, y las posteriores excavaciones. Y las grandes visiones de los historiadores. En ello hay también una preocupación ontológica, sobre el ser humano, sobre el tiempo, sobre el espacio y la Tierra, es decir, sobre el cosmos.

Uno tiene sus preferencias. ¿Te has puesto a pensar alguna vez en qué otra época del pasado y en qué lugar te hubiese gustado vivir? Yo, desde adolescente, siempre me he inclinado por Florencia, hacia el 1500. La Florencia de Maquiavelo, Botticelli, Leonardo, Miguel Ángel, la Florencia de la época del papa Alejandro Borgia y de su acérrimo enemigo, el papa Julio II, la Florencia heredera de Dante, Cavalcanti, Boccaccio, Petrarca... pese a las continuas guerras. Y me habría divertido asistir al estreno de *La mandrágora* de mi admirado Maquiavelo.

Abrazos,
IC.

23 de agosto de 2012
(Hist.)

Querido Iván,

Fabulosa carta esta última, en particular por sus comentarios finales. Debo confesar lo siguiente: leer biografías se ha convertido para mí en uno de los ejes de mis lecturas. Me causa algo de gracia: como no escribo ficción —bien, es un decir— algún amigo que ya no es amigo solía reprocharme mi dedicación a leer biografías y aun ensayos, a todo lo que no sean los géneros “viriles” de la literatura: la novela y el cuento. Esa “virilidad” de lo aparentemente más “arduo” o más “profundo” que desoye lo que considera menos “vital”, aquello más “inteligente” y “remilgado” o *refinado*, según el caso. El ensayista ante el fabulador puede ser más “inteligente” pero jamás más “aguerrido” o vital. En fin: a pesar de que alguna verdad pueda alojarse tras bastidores también creo que hay mucho de machismo y oscurantismo en posiciones como éstas.

Yo me curo en salud y creo no hacer mal, del siguiente modo: veo que, en otros ámbitos, en México, en La Habana, en Santiago, no se diga en Londres o París, ello no ocurre: críticos literarios, ensayistas y autores de ficción leen y comentan a gusto libros de ficción, ensayo, poesía, historia, cine, biografía, libros esotéricos o raros, históricos, filosóficos, sin tanta sospecha. La verdad en el Ecuador somos buenos hijos de la escuela —o escuelas— de la sospecha. Naturalmente no lo digo por ti y tus preferencias —que, ciertamente, como en todos, existen y son comprensibles—, sino por ciertos amigos.

Hace poco vi una biografía de Koetsler sobre Kepler y estuve a punto de comprarla, pero cierto temor a la ciencia —que albergo, no por superchería sino por reverencia ante los temas científicos acompañada de incapacidad para comprender ciertas cosas—

me inhibió de hacerlo —de todas formas, acabo de llamar por teléfono a la librería para reservarla—. Recuerdo esto ahora que comentas acerca del tema *Koetsler*. Por supuesto he leído varias de las clásicas firmadas por Zweig —me gusta mucho la de Fouché— y muchas, muchas otras, decenas dedicadas a personajes históricos, actores, actrices y directores de cine, artistas y, por supuesto, escritores. De otro lado, lo que concierne a la vanidad en todas sus formas llama mi atención, no solo en documentos biográficos sino en revistas y, ahora, sitios web y la Red en general.

En cuanto a la literario existe esa vieja teoría que sostiene que los libros pueden interpretarse sobre la base de la investigación acerca de quién los escribió. Es una teoría discutible, por supuesto, pero no he dejado de atenderla —principalmente en la obra de ciertos críticos ingleses— y aprender en ella —en lengua española, al menos en la España y Latinoamérica contemporáneas, dicha entrada no es tan bien acogida—. Esta posición se enlaza con mi interés por la vida de los autores, aunque de ninguna forma esté dispuesto a aceptar inferencias realizadas por ciertos críticos que transfieren padecimientos físicos o psicológicos de los autores al contenido de sus obras o a su actitud ante la escritura —acerca de ello he leído ejemplos risibles que rayan en lo rocambolesco—, casi mecánicamente, pero sí me interesa en cuanto a poder sumar una *peccata minuta literaria* a la observación formal de las obras.

Claro: eso de los parentescos a lo mono —igual que a lo cuencano y a lo clase media arribista quiteña— es una bestialidad.

Tomo nota de dos trabajos que mencionas en tu carta y me interesa leer: la biografía de Deutscher sobre Trotsky y la de Lomonosov.

Sin embargo, lo más provocativo se esconde en el último párrafo de tu carta. ¿En qué época hubiese preferido vivir? Lo he pensado muchas veces. La Roma de Marco Aurelio o la ya muy decadente de Tiberio, la Francia de Luis XV, la de Madame de Pompadour y los enciclopedistas, o la era americana del jazz.

Pero si debiese convertir la lista en corta creo que me quedaría con la Pompadour y el Rey Sol.

¡Vaya fiesta!

Un abrazo,

F.

24 de agosto de 2012
(Lit.)

Querido Iván,

Al novelista norteamericano recientemente suicidado —me gusta mucho esto de “recientemente suicidado”, mucho mejor que *recientemente fallecido*— David Foster Wallace, no le gustó la biografía de Borges por Williamson. En la parte concerniente a la lectura de la obra de Borges por parte del biógrafo Williamson estoy de acuerdo con Foster Wallace. Te envió su comentario³⁶ como una curiosidad correspondiente a lo que yo llamaba en mi carta “inferencias realizadas por ciertos críticos que transfieren padecimientos físicos o psicológicos de los autores al contenido de sus obras o a su actitud ante la escritura”.

Un abrazo.
F.

³⁶ “Borges on the couch”, David Foster Wallace, The New York Times, 7 de noviembre de 2004: <https://www.nytimes.com/2004/11/07/books/review/borges-on-the-couch.html>

24 de agosto de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

Cada vez que nos detenemos en lo que dice la lengua, lo que dicen las palabras, más allá de las intenciones, nos sorprendemos: el escritor estadounidense “recientemente suicidado”, escribes. Ese participio pasivo, “suicidado”, hace un indudable cortocircuito con el “recientemente”. Como que solicitara un participio activo que no debiera recaer en el mismo sujeto sobre el que se descarga semejante participio pasivo. Pero es verdad, cualquier forma —recientemente muerto, fallecido o desaparecido— encubriría el suicidio. ¿Por qué ese temor al suicidio? ¿Pesa tanto la tradición religiosa judeo-cristiana, la asquerosa noción de “pecado”?; sí, la noción de pecado me parece de las más asquerosas que se hayan elaborado y difundido. Desde luego, hay una forma “más elegante”: el “escritor estadounidense que se suicidó recientemente”, así hablaría finalmente la lengua, imponiendo cierta pausa en la elaboración de la correspondiente imagen en la mente del receptor. Pero en la estructura de la lengua está contenida la posibilidad de la frase que tú usas, “recientemente suicidado”; el cortocircuito no es lingüístico sino más bien psicológico.

He leído el artículo del “recientemente suicidado” Wallace y no puedo estar más de acuerdo con sus observaciones, aunque no haya leído la biografía de Borges escrita por el profesor Williamson de Oxford. Peor que una mala interpretación sociológica de un texto literario es una mala interpretación psicológica. El psicologismo no ayuda mucho a entender una obra. El libro de Jaspers sobre locura y genio, en el capítulo sobre Van Gogh, puede ayudarnos a entender que el gran pintor holandés vivía en el filo de la navaja, entre genialidad y locura,

pero no sirve en absoluto para comprender la evolución de su pintura, en tan poco tiempo, desde el cuadro de los campesinos comedores de patatas hasta los cuervos que levantan el vuelo desde el trigal. Ni sirve en absoluto para contemplar sus botas o zapatos de campesino. ¿Le habría servido para algo alguna explicación sociológica, psicológica o biográfica sobre las botas de Van Gogh o Magritte cuando se puso a pintar sus botas con dedos? ¡Y vaya uno a saber qué aparece cuando se pone a mirar botas, zapatos, zapatillas o pies desnudos pintados a lo largo de los siglos!

Lo que Wallace dice sobre la historia de Argentina, tomando como punto de partida lo que a su vez postula Williamson, tiene algún acierto. Pero es un tema bastante trillado, y más complejo. Justamente ayer estaba revisando algo sobre esa historia, a propósito de Yrigoyen, los liberales que adoptan el krausismo —es otro tema curioso: en España y en América latina siempre se nota la influencia de pensadores menores o de los epígonos, más que de los grandes filósofos—, a fines del XIX y comienzos del XX. Es un tema que en una versión algo diferente viene desde Alberdi y Sarmiento. El gaucho existe más en el imaginario europeo que propiamente en el imaginario político argentino, a menos que se lo equipare con Rosas o con Facundo Quiroga: los liberales de inspiración anglosajona frente al mundo reaccionario, campesino, de los herederos criollos de España y los indígenas.

Aun así, lo que podría explicarse es cómo el liberalismo de Borges le lleva a enfrentarse al peronismo, y luego a edulcorar la incomprensible actitud frente a la dictadura. Pero ni esto ni aquello aportan nada a la comprensión de la obra de Borges. ¿No sería más interesante explorar cómo un argentino, que se considera heredero de la cultura occidental, que nace y vive la mayor parte de su vida en una ciudad que se construyó como si fuese una metrópoli europea —aún hoy se dice que es una “ciudad europea”—, pero lejos de Europa, muy lejos, decide escribir como si esa cultura o esa civilización tres veces milenaria hubiese ya sucumbido? De ahí, su potente ironía.

Una ciudad europea, a la que van a dar judíos expulsados de Europa del este, exiliados rusos y polacos, unos cuantos ingleses, una masa de obreros italianos, muchos de ellos iluminados por el anarquismo —¿acaso Borges no es un anarquista, a su modo, un “anarco-metafísico”, un “anarquista ontológico”?—, que derivan en el peronismo, como muchos de los suyos que se quedaron en Italia se tornaron fascistas... ¿Acaso esas extrañas migraciones no llevan hasta Callao o Recoleta o Palermo una extraña biblioteca universal, una Babel, acaso eso no hace posible que detrás de alguna escalera en un edificio de inicios del siglo XX no se encuentre el Aleph? Una biblioteca universal compuesta de infinitud de textos escritos en palabras, en signos dibujados en rostros, en tonalidades, en vestimentas, en plegarias y gritos...

Tal vez Borges habrá estado muy deprimido alguna vez a causa de algún amor no correspondido. O muchas veces. Eso no explica nada. Pero no me imagino a un Borges surgido de otra parte que no sea Buenos Aires...

En fin, tal vez Buenos Aires esté hoy definitivamente perdida. Dejemos que las ruinas la conviertan en un lugar hacia donde podamos dirigir nuestros pasos, solo para fingir que caminamos tras de un ciego que se llama Borges. Escuchamos el golpe del bastón sobre el pavimento, un gato maúlla a la entrada de una casa, vamos hacia un boliche por un vaso de vino y ahí, ante nosotros, está el Aleph.

Abrazos,
IC.

25 de agosto de 2012
(Lit.)

Querido Iván,

Gracias por tu carta con esa espléndida conjetura acerca de Borges y Buenos Aires. Ha sido un placer leerla y disfrutarla.

Finalmente compré la biografía de Arthur Koestler incluida en esa colección de biografías de Salvat muy difundida y que adorna las casas de la clase media-media y media-baja con su pequeña dosis de anticuada cultura *general* —concepto, éste, tan insoportable y vago—, libros que, sospecho, nadie lee en esas residencias —algo de lo que estoy prácticamente seguro, porque siempre que me llevaba conmigo, sin autorización de sus dueños, uno de esos volúmenes, extraído de esos anaqueles, nadie lo reclamaba después—. Descubro que dicha “biografía” es el extracto de *Los sonámbulos* correspondiente a Kepler. Así es que se trata de un recorte. Con todo, desde luego, comencé a leerla ayer por la noche.

También mi amado novelista John Banville escribió una novela sobre Kepler. Apenas concluya el extracto de *Los sonámbulos* sobre Kepler, leeré de nuevo la novela de Banville.

Un gran abrazo,
F.

El artículo de Marietta Gargaragli, “La traducción neutra no es una pipa”³⁷, fue enviado por F. X. Estrella a Javier Vásconez, Iván Carvajal, Juan Pablo Castro, Raúl Pacheco y Juan Manuel Acevedo.

30 de septiembre de 2012
(Lit.)

Amigos,

Verdadero guaracazo —si existiesen traductores de nacionalidad ecuatoriana o si a alguien le importase un rábano partido por la mitad el “mercado” de lectores en este país— asestado en el tocte —¿testa, maceta, cabeza?— a los traductores españoles por parte de la lengua castellana —¿castellana?— de América. Les ruego leerlo.

Abrazos,
F.

³⁷ Marietta Gargaragli, “La traducción neutra no es una pipa”, *Clarín*, 24 de septiembre de 2012. Disponible en: https://www.clarin.com/rn/literatura/traduccion-neutra-pipa_0_r1C4dJhDmg.html

1 de octubre de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

Interesante artículo sobre la traducción. Leí la versión del *Ulises* de Salas Subirats cuando tenía veintiún años, después de haber leído *Esteban, el héroe*, *Retrato del artista adolescente* y *Dublinenses*. No sé a dónde iría a parar mi ejemplar. Hoy tengo la versión de Valverde, un gran traductor a quien le favorece su condición de poeta. Desde luego, nunca maldije la traducción de Salas Subirats. En esto de las traducciones, más bien me guío por un criterio: cualquier traducción nueva aporta sobre todo una aproximación al habla viva. En la experiencia de maestro, uno se encuentra con que las traducciones antiguas, sobre todo del “castellano” de España, alejan a los muchachos.

En Ecuador ha habido algunas traducciones notables: las de Virgilio, Horacio y Sófocles de Espinosa Pólit, la de Whitman de Alexander, las de los poetas franceses de la primera mitad del siglo pasado debida a Carrera Andrade. De mi generación: nada, salvo un poema de Keats traducido por Vladimiro Rivas y publicado en México.

El dominio de una lengua extranjera implica vivencias dentro de la cultura vinculada a dicha lengua: que el padre o la madre la hablen, que se disfrute de ella y se la sufra durante la infancia. Es el caso de Borges. O, si no, habitar dentro de esa cultura por un tiempo hasta conocerla a fondo: escucharla en mercados, en calles, en el teatro, en el cine, en el canto. Lo que no llego a comprender es por qué los contemporáneos míos que vivieron en su juventud en Londres y París no hicieron esfuerzos para traducir, quizás incluso para mantenerla como experiencia vital.

Cuando habitas cerca de una frontera lingüística, de niño o adolescente puedes aprender la que está del otro lado de tu

comunidad y manejarla muy bien. Esa es la gran ventaja que tienen los europeos, sobre todo con los medios de comunicación contemporáneos. ¿Por qué los judíos tuvieron siempre esa facilidad para el multilingüismo? ¿Bendición de Yahvé? ¿Esfuerzo por comprender? ¿Compensación frente a las persecuciones? Desde luego, no es el caso de los descendientes de marranos que llegaron a Azuay y Loja: son tan torpes con las lenguas como cualquiera.

A diferencia de los europeos, que entran en contacto con otras lenguas literarias por la cercanía territorial, los mestizos ecuatorianos nos codeamos con indígenas cuyas lenguas ancestrales son ajenas a la literatura; soy consciente que escribo esto a alguien que no ha pasado por la Universidad Andina Simón Bolívar, y que por tanto no me saldrá al paso con los argumentos multiculturalistas y los relativismos en que sustentan los estudios culturales esa suplantación de la literatura artística por las tradiciones orales. Además, no conocemos esas lenguas.

Me pregunto: ¿por qué tiene tanta angustia Francisco con esto de las traducciones y la jerga española? No creo que tengas motivo para angustiarte... o tal vez sí. Creo que sí. Ya va siendo hora, querido amigo, que reúnas tus “pertenencias”, antaño creo que decían “bártulos”, te echas la familia a la espalda, y te decidas a estar un tiempo lejos, en un país de otra habla... ¡que no se te pase el tiempo!

Abrazos,
Iván

1 de octubre de 2012

(Lit.)

Querido amigo,

Como siempre es un placer recibir tu carta. Breves apuntes. No pensaba soslayar las traducciones hechas entre nosotros, en el Ecuador, me reía ante la ausencia casi completa de traducciones, hoy, en este país. No sé si yo hubiese podido hacerlas, lamentablemente no tuve ninguna experiencia temprana con otra lengua que no sea el español —un francés aprendido demasiado tarde, a los dieciocho, que disfruto mucho a pesar de todo, y un inglés escueto que me ha permitido comunicarme en un par de viajes y leer algunas novelas clásicas estilo Jane Austen o *Cumbres borrascosas*, aunque no más —artículos numerosos, eso sí—, pero es verdad que quienes residieron en cualquier lugar del mundo no tradujeron nada a su tiempo —bueno, existe el caso de un traductor de poemas de Mao Zedong del chino al español, pero habrá que situar su caso como ejemplar, *muy* ejemplar—. Entiendo que un par de chicas que conozco traducen.

Más me ha divertido tu apunte sobre los estudiantes que salen corriendo ante las viejas traducciones *ejpañolaj*. Nada más cierto. Es lo mismo que le ocurre a un tipo tan desafortunado como Juan Valera, éste sí intraducible a nada que no sea el *ejpañol* de *Ejpaña*: huele tanto a naftalina ibérica que casi nadie se da cuenta que se trata de un magnífico autor, en particular como escritor de crítica. Ya *Pepita Jiménez* da pereza, no se diga *Juanita la Larga* u otras. Pero que el tiempo le pasa una amarga e injusta factura, me parece un hecho.

Es gracioso que a los veinte años mis amiguetes y yo aprendiésemos la jerga española posfranquista más que en el cine o en la misma literatura española, en las traducciones de autores de habla inglesa, principalmente norteamericanos. Nos

contagiamos de la jerga de los traductores de *Madri* leyendo a James Ellroy y Bret Easton Ellis, cuyos personajes decían *a follar, a follar, cabrones, so gilipollas*. Si a ello agregamos nuestro hispanismo tardío cultivado en Radio Televisión Española, estación que echaba gran parte de la música pop en español que nos nutrió cuando *chavales*, la señal abierta de Televisión Española que vimos entre los trece y los veintitrés, y el cine de Saura y más tarde el del, hoy en día, abominable Almodóvar, podemos decir que de ese modo hicimos nuestros pinitos en los terrenos verbales de la Madre Patria. De esa época provienen también mis *hispanismos* propios de norteamericanos, vía traductores españoles de la época de la *movida madrileña*, que aún desdibujan ridículamente mis articulitos.

También me ha divertido confirmar tu escaso —o al menos limitado— apego por los libros como objetos. Cuando recuerdas algún volumen tuyo que terminó por sumergirse en la noche de los tiempos, como el caso de tu *Ulises* traducido por Salas Subirats, me entra un escalofrío en el cuerpo: ¿qué ocurriría conmigo si mi ejemplar traducido por Valverde osara abandonarme y honrar el estante de algún amigo —que, en tal caso, dejaría de ser amigo— o conocido sin mi consentimiento? Lucharía hasta el fin por recuperarlo porque, de lo contrario, el hecho me causaría conmoción tan grande que no podría olvidar el suceso —en 1993, mancebo idiota e imberbe, sin que nadie me lo pidiera le comenté a Milton Benítez acerca de una novela estupenda para mí, incomparable, del suizo Max Frisch que había leído con gran pasión poco antes. La llevé a la facultad, se la presté, y nunca volvió el libro a mí. Dos veces se lo pedí y en ambas me dijo con desdén: “me divorcié en medio, qué puedo hacer: se quedó entre las cosas de mi ex-mujer”. El hecho me tocó, por la actitud, pero fundamentalmente por el libro que, casi inmediatamente, se volvió imposible de conseguir en el mundo entero. Apenas en 2009 Vásconez pudo traerme de Madrid otro ejemplar de mi amada novela que releí de inmediato—.

Me ha intrigado mucho algo que mencionas en tu carta, te pido, otra vez, excuses mi ignorancia: ¿qué descendientes de marranos emigraron a Loja y Azuay? Nunca he oído esa historia.

Se dice que al no estar ligados a un territorio físico —al menos antes de la constitución del Estado de Israel en 1948, nación abominada por personajes tan diversos como Rafael Correa, Günter Grass o Alejandro Moreano—, los judíos se permitieron esa facilidad para las lenguas. Envidia de las envidias, otra, para mí. Y ahora que lo mencionas: a pesar de que mi envío del texto de la traducción fue casi casual —un amigo me lo remitió desde Chicago— sé que tienes razón, al menos desde el punto de vista de un plano inconsciente: algo me dice que debo marcharme, no un mes, un año o varios, lejos de esta tierra. Tomar mis bártulos y hacerme a la mar antes de que sea tarde.

Sí, debo irme, en la medida de lo posible con ellos. ¡Cuánto bien me haría Inglaterra, España, México, Buenos Aires! Cuánto.

Espero que pronto.

Mientras tanto me despido con el afecto de siempre,

F.

2 de octubre de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

¿Qué novela de Max Frisch? Dürrenmatt, Frisch y Weiss, todos ellos suizos de lengua alemana, son autores que aprecié muchísimo, aunque conocidos en traducciones de españoles... Digo “aprecié” porque hoy, lamentablemente, no los leo. Cuando tenga tiempo libre volveré a ellos, sin duda. Y a buscar los libros, porque hoy no los tengo... Y ya que nos hemos ido a la lengua alemana, a más de Grass, por cuyas novelas *El tambor de hojalata* y *El rodaballo* tengo verdadero entusiasmo de lector agradecido, también quiero manifestarte mi aprecio por dos novelas de Böll: *Opiniones de un payaso*, ¡qué título más bello!, y *Retrato de grupo con mujer*. ¿Sabías que Böll vino a Quito de incógnito? Según me contaron recientemente, su hijo vive acá... Es lo que supongo, lo que imagino. Vásconez, para comenzar, no parece tener afecto por la literatura alemana. Algún vienés, sí, pero ¿alemanes? Ni siquiera Goethe o Thomas Mann. Aunque debo reconocer que me ha obsequiado TRES veces *La muerte de Virgilio* de Broch. De otra manera, lo habría incluido entre sus invitados de honor. No recuerdo que lo haya mencionado. A Grass, por el *Tambor* alguna vez... ¿Acaso tenemos lectores de los grandes novelistas de lengua alemana? Novelistas, pues me consta que algunos poetas sí han leído al menos a Rilke y a Celan...

Es curioso que tampoco tenga hoy en mi biblioteca las novelas de Frisch y Dürrenmat, y que haya leído el *Marat/Sade* de Weiss la última vez por Internet... En fin, esto de abandonar los libros tal vez provenga del estoicismo hispano: “ligero de equipaje” estaba siempre Machado; y Cernuda, después de perder dos veces sus bibliotecas, una en España y otra en Londres, cuando

llegó a Estados Unidos, decidió no tener nunca más una personal. Se explica: con las bibliotecas de las universidades gringas...

¿Qué harás con tus libros cuando te toque emigrar? Conozco a un personaje que hoy es funcionario en la embajada de Ecuador en Bélgica [Dr. Glasser]. Un hombre viejo, neurótico, el prototipo del misántropo, aunque yo me llevo bien con él. Un judío checo que llegó acá en su pubertad, huyendo de los nazis. Perdió a su madre y sus hermanas; nunca supo dónde las llevaron, asesinaron, cremaron. Vivió acá con sus tíos; él, médico y marxista de la época de la revolución húngara del 18; ella, odontóloga. Un hombre amargado, mi amigo. Fue mi profesor de inglés, y aprendí mucho con él. El hombre vivió en Quito, luego en Venezuela, después en Londres, nuevamente en Quito, fue a la embajada en Yugoslavia justo antes de su división y la guerra consiguiente, terminó en Bruselas. Sus libros todavía están encajonados en un cuarto en la que fue casa de sus tíos en Quito. No los sacó cuando llegó de Londres, ni se los pudo llevar. Me envía de vez en cuando alguno de los que ha comprado en estos años, sin ninguna nota... Tus hijos ya no tendrán “biblioteca” en el sentido en que todavía tú y yo las tenemos. Llevarán las tuyas en el bolsillo, en un artefacto más “amigable” que las “tabletas”. Y tú, ¿qué vas a hacer con tu biblioteca? Sobre todo, si decides marcharte.

El domingo me preguntaba mi hija qué iba a pasar con mis “cultivos” elementales en Yaruquí cuando me fuera. Esta vez hice construir un pequeño invernadero para cultivar tomates para uso familiar. Un disparate, por cierto. Algo que me tiene de personaje flaubertiano o quizás más bien de personaje de cómic: produciendo tomates cincuenta veces más caros que los del supermercado, por el placer de verlos crecer. Y luego, ¿qué pasará? ¿Qué pasará con mis libros? No creo que en mi familia haya lector alguno para la inmensa mayoría de ellos.

Lo que quiero decirte, querido amigo, es que si piensas demasiado en tus libros, en tus propiedades, comienzas a echar raíces. Y te atas a un pedazo de tierra como un árbol. Y acabas creyéndote un viejo guayacán poderoso, como el viejo

Sangurima. Pero eso pertenecía a otro mundo... ya no cabe atarse a ese mito.

Abrazos,
Iván

26 de octubre de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

Aunque me alegra que Marías no haya aceptado el premio³⁸, no dejo de preguntarme sobre los efectos monetarios que tendrá su declaración “NO QUIERO”. Porque, no me cabe duda, ello redundará en un aumento de ventas de su novela y de otras obras, y también repercutirá en nuevas traducciones. Además, 20 mil euros para Marías debe resultar algo así como un premio de mil dólares que, de pronto, la señora Ministra de la Incultura Revolucionaria, o el señor Presidente de la Tumba de la Cultura, en acto de extrema generosidad, quisieran otorgármelo. Yo también diría NO QUIERO, por supuesto...

He recordado que cuando le otorgaron el Nobel, Jean Paul (Sartre, desde luego, como aclararían don Benjamín, Jorgenrique y hasta Leo —no Messi, desde luego—, pensando en que podríamos confundir al autor de *El ser y la nada* con el actor de *Borsalino* y *Le Magnifique*, sin duda más divertidas que el memorable mamotreto o tratado) dijo NO QUIERO. ¡Qué sufrimiento el de mi querido amigo Alejandro Moreano, que hundido en súbita depresión se decía que cuando le tocara a él un premio, quizás el Nobel, tendría también que renunciar! ¡Y luego Gabo, cuando le tocó el turno, se lo regaló a la guerrilla venezolana! ¿La madre de la revolución bolivariana y del socialismo del siglo XXI? —habría que preguntarle a Teodoro [Petkov], por supuesto a él, porque Douglas Bravo hace tiempo que se fundió—.

³⁸ Carvajal se refiere al rechazo del Premio Nacional de Narrativa 2012 por parte de Javier Marías, en España.

Y claro, todos a comprar *La náusea*, a comprar *Cien años de soledad*.

Mierda, hasta el honor de los poetas se convierte en oportunidad para el mercado, en incentivo para el marketing... ¡Compre *La náusea* del ganador del premio Nobel, que acaba de rechazarlo, y apoye a los niños que se mueren de hambre! ¡*Cien años de soledad*, de oportunidad, aproveche y apoye a la guerrilla! ¿Y si ahora le dan el premio Espejo a Javier —no Marías, desde luego? ¿O a Valencia —no Toño, por supuesto?

Otrosí, como dirían los antiguos: Marías rechaza cualquier “premio institucional”. ¿Qué premio no es institucional, me pregunto? Los premios son parte de la institución literaria. Además, siempre están “atados”. En el caso de mayor pureza angelical, serían unos jueces-ángeles que, “canon” en mano, como diría cualquier crítico anglosajón de mediana contextura (crítica), haría prevalecer ciertos modos de escritura.

Hay un libro que regalé a mi querida amiga Karina [Marín] —la reiteración querida-Karina no es mi culpa, así que no tienes para qué ir a consultar a Freud— de Bernhard que contiene sus discursos en la recepción de premios, y un ensayo tremendamente irónico, demoledor, sobre los premios. Una pieza, el libro de Bernhard. ¿Y qué hizo con los premios? ¿Por ejemplo, con el premio que le otorgaron, si mal no recuerdo, unos industriales molineros de alguna ciudad austríaca? Pues con uno de ellos, comprarse el automóvil deportivo inglés de sus sueños, lástima, lo chocaron en Yugoslavia, pero creo que logró recobrar parte del valor del auto y dar de entrada para otro. Y con otro premio, una casita en el campo donde encerrarse.

Así que te aconsejo: es mejor no ponerse fundamentalista, y no decir: “no aceptaré premios institucionales”. Claro que 20 mil euros tampoco son gran cosa, pero quizá para gentes como nosotros, los escritores de estas afueras del mundo, tampoco serían pelo de cochino...

¿Y tú, qué harías si te ganaras la lotería?

Abrazos,
IC.

26 de octubre de 2012
(Lit.)

Querido Iván,

Según recuerdo —no sé qué diría el *puro* Alejandro Moreano cuando oyó hablar de ello— Sartre rechazó el premio, pero un emisario suyo pidió a la Academia Nobel que le enviaran el metálico correspondiente —hace falta estar chiflado para rechazar un millón de dólares, lo que paga el Nobel hoy en día—. ¿Para qué deseaba Sartre, tan noble él, igual que Alejandro, acumular una masa tan adiposa de dólares que no fuese para redimir a los condenados de la tierra de su amiguete Fanon? *Eppur si muove*: no sé por qué sospecho que Jean Paul quería salir a las calles de París en compañía del otro Jean Paul, comprarle sus Rolex y sus Yves Saint Laurent a la fea Castorcilla y un cargamento de bragas de lujo para sus numerosas amantes, mientras sus también numerosos, por millares, seguidores de todo el mundo confiaban en su *pureza de sangre y nobleza de espíritu*, todo en nombre de no caer en la *alienación*.

De lo que conozco a Marías —y creo conocerlo bastante a fuerza de leer sus libros y sus columnas semana tras semana— es un hombre de honor, no menos que un chiflado. Comparte ese porte de *hombre de honor* con el agresivo Pérez Reverte y, según colijo por el tono de sus artículos del último año, anda de veras cabreado, más que con el concepto de Estado, con el Estado español administrado por el PSOE y después por Rajoy. Siempre ha dicho que no aceptaría un premio estatal —se equivoca, como indicas, en hablar de “premio institucional” donde debería haber dicho *premio con el dinero del Estado español*. Es curioso que quien no haya dicho esta boca es mía estos días sea Bryce Echenique, y que más bien el jurado de la FIL de Guadalajara tuviese la estúpida idea de entregarle el premio a domicilio, no

vaya la turba a pifiarlo mientras recibía el premio a sus plagios en vivo y en directo—.

También es curioso que se falle el premio en favor de Marías por la que es, quizá, la peor de sus novelas —del mismo modo que hay críticos-promotores que cantan loas a esta fea e inverosímil novela hay otros descarados que afirman que Marías es un “imprescindible autor de cuentos” cuando todos sabemos que sus cuentos son horribles, especie de novelas mínimas desfiguradas y patojas—. Coincido en que treparán las ventas y ganará más por el ascenso en la bolsa de *Los enamoramientos* que por el escaso importe del premio.

Hay autores que sueñan con ganar un premio y, tengo la sospecha, están al día en novedades editoriales, me parece, para dar con la receta para escribir un libro a la medida y aproximarse a pegarle al gordo. Valga que los escritores sueñen —soñemos— con ganar un premio para que nos regresen a ver. Esto es apenas poco reprochable en un país como éste que no es nada en el concierto internacional de las naciones en las letras. No nos caería mal ganar un premio. Pero, como es obvio, un premio no es la literatura.

Ya te envió lo de Estados Unidos, querido Iván.

Abrazos,
F.

27 de octubre de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

No sé por qué te haces cargo tú de cierta *pesada* herencia que, creo, te viene de gentes como Krauze, más que de Paz, sin duda, o el envejecido Vargas Llosa —no del potente novelista de su época de esplendor, sino el liberal-reaccionario de los últimos tiempos—, o el Váscenez iracundo de algunas medianoches... Sartre es sin duda un personaje antipático, pero ¿de dónde sacas que mandó un emisario a cobrar el premio rechazado? Nunca he oído esa historia, que me parece disparatada³⁹; tal vez me equivoque, si tienes la información, házmela conocer. ¿Y por qué cargarse contra Fanon? “Amiguete” es un epíteto que tiene su tonillo despectivo. ¿Será que a todos nos está chorreando el lenguaje sarcástico del populismo en el poder —político, mediático—, la baba del resentimiento, aun sin que nos demos cuenta? Incluso cuando esta baba del resentimiento viene de los “liberales”. A mí me parece un personaje admirable el antillano, y desde luego pienso que cabría releerlo, con sentido crítico por supuesto. No en vano han pasado cincuenta años desde su muerte; cincuentenario que nadie celebró por estas tierras, lo que no deja de ser muy curioso, con todo el fervor existente por los funerales y los aniversarios mortuorios. Y no te excluyas: seguro que estos días estarás ya comprando las coladas moradas y las

³⁹ El presidente —hasta 2005— del Comité sueco que otorga el premio Nobel de literatura lo refiere en los siguientes términos: “Lars Gyllesten [miembro de la Academia Sueca hasta 2006] confirma en *Minnen, bara minnen (Recuerdos, solo recuerdos)* un dato que ha circulado mucho tiempo: ‘Sartre o alguien de su entorno dio noticias por medio de un representante, diez años más tarde, en septiembre de 1975, preguntando si podía retirar el dinero. Esto era sin embargo imposible —la suma se había invertido en fondos en la Fundación Nobel y ya no estaba disponible’”, Kjell Espmark, *El premio Nobel de literatura. Cien años con la misión*, Nórdica, 2001, p. 151.

guaguas de pan para tus hijitos. ¿Qué sorpresas recibiríamos al releerlo ahora? ¡Re-leerlo junto al otro grande de Martinica, el deslumbrante poeta Aimé Césaire... No sé, releendo en estos días a Marcuse, por una cuestión indirectamente vinculada con él, me parece que individuos como Fanon y otros semejantes, con todas sus equivocaciones, son muchísimo más interesantes que los liberales y populistas de nuestros días. Y no se diga que los genios de los negocios, sean los banqueros de las burbujas inmobiliarias o los inventores de software, en cuanto se los admira por genios de las finanzas... Y por último, mira que “Castor” no era tan fea. Debe haber sido, eso sí, insoportable / y además tenía frente a ella la exorbitante fealdad de JP, ¡vaya espejo!...

Y en el caso de Alejandro, yo creo que en efecto es un ser *puro*, un “animal puro” —uso deliberadamente el título del libro de [Pedro Jorge] Vera, me parece en tanto frase un hallazgo—. Lo cual implica una doble posibilidad de interpretación y juego: uno, literario = hacerlo personaje; otro, crítico = pensar lo que acontece con la pureza —entre nosotros, al menos: ¿por qué ese afán por lo angelical?—. No cabe la pereza y despachar el asunto sarcásticamente. ¿Qué consecuencias vitales trae consigo la pureza? Sartre no era un “animal puro”. Alejandro sí, al punto de no tener acumulada, de ninguna manera, una adiposa masa de dólares, ni siquiera una flácida masa de dólares. El “problema” es que Sartre, el odioso Sartre, tiene ahí una cantidad de libros escritos —una adiposa masa de páginas, que a muchos provoca mayor envidia que cualquier adiposa cuenta bancaria—, y yo no tengo la menor seguridad de que se pueda decidir acerca de su valor o validez, menos para despachar sin más a Sartre, y sin realmente haberlo leído. Ahí están su estudio sobre Baudelaire y su biografía de Flaubert, por caso. Su estudio sobre la imaginación. ¿Los tiramos así no más al canasto de la basura?

Contigo mantenemos, por supuesto, una diferencia de fondo sobre lo político. Desde nuestras posiciones miramos de modo diferente a un Fanon, a un Moreano, a un Sartre, incluso a un Camus. Miramos de manera muy distinta una

época, la de mediados del siglo pasado. Y eso está muy bien. Sobre lo que quiero llamarte la atención es el tono de bronca innecesaria, y a veces injusta, sobre personajes y acontecimientos del pasado.

Sobre los premios: por suerte un escritor de la talla de Marías —y bien sabes que no es uno de los escritores de mi preferencia— no necesita premios de Estado. Pero, ¿cuáles no son premios de Estado? No sabría decirlo. ¿Excluimos de esta categoría a los municipales? Con la misma lógica, cabría rechazar premios de los bancos, de las empresas monopólicas: petroleras, farmacéuticas, de armamentos, de la moda, de los medios, etc. ¿El Nobel, el Cervantes, acaso no son “de Estado”?

El asunto de fondo: si asumes con coherencia ese sentido de la crítica política a la institucionalidad de Estado, y también de los monopolios, del mercado, tendrías que encerrarte en casa como lo hizo el poeta Vladimir Holan. Y no abrir la puerta a nadie o incluso dejar de escribir, o escribir y destruir lo escrito, sin contemplaciones.

{y a uno no le faltan ganas de hacerlo... aunque quizá solo sea la impotencia, la imposibilidad de escritura, lo que trae consigo semejantes ganas}

y sí, es verdad que Marías ha tenido una actitud política muy firme y crítica en la España de estos días. Seguramente le viene del padre, que, profesor de filosofía —autor de unos manuales que hoy carecen de valor alguno, pero que debieron tenerlo en la España de la época negra del franquismo, pues alguna migaja de pensamiento habrá llevado a los jóvenes de entonces— fue una persona a quien nadie le ha discutido su integridad ética

{pero, ¿todavía este tipo sigue hablando de “integridad”, de “ética”? ni modo, jodido, no voy a cambiar, teniendo en cuenta lo que tengo por delante}

y está bien, cualquiera de los amigos, de los desconocidos y de los no-amigos {prefiero hablar así, antes que de enemigos, procuro no tener enemigos, no, enemigos personales, ninguno}

que tenga su premio y haga con él lo que a bien tuviere. Claro, esto no quiere decir que sin más debamos creer en sus altas dotes poéticas...

Abrazos,
IC.

28 de octubre de 2012
(Fil.)

Querido Iván,

Escribo un pequeño y, espero, utópico artículo contra el trabajo. A raíz de ello me hice de una breve bibliografía de rarezas sobre el tema —notas de Séneca, Samuel Johnson, Paul Lafargue, Robert Louis Stevenson, Bertrand Russell, Nietzsche, Cioran, Theodor Adorno—. De lo que más he disfrutado ha sido, tal vez, de la relectura de un librito osado, *Una introducción a Karl Marx*, del sociólogo noruego Jon Elster a quien seguí con pasión en mis años mozos, y de los famosos *Manuscritos económico-filosóficos del 44* del grande de Trier (desde el punto de vista del marxismo “analítico” británico, Elster pasa revista al pensamiento de Marx con un conocimiento envidiable —ya de joven había dedicado a Marx su tesis doctoral en la Sorbona bajo la dirección de Raymond Aron— y termina con un sugerente arreglo de cuentas a la luz de los avances de las ciencias sociales, la economía y el pensamiento contemporáneos en el capítulo “¿Qué vive y qué está muerto en la filosofía de Marx?”. Si no me equivoco era 1996 cuando leí por primera vez este libro y el entusiasmo que despertó en mí me llevó a hablar sobre él con Luis, “Lucho”. López quien, cuando le hablé sobre lo que Elster echaba a la basura de Marx —el socialismo científico, su teleología y “funcionalismo”, el materialismo dialéctico, su teoría económica, la teoría de las fuerzas productivas y las relaciones de producción— y lo que descubría “inequívocamente vivo” —el método dialéctico, las teorías de la alienación y la explotación, las teorías del cambio técnico, la conciencia de clase, la lucha de clases y la política, y quizá la teoría de la ideología— no hizo más que encogerse de hombros y dar por hecho lo que a Elster le había ocupado dos décadas en formular y explicar con esa mezcla de autosuficiencia

y pereza que parece caracterizar al *comentarista sin obra*, propio de nuestros lares. Dotes de la criticidad de nuestra provincia, con todo el aprecio que tengo, o tuve, por Lucho).

Leer a Marx y a Elster me ha recordado de dónde puede provenir cierto sarcasmo e intensa ironía que siempre he deseado fuese una marca de fábrica de algunas cosas que escribo: viene de Marx, del primer Marx, en particular el de *La ideología alemana*, *Miseria de la filosofía* y el *Manifiesto*: ¡hasta qué punto Marx nos acostumbró a su sorna y burlona actitud frente a sus adversarios, tanto, que a algunos no se nos despegan por lustros! Si te fijas bien, Krauze no es tan sarcástico como parece —más bien en ciertos debates resulta una dama, más que un iracundo Tauro irónico, como era Marx—, no se diga Paz, al menos el Paz *escrito*: siempre argumentativo, siempre razonable. De ese rastro puede venir mi ex-abrupto, de veras injusto, con Fanon.

Sin embargo, por debajo y ante todo, también hay cierta gana de pasar ciertas páginas, no de *superarlas* —también yo soy enemigo de la teleología—, pero sí de pasarlas. Pero cuando leo que Marcuse está mejor que ciertos contemporáneos no me queda más que asentir: aunque nunca leí mucho —dos libros, apenas, *El hombre unidimensional* y *Eros y civilización*— de él, sí a sus amigos —que no amiguetes, eh—, Adorno, Horkheimer y Benjamin, y de veras fueron lecturas excelentes —en lo personal me quedo con Adorno por sobre todos los otros—. Quizá lo que me hubiese hecho llevar el *pesado* fardo en esta ocasión fuera esa historia sobre Sartre, el emisario y el dinero del Nobel. Pensar que no hubiese querido el metálico, entre sartreanos, es también pensar de modo ingenuo. Tendría sus gastos, digo yo.

Acabo de ver el vídeo de Marías en que lee un comunicado sobre las razones de su declinación al premio y se lo ve tan sencillo, claro y franco que no me queda más que decir que estoy con él: alguna vez ha de sufrir la fama y el vil metal en función de la coherencia.

Hay algo que no acabo de encontrar: el maldito estudio de Sartre sobre Flaubert, *El idiota de la familia*. Lo seguiré

buscando porque deseo mucho leerlo, a pesar de la mala fama que lo persigue.

Mientras lo consigo, sigo meditando sobre la vagancia, el tema que me ocupa. ¡Abajo los que creen en el trabajo!

Con mi afecto,

F.

29 de octubre de 2012
(Fil.)

Querido Francisco:

“Sobre la marcha”, un par de puntualizaciones:

Conviene distinguir “vagancia” de “ocio”, sobre todo si por vagancia se entiende estar tirado sobre una cama o un sofá comiendo hamburguesas y otras porquerías por el estilo, sin nada en la mente. Marx reivindicaba el ocio, no la vagancia. La consigna indígena, que quizá esté mal traducida del quichua al español, “no ser ocioso”, elevada a “artículo” constitucional, es por ello, tonta. La vagancia no redundo en nada. Pero tampoco habría que confundir “vagar” con “divagar”. Divagar es todo un arte. También el vagabundeo, sobre todo cuando mientras deambulas —algo que casi no se puede hacer en esta hoy horrible ciudad— dejas que pensamiento e imaginación “vuelen” (pongo por ahora entre paréntesis, ¡una “epojé”, la compleja relación de pertenencia de la imaginación a la actividad del pensamiento)... Supongo que un griego antiguo podría decirnos entonces que eso es lo que ellos hacían hace dos milenios y medio.

La vagancia la asocio con la conducta de los intelectuales y artistas ecuatorianos. Su enorme mayoría: pereza para pensar, para imaginar... Empacho de hamburguesas mentales.

Desde luego, nada de teleología, de teología, de leyes mecánicas del desarrollo (de la sociedad, o de la naturaleza, o de la personalidad, o de lo que fuese)... ¿Y la dialéctica? Esta es todo un grueso problema. Sospechemos profundamente de la dialéctica, sin duda. ¿De Marx? Ante todo, reivindicó el espíritu anticapitalista. Con lo que estoy diciendo: más allá de la sospecha, estoy por lo negativo.

¿Y Benjamin?... Acaban de llegar seis tomos de sus obras a la biblioteca de la PUCE; los pedí con un pequeño fondo de investigación, pese a que nada tiene que ver con el asunto de la investigación... son mis pequeños actos de “corrupción”/procurar que algún estudiante “se corrompa leyendo a Benjamin”. Tengo como el gran bien que adquiriré este año *Pasajes*. El año pasado fueron los *Ensayos* de Montaigne. A ver, querido amigo: ¿cuánto de ocio has dedicado a hincar el diente en Benjamin?

Por último, preciso lo que entiendo por sarcasmo. Me parece que Marx es en sus mejores momentos “literarios” un autor satírico. En ocasiones llega al sarcasmo, pero en muy pocas ocasiones. Es un maestro de la sátira, eso sí. No deja títere con cabeza. “Napoleón, el pequeño”, por ejemplo, para referirse al grandote de estatura... El sarcasmo se dirige a defectos físicos, expresa resentimiento. Abdalá y Correa, así como el Chulla Romero y Flores, usan el sarcasmo. La ironía es la negatividad en movimiento. La sátira es el instrumento del moralista, en el sentido cabal del término, es decir, precisamente lo contrario de la moralina —como vez, mi “anti-correísmo” tiene mucho de sentido estético, que no es ajeno a lo político.

Abrazos,
IC.

30 de octubre de 2012
(Fil.)

Iván,

Te agradezco por las puntualizaciones sobre el ocio y la vagancia y también por las concernientes a la sátira, el sarcasmo y la ironía. En el ensayo que escribo me cuidaré al usar dichos términos y, por supuesto, lo haré de aquí en adelante.

Ahora que mencionas la *epojé*, recuerdo un libro que siempre me venció por más ánimo, interés y esfuerzo que imprimí durante mis años universitarios: *Meditaciones cartesianas* de Husserl. ¿Existe una forma de leer/vencer ese libro?

Lo de tu “corrupción” sí que me ha divertido. Oí muchas historias de profesores que solicitaban libros con el fondo destinado a investigaciones... y se los llevaban a la casa. Nada raro. Pero de un maestro que los pidiese para permitir que los jóvenes de nuestro bonito páramo leyesen a Walter Benjamin, hasta ahora no lo había oído: ¡qué extraña generosidad en ambiente tan enrarecido! Sin embargo, ahora que lo sé, frecuentaré de nuevo mi vieja y querida biblioteca de la Universidad Católica donde fui tan feliz y leí tanto, tanto, más que en cualquier otra época de mi vida, de Althusser a Popper, de Marx a Parsons, de Mishima a Malcolm Lowry (como es un defecto mío de cuna *representar un papel* —por eso aquello del *personae* griego siempre me interesó— cinematográfico, me hacía a la idea de estudiar en los grandes campus universitarios americanos, como en muchas películas que vi, una de ellas, entrañable, *R. P. M., Revoluciones por minuto*, con Anthony Quinn en el papel del profesor de sociología de una gran universidad norteamericana de los sesenta, estilo Berkeley, “Paco” Pérez. Paco es, en la primera parte de la película, el autor intelectual de una revuelta estudiantil pero cuando lo nombran director de la universidad por

presión de los jóvenes rebeldes se convertirá en verdugo de los revoltosos con apoyo de la poli. Historias de debilidad y cambio humano que siempre me han gustado).

Aquello de *Pasajes* sí es un bello y envidiable lujo. Yo cumpliré el mío dentro de un mes: Gibbon venido desde España.

Soy un burro: si no voy mal apenas he leído cuatro trabajos de Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductividad técnica*, *El concepto de crítica de arte en el romanticismo alemán*, las *Tesis sobre la filosofía de la historia* y, sin duda mi favorito, la *Metafísica de la juventud*. Leí un magnífico comentario de Coetzee sobre *Pasajes* —desconocía que fuese un libro tan voluminoso— y me propuse a comprarlo y leerlo de inmediato pero su precio me lo impidió. Haré alguna *chaucha* para comprarlo en el futuro. Pero ya sé dónde puedo conseguir otros volúmenes de Benjamin que no estén a mi alcance.

A propósito, aunque quizá posees esta versión electrónica, te envío las *Tesis* con edición, introducción y traducción de Bolívar Echeverría.

Con la admiración y afecto de siempre,

F.

25 de octubre de 2012
(Hist.)

Saludos, querido Francisco.

Contra tu pereza frente a la historia no cejaré. Te recomiendo este artículo de Paul Kennedy⁴⁰. Y la ilustración la dejo porque tiene mucho sentido con las opiniones del historiador inglés.

Abrazos,
IC.

⁴⁰ “Estados Unidos, a merced de la corriente”, Paul Kennedy, El País, 22 de octubre de 2012: https://elpais.com/elpais/2012/10/22/opinion/1350899053_821847.html

27 de octubre de 2012
(Hist.)

Querido Iván,

Muchas gracias por el artículo del señor Kennedy cuya ilustración me ha divertido un tanto. No soy yo quien pueda rebatir las opiniones de dicho artículo, me ha interesado mucho en cuanto topa un tema que siempre ha sido de mi interés, los Estados Unidos de América, y por sus ideas de fondo. Quizá ese sea el destino que debe asumir la política internacional norteamericana, dejarse llevar, como advertía el diplomático inglés, pero no estoy tan seguro de que las conclusiones a las que llega Kennedy sean las menos desastrosas para los Estados Unidos. He oído a ciertos agoreros que los Estados Unidos es una potencia en declive, que podríamos transitar rápidamente de la añorada *Pax Americana* a la descomposición del imperio y que ello nos coloca a las puertas de la disputa por el cetro imperial.

Recuerdo que en su famoso libro *La diplomacia*, Kissinger se quejaba de que en la década del sesenta estudiantes y maestros de las universidades americanas no cerraran filas en torno a lo que él consideraba una correcta política exterior imperial —Vietnam, América Latina, Israel— y se empecinaron en lo opuesto, en promover una ola contracultural que, con el correr del tiempo, al menos desde un punto de vista político, no tendría ningún futuro según Kissinger —Kissinger la emprende esencialmente contra los maestros universitarios de los sesenta y setenta que no fueron lo suficientemente lúcidos para enganchar la adecuada visión de dominio del mundo emitida desde el Pentágono—. Cuando leí estas opiniones de Kissinger no pude más que —a pesar de que ya había perdido buena parte de mi leninismo, comunismo, radicalismo de izquierdas y simpatía por las izquierdas, en dicho orden— revolverme un tanto. Pero desde la *real politik* no existe

otro modo de pensar, no hay más forma de entendimiento que una visión estratégica y diplomática —que no es más que sucedánea de la primera—. ¿Cómo entender que a los *beats* y los jipis y el movimiento contracultural y la revolución sexual también les alcanzara cierta dosis de razón? Ahora estoy revisando, a raíz de esta carta, doce años más tarde, el volumen de Kissinger y confirmo que es de una claridad y coherencia estratégicas del imperio *clásico*.

He oído y leído que la expansión china es irrefrenable. Pero la política imperial, a lo Kissinger, a costa de la paranoia de la guerra fría —y su dosis de crisis real también, de amenaza real— cometió una serie de errores de percepción que, me parece, se extienden desde su política de contrainsurgencia en América Latina (desde las intromisiones infructuosas de la CIA, la invasión de Bahía de Cochinos, los atentados fallidos contra Castro, la financiación de toda fuerza de contrainsurgencia —las caricaturescas fuerzas militares de ciertos países, entre ellas—, el financiamiento a los Contras, la promoción de operaciones como la Cóndor hasta la tiniebla de los regímenes del Cono Sur con Videla a la cabeza) hasta las políticas migratorias cada vez más intolerantes y, en el fondo, inútiles. Otro tanto se puede decir de su favoritismo por las grandes transnacionales, de la petrolera a la farmacéutica, del fracaso de su política calvinista en el tema del narcotráfico, de la promoción del modelo neoliberal —que ellos mismos, casa adentro, jamás han practicado del todo: ni que estuvieran locos— o de la proliferación del armamentismo. En términos globales me da la impresión de que sus enclaves también han sido un fracaso: el principal de ellos, el Estado de Israel, ha conducido una política tan intolerante y ortodoxa que a los mismos norteamericanos ha terminado por resultarles un óbice para resolver sus problemas con los árabes. Ciertamente es que —y esto ya puede ser objeto de polémica— que los americanos han querido llevar la bandera de la democracia a todas las fronteras —a cambio de la cabeza de Saddam y la de Bin Laden, la verdad sea dicha— y han pagado cara su arrogancia imperial —no sé si deba creerse la loca teoría

roja de que ellos mismos provocaron el desplome de las Torres Gemelas para proseguir su campaña contra el Talibán con la anuencia de la comunidad internacional—: se han abanderado de la idea democrática más que cualquier otro pueblo de la Tierra y han conducido su campaña con el fragor y la insolencia que cabe a un imperio. Cuando cayeron las Torres Gemelas uno de los escasos intelectuales norteamericanos que se permitió preguntar “¿qué cosa tan nefasta hemos hecho para que nos odien de este modo?”, Norman Mailer, fue pasado por encima: los norteamericanos pensamos como Kissinger y estamos del todo sordos, encerrados en las murallas del Imperio, se dijeron. ¡Hay que atacar a los árabes!

Me aterra la idea de que un nuevo imperio chino sea el líder mundial. Imagino que mientras la Tierra se descongela y pasa la posta a su inmediato competidor tardarán años, quizá generaciones. P. Kennedy da por hecho que los adversarios por el cetro imperial —China, India— sufren muchas complicaciones, pero no dice cuáles son ni si son irreversibles o insuperables. Tomando en cuenta que a la mayoría de la gente le encanta la estupidez, el dominio, el autoritarismo, lo colectivo y el griterío, no veo por qué el mundo del futuro no gustase del nuevo imperio chino —no cuento con estadísticas sobre ello si ya adelantan filas los sociólogos y economistas, tan puntillosos ellos con las estadísticas—. Quizá no sea China el único titán en pugna por el cetro imperial —de suceder un imperio a otro, cosa que tampoco está cantada: ¿será este el mundo policéntrico del futuro que han ansiado demasiados intelectuales *progres*?—: ¿qué hay de la India, cómo son los hindúes, más allá de lo que hemos aprendido en los artículos del bueno y colérico Octavio Paz o gracias a V. S. Naipaul?

En lo que sí triunfaron los americanos es en dotar al mundo de su estilo de consumo, espectáculo y farándula, en su adoración por el dinero que se ha convertido en universal, en su exportación de ideas tan dulces y opiáceas como apreciar el mundo, tal cual si ocurriese en una pantalla de 35 y 75 mm —eso de veras adoro

de los gringos—, colonizarnos el inconsciente, como decía Jean Luc-Godard. Ese modelo de penetración imperial lo veo difícil —o más lentamente— sorteable. Quizá en trescientos años nos divirtamos mucho de otro modo, pero por el momento tenemos esto: pura recámara imperial a lo norteamericano. Eso debe ser revisado también, creo, por los estrategas de la política americana internacional.

Quiero escribir más, pero me acaba de llegar tu nuevo mail y ya me entraron las ganas de comentarlo. No: por supuesto que no hablo contra la obra de Sartre de la cual algunas cosas me gustan —sus ensayos sobre los judíos, aquel sobre Jean Genet— y otras me parecen sobrevaloradas —¿*Qué es la literatura?*, por ejemplo—, pero lo del efectivo del premio Nobel sí lo leí, lo prometo, ya encuentro la cita.

Mientras tanto, recibe un abrazo de tu amigo,
F.

15 de noviembre de 2012
(Cult.)

Queridos Javier e Iván,

Envío con ésta un ensayo clásico de Simmel sobre el problema del estilo⁴¹.

Un abrazo.

F.

⁴¹ Georg Simmel, “El problema del estilo”, 1908.

15 de noviembre de 2012
(Fil.)

(Sin encabezado)

Gracias, querido Francisco, por el ensayo de Simmel.

No más comenzarlo a leer me pregunto qué hará nuestro novelista al toparse con *singulares, particulares, totalidades, manifestaciones, formas*, y toda esa mezcla de sociología y filosofía del arte. Ja, ja, ja. “*El estilo es aquella manifestación formal, que —en la medida en que sostiene o ayuda a sostener la impresión de la obra de arte— niega su naturaleza y su valor individuales, su significado singular.*” Guauuuuuu. Una totalidad hegeliana que se viene en avalancha sobre nuestra mísera conciencia, apenas cartesiana... De inmediato, me imagino al pobre Georg Lukàcs, quien no recuerdo bien si se topó ya en su niñez o en su juventud con su eminente tocayo, del que sin duda aprendió mucho de tales totalidades, particulares, universales, singulares, manifestaciones, formas, etc., como bien se advierte en su *Teoría de la novela*. Pero ¿semejante avalancha sobre la calva cabeza de Váscónez? No me imagino cómo va a reaccionar. ¿Dejará el ensayo apenas iniciarlo? Desde luego, cabeza y dientes para adentrarse en él y roerlo tiene de sobra, pero en él prevalece el olfato: husmeará el texto y seguro que te prepara un hueso —¿para lanzarlo a tu cabeza, para entregarlo a tus dientes? Cuando al fin lo sepas, por favor, no dejes de contármelo, pues de seguro que va a divertirme. ¿Cómo leer *El viajero de Praga* con el telón de fondo de aquello que sostiene o ayuda a sostener la impresión de la obra de arte? Me rasco la cabeza, por supuesto, y vuelvo a mi lectura del tremendo ensayo cuyo peso, cargado de totalidad e infinitud, es tan exigente.

¿También les das a leer estos ensayos a los ministros, viceministros, subsecretarios, secretarios, prosecretarios,

sociólogos, asesores y consultores de tu entorno? ¿O simplemente niegas su naturaleza y su valor individuales, o acaso descubriste que tienen también su estilo?

Ja, ja.

Vuelvo al ensayo de Simmel, que por supuesto me interesa.

Abrazos,

Iván

16 de noviembre de 2012
(Cult.)

Querido Iván,

Ahora que mencionas a ministros, subsecretarios, asesores y demás fauna de mi inmediato entorno, repaso algunas ideas que van acumulándose en mi ociosa cabeza. Según recuerdo, en mis años de estudiante uno escogía la carrera de Sociología por una de las siguientes razones:

1. Para concluir una carrera abandonada seiscientos años atrás.
2. Para comprar un título que demandaba apenas dos horas de tarde y un par por la noche y trepar en el escalafón de la burocracia menor.
3. Para complementar las luchas populares-activismo-movimientos sociales-sueños/quimeras/bobadas políticas con una carrera “afín”.
4. Para dar continuidad a una tradición familiar o grupal.
5. Para dar rienda suelta a una vocación rebelde en lo político y en la interpretación de la realidad y dotar a esa vocación de respaldos teóricos.
6. Para conseguir una *chambita* en sindicatos, organismos no gubernamentales y empresas encuestadoras.
7. Para consumir una vocación académica.
8. Para matar el tiempo.
9. Para hacer la revolución y conocer ciertos textos programáticos, esotéricos, estratégicos y aun tácticos.
10. Para tener maestros intelectuales.
11. Para tomar posteriormente otras carreras o complementar una ya en curso.
12. Para, siendo un político o un luchador de barricada, darse pompa con un título rimbombante y “afín”.
13. Para comenzar una vida de corte intelectual.

Ello ocurría en la Universidad Central del Ecuador —no sé si en otras universidades las razones para elegir esa carrera diferían poco o mucho—, a inicios de la década del 90 del siglo fenecido —de las conversaciones con mis mayores entiendo que en los setenta, por ejemplo, las cosas era diferentes o muy diferentes, y que la sociología era más una *praxis* que una manía *teórica*, bla, bla, bla, o que algunos que deseaban ser periodistas o cualquier otra cosa terminaban enredados en la palabrería tan cara a todo sociólogo que se precie—.

A la vuelta de la esquina, rodeado de sociólogos de todos los colores y de muchas edades, vecinos, ¡que no colegas!, confirmo que gran parte de los sueños de aquellos compañeros, *compas* —vaya palabra idiota— de profesión no se han cumplido o se han logrado parcialmente:

1. Los rebeldes de antaño se convierten en tecnócratas.
2. Los luchadores de antaño —sindicatos, luchas populares, movimientos *sociaux*— se vuelven políticos oportunos y oportunistas.
3. Los intelectualmente inquietos aprovechan su inquietud para sumar títulos —otorgados por la FLACSO y similares— a su acervo, y acumular jerga y modelos creados por las modas tecnocrático-intelectuales *ad infinitum* en un mundo de técnica social que se renueva también *ad infinitum* y sin *remedium*.
4. Los burócratas menores, ahora con título, no pasan de ser cholitos sonrientes, buenasgentes, recaderos, mandaderos, máquinas sumadoras con huesos, piel y pellejo, que no han subido mucho en el escalafón con su título, apenas un peldaño, a lo sumo dos.
5. Quienes pretendían encender la mecha de revoluciones con su Althusser bajo el brazo, o han desaparecido engullidos por completo por el planeta Tierra o se dedican a encender la misma revolución que quisieron tanto con discursos reformistas tan dudosos como embusteros.
6. Uno que otro que pretendía refinar la *tecné* para, a fin de cuentas, contar con una carrera —profesión no tan

epistemológicamente defendible como ser economista o psicólogo, aunque con mayor “vuelo” teórico— terminan —los veo a mi lado, a una cuarta— convertidos en chupapollas del tres al cuarto que mienten a toda hora —con *tecné* o sin ella en los labios—, trepan escalafones, quedan bien con el patrón, se arrastran como serpientes, niegan en público lo dicho en privado, hablan lo necesario, aparecen en las sabatinas de un gobierno a-go-go-ye-ye, y explican lo importantes que son los niños para el futuro de la patria y el modo en que el cerebro de los niños pobres se desarrolla mucho menos en los primeros años de vida que aquel de los niños bien alimentados, lo que constituye una desventaja estructural insuperable —habla esta vieja perra a quien espero no conozcas y se llama T. M., momia a quien tengo cruzada en la garganta—.

Paso revista al zoológico por una razón:

¿Quién, entre estos zonzos, quisiera echar un vistazo al viejo y querido Simmel, estos sociólogos vendidos al “sistema”, estos mamarrachos de la *tecné*?

Acaso solo uno: el que habla, que de sociólogo, de *este tipo de sociólogo*, ya no le queda un pelo, abandonado a empresas tan poco rentables, como leer a Simmel o a Roger Caillois en lugar de besar las manos de todos los políticos que nos rodean —quienes también pasaron un año o dos por las honrosas aulas de Sociología, y forman parte del grupo número 12., descrito— y subir en todos los escalafones que en el mundo han sido.

Esta mañana estuve en mi alma mater —precio que hay que pagar por mi cinismo al preservar un empleo como el que llevo. Alma mater que, supongo, no tiene mucho de *alma* y nada de *mater*— y en la inauguración de un seminario dedicado al control de los mercados oí los discursos de tres señores: Napoleón Saltos —intervención que comenzó citando la fecha de fundación del alma mater y terminó con el control de los mercados como elemento revolucionario... de una mediocridad insultante—, el asambleísta Fernando Bustamante —que se quejaba por todos los cheques protestados que forman parte de la vida financiera

de los ecuatorianos y es el símbolo del atraco bancario que se consuma día a día en el país, ante lo cual la nueva ley o lo que fuese arremeterá y constituye también un símbolo inequívoco de lo revolucionario de nuestro gobierno andino— y un tal señor Pedro Páez o algún lugar común así —que citó en sus frases a Michel Foucault, Napoleón Saltos, Fernando Bustamante, el Che Guevara, Alan Greenspan, el tan citado hoy en día Amartya Sen, todo en nombre del control del malvado mercado y, claro está, para robustecer nuestra acción actual y revolucionaria—. Lo recuerdo por la misma razón de aquello expuesto arriba:

¿Qué ha pasado con nuestros sociólogos, Dios mío santo llagado en la Cruz? ¿Qué?

¿Acaso nunca leyeron a Simmel?

Con un abrazo,

F.

16 de noviembre de 2012
(Cult.)

Querido Francisco:

No, nunca nuestros sociólogos leyeron a Simmel, excepción hecha seguramente de Agustín Cueva y quizás algún otro que si lo leyó, lo hizo a la manera del estudiante obligado a leer algún capítulo (pienso en el inescrutable doctor Esteban del Campo)...

¿pero crees que esa falta de lectura “ecuatoriana” de Simmel podría subsanarse con semejante “tucos” que le envías a Vásconez?...

yo sí ya que perdí todo *style*, querido amigo, ya a estas alturas veo que lo mejor que he hecho o que puedo hacer es bailar un poco con los conceptos, en un baile chaplinesco si cabe, es decir,

comprender lo que dice Simmel sobre el “estilo” poniéndolo en correspondencia con la “estilística” al modo en que la entiende Bally, el discípulo y editor de Saussure, y luego, con seria, serísima pose de hermeneuta, tratando de alcanzar el “alma” de Leo Spitzer..., por eso de que el estilo dizque es el hombre... ¿y qué será de la mujer?,

y sí, decimos “¡qué falta de estilo!”, o el “estilista”, y henos aquí en tus apreciados territorios de los trapos, las tijeras de la sastrería y de la peluquería, y henos con el consiguiente chismorreo,

¿daremos con el “estilo” vulgar de tus burócratassocioeconoanoantropomórbidos vecinos?,

el estilo del vecindario —¿y qué hará Vásconez a esta hora?, ¿le habrá entrado el diente al ensayo de Simmel?—,

pero cuidado,

a ver cuánto uno (en tanto individualidad) logra desautomatizarse del uno (en cuanto pura masa, el “se” del “se dice”, por ejemplo), y sobre todo ir más allá del estilo...

jodida cosa, la verdad sea dicha.

Ojalá que el andar en esos adefesiosos “conversatorios” a los que andas ahora dedicado, a los que uno (el individuo) tiene que llegar con suspensorios auditivos, oculares, olfativos, gustativos y táctiles, genitales y hasta de género, y con la mente de uno (del individuo, claro) en blanco (no vaya a ser que el estilo napoleónicobustamantinopaeciano acabe por mancharla de modo indeleble), no se te pegue el estilo, yo, lo único que puedo recomendarte, es que te andes con cuidado, porque el estilo a veces le entra a uno por el hígado...

Abrazos,
IC.

25 de noviembre de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

Intento comenzar a leer el ensayo de Quemain sobre Elizondo que me enviaste⁴², y me “topo de manos a boca” con un párrafo intragable:

“Salvador Elizondo (México, D.F., 1932) le jugó al tiempo una apuesta que ganó. Ese primer triunfo se llama *Farabeuf*. Una de las novelas más complejas y transparentes de la segunda mitad del siglo XX mexicano. Justa heredera de los riesgos formales que legó *Pedro Páramo*, instalada en un horizonte intelectual que recupera y rebasa algunas de las apuestas de la nueva novela francesa de mayor influencia en los años sesenta y que continúa de modo apasionado la añeja preceptiva, siempre nueva, de Góngora y Quevedo, de Joyce y de Poe. No hablo aquí de semejanzas sino del diálogo universal y modesto, que Elizondo ha tomado como punto de arranque de una obra singular e irrepetible.”

Llegado a este punto abandoné la lectura. ¿Te das cuenta de la superposición de disparates? Disparates, desde luego, no en el sentido de lo cómico. Porque si esta fuese la introducción a una conferencia del maestro Cantinflas o del doctor Trespatines, ¡qué bien! Pero no, es un ensayo serio sobre Elizondo. “Le jugó al tiempo una apuesta que ganó.” ¿Qué tontería es esa? “Una de las novelas más complejas y transparentes”, ¿qué quiere decir este fulano? “Instalada en un horizonte intelectual que recupera y rebasa... y que continúa de modo apasionado la añeja preceptiva, siempre nueva”. “No hablo aquí de semejanzas sino del diálogo universal y modesto”. ¿Qué tonterías son estas? Mi querido

⁴² “Salvador Elizondo: la historia pasada mañana”, entrevista por Miguel Ángel Quemain, en Salvador Elizondo, *Obras completas*, Vuelta, México D. F., 1992.

Francisco, si tienes este disparate en papel, ¡quémalo! Tal vez eso signifique “quemeln”...

Con estas influencias, ¿dónde irás a parar? ¿En qué horizonte quedarás instalado, rebasando apuestas de modo apasionado, continuando esas añejas preceptivas siempre nuevas, en diálogo universal y modesto?

¿Tan fatal es el horizonte de la burocracia que hasta este quemainesco ensayo te entusiasma? No, yo no pasaré de este primer párrafo (escribir así, no se lo permitiría a mis estudiantes, desde luego).

Abrazos,
IC.

25 de noviembre de 2012
(Lit.)

Querido Iván,

Pero no existe ningún ensayo —de hecho, no leí la parte que citas—: después de esa *desafiante* introducción hay una *entrevista* a Elizondo que es la buena.

Sobre la otra carta debo decir que tienes razón en los dos puntos: una cosa es preservar —libros o lo que fuese—, otra es el registro. En medio de las mil y una reuniones a las que debo asistir —como lo hice antes en el Consejo Electoral— suelo leer artículos y hasta fragmentos de ficción impresos en papel —suelen ser reuniones con quince asistentes, mesas largas y el infaltable proyector de láminas, hoy llamado *infocus*—, pero he pensado que en lugar de pasarme la vida imprimiendo fragmentos podría adquirir una de esas maquinitas, un iPad o un Kindle, seguir gastando la farsa burocrática y leyendo a hurtadillas. Imagino que lo haré pronto.

Sin embargo —vaya necesidad la mía— yo nací en el papel. No diré, como he oído en boca de otros, que olfateo los libros, que el olor del papel me excita, que los acaricio y son hermosos en su forma y manufactura. Algunos sí, quizá, pero la verdad ya no creo en esas cursiladas. Me gustan los libros, adoro leerlos y, por supuesto, forman parte de mis recuerdos agradables ciertas portadas y ciertos volúmenes —mi ejemplar de *Las rosas de la tarde*, de Vargas Vila, con su vieja encuadernación de Sopena, Barcelona, *Splendeurs et misères des courtisanes*, de Balzac, de 1873, las portadas de una colección bellamente concebida y realizada por Grupo Zeta, Ediciones B, de la cual tengo y he leído *Ethan Frome* de Edith Wharton, *La canción de Salomón* de Toni Morrison y *Los confidentes* de Bret Easton Ellis, este volumen de *Shakespeare* de Lampedusa que estoy por terminar

y me ha gustado tanto—, aunque no sea un bibliófilo y tampoco, al menos aún, un bibliómano. Naturalmente me encantaría, si no *ser* al menos *conocer*, a los protagonistas de *El club Dumas* de Pérez Reverte que roban y matan por los libros, no por los contenidos, sino por la propiedad física de esos objetos. Tampoco me alcanza el tiempo, el dinero o el conocimiento para afición tan refinada por libros raros o ediciones príncipe a la manera de Javier Marías u otros más modestos en nuestro medio.

En fin —valga el galicismo— ahora que leo que “Monsi” [Carlos Monsiváis] acumuló 27 mil ejemplares pienso cómo sería su casa y un escalofrío recorre mi espalda. Además, como han contado sus amigos, solía cubrir sus libros con plástico para que “no se me estropearan”. Su biblioteca debe haber sido fea, entonces, a la vista. Pero qué maravillas contendrá todo ese papel.

Un abrazo,

F.

26 de noviembre de 2012
(Lit.)

Querido Francisco:

Me irrité tanto con ese párrafo infame, que no “desafiante”, que borré el archivo. No había caído en cuenta que era una entrevista, con una infame introducción. Ja, ja. Acabose.

Llamé a Libri-Mundi el jueves, inmediatamente después de que me indicaras que existía un ejemplar del *Shakespeare* de Lampedusa, y hablé con Christian Albán: ¿no hay ni un solo ejemplar en la librería! Nada de Lampedusa. Más aún, él no tenía recuerdo del libro. ¿Dónde lo obtuviste y de qué manera?

Por supuesto que a mí también me fascinan los libros como objetos. No tengo muchos, y me aterra pensar que pudiese llegar a tener más de 3000 ejemplares. Cada cierto tiempo procuro deshacerme de algunos. Pero, ¿para qué coleccionar 27 000 volúmenes? ¿Cuántos leerás a lo largo de tu vida? Y muchos de los que leas estarán en bibliotecas. Alguna vez Raquel Serur contó lo que era entrar a la casa de Monsiváis. Polvo, estanterías de libros, polvo, gatos entre la polvareda, estanterías con toda suerte de cachivaches, calaveras mexicanas, “artesanías”, máscaras, polvo, polvo, polvo... ¿Qué suerte de desesperación infinita había en ese hombre?

Me imagino que dentro de una década o máximo dos, habrá una pantalla lo suficientemente amigable, ¡vaya lenguaje!, que hará posible leer sin fatiga en pantalla. Entonces, uno podrá buscar y coleccionar unos cuantos libros en papel; ojo, los fabricados durante el siglo XX irremediamente se convertirán en polvo insalubre... Pequeños museos familiares. Lástima que no podamos acceder a otras formas: papiros, ladrillos. Un pedazo de un muro de Nínive en casa o un ladrillo sacado de una pirámide egipcia sería un desatino.

Y, como no se ve cercano el fin de esa condena que pesa sobre ti, esto es, la cárcel burocrática, creo que harías bien en comportarte como buen chico estas próximas semanas para ver si Alejandra, o los Reyes Magos, si es que no han quebrado, se compadece(n) de ti y te obsequia(n) un Kindle para que leas durante las “presentaciones”. Es una buena idea.

En fin..., procuremos que el galicismo entre en la lengua, es más corto que “para concluir”, y además tiene ese tonito de “y qué le vamos a hacer”... “para concluir, y ¡qué le vamos a hacer!”; demasiado largo, en fin.

Abrazos,
IC.

Carta dirigida a Luis Alberto López y F. X. Estrella.

3 de diciembre de 2012
(Cult.)

Querido Francisco y querido Tucho:

Francisco, ya veo por dónde va tu idea de acumular libros, revistas, panfletos, folletos, pasquines, y polvo y más polvo... sin embargo, a diferencia de esos invidentes a que se refiere el artículo⁴³, ni veo ni escucho por dónde será que haya por estas desventuradas tierras una vieja matrona-matriarca que junte bibliotecas (de Vásconez, Adoum, Proaño Arandi, Calderón Chico —que con semejante apellido se decidió por tener la biblioteca personal más grande del país, especializada en el Ecuador—, de Estrella et. al.) en el viejo Penal García Moreno, como tal vez quisieras tú, amigo Tucho...

Por eso, yo no creo que sea buena idea acumular libros, polvo, revistas, panfletos, polvo y más polvo, pasquines, folletos. Basta unos cuantos para adornar una pared de la casa.

Abrazos,
IC.

⁴³ Mario Vargas Llosa, “La ciudadela de los libros”, *El País*, 1 de diciembre de 2012. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2012/11/30/opinion/1354278776_063707.html

3 de diciembre de 2012
(Cult.)

Querido Iván,

Después de oír tu entrevista recordé el fenómeno más cercano al de los libros en cuanto a remplazo de soportes físicos, me refiero a la música y los discos. Sería 1986 cuando en mi amada revista *Selecciones* leí un artículo sobre el revolucionario —decía el artículo— disco compacto, inventado en 1983 en Holanda por Polygram. Tenía doce años y al leerlo —uno de esos antiguos y fantásticos artículos de divulgación de *Selecciones* que contaba cómo se realizó la primera grabación en el nuevo formato, si no me equivoco algo de Mozart ofrecido en una iglesia en Alemania— pensé que podía tratarse de otro de esos inventos que nunca llegarían a estas tierras ecuatoriales tan proclives a revoluciones ciudadanas y escasa tecnología —eran otros tiempos y el ritmo de los cambios era más lento en todas partes del mundo—. Recuerdo con precisión que, de modo restringido, a partir de 1990 comenzó a difundirse el disco compacto en estas tierras y en 1993 ya era mayoritario.

Cuando yo era niño mi padre tenía una máquina para reproducir cartuchos de audio —cosa que yo adoraba, pues en uno de los cartuchos guardaba un tema español, *Los campanilleros*, una bella tonada—, aunque la vida hábil del cartucho de audio parece que fue muy efímera en lo comercial, unos años apenas. Naturalmente yo crecí entre *long plays* —de 33 R.P.M., aunque como siempre fui algo anticuado me regocijaba oyendo en el tocadiscos antiguas grabaciones en 75 R.P.M. fijadas en discos de carbón que mi padre había heredado, cosas que me imagino ahora nadie conoce— y casetes.

Recuerdo sin nostalgia que cuando el disco de vinilo cayó, casi todos los melómanos nos regocijamos, pues las condiciones

de reproducción del vinilo terminaban siendo lamentables, debes recordarlo: los discos se rayaban, su perdurabilidad era escasa y el tiempo pasaba la factura prontamente al material —la gente de radio llamaba *canguil* al tedioso sonido oscurecido por el paso del tiempo de los discos—. El CD fue un alivio, también contra el famoso *hiss* de los casetes.

Y sin embargo, galileanamente, cayó: el CD, siendo el mejor registro, duró veinte años y cayó. Tengo un amigo Dj que hace grabaciones profesionales y me cuenta que el CD sigue siendo el mejor soporte para la grabación de música en cuanto a fidelidad —aunque la duración física del soporte es un tema que en nuestro tiempo ha modificado su importancia: al parecer hoy en día conservar cosas que duren eternamente ya no es un anhelo—, por supuesto en su relación con lo digital ofrecido en la Red: inclusive los cortes o discos completos *comprados* a través de la Red tienen menos resolución que una grabación original convencional guardada en un cedé. Los exquisitos Dj's contemporáneos, los músicos y arreglistas, los ingenieros de sonido, al parecer prefieren cierto sonido más cálido, *warm*, que provenga de una grabación original analógica y no de una digital y ello se intenta reproducir en un producto final grabado digitalmente pero cuyo origen es analógico —es decir, cuya fuente no sea un registro digital—. Hoy en día —y a esto es a lo que voy pues coincide en parte con lo que tú decías respecto del libro físico en la entrevista— se siguen produciendo cedés aunque en volúmenes ínfimos en relación a lo que antes sucedía, pues el amplio mercado de consumidores se ha reducido a un mercado de *happy few*. Lo mismo ocurre —siempre en atención a mis fuentes: mis amigos Dj's y gente de radio— con el vinilo: hoy en día se produce un volumen mínimo de discos de vinilo, adquiridos solo por Dj's que en sus *toques* en discotecas o sitios especializados prefieren un sonido más *warm* que un sonido digital puro —de hecho uno de mis amigos Dj's tiene una consola digital que le permite mezclar música en vivo desde cedés, pero ahora ha vuelto a tocar en vivo también con discos de vinilo para

combinar el efecto frío de lo digital con el cálido del vinilo, todo ello registrado en computadores Apple, los mejores para estos oficios, según dicen—.

Lo curioso del tema es que los artistas se vieran afectados por el cambio de formatos, en particular con la vertiginosa crisis del cedé y su sustitución por la Red. Sufrieron las discográficas y las grandes distribuidoras. Salieron ciertos artistas prestigiosos —como la banda *Radiohead* o *U2*— a denunciar pingües ganancias de las discográficas por derechos, venta y distribución, y reclamaron el derecho a sacar una mayor tajada del pastel. *Radiohead* incluso se atrevió a producir su, en ese entonces, nuevo álbum, directamente, sin intermediación de discográfica alguna y el disco encontró la calle junto con un periódico inglés a un precio diez veces inferior a los precios normales de los discos. Aplaudieron los demócratas y los igualitaristas del mundo, pero, con una velocidad implacable el Internet destruyó *l'Ancien Régime* y ahora nos queda robar canciones de algún lugar de la nube, comprarlas al minoreo para emitirlas en los nuevos dispositivos sin exigir ya la fidelidad de antaño, o comprar cedés a través del mismo Internet los más exigentes (de nuevo, me incluyo).

Entre líneas se perciben, creo, las santas virtudes de esta era: exigencia escasa, rapidez, obsesión con lo efímero, facilidad para la acumulación, aplanamiento, democratización del saber —algo que podría ser bueno, quizá— y el gusto. También la coexistencia de formatos y su enriquecimiento mutuo. Abandonamos lo óptimo y propendemos a lo rápido y velozmente acumulable —el buen Álvaro Sáenz [sociólogo ecuatoriano] quería intercambiar música conmigo tasándola por megabites de disco y yo le dije: “pero hablemos de canciones, ¿no?”—. Está bien: el mundo ha mejorado en ciertos aspectos y en otros ha perdido del modo en el cual, imagino, siempre debe haber ocurrido. A ciertos individuos también, hablo de mí, les resulta cómodo y seguro vivir en el pasado y aceptar a regañadientes el porvenir. Sin embargo, valga la analogía, aunque de nuevo parezca aferrarme al pasado,

yo preferiría la época del disco compacto. Ahora da igual una canción que otra, lo importante es tenerlas almacenadas en un gran disco externo de un tera que nadie alcanza a oír por completo en los días de la vida. Somos libres, somos democráticos, se accede a la cultura, pero ya no se la disfruta *en general* con la misma intensidad. Se ha perdido la épica sencilla de conseguir a la dama... o a una canción. Bah: quizá me equivoque.

En fin, valga otra vez el galicismo, el mundo marcha. Camina.

Un abrazo,
F.

Carta dirigida a Lucía Arízaga, Amaranta Carvajal y F. X. Estrella.

23 de enero de 2013
(Cult.)

Queridos.

Ayer Javier me conversó de este trabajo científico⁴⁴. Ahí les envió la noticia para que la mediten y en el archivo anexo una entrevista al científico. Saludos,

IC.

⁴⁴ Javier Sampedro, “Neander Park”, *El País*, 23 de enero de 2013. Disponible en: https://elpais.com/sociedad/2013/01/22/actualidad/1358885200_037763.html

24 de enero de 2013
(Cult.)

(Sin encabezado)

La verdad creo que debe hacerse todo lo que la ciencia permita: los obstáculos éticos por lo general son interpuestos por tibios y timoratos.

Sin embargo, me atrapa una pregunta: ¿por qué querrían los científicos resucitar al neandertal si hoy mismo una comunidad nean ya gobierna al menos cinco países latinoamericanos, entre los cuales el “nuestro”? ¿Para qué más neandertales?

Que prosigan los científicos con su misión como Mary Shelley cumplió la suya. A propósito: el libro de *Frankenstein* es hermoso. Hace un par de años lo leí y también el *Drácula* de Stoker y quedé por completo fascinado.

¡Viva Mary, vida Bram!

Abrazos,
F.

25 de enero de 2013
(Cult.)

(Sin encabezado)

Querido Francisco,

Escribes: “los obstáculos éticos por lo general son interpuestos por tibios y timoratos”. Ja, ja, ja. Leo y no doy crédito. ¡Cómo le encanta a mi querido amigo Francisco pronunciar frases contundentes de moralista decimonónico (“filosofía a martillazos”), a veces decadentes y a veces, como en este caso, cargadas de arrogancia positivista! Un Comte de Montevideo Street en el barrio San Juan de Quito —me asomo a la ventana a mirarlo, ahora que he quedado convertido en un Montalvo de la New York Street, apenas unos metros más arriba de mi amigo, el susodicho Comte— ...hagámosle un poco más de justicia, ¡un Nietzsche de los Andes, todavía juvenil!

“¡Abrid paso, tibios, que llega el superhombre en versión neandertal!” A un lado, tibios, dejad que arribe Frankenstein en su modo perfecto, la repetición de miles de nietzsches, de celines, de cioranes, siempre iguales a sí mismos, e.d., miles de nietzsches iguales a sí mismos y así por el estilo. ¿Convendría tal vez copiar unas cuantas centenas de einsteins? ¿de dalíes? Nada de sartres, nada de marxes, nada de hegeles, una docena de d’annunzios sí, como no. Y con ellos, a conquistar exoplanetas.

Me imagino en el parque de Santa Clara a 250 vásconez que se dan modos de contradecirse a sí mismos a la par que conversan y discuten con 187 estrellas y 99 castros, y ahuyentan entre todos a 814 ponces que querían ellos también ocupar la plaza. Ni un solo carvajal, eso sí, pues este al parecer tenía demasiadas dudas sobre lo que “permite la ciencia”, y prefirió que prendan fuego a

su cadáver, pues de las cenizas no se puede obtener el necesario ADN para la resurrección.

Se acabó la reproducción sexual, siempre odiadas feministas. ¿Acaso no creíais, tres décadas atrás, que se inventaría un dispositivo electrónico para la autofecundación del óvulo, con lo cual habríais llegado a suprimir a los hombres, claro que al costo de reproduciros vosotras mismas al infinito? Nuestro Nietzsche contiano debe haberse quedado por unos segundos pasmado: ¿qué tal si inventaban el dispositivo electrónico diez años atrás? Las alejandras del mundo reproduciendo alejandritas iguales a sí mismas al infinito...

¡Abajo Huxley, atrás timoratos, viene el viejo Nietzsche con todo su rollo acerca de la “voluntad de poderío”!

“¡La verdad creo que deba hacerse todo lo que la ciencia permita!”. Querido Francisco: cómo pontificas... justo cuando “la ciencia” ha entrado en un periodo en que los más serios entre los científicos repiten una vez y otra: “nuestro horizonte está marcado por el no-saber, nuestro horizonte es la incertidumbre, no sabemos nada de cuanto pueda ocurrir al paso que vamos, seamos cautos, prudentes”. La voluntad de poderío nos ha llevado, como Nietzsche previó, a asesinar a Dios y a creernos Dios. Y ahora no sabemos qué cosa vamos a engendrar con nuestro escaso conocimiento y semejante conciencia de la inmensidad de nuestro no-saber.

{Mi querido amigo nietzscheano-cioraniano, que yo diría que se esfuerza por aparecer cínico, hace unos días me envió un texto elogiando al venerable Ratzinger... habría que volver a leer el texto elogiado. Por supuesto, eso de contradecirse está muy bien.}

He aquí un tema para un nuevo ensayo del libro que escribes, querido amigo: “La verdad creo que debe hacerse todo lo que la ciencia permita (¡sic! ¿acaso la ciencia *permite*?): los obstáculos (¿?) éticos por lo general (¿quiere decir que en otros casos no es

así?) son interpuestos (“inter”: ¿entre qué y qué?) por tibios y timoratos (¿quiere decir que nada de miedo, nada de angustia, o solamente nada de debilidad?).

Y otra cosa de suma importancia que no puedes dejar de lado en el ensayo que, por pontificar, ahora *tienes* que escribir, que ahora *estás obligado* a escribir: ¡la RESURRECCIÓN! En cuerpo y alma. He aquí que las religiones de Occidente tenían razón. Nada de nirvanas, ni siquiera transmigraciones del alma. RESURRECCIÓN DE LA CARNE, amigo mío. Los vásconez, los estrellas, los castros del parque de Santa Clara habrán de ser eternos: condenados a la resurrección de la carne y a repetirse a sí mismos eternamente: he aquí que el eterno retorno ha dejado de ser un mito. “Tibios, timoratos, dejadnos ser eternos.” Comencemos por los neandertales...

Jodido ensayo, desde luego. Entre los “tibios y timoratos” te ruego combatir sin piedad al último Heidegger, a Adorno y Horkheimer, a Paul Virilio (bueno, a este es más fácil combatirlo)...

Abrazos (nada tibios ni timoratos, es decir, con verdadero cariño),
IC.

30 de marzo de 2013
(Cult.)

Iván,

Entre mis amigos, quizá tú puedas comprender mejor que nadie las razones de esta lectura y el envío que me permito hacerte:

http://elpais.com/elpais/2013/03/28/gente/1364473418_010211.html⁴⁵

Abrazos,
F.

⁴⁵ Lucía Magi, “Francisco revoluciona la moda papal”, *El País*, 29 de marzo de 2013, artículo acerca del atuendo del entonces flamante papa Bergoglio.

30 de marzo de 2013
(Cult.)

Francisco,

Tal vez sea como tú dices, que entre tus amigos...

Sobre el artículo: ¿es el papa Bergoglio un papa no-europeo? Esta es una primera cuestión interesante, pues los medios y los políticos se dejan llevar solo por la cuestión “estatal” y de la “nacionalidad-estatal”. Pero aun así, tengamos en cuenta que de acuerdo con los sistemas legales actuales, el papa es también italiano —los descendientes de italianos pueden reivindicar su nacionalidad italiana hasta la cuarta generación, y el papa es hijo de italianos que migraron a la Argentina—. Bien podría haber pasado por la embajada de Italia en Buenos Aires, y en un santiamén le habrían dado el pasaporte italiano. De esto resulta que es un papa argentino-italiano.

Nada de mestizajes con indígenas, ni con otros grupos étnicos: un italiano-argentino.

Por ahí hay mucha tela que cortar, como diría cualquier sastre.

Los zapatos y el zapatero remendón: la anécdota me ha recordado mi infancia y adolescencia en nuestro barrio San Juan. Por aquí en la Tamayo hay también un zapatero remendón al que recorro en ocasiones, aún hoy, pero esa tradición del artesano transformado en remendón por la industria moderna, está asociada en mi memoria con San Juan. He ahí un tema para ti. También, cuando yo era niño, aparte de hacer trajes, los sastres y las costureras los arreglaban, “viraban” la tela de los “ternos”, por ejemplo, para darles una segunda oportunidad. Era fácil reconocer el “terno virado”, debido a las costuras de los bolsillos anteriores. O con la tela virada de los viejos trajes paternos hacían trajes para los muchachos. Mucha tela que cortar...

Y eso de la pobreza vaticana... algo tiene de peronismo. Habrá que ver. Más tela que cortar. No solo están los pobres, a esos es fácil tratarlos: bonos u otras formas de “caridad”, es decir, políticas filantrópicas. Están los bancos del Vaticano y demás “pecadillos” del poder. Habrá mucha tela que cortar.

En todo caso, no creo que el papa sea de tu agrado en estas cuestiones que atañen a la moda. Demasiado trivial debe resultarte su indumentaria. A mí, esa indumentaria me sigue pareciendo fuera de lugar. El artículo contiene un error, pues no son dos milenios de uso de esa vestimenta. Tengo entendido que es una herencia romana, no oriental, y en ningún caso de Jesús y sus apóstoles, ese carpintero y esos pescadores... Como sea, hace un milenio era semejante a la pompa imperial. Hoy nada tiene que ver esa vestimenta con la que usan los poderosos de esta época. Están jodidos, ¿cómo pasar de esas prendas horribles, por más oro y otros ornamentos que pongan, a la sobriedad que correspondería a nuestra época?

Además, la indumentaria de Gandhi, y no se diga la de Francisco de Asís, hacen que cualquier prenda papal, incluso de este pobre Francisco, resulten “pomposas”. Habría mucha tela que cortar...

Y aquí pongo un tijeretazo,

IC.

30 de marzo de 2013
(Cult.)

(Sin encabezado)

Uy, eso de los oficios, los talabarteros, los baños calientes, la tapicería, el zapatero remendón, la costurera y los trajes virados también me remite a la colina. Lo comentaré ampliamente algún momento igual que la tela que es preciso cortar cuando se habla de la indumentaria papal. No obstante, por el momento y *à propos*, recuerdo una de mis secuencias favoritas de celuloide atribuida a ese estupendo católico, anacrónico también, que viste, trapea, cobija a esos fantasmas escapados de la edad media:

<http://www.youtube.com/watch?v=QMQ4JicUs1A>⁴⁶

(Sin firma).

⁴⁶ Estrella envía un fragmento en YouTube del famoso desfile de modas del Vaticano en *Roma*, de Federico Fellini (1972).

F. X. Estrella dirige esta carta a Juan Pablo Castro, Javier Vásconez e Iván Carvajal. Incluye tres enlaces. En la polémica que remite participaron Javier Marías y el crítico español Ignacio Echevarría, y se alude al novelista Antonio Muñoz Molina.

28 de mayo de 2013
(Lit.)

Queridos amigos,

Javier Marías le pone un coscorrón, yo diría que considerado, a Ignacio Echevarría a raíz de su identificación equívoca de “compromiso” con izquierdismo (algo que yo mismo había criticado en Echevarría). Todo empieza a raíz de unas declaraciones de Muñoz Molina frente a las cuales Marías sale al paso con el trasfondo de la crisis española. Envío tres artículos, dos de Marías⁴⁷ y uno de Echevarría⁴⁸ para su examen, deleite o desprecio.

Abrazos,
F.

⁴⁷ Javier Marías, “En los años de la distracción”, *El País*, 9 de marzo de 2013. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2013/03/05/eps/1362508930_860764.html; Javier Marías, “La actual dificultad de morder”, *El País*, 18 de mayo de 2013. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2013/05/15/eps/1368615079_759664.html

⁴⁸ Ignacio Echevarría, “Críticos y ‘comprometidos’”, *El Cultural*, 3 de mayo de 2013. Disponible en: https://www.elespanol.com/el-cultural/opinion/minima_molestia_ignacio_echevarria/20130503/criticos-comprometidos/12749116_0.html

29 de mayo de 2013
(Lit.)

Querido Francisco:

Es obvio que la respuesta solo puedo dirigírtela a ti. Los novelistas de nuestro país me parece que han asumido la actitud de “comprometerse solo con la literatura”. Sus comentarios críticos no son públicos, sino privados, diría en un sentido no solo trivial sino incluso muy kantiano. Kant en *¿Qué es la Ilustración?* distingue entre la opinión pública, que demanda la exposición pública, argumentada, crítica y por escrito, de las tesis, de la opinión privada, la del sacerdote en el púlpito es uno de sus ejemplos. Y bien sabes que discrepo de muchas posiciones de Leonardo, pero reconozco en él una excepción dentro de lo que, por seguir una vieja costumbre y a falta de otro recurso, llamaré aquí “su generación”. En fin, los otros se declaran solamente “artistas”, como también sucede con los “poetas”; la lista es más larga aún.

Marías tiene razón y concuerdo plenamente con él. Había leído el artículo de Muñoz Molina, y su referencia a El Roto me parece que tiene que ver con algún premio que se concedió en esos días al caricaturista por el conjunto de su obra. El Roto se lo merece, pero ya ahí comienza el problema de las enumeraciones: en el mismo diario hay otros caricaturistas — como decimos nosotros, y no repetiré “viñetistas”, la palabra que usa Marías, de ningún modo— tan críticos y punzantes como El Roto: Forges, Peridis, a veces Erlich. Por tanto, como señala Marías, en España ha habido una continuidad de intelectuales críticos y comprometidos.

Yo añadiría solo una cuestión: Muñoz Molina comete una de esas falacias tan comunes sobre las que advierten los profesores de lógica, a cuyas enseñanzas apenas si los científicos y uno que

otro intelectual prestan atención. La suya es una generalización indebida, un recurso retórico paupérrimo. Pero ese recurso trivial es una de las piedras en las que se suelen fundamentar los discursos ideológicos (políticos, religiosos, también el de los novelistas, poetas y artistas que están más allá del “compromiso” o solo en el compromiso artístico). Dado que hay muchos que no denunciaron lo que estaba sucediendo, dado que en ese momento se le viene a la memoria alguna ausencia, AMM concluye que ninguno, salvo este al que acaban de conceder un justo reconocimiento... Sí me extrañó que Marías, hijo de un destacado profesor de filosofía y sobre todo *alumnus* de Oxford, que debe haber aprobado con excelencia sus cursos de lógica sin cometer falacia alguna en sus argumentaciones, no apunte de paso este recurrente error argumental de los articulistas (y no se diga de políticos, economistas, tecnócratas).

De paso, esto de la lógica es un asunto muy serio en nuestra muy deficiente educación. Tengo un colega, profesor de lógica en la universidad, que babea cada sábado con los discursos de su caudillo, y aplaude cada una de sus falacias y delira de entusiasmo con sus anacolutos, mientras de lunes a viernes sanciona a sus estudiantes porque cometen falacias y anacolutos...

Pero Marías tiene mayor razón aún al criticar a Echevarría —de paso, otra vez “de paso”, a más de recordarle que fue él, Marías, uno de aquellos que protestaron por su exclusión de *El País*, le lanza una punzada por ahí, que es casi una puñalada: “Pero a un crítico perspicaz *como fue* Echevarría no puede escapársele...”; —el énfasis es mío— en dos aspectos fundamentales: el compromiso no es solo de “izquierdas”, y eso lo sabemos bien. Sartre, los “intelectuales comprometidos” de la izquierda, “porque el pensamiento solo puede ser de izquierdas”, y sus estereotipos, son de los años 60. Su crítica es ya un lugar común, pero se lo olvida a cada paso, y está bien recordarlo. En este sentido, lo que queda por pensar es si es condición del “compromiso del intelectual” la actitud crítica —¡otra vez la herencia ilustrada, kantiana / pese y gracias a Marx, a Nietzsche, a

Freud y un largo etcétera!—. Esto es, ¿el compromiso intelectual demanda como condición “sine qua non” la (auto)crítica de las ideas, los prejuicios (en sentido técnico, no peyorativo), las convicciones, las posiciones que sostenemos? ¿O acaso basta con sustentar determinadas ideas, creencias y posiciones, y construir, con coherencia argumentativa y ética, nuestros argumentos sobre ellas? En otras palabras, en torno al compromiso del intelectual ¿no es acaso necesario el ejercicio de una actitud socrática, de algún modo “escéptica”, de algún otro “auto-irónica”?

El segundo aspecto de la crítica de Marías a Echevarría es aún más importante: ¿qué función tiene el intelectual hoy día? ¿A qué viene eso de argumentar, criticar, denunciar, expresar la indignación, etc., cuando ni los políticos, ni quienes manejan la economía, y yo añadiría, ni quienes manejan la industria mediática, la publicidad y los espectáculos, es decir, quienes tienen la sartén por el mango en este mundo de “calentamientos globales” y enfriamiento absoluto de la política, y tal vez incluso de la “vida del espíritu”, prestan la menor atención a los intelectuales y sus compromisos? Las masas, ni se diga. ¿Entonces, de lo que se trata es de una mera guerra civil o intestina entre intelectuales? Grave cuestión la que coloca Javier Marías.

Entre nosotros, los novelistas, los poetas y los ensayistas no comprometidos, o solo comprometidos con “su obra”, pueden permanecer en paz, basta con las conversaciones de sobremesa, bien sea para salvar el alma —una que otra crítica es necesaria, después de todo, hasta como desfogue— o bien sea para evidenciar que se ha llegado a un grado de cinismo que se puede exhibirlo como un logro vital. Desde luego, me refiero a la conducta “civil”, “ciudadana”, como dirían los intelectuales españoles, y no al “compromiso” en el “poema” o la “novela”; eso hace rato que quedó para estalinistas trasnochados y de medio pelo.

Una última cuestión, querido Francisco. ¿Cuántos intelectuales ecuatorianos comprometidos, de uno u otro bando, existen actualmente? Porque ni Ponce, ni Pérez Torres, Egúez, R. Vallejo, ni Paco Velasco, ni Vinuesa, ni Orlando

Pérez, ni siquiera Galo Mora o tu amigo Villacís merecen ese calificativo: ¿exponen en alguna parte sus argumentos, sus tesis, sus opiniones “comprometidas”? Más allá de besamanos y balbuceos, nada dicen. Las tuyas, en sentido kantiano otra vez, son meras “opiniones privadas”, y ni siquiera merecen el calificativo de “sermones” pues, cuando superan la condición de mero balbuceo y alcanzan la dimensión de la frase, o son tonterías o son declaraciones de un cinismo burdo — como es el caso de una “tesis” de Mora, retomada después por Correa, aunque aquel la haya aprendido de Alfredo Castillo: la división de poderes es una ilusión de la democracia burguesa, por tanto, lo revolucionario es la concentración del poder en el ejecutivo: una vieja falacia estalinista, una mentira autoritaria del lacayo que besa las manos del caudillo al que obsequia la falacia que servirá para encandilar a la masa, y para encandilar a Maduro, Evo, su vicepresidente “marxista”, ante la cínica sonrisa de los hermanos Castro. Digo estalinista, porque con Stalin se acaba de dar la vuelta, ya comenzada durante el gobierno de Lenin y con la colaboración de Trotsky, de la idea revolucionaria contenida en “todo el poder a los soviets”, es decir a los “consejos”. Pero las revoluciones solo duran unas cuantas horas, eso lo sabemos bien—.

Los intelectuales del régimen no llegan ni siquiera a la exposición de un planteamiento: el grado cero de la política, el enfriamiento total de la política. Tampoco escriben nada sobre la literatura o el arte, que yo sepa. El único intelectual del régimen es sin duda Rafael Correa, y si lo tomamos como intelectual solo es para darnos cuenta del desierto intelectual del régimen. En el caso de Argentina, lo que he podido advertir es que los intelectuales de izquierda que adhirieron al kirchnerismo también han llegado a la afasia total. Sí, por acá hay unos cuantos articulistas liberales, y unos cuantos ecologistas infantiles. ¿Pero hay mundo intelectual entre nosotros, estimado Francisco?

¿No nos queda sino leer los artículos de unos españoles que se enfrascan en una polémica y aplaudir al que lleva más razón en sus argumentos? Si no fuese porque hace un par de días me topé con unos muchachos, muy jóvenes, menos de 25, nada que ver con la literatura, que me plantearon preguntas y problemas políticos con una actitud tan comprometida y a la vez tan ajena a doctrinas, a lugares comunes, con una disposición verdaderamente socrática, diría que estamos hundidos en la mierda hasta el cogote, pero ello sería cometer el mismo error de Muñoz Molina, caer en la misma falacia. Tal vez sea el momento de poner contra las cuerdas a la figura del intelectual comprometido para deconstruirla. Eso no quita que me provoca un enorme asco la conducta de la mayor parte de los escritores ecuatorianos de mi generación —y también de la que sigue, de la tuya, Francisco—: siempre acomodaticios, siempre sacando el cuerpo a las responsabilidades. No me refiero, claro está, a los tan denostados Cueva, Moreano e incluso Echeverría.

Abrazos,
Iván

9 de junio de 2013
(Cult.)

Querido amigo,

Te envío la entrevista a uno de mis autores favoritos: Marc Fumaroli⁴⁹. Casi a la altura de Paco.

Un abrazo,
F.

⁴⁹ Daniel Gascón “Entrevista a Marc Fumaroli”, *Letras Libres*, 9 de mayo de 2013. Disponible en: <https://letraslibres.com/literatura/entrevista-a-marc-fumaroli-2/>

9 de junio de 2013
(Cult.)

Querido Francisco:

Comenzaré por tu ironía: “Casi a la altura de Paco”... ¿A la altura de Paco? Es imposible. Paco es insuperable, y eso lo sabe bien el caudillo Rafael. Este tiene un enorme desprecio por la cultura, por la literatura y las artes, no ha leído un solo libro de literatura, de historia, de filosofía o de crítica cultural en toda su vida, quizás un par de folletos sobre la teología de la liberación, y lo demás se reduce a su presunta ciencia, la economía. No habrá visto, con toda seguridad, ninguna de las grandes películas ni habrá asistido a grandes representaciones teatrales ni en Europa ni en Estados Unidos, donde vivió algunos años. El odio visceral de RC por Vargas Llosa, para mí, tiene mucho que ver con su ignorancia y su concomitante complejo de inferioridad en cuestiones que atañen a la cultura. Correa tiene talento para los negocios y la intriga política, es un *showman*, pero está lejos del pensamiento, la reflexión intelectual y la sensibilidad artística.

Es cierto que en sus visitas a la fundación Guayasamín ha aprendido el nombre del pintor, y seguramente *Vasija de barro* y unas cuantas cancioncillas de la nueva trova cubana, Serrat y Pueblo Nuevo. Figúrate, ¡Pueblo Nuevo! Un individuo con semejante desprecio a la cultura tenía que pedir a un sinvergüenza como Galo Mora o a un soterrado Javier Ponce que le “asesoren” en cuanto a la cultura, y hasta de Paco Velasco. He ahí la sucesión de inútiles propiciada por Ponce y Mora: Antonio Preciado, cuya reducida obra poética le permite aparecer como el más alto exponente de la cultura “afroecuatoriana” —cultura que ha dado al país la mayor parte de sus mejores atletas, pero hasta hoy ni grandes músicos ni bailarines, lo que hay que lamentar, y digo esto teniendo en la mente la buena música popular esmeraldeña,

es decir la marimba, y del Chota, es decir la “bomba”—, Noriega —no sé qué representa, tal vez la nadería de una generación de diletantes de aldea, aldea andina con estancias en las aldeas francesas, en la época en que Francia vive su ineluctable acabamiento, sin pasado, sin presente, sin futuro—, y luego la nadería de la socióloga Erika Silva. Después, directamente el lumpen-intelectual, la grosería del patán de barrio. ¿Qué tiene que ver el “radiodifusor” populachero con el liberal-conservador francés? Paco está ahí como exponente del absoluto desprecio que su caudillo siente por la cultura, y también, claro está, para administrar el chorreo de migajas a una caterva de vagabundos que dizque son poetas o cantautores o actores, que a la noche y antes de perderse en sus laberintos pintan los grafitis que ordena Alvarado; para repartir unos cuantos miles de dólares para los cineastas y dos o tres decenas de pasajes a los escritores. Este no es, no tiene por donde ser, un “Estado cultural”. Paco Velasco representa la cultura populista, la cultura de masas, esa mezcla de propaganda “política” —en realidad, la aniquilación de la política—, de resentimiento social, y de idiotez generalizada que nos domina.

El deshacer la comparación “irónica” me ha llevado por caminos enredados, porque Fumaroli merece una crítica con el necesario rigor. Lo primero que diré, mi querido liberal-conservador quiteño, es que resulta difícil coincidir con un liberal-conservador nostálgico de la “gran cultura francesa”, es decir, de la cultura creada y sostenida en torno al Estado francés al menos desde el siglo XV hasta inicios del XX, estado colonial, pero también el centro de la revolución moderna. Si fueses mexicano, tal vez podrías tener parecida nostalgia. Acá uno puede ir a parar, sin darse cuenta, a una nostalgia de colonizado. Ante todo, desde Villon y Rabelais, los artistas han vivido de una manera u otra en los juegos de oposición y compromiso con el “Estado cultural” francés.

La argumentación de Fumaroli inicia con una gruesa falacia: el financiamiento del rock o del tag por parte de Malraux o Lang,

o de formas semejantes, poco menos que habría desencadenado la cultura populista contemporánea. Un conservador-liberal nostálgico de las grandes obras de la alta cultura, añorante además de las obras de los artesanos, ebanistas sobre todo, se revela incapaz de comprender la nihilización del presente. La responsabilidad o la culpa la tienen, claro está, Malraux, los socialistas de Mitterrand, los marxistas-leninistas-maoístas, y al mismo tiempo el mercado global. Ahora sí diré mi frase: ¡A la altura de Krauze! No resulta en absoluto sorprendente que la entrevista aparezca en *Letras Libres*, para nada libres de los prejuicios del liberalismo decimonónico.

La falacia está en la recurrencia al argumento *ad hominem* al inicio mismo de la entrevista: la responsabilidad la tienen Malraux y de Gaulle. Y luego el rápido paso del argumento *ad hominem* al argumento de la responsabilidad ideológica del marxismo-leninismo-maoísmo y la responsabilidad, siempre solo maligna, del mercado global. Un disparate total, mi querido liberal-conservador andino. Creo que a este señor se le pasó por alto toda la compleja y rica discusión sobre la cultura moderna y sus efectos sobre la actualidad, desde Nietzsche hasta hoy, pasando por Husserl, Heidegger, Freud, Canetti, Adorno, Sartre, Camus y tantos otros. Los temas en debate: el nihilismo contemporáneo, la decadencia o la disolución de las culturas (alta cultura, cultura popular), el agotamiento de las culturas nacionales de Estado, la cultura de masas bajo el modelo de la espectacularidad hollywoodense, ameritan precisiones, distinciones, a fin de no confundir en una noche generalizada, provocada por el marxismo-leninismo-maoísmo superpuesto al mercado capitalista global, donde todos los gatos son pardos. Por supuesto que en la entrevista hay algunas observaciones interesantes, en medio de la imprecisión y confusión, como aquella que se refiere a las colecciones de los museos estadounidenses. Pero no olvidemos que los estadounidenses coleccionan todo, quizás a causa de su falta de historia. Pero ¿qué decir acerca de las colecciones de los mexicanos, de su “invención” del pasado?, por ejemplo.

Ni una palabra dice Fumaroli sobre la invención de la “nación” que implica el “Estado cultural”. ¿Acaso la tardía “invención” del Ministerio de Cultura con de Gaulle y Malraux no manifiesta la decadencia de la nación francesa? ¿Basta con decir que las casas de la cultura son invenciones soviéticas? Es decir, ¿estalinistas?

Ah, mi querido conservador-liberal quiteño, con los nostálgicos liberales-conservadores franceses y los conservadores-liberales mexicanos, nostálgicos a su vez de Saint Beuve y de Octavio Paz, ¿adónde irás a parar? Ten por seguro que no será a un sillón de un ebanista de la corte de Luis XIV...

Abrazos,
Iván

16 de junio de 2013
(Cult.)

Querido Francisco:

He aquí un artículo más o menos inútil, por innecesario, de tu admirado Vargas Llosa⁵⁰. Desde luego, yo ni lo quemaría ni lo “reciclaría”, simplemente no lo recogería en una antología del peruano. Un artículo justamente sobre Hannah Arendt y el film de von Trotta sobre el que andas inquieto.

No sé hasta qué punto Vargas Llosa conozca la obra de Arendt. Aquí se refiere al reportaje célebre sobre el juicio a Eichmann y en consecuencia a su tesis sobre la “banalidad del mal”. Vargas Llosa, demasiado “buen liberal”, y por tanto, “alma noble” y por sobre todo “demócrata”, supone que la banalidad del mal que caracteriza al “hombre sin cualidades”, hundido en la mediocridad y la rutina burocrática, solo se torna peligroso en los regímenes totalitarios. Doble error: primero, porque esa banalidad actúa día a día en ámbitos muy diversos de la vida cotidiana, en los que emerge el rostro de la estupidez y su efecto en los seres humanos: pequeños ultrajes, trapacerías múltiples; un carro que “tiran” sobre una transeúnte vieja o embarazada, miles de pequeños actos aquí y allá). Crímenes cotidianos debidos a la banalidad del mal: cumplimiento ciego de las disposiciones que “vienen de arriba” o están inscritas en alguna ley. En los regímenes totalitarios, lo que sucede es que el efecto criminal se potencia hasta límites que parecen inconcebibles, como la “solución final” de los nazis. Segundo, porque lo que encubre Vargas Llosa es el hecho de que el totalitarismo, al menos en sus versiones fascista y nazi, y también los regímenes autoritarios —tendencialmente autoritarios, como estos que soportamos uno detrás

⁵⁰ Mario Vargas Llosa, “El hombre sin cualidades”, *El País*, 16 de junio de 2013. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2013/06/13/opinion/1371114254_687631.html

de otro en América Latina— surgen precisamente de la democracia. La democracia liberal contiene en sí formas autoritarias, y es el “medio” donde prosperan y surgen los “totalitarismos”: Fujimori-Montesinos, dictaduras militares y también populismos.

El problema de Arendt es que se queda corta, por decirlo de algún modo, en su crítica del totalitarismo y sus orígenes. Desde luego, es un buen libro *Los orígenes del totalitarismo*, pero son mayores *La condición humana* y *Vida del espíritu* (eso creo yo).

Por otra parte, está la relación afectiva entre la Arendt y Heidegger. Si hay una referencia marginal en la película, nada arregla al respecto la referencia a la obra teatral del argentino. Se ha escrito ya sobre este asunto, sin lugar a dudas muy complejo. El episodio es previo al ascenso de Hitler, pero se inserta en la adscripción del filósofo al nazismo (es decir, en lo que Bolívar Echeverría en un notable ensayo denominó “el ultra nacionalsocialismo de Heidegger”) porque la joven judía debe escapar de Alemania. El tratamiento dado a la relación de Hannah con Heidegger por parte de Vargas Llosa es superficial, incluso algo burdo, diría yo. ¿Para qué aludir a un tópico de esa naturaleza si no vas a dedicarle un poco de tiempo, de “reflexión”, o mejor, si no lo vas a rumiar por un buen rato?

¿Qué se juega en la relación entre “discípula” y “maestro”? ¿Admiración, amor? ¿Entusiasmo? ¿Un esfuerzo del hombre ya maduro por encontrar un asidero que lo mantenga joven o jovial? Está entre maestro y alumna la mediación de Jaspers, con quien Arendt hace su tesis. Luego, por supuesto, el discurso de Heidegger cuando asume el rectorado de Friburgo, la “autoafirmación de la nación alemana” —¿has leído el discurso?, está en un sitio que se llama “Heidegger en castellano”—. Está, por supuesto, la “ingratitude” con Husserl: borró la nota dedicada a su maestro en *Ser y tiempo* para la edición durante el nazismo... Está por sobre todo su silencio cuando Paul Celan puso su oído presto a oírle pedir perdón por lo imperdonable: ¿qué significa este silencio? ¿se puede pedir perdón por lo que no se puede perdonar? Está, por supuesto, la interpretación de Heidegger por

Arendt, ese diálogo constante con el pensador, que no responde, pero ¿no habla para ella el pensador de la Selva Negra, de algún modo? Claro, Vargas Llosa no conoce a Heidegger y me temo que tampoco a Arendt.

Vargas Llosa opta por lo fácil, por convertir la proximidad-alejamiento del filósofo y la joven pensadora en una trivial relación de amantes ocasionales, el profesor famoso y la alumna brillante, y después, un poco de nostalgia en la muchacha que envejece, y el olvido soberbio del filósofo que no puede permitirse sentimentalismos.

Además, hay en el artículo caídas estilísticas como “la rigurosa autopsia a que somete...”. ¿Rigurosa autopsia? El hombre sin cualidades, el mediocre que cumple sus órdenes y que sirve por tanto de instrumento del crimen que nos horroriza, ¿es apenas un cadáver en manos de Arendt? No, justamente Arendt se cuida de no convertirlo en un cadáver ni su análisis de la banalidad del mal es solo una autopsia de un mediocre fulano... Quede para tus reflexiones —¡ojalá, es decir, Dios quiera!—: el hombre mediocre, sin cualidades, Eichmann, mirado por Arendt en Jerusalén, y el hombre que parece estar en el borde de lo inhumano, que parece haber perdido sus cualidades humanas y casi hasta biológicas, el judío que ya no habla, ya no responde, ya no se queja, el “musulmán” de los campos de concentración, mirado por el judío preso que finalmente se “salva”, aunque nunca podrá reconciliarse consigo mismo. Primo Lévi: el tema del “musulmán” o su obra será retomado por Agamben.

Claro, de paso, Mario nos hace saber que ha estado esta semana en París, que fue al cine, que fue al teatro, que se compró un libro... ¿no resulta en extremo vanidoso y hasta cursi?

En fin, que no me ha gustado para nada el artículo de Vargas Llosa. Esperaba mucho más de él cuando vi el título.

Un abrazo,
IC.

17 de junio de 2013
(Fil.)

Querido Iván,

Por favor no pienses que soy un desconsiderado: leí tu carta sobre Vargas Llosa-Arendt que me ha despertado un par de inquietudes. Un par de apenas satisfechas: me bajé de Internet *La condición humana* —de Arendt he leído tres libros, los tres volúmenes de *Los orígenes...*, *Sobre la revolución* y unos ensayos diversos con grandes altibajos sobre el tema general de la violencia, escritos al calor de las revueltas de la década del sesenta en Estados Unidos—. Aproveché, sin embargo, para lo que considero mejor: de la página *Heidegger en castellano* copié dos textos, “El origen de la obra de arte” y “El habla”. Naturalmente la tarea es ardua. Y esta mañana y tarde en que no tolero trabajar en nada que no sea intelectual, me sumerjo en ellos en mi oficina.

Un abrazo,
F.

17 de junio de 2013
(Cult.)

(Sin encabezado)

¿Por qué he de pensar que eres “un desconsiderado”, mi querido Francisco? No veo razón alguna, incluso si estás en desacuerdo conmigo respecto al artículo de Vargas Llosa. Para comenzar, ya veo que mi “epístola” ha tenido efectos que me alegran. La lectura de Arendt te tomará algún tiempo, meses, años quizás, pero me alegra que te hayas “pertrechado” con algunos de sus libros. No cité *Sobre la revolución* porque, como otros ensayos y como bien señalas, es un libro que obedece en mucho a las circunstancias, aunque hay páginas que contienen una enorme perspicacia y mantienen por consiguiente su actualidad. La observación que hace a propósito de las mentiras que inventa el aparato propagandístico estadounidense en la guerra de Vietnam, y que acaban por confundir al mismo Pentágono, es de lo más interesante que he leído sobre los manejos del poder acerca de la propaganda y sus efectos en los mismos propagandistas. Hasta pierden de vista que los datos que dan son falsos, “necesarios” para la “contrainteligencia”. ¿Has notado cómo acá, “personas de no creer”, como se suele decir, acaban por creerse las “informaciones” creadas por la propaganda para la masa? Esa “perla” del “linchamiento mediático”, por ejemplo. Consulta, si no, entre tus amigos y conocidos, y te vas a sorprender de la “ingenuidad”. ¿A qué se debe ese poder de la propaganda?, cabe entonces preguntarse.

Me alegro que todo esto haya despertado tu interés por Arendt... que, en el fondo, no dejaba de ser “liberal” — observación, desde luego, del todo impertinente, pues nada añade ni nada quita a sus tesis y argumentos—. Y me alegra también saber que vas a leer a Heidegger. ¡No olvides su *Carta*

sobre el *humanismo*, que debe ser correlacionada con el ensayo *La época de la imagen del mundo* que está publicado en *Sendas perdidas* —no es buena la traducción del título, mejor sería *Caminos del bosque, Holzwege*—.

Abrazos,
Iván

26 de septiembre de 2013
(Lit.)

(Sin encabezado)

Un detalle interesante:

“El pasaje cumbre del poema (“Burnt Norton”) está en la segunda parte del segundo movimiento, cuando, tras el breve interludio lírico, Eliot nos descubre un encuentro en una desahuciada calle londinense, en las fronteras del amanecer, con “cierto maestro difunto”, con quien mantiene una última conversación. El propio Eliot reconoció que en esa figura podría identificarse a W. B. Yeats, que había muerto un año antes de que se empezara el poema, en 1939. La relación entre Yeats y Eliot fue siempre muy tensa y respondió al típico esquema edípico entre viejo maestro y joven promesa, hecho de admiración, envidia, insolencia y cierta sofisticada mezquindad de la que solo son capaces los grandes poetas. Cuando Eliot se estableció en Londres en 1914, Pound, que se había trasladado a Inglaterra para conocer a Yeats, de quien acabó siendo secretario, les presentó y trató en vano de que simpatizaran. A Eliot le molestaba mucho la espiritualidad excéntrica de Yeats, su pasión por el ocultismo y su debilidad por el folclore. Y por su parte, a Yeats le irritaba el esnobismo de Eliot, esa fría profesionalidad con que hablaba del oficio y sus maneras de atildado oficinista de la City. Eliot sabía que Yeats era un gran poeta, probablemente el mejor poeta de la generación anterior y, como tal, no podía sino tomar distancias con él y guardarse de su influencia. Sin embargo, la coincidencia en el interés por el verso dramático y la evolución de Yeats, en su vejez, hacia una poesía más seca y descarnada rebajó la tensión y terminó por acercarlos. La

verdadera reconciliación, de todos modos, solo tendría lugar póstumamente y en la poesía”.

Andreu Jaume, prólogo, *La aventura sin fin*.

F.

26 de septiembre de 2013
(Lit.)

Querido Francisco:

La observación del crítico es precisa. Sin embargo, creo que el gran espectro —o un conglomerado de figuras espectrales, tal vez sea una designación más precisa— que se cernió sobre T. S., fue Shakespeare. De ahí que fuese a parar en Dante, Cavalcanti y en los “metafísicos” ingleses. A lo que apunto es a que el “espectro del padre”, en el caso de los grandes poetas, no necesariamente es el poeta inmediatamente anterior. La relación edípica —si se puede hablar en esos términos, como sí lo hace el crítico de marras— no se suele dar con el que aún está vivo. Sobre este asunto, te recomiendo volver sobre la posición sustentada por Harold Bloom desde *La angustia de las influencias*. Claro que la tesis de Bloom está expuesta —ella también, creo yo, sujeta a la referida “angustia”— al modo borgiano: un argumento que se despliega de modo narrativo a través de la cábala y no sé qué recurrencias a Plotino y los gnósticos. Creo que la relación con el gran poeta vivo, sobre todo en la época moderna —no sé si siempre, por ahora me abstengo de pronunciarme en este sentido— tiene que ver sobre todo con la necesidad de cambiar las formas, la “retórica” imperante. Con respecto a las grandes influencias la cuestión es mayor; en ocasiones se trata de revolucionar la cosmogonía: Milton con respecto a Dante. O pasar del cielo, el infierno y el purgatorio como representación externa del mundo de la vida, a su ubicación en este mundo: Shakespeare, y luego Joyce, respecto de Dante.

Y ahora un leve puntazo: ¿qué es eso de “un detalle interesante”? ¡Cómo afecta, mi querido amigo, la vida burocrática! ¡Vaya frase de viernes tarde!

Abrazos,
IC.

28 de septiembre de 2013
(Fil.)

Querido Francisco:

Una vez cumplida la penitencia, espero que no tengas que leer en el futuro, al menos en el cercano, las retorcidas argumentaciones de tus amigos y compañeros de generación, que no están tan a favor de lo que están a favor ni tan en contra de lo que están en contra, sino todo lo contrario, haciéndose bolas para reconciliar a los contrarios o por acercar los imposibles, a pesar de que incluso Leibniz, con toda la armonía infinita que fue capaz de imaginar, viese imposible tal proximidad en la mente humana. ¡Vaya esfuerzo para hacer patente que están, pero no están y todo lo contrario a la vez! Tanta hipocresía, cuando seguramente les vendría mejor ser decididamente cínicos. Parece ser que algo de esta manera de ser aprendieron en las aulas de Sociología, y está muy bien que huyas de semejante *background*. Está muy bien que te alejes de ese pasado.

Hoy vi en *El País* un artículo sobre George Santayana, de quien se celebran los 150 años de nacimiento, y recordé que hace unas cuatro décadas leí algunas páginas del filósofo español-estadounidense (o al revés, seguramente con mayor sentido), y aunque entonces me quedó la inquietud de buscar sus ensayos sobre poesía o sobre poetas filósofos, pero como no conseguí sus libros, lo eché al olvido. Pero ahora que estás leyendo a Eliot y a propósito de mi afirmación de que su verdadera influencia es Shakespeare, a quien pretende condenar, te envío dos ensayos de Santayana, que fue su maestro en Harvard. No sé si la lucha denodada de Eliot contra Shakespeare —lucha que, por lo demás, nunca pudo y nunca habría podido ganar, aun con todo el tiempo del mundo— provenga de su profesor Santayana. Dado tu talante liberal un tanto conservador y buscador de Dios, creo que

el filósofo estadounidense-español te puede interesar, y más si, como vas a descubrir, tuvo el mérito de interesar a tu querido C. Domínguez, quien le dedica un pequeño ensayo que curiosamente no está publicado en tu amadísima *Letras Libres*, sino en la revista de la UNAM⁵¹. Ya vas a ver la gente que lo visitó en ese convento de monjas en Italia donde pasó sus últimos años... Me ha fascinado esa anécdota sobre su abandono de Harvard, y me imagino las insidias de Bertrand [Russell] sobre George [Santayana]...

Abrazos,
IC.

⁵¹ Christopher Domínguez Michael, “La epopeya de la clausura. La silueta de un filósofo”, *Revista de la Universidad de México*, mayo de 2011. Disponible en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/18fec334-795f-4160-880b-ccdd52d80c3f/la-epopeya-de-la-clausura-la-silueta-de-un-filosofo>

29 de septiembre de 2013
(Cult.)

Querido Iván,

Confesaré algo: a quien primero oí hablar de Santayana no fue a profesor, filósofo o escritor alguno sino a León Febres Cordero. Alrededor de 2000, en una entrevista Febres Cordero citó una frase extensa de Santayana y apuntó el libro en que la había leído. Me pareció muy buena frase y consulté de quién se trataba. En lo posterior he leído solo un libro, *Diálogos en el limbo*, que estoy seguro influyó la escritura de un par de ensayos míos.

Te agradezco mucho los envíos pues se trata de un autor que me interesa mucho y a quien no he prestado todo el trabajo que requiere. Desconocía que hubiese sido profesor de Eliot, lo que hace que me interese más. A propósito: Christopher suele colaborar con la revista de la UNAM. No todo lo que brilla es *Letras Libres*, ja.

El prologuista del libro de Eliot resume estupendamente, a mi juicio, la lucha de Eliot contra Shakespeare, su aversión por Milton y la recuperación que hace al final de su vida de los dos. A la vez, explica su alternativa entronización de Dante. Sin embargo, recién voy adentrándome en los argumentos directos de Eliot, aunque en diversos pasajes mi conocimiento de la poesía no me permite una comprensión cabal —en particular cuando habla de la métrica inglesa, el yámbico, el *blank verse*, la comparación que el editor hace entre el yámbico y el endecasílabo castellano, esos temas—. Me avergüenza mi desconocimiento de dichos asuntos y espero darme tiempo para solventarlo. ¿Puedes recomendarme algún libro, por favor?

Acerca del asunto con el que comienza tu carta: he llegado a la conclusión de que los sociólogos en el Ecuador, con y sin talento, adoran la política, la politiquería y el Estado. El gobierno

y el Estado. Nada los hace más felices que la tecnocracia y aun la burocracia, nada los entusiasma y apasiona más que el poder. Tienen escasa vocación por el conocimiento o el saber, solo esperan agazapados su turno para lanzarse sobre el Estado y cumplir sus sueños de “cambio”. Desean corroborar que la realización de sus fantasías estatales y estatistas es posible y, además, ¡ganar dinero por ello!, y además ¡ser cada vez más influyentes! (L. O.), y además ¡servir al cambio que necesita la patria! (Á. S.) Aquello de que critican el poder y lo aborrecen es una impostura de cuando fueron estudiantes y pobres —nada más *chic* para un sociólogo decir que le agrada triturar al poder y pavonearse con su *agenda progre* y rojilla, nada más impropio y poco rentable que un sociólogo de derechas en nuestro medio, nada más lunar que un sociólogo anarquista—, los sociólogos de nuestro medio son taimados ambiciocillos que aman el dinero y la influencia como cualquier mortal pero encubren su interés, como antes lo hacían curas y monjas, con un discurso moralista. En verdad, querido amigo, odio esa doble moral de iglesia, ahora laica, odio a los sociólogos. Naturalmente hay excepciones, excepciones que casi se acercan al cero.

De las conversaciones sé que estos sociologuetes siempre optimistas y confiados en el progreso y el futuro encuentran en el crecimiento burocrático de un gobierno como éste, en el entramado que alcanza a los gobiernos seccionales —la consumación del viejo clientelismo político— o la cooptación de los antes amados y ahora aborrecidos “movimientos sociales” la consecución de sus sueños estatistas. Me da la impresión de que en nuestro medio hay más inclinación a la bellaquería entre los sociólogos que entre profesionales de las ciencias sociales como los antropólogos o los historiadores. Me pregunto por qué. ¿Su origen social, sus sueños de militancia, su cercanía y su búsqueda del Estado cuando se profesionalizan? No lo sé. Recuerdo que cuando decidí estudiar esa carrera quería cambiar el mundo —vaya tarea—, subvertirlo: ello suponía desarmarlo y ser radical, desconfiar de todo lo establecido. Luego vino el estudio del

Estado en los libros y también me sedujo —hay que decir que mucha de esa responsabilidad de honrar al Estado como a un Dios viene de las izquierdas latinoamericanas y el nacionalismo del siglo XX y tal vez de los siglos anteriores— pero mi pasión por la literatura se impuso. Gracias a Dios, nuestro Señor.

¡Qué monstruos ha producido el sueño de la razón en nuestro medio de sociólogos servidos en bandeja tecnócrata! Si es que fue alguna vez “razón” lo que los condujo. Sospecho que en el fondo no es otra cosa que instinto de supervivencia. Es decir, lo que mueve a todo ser humano que desea ganarse el pan. Y de vuelta al inicio de los tiempos.

De veras mi “detalle importante” también suena a contagio burocrático. Ugh por mí mismo. Que me proteja D. Álvaro Mutis, ahora a la derecha del Padre.

Con mi afecto,

F.

6 de marzo de 2014
(Lit.)

Querido Francisco,

¿Conoces a un supuesto crítico literario llamado César Ramiro Vásconez? No sé si es un literato de tu generación, que estuvo algún tiempo en Argentina. Creo que alguna vez me lo presentaron en el Centro Cultural Benjamín Carrión. La pregunta va en relación con un comentario “crítico” a Javier Ponce que aparece en *Alkmene*, que hoy me enviaron. Me parece no solo una crítica desatinada, fuera de lugar, sino francamente de una total falta de ética intelectual.

¿Se trata de considerar la obra literaria de Ponce o de enjuiciar su actuación política? Si de lo primero, no cabe recaer, aunque sea desde la otra orilla, en lo que siempre se criticó a los “marxistas”: enjuiciar la obra literaria en función de la ideología o la posición política del autor. Esto está por completo fuera de lugar. Es lo que se reclama a Adoum cuando escribe el prólogo a sus traducciones de algunos grandes poetas del siglo XX, aunque el propio Adoum no llegó a descalificarlos en tanto poetas, por el contrario, los tradujo. Si se trata de enjuiciar la conducta política de Ponce, e inclusive la incoherencia entre sus declaraciones ideológicas y sus actos, pues hay que atenerse a la cuestión política: evidenciar la incoherencia, mostrar la falsía de las declaraciones, y desde luego situar estas acciones en contexto.

Me parece por completo falta de ética política una crítica literaria que señala las incoherencias políticas de un actor político a partir de sus obras de ficción, e igualmente una falta de ética intelectual una crítica literaria que señala las deficiencias de obras literarias en función de la incoherencia política del autor. ¿De qué se trata todo esto?

El crítico de marras advierte algunas cuestiones con las que se puede estar de acuerdo, como la debilidad de Ponce en tanto novelista, e incluso su debilitamiento como poeta. Pero no argumenta desde los textos, sino desde algo que con justa razón se ha señalado como impertinente: la relación del texto de ficción con la biografía del autor.

Para decirlo en una frase: el mentado “crítico” nos entrega una pieza que devela su condición de sheriff literario, es decir, de comisario político, nada “liberal” por lo demás; por el contrario, tan autoritario y brutal como los estalinistas a los que denuncia.

Cada vez más me sorprende la poca integridad intelectual reinante en nuestro medio, mi querido Francisco. Desde luego, no me solidarizo de ninguna manera con las actitudes políticas de Javier Ponce, ni las justifico, ni políticamente confiaría en él. Tampoco creo que sea un buen novelista, y como se lo he dicho a él, considero que su poesía en la vía del lirismo y el tono elegíaco llegó a su fin. No me considero en rigor ni siquiera su amigo. Pero si queremos ser coherentes, hagamos crítica política de sus actos políticos, y crítica literaria de sus novelas o sus poemas. Lo otro es utilizar un momento de derrota política para abatirlo como poeta y como ser humano, y eso no me parece ético. ¿No es eso justamente lo que se criticaba a los estalinistas y otros semejantes? ¿Qué opinas tú?

Por acaso, te indico el link al artículo de marras⁵².

Abrazos,
Iván

⁵² Fuera de la Red y, al parecer, no recogido hasta hoy en otra revista que en *Alkmene*, en la que originalmente fue publicado, ni en un libro del autor.

7 de marzo de 2014
(Lit.)

Querido Iván,

Acabo de leer a NSJ —Nuestro Sheriff y Justiciero— y estoy de acuerdo contigo en todos los puntos. Nunca he visto a C. R. Váscenez, leí una nota que dedicó a Adoum a su muerte y siempre he oído que vivió —o vive— en Buenos Aires.

Hace un par de semanas leí una nota —sospechosamente enviada por el autor de una novela por publicarse, envío realizado en asociación con un autor novel de más de sesenta años— firmada por Mercedes Maffla, quien, como se sabe, auspicia la publicación en la que aparece la nota de César Ramiro, acerca de la primera novela de Orlando Pérez. Pues bien: me sorprendió la intención irónica del escrito que, dada su vaguedad, confunde en varias de sus líneas y conduce a pensar al lector que la autora va en serio. La ironía exige rigor, claridad y cierta elegancia, aspectos que, desde mi punto de vista, el texto de Mercedes carece: se trata de una página más bien beligerante, poco tinosa y muy roñosa. No pueden imputarse las bravuconadas de C. R. Váscenez a Maffla, pero al leer a los dos con escasos días de por medio me quedó un sabor-a-perdonavidas que no es precisamente el estilo de crítica que prefiero y con el que ahora advierto comulgan algunos articulistas de *Alke*-.

Que hacen falta escritos, reseñas y notas literarias periodísticas —y por supuesto entradas de blogs y hasta tuits— que desbrocen el enmarañado camino de la narrativa—y por supuesto la poesía— contemporánea de este país, es una solicitud que se levanta a voces en nuestro medio. Ha faltado consistencia, trabajo, perseverancia y oficio de la crítica y no me exoneró de esas responsabilidades y defectos. En ese sentido saludo la apertura de esta revista digital. Pero brincar de esa necesidad al impropio y la confusión entre

la biografía de un autor, su comportamiento en el despacho o la cama y su obra me parece que implica ligereza. La nota de Mercedes utilizaba también el recurso de objetar política —y moralmente— al autor del libro, O. Pérez, y proseguir con un par de ironías mal planteadas respecto de la insuficiencia —según Maffa— del libro. Podemos compartir criterios al respecto ella y yo como lectores, pero el dilema —igual que en el caso de Carlos Ramiro— es el modo como se enfrenta la crítica.

Ya el artículo sobre Adoum⁵³ de Carlos Ramiro llevaba la impronta de este nuevo método de descalificación política previa a la objeción supuestamente estética. Lo que me preocupa es el enfoque: yo, entre los primeros, he defendido la necesidad de lo que se ha dado en llamar crítica *terrorista* en nuestro medio, es decir, la que se publica en los periódicos y revistas y reseña las novedades e intenta separar la paja del trigo. He defendido esta necesidad a causa de lo urgente, pienso, que implica demarcar líneas en la narrativa —y en la poesía— de nuestro país. Personalmente, por lo demás, he escrito algunas reseñas de ese corte. La diferencia, si cabe, es la que tú señalas: hay que circunscribirse a problemas estéticos y enfrentarlos con un lenguaje y un aparato consagrado a los asuntos estéticos. Circunscribirnos a lo ético o a lo político, de ser el caso, implica sus riesgos, diferencias y posibilidades, y es completamente lícito... si no se mezclan los asuntos. Es decir, es preciso separar lo que, a mi juicio, debe ser separado.

Muy difícil es, desde un punto de vista crítico, tratar de hilvanar interpretaciones basadas en la biografía de un autor, análisis que intenten esclarecer sus temas, obsesiones, inclinaciones estéticas, modos de contar o componer a partir de su pura experiencia. Interpretaciones que privilegian determinaciones psicológicas o románticas de un autor y pretenden ser trasplantadas a la creación han merecido la censura de muchos comentaristas —estoy pensando en un artículo de Foster Wallace que censura

⁵³ Publicado en *Alkmene*. Hoy, fuera de la Red.

el método biográfico-crítico de Edwin Williamson cuando éste intenta interpretar la poesía de Borges basándose *solamente* en sus decepciones románticas: a cada decepción más tristeza, sentimiento aparentemente diseminado y sublimado en cada verso—. Apenas cierta pincelada política en nuestro caso puede ser curiosa o coqueta —creo que en dicho nivel se mantuvo C. R. Vásconez en su escrito sobre Adoum— antes de colocar la carne en el asador y comerse vivo y crudo a un autor con cuchillos y tenedores estéticos. Ahora, al parecer, las cosas se mezclan sin orden ni concierto. Los ex abruptos, las notas altisonantes y las sentencias olímpicas no son pocos. He recogido una muestra a partir de artículo tan breve. Consigno mis comentarios:

“Javier Ponce pertenece a una generación que (aparte de una sordera que no solo es musical —¿?—) creyó que la literatura era tan solo un peldaño hacia el poder político”. Podría esconder cierta justicia el comentario de C. R. Vásconez si pensamos en Pérez Torres o R. Vallejo, a quienes no cita. ¿Y si recordamos a Javier Vásconez y Vladimiro Rivas? Y si pensamos en ti, Iván, como poeta: ¿podría él sostener su generalización? César Ramiro: el generalizador.

“Se afirmaron en un equívoco aberrante: que la política incluye a la literatura (cuando es al revés —¿?—) y que por ello la democracia nominal le es aplicable”. A qué se refiere con esto de la “democracia nominal”: ¿al sufragio, a las instituciones liberales, a la libertad de pensamiento y opinión? ¿Al consenso?

“Su obcecación por la Historia es otra faceta de su servilismo; además, reveló su incapacidad para lograr obras de madurez: olvidó que la poesía no solo cuestiona las mayúsculas de dicho término, sino que es el arma más cabal contra el devenir histórico”. ¿Qué diría acerca de esta bravata Octavio Paz, por ejemplo?

“No se puede ser escritor y ministro al mismo tiempo sin que uno de los dos ejercicios sea afectado”. Qué molesta a C. R. Vásconez: ¿que la poesía de Ponce haya entrado en declive o que el poeta haya llegado a ser ministro? ¿Cómo sabe C. R.

Vásconez si no se puede ser ministro —o presidente, senador o consultor— y no dejar la piel poética en el intento? ¿No se puede ser poeta o novelista y ensayista y practicar la política activa sin pervertir los dones de la musa? ¿Tampoco se puede ser, es mi inquietud, “diplomático”, actividad que cien poetas han ejercido, porque al señor C. R. Vásconez no le da la gana que puedan serlo y a la par seguir afilando la vara poética? ¿Tampoco se puede ser novelista o cuentista e historiador mientras se practica cualquier forma de ejercicio cívico o político? Falta aclarar por lo demás: ¿por qué razones se le agota a uno la veta poética si decide dedicarse a un ministerio de Estado? ¿Cuáles son las pruebas, las analogías, los casos que a Vásconez le permiten demostrar que en la historia de la poesía el ejercicio político agota la condición artística? ¿Jamás Carlos Ramiro ha oído hablar de un tal Víctor Hugo, por ejemplo?

“... al darle forma al manuscrito del L’Affaire Toulavev, donde escenifica la época del deshonor de los poetas (la cual parece no haber terminado), a través de los besamanos y esbirros que también fueron víctimas de Stalin, lo despacharía con una vaga referencia (a Ponce), y en la versión final, lo suprimiría definitivamente”. ¿Por qué está tan seguro de ello C. R. Vásconez? ¿Tan poca cosa resulta en el fondo Javier Ponce poeta o Javier Ponce-ministro-poeta? ¿Por qué está tan cabreado el sheriff, por el ejercicio político de uno que anteriormente era poeta y periodista o por su aparente dimisión del estamento estético? ¿O es a causa de su tipo de filiación política, su adhesión a un populismo rosa tan en boga hoy en día?

No poseo suficiencia alguna para discutir la poesía. No me cabe, por tanto, discutir los juicios sobre la poesía de Ponce. Acerca de sus novelas creo que todos estamos de acuerdo en que son muy malas —en lo personal leí *El insomnio de Nazario Mieles* con lápiz en mano hasta que me cansé de rayar el papel ante la advertencia de dislates, un lenguaje pretendidamente arcaizante que fracasa y una construcción por lo demás fallida—.

En suma, me da la impresión de que Váscenez quiere comer pescados enteros de una sentada, sin muchos modales. Espero que las espinas no le hagan daño. Podría, como le ocurrió a un rey en el pasado, morir en el intento.

Por lo demás yo desempeñaría cualquier cargo solo para procurarme el metálico que permita mantener a mis hijos y mi retiro de escribano. Pero si de algún modo hay que ganarse el pan. ¿Contactos? No poseo ninguno.

Creo.

Con gran afecto,

F.

Carta dirigida a Lucía Arízaga, Javier Vásconez y Estrella.

27 de abril de 2014
(Lit.)

Queridos:

En este viaje a España me había prometido no comprar libros. No más transporte de papel, me dije, no tiene sentido. Sin embargo, antes de que la larguísima procesión de cucuruchos me cerrara el paso en Bilbao —y, por tanto, antes de las recomendaciones de Javier—, me topé con una sucursal de la Casa del Libro y no pude resistir. Entré y fui directo a la sección de poesía, cuando más, 1/253 de la librería. Por alguna misteriosa razón habré entrado: ahí me esperaba un ejemplar, el único que tenían disponible, además, de la poesía completa de Zbigniew Herbert (1924-1998). Conocí de la existencia de este poeta gracias a Henry Klein, quien hace más de una década me pasó un poema, “El treno de Fortimbrás” (así lo titula el traductor en esta edición), que yo utilicé luego en algún artículo. Desde entonces, he estado a la espera de una traducción de su obra.

Les envió un pequeño poema en prosa que revela el tono irónico de este gran poeta polaco, que según Joseph Brodsky, “es el gran ironista de la historia”,

(y no va ningún cacareo de mi parte, por acaso).

Iván

PD: las alusiones posibles que ustedes encuentren, desde luego que no son de mi responsabilidad...

La gallina

La gallina es el mejor ejemplo de las consecuencias de una estrecha convivencia con los humanos. Perdió totalmente su ligereza de ave y su donaire. Su cola es un pegote plantado sobre un prominente trasero como un sombrero de mal gusto. Sus escasos momentos de arrobo, cuando se pone sobre una pata y sus membranosos párpados sellan sus ojos redondos, son de una repugnancia estremecedora. Añádase esa parodia de canto, entrecortados gritos de súplica sobre algo indescriptiblemente cómico: un redondeado, blanco, manchado huevo. La gallina me recuerda a ciertos poetas.

Zbigniew Herbert

27 de abril de 2014
(Lit.)

(Sin encabezado)

(la g. m. r.) a ciertos poetas, a ciertos novelistas, a cierta actriz muy estimada —se dice que es la gran actriz viva de Hollywood, yo no lo creo— y a ciertos vecinos. El estudio del breve arrobo de la gallina es de una atención tan precisa que me he dicho: ¿por qué Z. Herbert puede escribir lo que todos hemos visto, sabemos que es repugnante pero no nos hemos atrevido a consignar?

F.

17 de mayo de 2014
(Fil.)

Querido Francisco,

He aquí un artículo de un admirador de Ortega⁵⁴. Debo confesar que desde hace mucho tiempo me digo: “tendrás que leerle ahora, sin prejuicios”, pero dejo la tarea para más tarde. Leí algunos de sus trabajos, pero creo que el mal sabor de *La rebelión de las masas* me llevó a dejarlo de lado. Pero creo que habrá que volver a muchas de sus páginas. Creo que este artículo te va a interesar. Ojalá, también, sea “ejemplar”... ya me comprenderás tú por dónde voy.

Abrazos,
Iván

⁵⁴ Jordi Gracia, “Fulgurante Ortega”, *El País*, 16 de mayo de 2014. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2014/05/12/opinion/1399909699_557311.html

18 de mayo de 2014
(Fil.)

Iván,

Muchas gracias, querido amigo. Me conoces bien: soy un admirador sin condiciones de Ortega. Con un par de pensadores de ese corte, de distintas épocas, me ha sucedido algo curioso: les quité el nombre y la clasificación de “filósofos” bajo la cual venían empaquetados, y mi relación con ellos cambió por completo; pude leerlos sin condiciones. Por fortuna, creo, *no* leí tempranamente a Ortega —mis años “severos” de universitario, en que todo lo que no fuese intrincado, difícil, oscuro y denso no me parecía digno de apreciación, no me hubieran permitido apreciar y querer a Ortega—: su obra me llegó alrededor de los treinta años y es, sin duda, una de las que más he disfrutado y me ha enriquecido. Estoy de acuerdo contigo: *La rebelión de las masas* es un texto más bien añejo, no creo que se trate del mejor Ortega. A mí me gustan las *Meditaciones del Quijote*, el *Espíritu de la letra*, los *Estudios sobre el amor*, *La deshumanización del arte* e *Ideas sobre la novela* y también sus trabajos sobre la caza y el toro —tú sabes, soy *demodé* y espero no resultar un fanfarrón al estilo Ernie Hemingway—. Sus reflexiones sobre la novela, por ejemplo, pueden ser escasas de asideros y ejemplos, pero, sin duda, evidencian la condición de un individuo privilegiado para examinar el tema. Siempre Ortega despide algún aroma a naftalina o es remilgado en exceso, pero también fue muchas otras cosas, a más de un “angustiado petulante” —el que inventaba términos rebuscados como *rigoroso*—, como bien lo señala el autor del artículo.

Me gustó saber que alguien piensa lo mismo que yo, que “el peor enemigo de Ortega fue Ortega mismo, sobre todo tras leer a Heidegger en 1928 y descubrir en él un asteroide filosófico completamente imprevisto. Por dentro le cambió la vida y unos años después la cambió por fuera, desde 1932: dejó de actuar

como el insolente, provocativo, disperso y feliz ensayista de lo real para reencauzarse en una ruta que le había sido ajena, la filosofía profesional, la filosofía académica”. A mí, por supuesto, me apasiona el “insolente, provocativo, disperso y feliz ensayista de lo real” como me gustan todos los de su género —ahora leo a Emerson que es poco “disperso” pero no deja de ser “insolente”, “provocativo” y “feliz”... siempre leo a Emerson— más que cualquier otro modelo de escritor que reflexiona. A fin de cuentas, Ortega reside en mi estante junto a De Quincey y Paul de Saint Victor.

Ahora debo confesarme: acepté ir con O. S., quien me llamó a Carondelet con él. He debido sortear cien remordimientos a cambio de un par de bolsas de oro. Me he sentido y siento muy mal a causa de esta decisión. La consulté con varias personas y creo que debo contártela, pues siempre te he considerado además de un amigo y maestro, un mentor. Me han encontrado el punto metálico, no el salario de las ideas, y no he sabido negarme. No sé qué me depare el tiempo —cuando Christian León me dijo, en mi desesperación por evitar aceptarlo, que me había recomendado con la nueva administración de cultura del nuevo municipio y ellos consideraban que estaba con este gobierno y me veían “muy cercano a Alianza País”, idea que es un disparate pero así es cómo se ve, supe que estaba tan enturbiado como cualquier burócrata de quinta, como he sido—, una doblez moral, un cinismo, que no desembozado, al menos presente. No me interesa la política, como sabes, querido Iván, soy un indiferente, un anarquista liberal, un escritor próximo a la reflexión sobre la literatura y otros temas, pero me persigue la burocracia y el “servicio público”. El estómago se me revuelve: ¿qué diablos haré? Sin embargo, el cheque de una decena de meses *me ha podido*, como se dice en las novelas americanas.

Espero conservar tu amistad, sin ponerme pesado, patético o melodramático. Te envío mi afecto.

Un abrazo.

F.

19 de mayo de 2014
(Pol.)

(Sin encabezado)

Ya veo, querido Francisco, que me entendiste a medias. Yo apuntaba, a más de mi alusión irónica a tu veneración por el liberalismo orteguiano, algo rebelde en sus inicios, es cierto, a que lo tuvieses por modelo. ¡Y te escures! (7a acepción del diccionario de la RAE: escurrir = huir). ¿Hasta cuándo te vas a escurrir, querido Francisco? Se te va el tiempo...

Por supuesto que no dejaré de ser tu buen amigo, aunque, te confieso, tu decisión de convertirte en ayuda de cámara del soberano me ha dejado patidifuso. Es verdad que durante el Renacimiento los intelectuales tenían que buscar protección en algún príncipe o duque, y esto continuó en los siglos XVI-XVIII. Es verdad que, para otros, como yo, la universidad ha reemplazado a los príncipes... En fin, ¿te recomendaré la lectura del *Oráculo manual y arte de prudencia* de Gracián, o el tratado *El cortesano* del otro Baltasar, Castiglione? ¡Ay, amigo mío, no sé si cabe compadecerte! Y en este momento...

En fin, espero que no destruyas tu talento en la fabricación de discursos de ocasión del tiranuelo. Los suyos, le aplauden diga lo que diga. Los demás, generalmente no lo escuchan. A mí me produce náuseas, es un redomado farsante. Quise escuchar su discurso en la recepción del doctorado HC en Barcelona, y no pasé de la primera frase: “No decir la verdad en la universidad sería pecado. En política, sucede más bien lo contrario” (cito de memoria, pero puedes escucharlo, está colgado en la red). Católico cavernario, teólogo de última: si algún sentido tiene la universidad, aún hoy, no es “decir la verdad”, sino “buscarla”, debatir en torno de las proposiciones consideradas válidas, etc. etc. “Pecado”... ¿qué se imagina este cavernario que es la

vida intelectual? Y luego, anula con su frase todo lo que sigue diciendo durante una hora, pues como se trata de un acto político en un escenario académico, ya sabemos que para no pecar no dirá la verdad.

¿Qué carajo pasa con tu generación? Unos dedicados al servicio público, otros, a Zaldumbide y el siglo XIX... Buen chiste el de Villacís, desde luego: publicar esa serie “Literatura y justicia” con dinero de la Judicatura, es una gran broma. ¡Kafka, Palacio, el Zola de *Yo acuso!* Y seguro que Jalkh y Tania Arias estarán orgullosos de contribuir a la cultura, ja ja.

En fin, querido Francisco, cuídate. Por ese camino, el “servicio público” te va a tragar. El tiempo pasa y un día cualquiera te verás a solas dentro de tu biblioteca que, por culpa del alumbre, comenzará a hacerse polvo —tu amado Ortega, tu amado Paz, tu amado Emerson—. Y tú que querías escribir, como ellos, sobre el amor, la amistad, el individuo... Y cuídate también de esa actitud *demodé*.

Abrazos,
Iván

10 de junio de 2014
(Cult.)

Querido Francisco,

Mientras leía este artículo de Felipe Burbano de Lara⁵⁵, pensaba en ti y en tus funciones, no porque hayas entrado en tal nobleza, al menos no todavía, lo que nos da esperanza, sino por tus vecinos de palacio.

Abrazos,
IC.

⁵⁵ Felipe Burbano de Lara, “La nueva nobleza estatal”, diario *Hoy*, 10 de junio de 2014.

10 de junio de 2014
(Lit.)

(Sin encabezado)

Esta nobleza:

Supongo que es una mezcla entre tontones que provienen de colegios que enseñan patria y hostias a partes iguales.

Y otros que, imagino, amasan fortunas.

Por fortuna, creo, me han colocado en la última oficina de nuestro pequeño e inútil palacio. He colocado fotografías de poetas, novelistas, ensayistas, actores de cine y cantantes en sus paredes blancas y frías. Un total de treinta y dos, entre quienes se encuentran Yeats, David Bowie, Joyce y Samuel Beckett. También una fotografía de mi hijo mayor, Leonardo, cuando era un bebé.

En la parte trasera, detrás de mi ventana, se halla el patio de coches, el *pull*. Imagino que todas las emanaciones tóxicas se internan en mi oficina a través de las rendijas y toman mis pulmones. Yo solo escucho el sonido de los frenos de aire.

Me he cruzado en los pasillos con A. M. dos veces. Tiene actitud de cabreo y parece querer llevar la razón. No saluda ni responde el saludo de nadie. Como yo lo sabía no lo he saludado ni nada. Al parecer los únicos que alcanzan a verme son los guardias de seguridad, policías con uniformes que tratan de impedirme el paso. Para el resto, como en todos mis pasos por estos lugares, soy casi invisible. Un don nadie.

Ayer, seis días después, pude ver al Hombre que dejaba el salón de banquetes ataviado con un poncho obsequiado por un grupo de artesanos. Yo portaba papeles y una pregunta para un “funcionario”. Lo vi, a la distancia, mientras un guardia me decía “retírese al salón, al salón”. Caminé hacia el *salón* y rocé a los míos, a quienes he visto todos estos días, a toda hora y en todo

lugar: turistas con cámaras, sonrientes, que aguardan el paso mientras advertimos la mueca del jefe de Estado protegido por soldados que previenen “al salón, al salón”.

Hablo con la funcionaria, el ama de llaves de la agenda del Patrón. Me sonríe inquieta —“a tus órdenes, llámame cuando quieras, para lo que sea”—: es rubia, cegatona y fea. Ha hecho la secundaria, se nota a leguas, en colegios baratos y se ha apropiado de un metro cuadrado. Lo protege con furor: es desagradable. Aun el Secretario no puede con ella. Me ha dicho: “llámame cuando quieras”.

Dudo que la nobleza que Felipe imagina resida aquí, cerca de mí. La nobleza no es ella, no son las decenas de chicos de colegios mediocres de la capital y de trepadores que emergen de colegios destacados, reconocidos y reconocibles de provincia. El segundo a bordo de mi espacio es el hermano menor de un héroe de los “Alfaro” muerto en batalla, su mini batalla. Sus ojos son tristes, sus reacciones lentas, su convicción heredada. Apesta a buen hombre, a buen sujeto, a débil. Nos llevamos bien.

Ayer al mediodía la plaza era un hervidero, gritos repartidos aquí y allá, protestantes que exigen ver al jefe del Estado. Las secretarías gastan bromas, “el derecho es de todos, el dereeechooo es de todooooos” para hablar con el mandatario. Su megáfono es nuevo y jode como la mierda. Camino de la rejilla de la puerta “de palacio” observo cómo se cuelan con expresión circunspecta la Ministra Frígida —a cargo de los ministerios *inútiles*: muerte a la pobreza, viva la vida—, el Ministro Educado —y su rostro de la Lección Siempre Será Bien Ofrecida—, el Ministro de las Luces y las Artes —se ha dejado crecer el cabello, el muy matón, y sonríe estúpidamente al saberse cínicamente el hazmerreír de nuestros tres gatos novelistas, poetas y directores de cine—, el Ministro Pequeñajo —que no sabe cómo atravesar la portezuela de fierro y parece encaramarse en ella, pero todo es una ilusión óptica a causa de su enanez—, la presidenta Beata —directora del segundo poder, madre superiora en sus genes y en su útero—. Dejo atrás a los ministros y alcanzo el único rostro que me hace

escapar una sonrisa: Diana, quien he decidido venga conmigo para acompañarme en la oficina apartada, silenciosa y fría reservada a mi cargo. Reímos bien y comemos empanaditas.

Dudo que la nobleza que Felipe imagina sea la de los muchachos y muchachotes, la de los choferes que solo aguardan —¡vaya sabios!— que cambie el tercio y observan, observan, observan, prodigio de novelistas, mientras platican solo entre ellos y esperan que sus débiles jefes aflojen la jeta con todos sus secretos. Dudo que esa nobleza resida en el acompañante del jefe del Estado que se ha graduado “con una beca” “en la Universidad San Francisco”, “pero es de provincia”, “por eso bastante acomplejado” y que el señor presidente trata como a la basura, basura útil, basura al fin.

Lo que más he recordado estos días es la escuela en la que estudié, el Borja 1 de la calle Olmedo y las iglesias del centro. Recuerdo que fui católico, lo fui, lo sigo siendo. Observo la iglesia de La Concepción, la que menos me gusta, y me entran ganas de escuchar misa. Iré, supongo, en un par de semanas, al Sagrario o a La Catedral, mis preferidas. Recuerdo el olor del incienso y a pesar de que no siento Su Presencia la misa me hace bien. Me hará bien.

He cambiado una etapa por cinco mil noventa dólares con impuestos más la obligación de regir a una legión de ilusos que juegan a las cogidas con un almohadón revolucionario de 1975 y peores, el lenguaje y las ideas de unos padres *convencidos y enmohecidos*, y la pluma barata que no sirvió ni servirá nunca para las letras serias. Son mis subalternos, entre ellos la hija vieja de un poeta pedante, pedantesco y de rápido olvido que solo será rescatada por gobiernos de este corte —espero que los hackers duerman ya— y peores.

Supongo que es esa casta noble a la que se refiere Felipe. Mi hijo menor irá feliz al colegio, mi hijo mayor seguirá en el mismo establecimiento, mi esposa seguirá soñando con su Disney de fin de año y yo podré comprar mi volumen de “Cuentos sobre

dobles” que aguarda silencioso y letal en el estante de la Librería Española.

Yo soy esa casta.

A. es más. Otra cosa más.

Con mi afecto,

F.

11 de junio de 2014
(Pol.)

Mi querido Francisco,

He reído con tu relato. Desde luego, ingenuamente caíste en la trampa: Felipe no hablaba de los tecleadores, telefonistas, archivistas, contables, agrimensores, conserjes, guardias, cocheros, jardineros... Es como en Downton Abbey, bajo las órdenes del mayordomo, todos estos comen en la cocina. A más de a Su Majestad, has visto al barón Mera y a unos cuantos condes y vizcondes, los ministros de marras. Ni siquiera al duque Alvarado, ja ja. Tu amigo S seguro que hará venias y muchas eses desde la madrugada a la medianoche, con la esperanza de que le den un titulillo. ¡Se esfuerza tanto por hacer méritos! Lo tendrá, y también, con toda seguridad, acabará con la venia incorporada a su cuerpo en irremediable arco tendido sobre las alfombras de cualquier salón. Una C que habrá girado 90 grados en la dirección de las manecillas del reloj. Habrás notado que tiene un cuerpo no tanto elástico cuanto maleable.

Desde luego, esta es una corte parroquiana. ¿Qué es el Ecuador, querido Francisco? Menos que un estado de esos del centro de USA, de esos que son arrasados por los tornados. O algo semejante a Moldavia, si prefieres: por los pasillos del palacete caminan los patéticos fantasmas de AVC, y toda esa parafernalia de mal teatro decimonónico. ¡Un rey con poncho! Ja ja, ridículo, debería llevarle a Julio Pazos para que le recite poemas en las noches de insomnio.

En todo caso, espero que el palacio no te chupe toda la sangre. ¡Vaya generación, la tuya! Uno, bastante cínico, hace que el beato presidente de la Judicatura publique *El proceso*, otro se dedica a buscar en los archivos de *La gaceta judicial* el texto de la ley que supuestamente un guardia tenía que entregarle en la

Puerta, un par se encierran en los sótanos de la casa del marqués Carrión confundiéndola con alguna guarida al pie de la muralla china, y tú vas a parar a las cocheras de *El castillo*, en espera de la orden que tenía que llegarte. Ojo, ya te has topado con esa mujer con la que, quien sabe, acabarás arrastrándote bajo una vieja estantería... ¡Vaya muchachos kafkianos! La única foto que deberías tener en tu oficina es ese rostro en que aparece el Hombre de Praga con esa pinta de vampiro, las orejas puntiagudas, esa mirada de taladro que te amenaza con chuparte la sangre. Ese terror cotidiano quizás podría salvarte.

Supongo que tendrás unas ganas infinitas de arrodillarte para una confesión. Ante tanta confusión, qué más da. ¿Paris bien vale una misa? “Confiésome, padre, que he cedido a la tentación...” Algún día te arrepentirás, y mucho, por tener a tus hijos en el colegio La Condamine. ¿Cómo se te ocurre? El Americano, el Alemán, el Británico, pasen, pero ¿el francés? Vaya nostalgia, no sé si del imperio napoleónico, si del imperio decimonónico, si de Madame Bovary... si de Saint Exupéry y su principito. París valía una misa hace un siglo, con el ajenjo y la sífilis, ¿pero hoy día? Está bien, espero que el par de niños sean lúcidos y se dediquen a las matemáticas. Y que aprendan bien el inglés, así podrían estudiar algún posgrado en Francia.

En fin, dale a esa vena narrativa, observa, penetra en los intersticios, y escribe. Un diario, “un dietario” como dirías tú, siguiendo a tus Marías... Y recuerda que las misas católicas, a estas alturas de los tiempos, han perdido toda posibilidad de redención. No se diga las misas de esos izquierdistas que te rodean, tan religiosos, tan católicos —sin que sepan que lo son hasta la médula cuando creen no serlo—, tan dados al sacrificio, a redentores, a las genuflexiones, y en el fondo y en la superficie, tan patéticos y cínicos a un tiempo.

Yo, querido Francisco, acabo de entregar mi renuncia al rector de la PUCE, y en tres meses estaré libre de todo compromiso y de trámites. Lo maravilloso es, sin embargo, que en el último tiempo he estado cada vez más cerca de la bienaventuranza.

Gracias a Baruch Spinoza, creo. Sobre todo, gracias a Baruch. Y creo que los católicos hacen bien en temerlo, en luchar contra él, en tratar de ocultarlo. Gracias a Baruch y su Dios, y a la vez contradiciéndolos, recobro esa mezcla de paganismo y panteísmo gozosos, que espero me acompañe en los tiempos otoñales y de invierno que me vendrán encima. Y, desde luego, esta sensación de ser libre, que siempre he tenido conmigo y que hoy día se vuelve aún más intensa.

Espero que algún día S, el de las venias, el hombre-arco, y los guardias, te dejen salir durante un par de horas para tomarnos un café o almorzar.

Abrazos,
Iván

6 de abril de 2015
(Lit.)

Saludos, querido Francisco.

Se supone que esta es temporada de “saetas”, ¿verdad? Pero no es de esas de temporada sobre la que quiero inquirir, sino sobre una saeta, no canción, sino arma literaria. En *Bartleby y compañía* de Vilas-Matas (2000), que seguramente habrás leído, el autor cita a nuestro compatriota y apreciado amigo, sin ironía alguna, Leonardo Valencia, a propósito del silencio mantenido por el poeta Emilio Adolfo Westphalen después de que aparecieran sus dos primeros libros —volvió a publicar unos estupendos poemas a la vejez—: “El silencio producido por la ausencia, a lo largo de cuarenta y cinco años, de nuevas publicaciones, no lo remitió al olvido, sino que lo hizo sobresaliente, *lo enmarcó*.” (El destacado, supongo que es de Valencia).

Luego de leer la cita, como comprenderás, me quedé *patidifuso*, porque decir que el silencio producido por la ausencia enmarcó la condición sobresaliente del poeta, me parece que, desde el punto de vista argumentativo, es un disparate, de esos que a todos se nos va de vez en cuando en el ejercicio de comentaristas o críticos, de esos que nos causan vergüenza y que queremos pronto olvidar. Entonces, o Vilas-Mata adhiere a ese extraño comentario de Leonardo, o, por el contrario, como aparece en un libro que es a la vez ensayo y relato, novela, algo entre géneros, juega irónicamente con su amigo, en cuyo caso uno tendría que decir “¡no hay derecho!”, ¿no te parece?

¿Tú, que piensas? Porque veo una y otra vez el texto y no me lo creo. Leonardo, cuando escribió el comentario en mención —si es que lo escribió, porque podría tratarse también de un juego literario, como si yo te citara en mi próxima novela, si es que alguna vez escribo alguna, para fastidiarte un poco con algún

episodio, digamos, por caso, una conversación entre tú y el ayuda de cámara de su majestad en la cochera, y te dijera que es para reírnos un poco, a lo que seguramente me responderías “¡No hay derecho!”—, si escribió, digo, el comentario de marras, Leonardo debe haber sido todavía un joven estudiante de letras en Lima.

Abrazos,
Iván

15 de abril de 2015
(Lit.)

Querido Iván,

1. Echo mano de *El síndrome de Falcón*, libro que reúne varios artículos de L. Valencia, pero la cita no se encuentra en el dedicado al poeta Westphalen. Debe ser un artículo anterior, cuando Valencia era más joven.

2. “Be concret. Tell us a story”, recomendaba el editor del *New York Review of Books*, Robert Silvers, a la hora de escribir un artículo. Mi amigo Leonardo, al menos en esa época, era muy poco dado a atender los consejos de hombres de autopistas y fords. Por aquello del “be concret”, digo. Y tampoco nos cuenta la historia de Westphalen. Reserva las historias seductoras (sic) a sus novelas y ahí está.

3. “El silencio producido por la ausencia, a lo largo de cuarenta y cinco años, de nuevas publicaciones, no lo remitió al olvido, sino que lo hizo sobresaliente, *lo enmarcó*.” ¿Qué intenta decirnos Leonardo? Vaya frase. El silencio producido por la ausencia, digresiva, a lo largo, de nuevas, no lo remitió —*remitir*, verbo cuya acepción debe ser la tercera de la Academia: “diferir”, “dejar” o “suspender”. ¿Y por qué diablos *remitió* y no *condenó*?—, lo hizo —*hacer* en lugar de *convertir*— sobresaliente, lo... ¡*enmarcó*! ¿Enmarcar cual fuese un lienzo del Renacimiento? Difícil entenderlo. ¿Qué quiso decir Leonardo? Supongo que “Westphalen dejó de escribir durante cuarenta y cinco años. Pero el silencio lo engrandeció”.

Te envío esta carta espolvoreada con poesía de Anne Sexton⁵⁶.

Con mucho cariño,
F.

⁵⁶ Estrella adjunta a la carta *Quince poemas*, de Anne Sexton, Material de Lectura, UNAM, México, 2011.

2 de julio de 2015
(Pol.)

Querido Iván,

Son las 17:13 del jueves y Omar [Simon, alto funcionario público] me ha pedido/ordenado que me quede en esta cochera republicana (es más que evidente que los españoles pensaron que esto no sería más que un lugar de paso entre Lima y Nueva Granada, unos metros cuadrados de construcción apenas, un par de fuentes —que según leí, son una herencia del tipo de construcción que los árabes dejaron en España durante esos ochocientos años— y unas caballerizas) para “defender el Palacio”, es lo que ha dicho. Me inquieta el hecho de que él y yo defendamos el Palacio los dos —Fernando y Vinicio y Alexis y Rafael han tejido su barca ya, en Miami, Bruselas y París, supongo—, de qué modo podríamos hacerlo, me inquieta, pero sé que es un llamado del estilo que los políticos están acostumbrados a hacer, sin pensar. Debes saber que la gente —las clases medias y los ricachones, desconozco si el populacho—, se ha cabreado con el presidente, al fin, Señor mío, y ahora todos han salido “a las calles”. Y ahora, desde las calles, hay muchos hombres y mujeres que aquí, en la Plaza Grande, gritan estupideces —del corte de “la espada de Bolívar por América Latina”, con lo que me pregunto, “qué demonios están diciendo: ¿la espada? ¿De Bolívar? ¿Por América? ¡Latina!” o esas canciones que los chilenos hicieron famosas en las peñas y convenciones y reuniones sindicales y universidades de este continente, cuarenta años atrás— y este preciso instante, este minuto, detrás de mí, a diez metros, Correa Delgado grita a la multitud desde el balcón que “los otros” marchan hacia la Plaza para darle un golpe de Estado, un “golpe blando”, según dice, en torno a la noción de un politólogo norteamericano que inventó lo de los *soft puts* en América Latina. Pero me es grato

escribirte, a diez metros de este hombre que grita, acerca de este país que no cambia.

Ahora la multitud grita “el pueblo unido jamás será vencido”, otra idiotez a mi juicio, y se nota que Correa es querido y amado y convence aún, aspectos que me importan un rábano y lo demuestro mientras escribo esta carta desde el mismo Carondelet —”los golpistas no pasarán porque el pueblo no dejará”—, aunque, debo confesarte, querido Iván, he debido colocarme un par de audífonos simples que me aíslan de la clave parlante de estos imbéciles, en compañía de Depeche Mode o Zbigniew Preisner. Y ahora solo escucho la música y el silencio, el silencio que me regalan los audífonos y la música que este día me permite sobrevivir a la orden de Omar. Sí, hay mucha agitación aquí, “Correa, amigo, el pueblo está contigo”, y la verdad no sé qué diablos encuentran las pieles del sur en salir a las calles —”calentar las calles”, dice el politólogo gringo—, en lugar de meterse a la cama a pensar o a dormir.

Qué bien que estés en Boston —ah, mi mundo de *Love Story* y *Los estudiantes*, Boston en otoño—, mi mundo universitario en la cabeza. Disfruta, querido amigo. Leo K de Calasso y la verdad, como Rhett Butler, me importa un bledo lo que pase fuera. Mi esposa se marcha el 24 de julio, espero visitarte y tomar un negroni que sé que te gusta. Tengo un libro para ti. Lo encontré.

Tu amigo,
F.

1 de julio de 2015⁵⁷

(Pol.)

Querido Francisco:

Hoy llegué a Boston. La primera impresión: una bonita ciudad. No podré quedarme acá, pues un pequeño apartamento (dos habitaciones, un baño) me costaría unos tres millones de dólares, o, en arriendo, unos cuatro o cinco mil dólares mensuales, a menos que me vaya a vivir en un suburbio, lo que tiene otros inconvenientes: aislamiento, eso sí en medio de bosques estupendos, nada de restaurantes de comidas exóticas, nada de conciertos... Como que es mucho para un jubilado ecuatoriano, ¿verdad? Y eso que debo estar en el quintil más alto de las remuneraciones, es decir, de esos a los que tienen bronca tus amigos de AP y a los que, siguiendo el ejemplo de la troika que se ha empeñado en ahorcar a los jubilados griegos, también quisieran ahorcarnos a nosotros. La ciudad tiene pinta de provinciana, si la comparas con Nueva York o Chicago. Pero encantadora. Creo que si uno no es un genio del MIT o de Harvard, no tiene sentido vivir por aquí. En todo caso, la voy a disfrutar durante unos días, no mucho, porque es muy cara.

Iré a Filadelfia un par de días y luego volveré a Nueva York. El 16 estaré en Quito, precisemos: en Yaruquí, pues del aeropuerto iré para allá, que es donde tengo mis cosas. Y luego subiré a Quito, el 17 o 18.

Espero permanecer en Quito hasta septiembre, pues quiero juntarme con Amaranta para una pequeña gira por el Báltico. Luego, espero volver a México. Pero nos encontraremos,

⁵⁷ Lleva fecha posterior a causa de un viaje que hace Carvajal esos días, entre varias ciudades de Europa y América.

siempre y cuando tus “amigos” te dejen salir de las caballerizas a respirar un poco.

Entiendo que allí las cosas van para el carajo. Como en muchas otras partes.

Abrazos,
Iván

8 de abril de 2016
(Lit.)

Hola, querido Francisco. ¿Has leído *La puta de Babilonia* de Fernando Vallejo? Yo no había leído nada de él, prejuicios ante el comemierdismo extremo. Estoy leyendo esta feroz diatriba de más de trescientas páginas contra la santamadreiglesiacaatólicaapostólicayromana! Impresionante la información que reunió este loco! Qué odio tan feroz y a la vez cuánta razón tiene. En verdad, iglesia de criminales y delincuentes.

¿Cómo te va?

Abrazos,
Iván.

8 de abril de 2016
(Lit.)

Querido Iván,

Qué alegría recibir tu mail y más oírte hablar sobre Vallejo. En lo personal es uno de mis favoritos y vaya que este gusto me ha llevado a enfrentar severas polémicas con moros y cristianos. Fui tan fanático de Vallejo un tiempo que leí hasta *Logoi*, una compilación de frases y usos de grandes autores que Vallejo hizo cuando se formaba como escritor y hace parte de la sección de gramáticas del Fondo de Cultura Económica. No es difícil saber que Vallejo puede ser monótono y que escribe una sola novela en muchos volúmenes tampoco es un secreto. Que planea la sombra de Vargas Vila en su obra no es menos conjeturable. Que no responde a una noción convencional de la novela —algo que oí en boca de un amigo detractor de su obra, por ejemplo: que no construye ningún personaje— es igual de defendible. Pero que sus libros son fantásticos, no todos, es natural, no puede negarse. ¡Parte de su encanto es no escribir una novela de estilo decimonónico!

Hay un par de obras tuyas muy inferiores y cierto agotamiento en las más recientes. Pero vaya que *El desbarrancadero* y *La virgen de los sicarios* son novelas muy buenas. Sus dos biografías son muy divertidas, la que consagra a Porfirio Barba Jacob y la de José Asunción Silva —la de Rufino Cuervo me agradó mucho menos— porque su biografiar es como él: enloquecido. Y, por supuesto, es un gran puteador en español contemporáneo. Ah, y *La puta de Babilonia*, esa gran puta.

Oírte —el uso de este verbo, *oír*; me viene de y me recuerda a Vallejo: en alguno de sus artículos dice que prolifera hoy en día el uso del verbo *escuchar* que él considera verbo amariconado, nada en comparación con la belleza y levedad del *oír*— hablar

sobre él ha despertado en mí ir de nuevo en repaso de algunas de sus páginas. O leer *Casablanca la bella*, una de sus últimas novelas, que aún no he leído.

Un fuerte abrazo, querido Iván.

F.

PS.: no debe ser un secreto tampoco que J. Vásconez odia a Vallejo. Y en esos momentos yo también odio a J. V.

12 de abril de 2016

(Lit.)

Querido Francisco,

La diatriba tiene un efecto inmediato, pues se mueve en las superficies. Ese es el problema de *La puta de Babilonia*. Eso sí, desenmascara las pretensiones de pureza, moralidad, ejemplaridad de la Iglesia y las religiones del Libro. La ironía más sutil de un Harold Bloom va más lejos en menos páginas, en lo que se refiere a Yahvé y a la religión judía. Es fascinante pensar cómo un conjunto de narraciones que son ficciones, a veces míticas y a veces poéticas, combinadas con una serie de reglas de convivencia y de sandeces, rigen la vida de sus creadores. Dan la vida por sus dioses, sus héroes, sus patriarcas y profetas, por sus sacramentos, por sus versiones del “más allá”. A veces trato de imaginarme lo que podría “ver” un ojo externo —por desgracia, no podemos imaginar sino ojos demasiado humanos—, de arqueólogo, sobre estos tres o cuatro milenios de la especie: debe ser fascinante contemplar tanta construcción, tanta guerra y destrucción, tanta furia contra los que piensan distinto, contra los que tienen un dios que es más pálido o más narigón o más parlanchín, tanta obsesión por reglas idiotas sobre qué comer, cómo orar, cómo fornicar y cómo cagar... Bueno, en parte se resume en la batalla entre Liliput y Blefuscu por la manera cómo se deben romper los huevos. ¡Genial Swift!

Supongo que alguna de estas discrepancias onto-teo-lógicas te habrá llevado a enfrentarte en una de las consabidas batallas que genera JV. ¡Y se acerca su septuagésimo aniversario! Yo suponía que tú te pondrías al frente de alguna celebración. Ni modo, tendrá que ser el poeta Villalba... ¿o tal vez la ministra de Cultura?

A mi juicio, no tiene razón F. Vallejo sobre el sentido del verbo “escuchar”. Este significa oír con atención. Desde luego, no creo que esa sea una actitud de Vallejo. En la línea de Vargas Vila y Montalvo que adopta, se escucha poco. Escuchar obliga a poner atención en los acentos, las inflexiones, los lapsus, las lagunas de los enunciados. Un poema “se escucha” a través de la lectura, de los ojos. La escucha y la mirada, más que el mero oír y el mero ver, se detienen en los matices, los detalles. No basta el mero contacto táctil, hay que palpar, como también oler, husmear, degustar. He vuelto a leer *El corazón de las tinieblas*, ¡quisiera detener al infinito la narración tan prolija, tan precisa, nada ornamental, sobre todo en una docena de páginas! Escuché anoche una entrevista a Amos Oz, un escritor de la “sensibilidad” y a la vez, del pensamiento.

Te recomiendo, en *El País* de hoy, una crónica sobre el valor heurístico de la mierda en la arqueología. No sé si has visto la comedia cubana *El cuerno de la abundancia*. Tendrías que hacerla ver a tus vecinos de Carondelet⁵⁸. Van los enlaces⁵⁹.

Abrazos,
Iván

⁵⁸ El acceso en YouTube ha sido eliminado.

⁵⁹ Jacinto Antón, “Heces de caballo para resolver el misterio de Aníbal”, *El País*, 13 de abril de 2016. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2016/04/11/actualidad/1460395243_261128.html

26 de abril de 2016
(Pol.)

(Sin encabezado)

Mira, querido Francisco, que en esta vez estoy de acuerdo por completo con Azúa⁶⁰.

⁶⁰ En el texto de la carta, Carvajal envía el artículo “Viral” de Félix de Azúa (*El País*, 25 de abril de 2016. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2016/04/25/opinion/1461592504_189664.html).

26 de abril de 2016
(Pol.)

Querido Iván,

Me parece saludable la autocrítica al decir con claridad “nos equivocamos”, como es el caso de ciertos enloquecidos con el oscurantismo de Mao, a la manera de Félix de Azúa. Si yo fuese por completo un liberal —que lo soy en parte, mitad sí, mitad no—, diría que la autocrítica es sana para las democracias, pero cada vez estoy menos tentado a defender nada que no sea una oración o un párrafo. No tuve la suerte de ser joven —o niño, hubiese sido genial— en los sesenta y respirar ese aire psicodélico y de puertas abiertas a la percepción, en William Blake y en los Doors, una época en que pasaban sucesos tan fantásticos como que el hombre llegara a la Luna, asesinaran a Martin Luther King, Cassius Clay se convirtiera en el temible Muhammed Ali, descubriéramos los ácidos, a los Beatles y los Stones, o Raúl Astor se llegase a rodar en Quito una película tan intrascendente como amable. Y Mao con su culta revolución de sangre.

Soy miope en la política y víctima de mareos y devaneos. Imagino que hoy en día para mí es una actitud de defensa optar por la indiferencia. Quiero decir que no me hubiera gustado ser una de las víctimas del maoísmo tan en boga en esas épocas —especialmente en París—, a la manera de Jean Luc Godard, que hasta dedicó uno y varios filmes al tema, *La Chinoise*, por ejemplo, cinta que me trae gratos recuerdos de mis años mozos y experimentales. Pero quizá, y solamente es un quizá, podría haber ocurrido conmigo lo de Javier Pon...c...e... y eso me espanta.

Un año atrás vi un documental francés sobre Camboya, el Khmer Rouge Pol Pot, realizado con una mezcla de rusticidad y refinamiento que estremece. Vaya que los individuos enloquecen, llevan el mal en su interior, desde el Terror francés a Mao, Pol

Pot y Sendero Luminoso. O la Operación Cóndor, las cárceles cubanas y cualquier primate enloquecido.

Pablo Iglesias. Vaya individuo. Muy a la moda, con coleta, canciones y arengas de “el pueblo unido jamás será vencido”. Espantoso señor a quien la buena prensa española termina por desenmascarar como lo que es: un oportunista.

Abrazos,

F.

26 de abril de 2016
(Hist.)

(Sin encabezado)

Mao, una pasión francesa⁶¹

Guy Sorman

(Estrella remite el texto entero del artículo en cuestión como contenido único de la carta).

⁶¹ “Mao, una pasión francesa”, Guy Sorman, *La Nación*, 9 de septiembre de 2006. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/mao-una-pasion-francesa-nid838894/>

27 de abril de 2016
(Hist.)

(Sin encabezado)

No te olvides, Francisco, que los franceses inventaron el Terror revolucionario, y para ello, su herramienta, la guillotina. Stalin, los tiranuelos de las “democracias populares” de Europa del Este o los hermanos Castro, “en última instancia” vienen del Tribunal del Santo Oficio, de los jacobinos, o aún de mucho antes, de los franceses de la Edad Media que acabaron con los cátaros, y luego también con los hugonotes. Mao es un déspota oriental que incorpora la ideología ilustrada, de ahí que tenga tal impacto entre los intelectuales franceses. En cierto modo, también el fascismo viene de aquellas raíces, de la inquisición, la guillotina, más el nacionalismo. En cuanto al liberalismo, más inglés que francés, es una antigualla del siglo XIX. Por eso te vuelves tan anacrónico cuando te declaras “liberal”, más o menos de la época de César Montúfar y Juan Montalvo...

Ni modo, solo nos queda el pesimismo.

Abrazo,
IC.

30 de mayo de 2016
(Lit.)

(Sin encabezado)

Hola, Francisco. ¿Cómo estás? Yo anduve unas semanas por Berlín, París, Toulouse, los Pirineos, los castillos de los cátaros. ¿Viste esta nota sobre las vicisitudes del Dr. Zhivago en manos de la CIA, la KGB, los comunistas italianos⁶²? Yo leí la novela cuando joven, y no me gustó, pero entiendo que la traducción era deficiente. No conozco la nueva, que se publicó hace pocos meses. Sí he leído poemas, y me parece que el Nobel es justo para el gran poeta.

Abrazos,
Iván

⁶² Joaquín Estefanía, “*El doctor Zhivago* en la guerra fría”, *El País*, 31 de mayo de 2016. Disponible en: http://cultura.elpais.com/cultura/2016/05/29/actualidad/1464525485_084373.html La divergencia entre la fecha de la carta y la fecha del artículo obedece a que Carvajal viajó a Europa esos días.

30 de mayo de 2016
(Lit.)

Querido Iván,

Qué bueno oírte después de algún tiempo. Pensé que estabas en México, pero veo que tu periplo ha sido más interesante.

Acabo de leer lo de Pasternak, que da continuidad a otro que hablaba sobre las fotografías del manuscrito de *Zhivago*⁶³. No puedo decir que no disfruté de la novela, aunque, claro está, se sostiene en esa presentación de caleidoscopio —fragmentos cortos e inconexos, dispuestos uno detrás de otro— que, de acuerdo con quienes la estiman, habla del ambiente brumoso, intermitente, de los años posteriores a la revolución. Acaso mi adoración por la cinta me hiciera positivamente vulnerable a la lectura de la novela en que está basada. Se trata de David Lean más que de Pasternak: tenía las dotes para hacer del cine algo sutil pero épico, fulgurante pero trágico, amplio, casi infinito, personal al máximo. No menos de cuatro de sus cintas me parecen obras maestras, *Breve encuentro*, *Zhivago*, *Lawrence de Arabia*, *La hija de Ryan*, *Pasaje a la India*. *El puente sobre el río Kwai* para mí es un gran filme. Aprecio especialmente los dilemas a los que es sometido Lawrence de Arabia, que de conquistador de pueblos, reinos y territorios pasa a ser un desaforado con tintes de sabio a ojos de sus cínicos e incrédulos compatriotas. Peter O'Toole no puede estar mejor en el papel.

Toda la primera parte, esa serie de episodios de enredos románticos nos conduce al escenario de fresco en que se desenvuelve la revolución en *Doctor Zhivago*. Lean es muy hábil para fotografiar el cegador tono de la nieve con que se abre la

⁶³ “El doctor Zhivago vuelve en versión original”, *La Vanguardia*, Josep Massot, 19 de septiembre de 2010: <https://www.lavanguardia.com/cultura/20100919/54005468031/el-doctor-zhivago-vuelve-en-version-original.html>

revolución en el horizonte amplio del campo de batalla. El modo en que la cámara devora a la historia me recuerda en algo al John Ford de *The Searchers*. Es melodramática la historia de la madre de Lara con Komarovsky, el aristócrata canalla, que pasa de seductor de la madre a seductor de la hija, y el retiro de Lara en brazos de Pasha, el futuro comisario. Que cuente la historia el hermano de Yuri siempre me pareció de lo más sugerente, como el cruel telón de fondo de la Historia ante la breve *historia*.

He visto más de doce veces el *film* y me entraron ganas de repetirlo, no menos que me gustaría leer el libro de nuevo, ahora que cuentas que disfruta de una flamante traducción. Ese tipo de frescos rusos hacen vivir a la medida de su extensión: ambiciosa e interminable.

Un fuerte abrazo, querido amigo.

F.

Bajo el asunto “Nuevamente, la realidad supera a la ficción”, Carvajal ha enviado a Estrella un artículo aparecido en El País que informa sobre los aprietos que pasa esos días el periodista y escritor Gay Talese al descubrir que la fuente de su reportaje (convertido en libro), El motel del voyeur, habría mentido y no era fiable⁶⁴. Aquí, la continuidad de la plática.

1 julio de 2016
(Cult.)

Querido Iván,

Notas sobre el desastre:

1. Amo al *Washington Post*. De Watergate a Gay Talese Fake. En mi panteón siempre guarda lugar de privilegio el *Post*, Bernstein and Woodward.

2. Pobre Gay, tan elegante él. Me fascinó su enloquecida coordinación de Stetson, chaqueta de terciopelo, chaleco ¡azul!, corbata ¡amarilla!, camisa, alabado sea Alá y ensalzado sea, ¡camisa a rayas rosas! Un maestro del riesgo. Supera a Tom Wolfe, a mi modo de ver.

3. El problemilla es que se trata de un reportaje. Ni San Truman Capote podría salvarlo en esas circunstancias, con su patente *In cold blood*.

4. O más bien, una maniobra “borgiana”: resulta que el autor de la “novela” se hizo pasar por protagonista, y el periodista —y sus lectores— se tragaron el cuento.

⁶⁴ Cristina F. Pereda, “Gay Talese se enreda con la veracidad de su último libro”, 5 (sic) de julio de 2016. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2016/07/01/actualidad/1467337829_047993.html Desconocemos la razón de la diferencia de fechas entre este artículo, *posterior en teoría* a la carta enviada por Carvajal a Estrella. ¿Mano de la fuente poco confiable de Gay Talese?

5. No deberías reírte mucho por la tragedia que ha caído sobre Gay Talese. No deberías. Jajajá.

6. Gay no debe hacerse mucho rollo: debería transformarlo en novela y a dormir sobre plumas. Lo que ocurre es que los sabuesos del *Post* deben haberle seguido la pista desde hace tiempo. Pura venganza

7. Por lo demás la historia es fascinante, de ahí el interés del mago Spielberg. Esa fijación por las historias reales —”basado en una historia real”— es garantía de millones en taquilla.

8. No estoy de acuerdo en lo absoluto: “nuevamente, la realidad supera la ficción”. No podría: nada puede con Ray Bradbury o Kōbō Abe.

Un fuerte abrazo,
F.

1 de julio de 2016
(Hist.)

(Sin encabezado)

¿Ray Bradbury? querido Francisco,

¿estás al tanto, acaso, de esas bacterias producidas en laboratorio que se comen petróleo? ¿o de esas “partículas” subatómicas, asociadas como gemelos totales, que se comportan de manera igual a pesar de una distancia enorme (10 a la nosecuántos) de distancia? ¿de los agujeros negros? ¿de la materia oscura?

la trampa, mi querido Francisco, está en que se pasa por alto la imposibilidad de contraponer “realidad” y “ficción”,

la “ficción” es parte de la “realidad”, pues se integra de inmediato a ella,

en cualquier modo, la “ficción” surge de la “realidad”, del “mundo” más exactamente, ¿o acaso no se pueden rastrear las cualidades de lo humano y de su mundo en todas las obras de ficción, aun las más audaces?, ¿acaso no son “proyecciones” de lo humano?,

y no olvidemos que la “realidad” es una construcción sensible, imaginativa, y también siempre solo hasta cierto punto, racional,

que obras de ficción son los dioses, demonios y héroes míticos, por no decir los dioses monoteístas,

la historia de las religiones: historia de cómo se matan los seres humanos en nombre de los mandatos de esos seres ficticios, los dioses —es un placer algo morboso leer la historia de las herejías, de los gnósticos, de Maní, de los cátaros, y de las matanzas y persecuciones religiosas—,

y los ideales, también, ficciones,

y el Sujeto —ese diosecillo en que creemos, incluso sin darnos cuenta, hasta los que tratamos de salir de la metafísica

moderna— y su correlato, el objeto, y su imagen, el “individuo” —no solo el del egoísmo económico, sino el de la egolatría, el “autor”, por caso—, el Espíritu Absoluto, la Voluntad, y la Clase, el Pueblo, la Nación, ficciones, todas ficciones,

lo que nos lleva a sospechar que la realidad irremediablemente se sustenta en la experiencia, el afán de sentido, el conocimiento y la ficción,

por ello resulta tan fascinante esta prolija persecución de tus admirados reporteros gringos de la “verdad”,

siempre entrampados en un drama o en una comedia, o ambas a la vez, por agarrar la “realidad” por los pelos,

y vaya sufrimiento si a un elegante —Estrella *dixit*— periodista, un mitómano, un fabulador de la plebe, le gasta semejante broma,

de ahí la merecida carcajada, querido Francisco,

y va un abrazo —que no se libra de la ficción, porque ¿cómo pueden llevar las ondas electromagnéticas un abrazo, por más que se inscriba en la “realidad” del afecto?—,

Iván

De Estrella a Carvajal.

18 de agosto de 2016
(Lit.)

De marzo del 79

Cansado de todos los que llegan con palabras, palabras, pero no lenguaje,
parto hacia la isla cubierta de nieve.

Lo salvaje no tiene palabras.

¡Las páginas no escritas se ensanchan en todas direcciones!

Me encuentro con huellas de pezuñas de corzo en la nieve.

Lenguaje, pero no palabras.

TOMAS TRANSTRÖMER

(Versión de Roberto Mascaró, en *La plaza salvaje*, 1983)

18 de agosto de 2016
(Lit.)

(Sin encabezado)

Buen poema. Construido obviamente con “palabras”. Claro que el poeta está llamado a guardar y renovar las palabras de la tribu [Mallarmé], es decir, a guardar el lenguaje. Y el lenguaje del poema, aunque semejante al lenguaje cotidiano, el de la tribu, sin embargo, se desliza. Trata de borrar el “significado”, o de llevarlo al límite. A las huellas de la pezuña en la nieve, a las huellas sobre la arena del desierto que borra la brisa.

Algo de eso es lo que perciben también algunos filósofos o pensadores.

El problema que viene con ese desplazamiento es una cierta amenaza, el misticismo. Heidegger de alguna manera por ahí se pierde en sus cuaternidades. Pero entre estas está lo que aquí se nombra “salvaje”.

Y si se atiende a lo que se dice, a lo “salvaje”, nada que ver con el Yo-personal, que tanto gusta a ciertos escritores y críticos. *Yo* nombra, como en este poema, a un momento que pasa, que queda asido al encuentro con las huellas, al olvido de las palabras, palabras, a lo salvaje. Es decir, al lenguaje, a ese fondo insondable.

Y al retorno a la palabra recobrada, que no se refiere a una cosa que esté ahí como mero instrumento, sino a esa dimensión de lo “salvaje”, a la *physis*. Al tiempo, la vida y la muerte.

Y a propósito de huellas, y a fin de que robes una hora y diez minutos a la “revolución”, te sugiero ver este filme con Derrida hacia el final de su vida⁶⁵.

Abrazos,
IC.

⁶⁵ A la carta, Carvajal anexa el enlace en YouTube del filme *D’ailleurs Derrida*: de Safaa Fathy (1999). Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=2dFM1OO315k>

19 de agosto de 2016

Querido Iván,

Qué maravilla de reflexión a partir del pequeño poema de Tranströmer. Intentaré con Derrida, lo prometo, sin ironías ni arrogancias. Ocurre que es muy lejano a mi pequeño universo.

Al correato le robo tiempo, sin remordimiento alguno, para mis tareas literarias, aunque en ocasiones deba revisar cartas y desatinos que este señor dice en sus discursos. Quizá la peor retórica que se ha espolvoreado en este país.

Almorcemos la semana entrante, por favor. Mejor: si puedes el sábado entrante o el jueves podemos beber un negroni que sé que te gusta.

Un fuerte abrazo.

F.

19 de agosto de 2016
(Lit.)

Querido Francisco:

No dejes de ver lo de Derrida, te lo recomiendo de modo muy especial. Se me vino a la mente a propósito del poema de Tranströmer, puesto que lo había visto hace unos días. Nada de complicaciones conceptuales. Presta atención, cuando lo veas, a eso de la condición “marrana”. Y a la “autobiografía”, pues de ello se trata... ¡Estos judíos! Leí hace poco la autobiografía de Amos Oz, ¡genial! Yo, no sé bien por qué, siempre he defendido mis gotas de sangre árabe, andaluza, ¡qué pretensión! Nada menos que considerar algún lejano rizoma o tentáculo que proviniese del rey-poeta Al Mutamid, de los constructores de la Alhambra o de la Mezquita de Córdoba, quizás de Averroes... aunque también leí con placer la *Guía para perplejos* del otro cordobés, que vivía a unos cuantos metros del gran Averroes e iba a la sinagoga, el gran Maimónides. Y me he pasado sin embargo gran parte de mi vida intelectual con los grandes pensadores y escritores judíos a cuestas, no me puedo quitar de encima ni a Spinoza ni a Marx ni a Freud, ni a críticos literarios como Spitzer y Bloom. ¿No será que esas gotas de sangre no eran averroístas sino marranas?, me pregunto.

Bueno, ya propicié un minuto irónico, demoníaco acaso, que interrumpiré, supongo, tu atenta lectura de la babosada (como tú llamas) de mañana.

Podemos almorzar o bien el jueves o bien el sábado de la semana próxima. Supongo que el jueves tienes que volver a tu trabajo, en cuyo caso sería mejor el sábado. Avísame.

Abrazos,
IC.

27 de abril de 2017
(Cult.)

Querido Francisco:

Te copio un mensaje que envié a Javier hace unos minutos. También tú eres un cabal destinatario del mismo:

¿Has visto el lío que se ha armado en México por la conversión de una parte de las cenizas de Barragán en diamante? Tras de la Poniatowska y de Villoro, las huestes de intelectuales están a un punto de reducir a cenizas el Museo Universitario de Arte Contemporáneo de la UNAM, obra maestra de otro de los grandes arquitectos mexicanos del siglo pasado, Teodoro González de León, que se levanta sobre rocas de lava, en su día también lava ardiente e incendiaria. En cuanto a conversión de cenizas humanas en obras de arte, aparte de los fuegos infernales de Dante, solo conozco la operada por uno de sus lejanos discípulos, mi querido poeta Pier Paolo Pasolini, en su estupendo poema *Las cenizas de Gramsci*.

Yo me alegro por el desconcierto que está provocando esta conversión de las cenizas del gran Luis Barragán en diamante. Conmoción general entre los intelectuales mexicanos, desolación entre los humanistas de todas las religiones, incluido el humanismo ateo, temblor de 6.7 en la escala Richter del mercado del arte y aumento de interés en las acciones de las empresas de joyería en las bolsas de NY, Tokio y especialmente Hong Kong —habida cuenta de la cantidad de chinos que podrían devenir en diamantes, sobre todo en las precarias condiciones de terreno para nuevas tumbas en los cementerios—, ¿y cuando se enteren en el SRI

de la revolución esta posibilidad? nueva ley de la herencia: el 50 % de las cenizas quedarán para la joyería.

Añado un comentario sobre el artículo de Villoro —puedes verlo en *El País*—: es una vergüenza. Cómo mezcla todo en su santa cólera. No digo que no tenga pleno derecho a argumentar en contra del MUAC, de sus directivos, de la artista estadounidense Jill Magid, pero esas asociaciones entre esta y Trump, esos cursis lamentos cuasi católicos sobre el cadáver y sobre la propiedad privada o pública de las cenizas...

En fin, recuerda tú que polvo eres y en diamante te convertirás, incluso si para ello haya que esperar una eternidad...

Abrazos cenicientos-diamantinos,
IC.

27 de abril de 2017
(Cult.)

Querido Iván Carvajal,

Quise tontamente sacar el cuerpo —sin haberlo leído aún— a favor de Juan Villoro⁶⁶. Pero debo darte la razón por completo: mezcla asuntos de un modo tan desatinado como incierto. Palos de ciego y Trump (?). ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Lo curioso es la polvareda levantada y los matices de “respeto” a los muertos, precisamente en México. No entiendo mucho las razones para escandalizarse a tal punto. Lo de Poniatowska⁶⁷ no lo leeré: pocas cosas me gustan de Elenita, la princesa polaca.

¿Almorzamos, cenamos? ¿Cuándo?

Abrazos,
F.

⁶⁶ Juan Villoro, “La UNAM como joyería”, *El País*, 21 de abril de 2017. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2017/04/22/mexico/1492817050_898059.html

⁶⁷ Elena Poniatowska “Luis Barragán convertido en anillo de compromiso”, *La Jornada*, 14 de agosto de 2016. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2016/08/14/opinion/a09a1cul>

1 de mayo de 2017
(Hist.)

Querido Francisco:

Precisamente ¡en México! Pero por ello mismo adquiere un especial sentido reflexionar sobre este asunto: ¿qué es un muerto? ¿qué son las cenizas de un muerto? El horror o el asco que los contemporáneos occidentales tenemos frente al cadáver, la censura respecto de la muerte, nos lleva a métodos expeditivos: se muere en los hospitales, en salas asépticas, se crema al muerto y se guardan las cenizas. ¿Tiene esto todavía que ver con la creencia en la resurrección? Como sea, lo que cabe resaltar es que sean precisamente “agnósticos” o “ateos” los que se indignen porque se tomen cenizas que, dicen, son resultado de la cremación del cadáver de Barragán, para hacer un diamante. Todo el rollo de la herencia de por medio, de lo sacro y lo profano. Como me suele suceder, de este rollo tuve noticia justo cuando me había sentado cómodamente para iniciar la lectura de un libro fascinante, *Morir en Occidente*, de uno de los grandes historiadores franceses del siglo pasado, Philippe Ariès. El libro, tal vez lo conoces, recoge sus conferencias en la Johns Hopkins University (1974) y algunos artículos conexos; entre ellos, uno dedicado a otro grande, Huizinga, *El otoño de la Edad Media*. Ariès tiene otro libro, que no conozco y que lo voy a buscar: *El hombre ante la muerte*. Fascinante, sin duda, esta faceta de la historia de las mentalidades. En el caso de México, está el libro de mi querido amigo Jorge Aguilar Mora sobre los fusilados en la época de la Revolución. Y los juguetes mexicanos, los caramelos con forma de calavera. Me gustaría escribir un ensayo para reírme de Villoro & Cía., pero me he vuelto muy perezoso.

Nuevamente debo expresarte mi fascinación (discúlpame la indelicadeza que cometo al repetir por tercera vez la palabra, pero no encuentro un sinónimo adecuado: ¿atracción irresistible?,

¡puaf!) por la historia de las mentalidades. Nunca se lo diré a M. Vásconez, que tanto desprecia a los franceses, pero ahí están Le Goff, Ariès, sus grandes maestros, Lucian Fèbvre o Marc Bloch, o en la antropología, Marcel Mauss y el propio Lévi-Strauss, y desde luego los que van por la ruta de la historia económica y social de larga duración, el genial Braudel.

Los grandes historiadores son, sin duda, estupendos escritores. No poetas, eso no, aunque un buen historiador debe tener mucha imaginación, no basta ser un erudito, no basta un fervor religioso por los métodos y la fijación de datos. Se requiere imaginación para encontrar en el océano de datos un sentido, una estructura, cierto orden. Imaginación como la que se requiere para percibir entre los infinitos datos provenientes de monumentos funerarios, de poemas, de grabados y pinturas o de narraciones, o documentos de teólogos, los lentos cambios que se suceden a lo largo de los siglos en Occidente sobre las creencias y formas de morir, los rituales asociados con la muerte, el entierro, los cadáveres. ¿Qué es un testamento en la segunda Edad Media, por caso?, ¿qué tiene que ver con los testamentos modernos? ¿Harías tú un testamento? Dejo a mis queridos hijos 35 quintales de papel en forma de libros, a los que se suman 8 quintales de polvo y 6 de larvas de polilla, de hongos y bacterias que los infectan, que deberán incinerar y juntar, si así les parece, a mis propias cenizas a fin de convertirlas en dos diamantes que, es mi deseo, lleven consigo en adelante... por ejemplo.

Voy a lo de juntarnos para comer. Lo importante es que lo hagamos cuando puedas desconectarte de secretarias —por más que te atraigan—, a fin de disfrutar tranquilamente de los alimentos y las bebidas. Avísame tú. Si quieres, podemos juntarnos un fin de semana acá en Yaruquí, o podemos vernos en Quito. Pero date tiempo para el disfrute.

¿Y ahora? ¿Vas de ministro de cultura, acaso? Sería bueno, pero obviamente es improbable, qué lástima.

Abrazos,
Iván

2 de junio de 2017
(Pol.)

Querido Francisco:

Gracias a una observación de Agamben relacionada con la concepción moderna —decimonónica— del tiempo, he reparado en una cuestión que, creo, nadie ha observado en relación con nuestra historia reciente y sus revolucionarios: su irredimible modernismo. ¡Cuánto esfuerzo por prolongar el siglo XIX! No solo son los continuadores de Bolívar, de García Moreno o de Eloy Alfaro —el largo siglo XIX avanzó por estas regiones hasta mediados del así llamado siglo XX en atención solo a la cronología—, sino que afincan toda su acción en el “proyecto”. Si hay proyecto, hay por consiguiente progreso; el tiempo es lineal, cronología desde el pasado hacia el futuro, hacia la justicia, la libertad, hacia la salvación, sea cual sea —por donde la teología encarna en la revolución—.

PROYECTO: ¡vaya palabra para puta! Y, para colmo, sartreana.

Abrazo,
Iván.

(Sin encabezado)

Comentario a la entrada del diccionario: Proyecto (m.)

En estos territorios —rafaelistas, leninistas— hablan sobre el proyecto, en verdad hablan sobre el *proyecto*, se ufanan de pronunciar “*el pro-yec-to*”, especialmente los más jóvenes con su orgullo camisetero, de coleta y aroma a yerba, provistos de todo el *merchandising* rebelde (el Ché en tazas, la biblioteca “Galeano”, “Benedetti”, “Huttard”, “Ramonet”, “Álvarogarcíalínera”, las cuentas de Twitter con motivos de volcanes, banderas multicolores o la fotografía de su héroe en olor de multitud o desgarrando el ejemplar de un diario —ya dijo el comediante inglés John Oliver en su sketch: *porque tal vez él no sabe que los periódicos tienden a imprimir más de una copia*—, en fin, todos los aperos que construyen una —aquí viene la palabra que aborrezco— *identidad*). Los chicos del *proyecto* son tan potentes con sus apenas treinta años, sus maestrías y el doctorado-PhD, telarañas en una pared de casa, *comme il faut*. Ya han servido de asesores, consultores, consejeros, agentes, contra-agentes, pivotes de *inteligencia*, representantes en las cloacas internacionales del “socialismo”, infiltrados en las “academias”, en el debate por los “derechos”, en las reivindicaciones materiales y posmateriales, en todo este atolladero en que nuestro tiempo se ha tornado. Y ahora que lo mencionas, claro que en el proyecto está el progreso y la consumación de todos los valores. Estos *verdaderos soldados de la segunda independencia de América Latina* —copié literalmente esta declaración de la cuenta de Twitter de un don nadie que, lógicamente, debe ser el “soldado” que declara ser y reproduzco su cagarruta porque le he tomado gusto al morbo de oír las estupideces de estos funcionarios excretados por las

universidades, hoy sin corbatas, y su desplazarse aquí y allá, del partido a la cancillería, de la cancillería a la CIESPAL, a la ELAP y al CDR—, estos soldaditos de plomo se debaten día a día entre la violencia y los tres mil dólares mensuales de salario por una causa justa: el desplazamiento del espíritu absoluto y su síntesis: el cielo de la paloma de la libertad.

Como hombre triste, pues creo que un individuo de hoy es triste en el desamparo y la angustia, preferiría confiar más en Cristo o en la cábala que en el destino de la libertad en brazos del progreso. Sin embargo, leyendo a Salvador Elizondo hace una década, la palabra “proyecto” fue reivindicada. Elizondo llamaba a todos sus libros “proyectos”, algo inacabado, inacabable, imposible, cuya sola rigurosa ejecución justificaba que un hombre ocupara su vida, y aun su destino, en ellos. La palabra fue sanada para mis oídos.

Escucha esto, creo que evitará que recuerdes la palabra “proyecto” o al menos mitigará su efecto⁶⁸.

Abrazos,
F.

⁶⁸ Eliot lee *The Waste Land*. Disponible en: http://www.openculture.com/2012/07/ts_eliot_reads_his_modernist_masterpieces.html

5 de junio de 2017
(Pol.)

(Sin encabezado)

Una cita sobre la corrupción:

... el fin de la corrupción social es destruir toda sensibilidad al placer; por ello es corrupción. Comienza tanto en la imaginación y el intelecto como en el corazón, y se distribuye desde ahí como un veneno paralizante, a través de los afectos y los mismos apetitos, hasta que todo se convierte en una masa tórpida en la que apenas sobrevive el sentido⁶⁹.

Saludos,
Iván

⁶⁹ “For the end of social corruption is to destroy all sensibility to pleasure; and, therefore, it is corruption. It begins at the imagination and the intellect as at the core, and distributes itself thence as a paralyzing venom, through the affections into the very appetites, until all become a torpid mass in which hardly sense survives” (Percy Bysshe Shelley, *A Defense of Poetry*).

5 de junio de 2017
(Pol.)

(Sin encabezado)

Vas a perdonarme, querido Iván, pero no pasa un día sin que me interrogué acerca del azar, lo fortuito.

No vas a creerme: esta mañana desde las altas esferas —¿serán tan altas?— me pedían resumir y elaborar una definición pedagógica sobre la corrupción política, como suelen ser esos pedidos, en el módico lapso de cinco minutos. Pues bien: no bien había aplastado el botón de envío para deshacerme de tarea tan presurosa como inútil, recibo un e-mail: el tuyo, asombroso y penetrante, bajo el tema de la corrupción. No habían transcurrido ni diez segundos.

Believe it or not?

F.

6 de junio de 2017
(Pol.)

Querido Francisco,

A mí me pasa algo semejante. Sobre la cita: la concisión y contundencia de la palabra poética. La semana pasada almorcé con Leonardo Valencia, la conversación nos llevó a que nos propusiéramos escribir sendos ensayos sobre la novela, en su caso, y sobre el poema, en el mío. Recordé el famoso ensayo de Shelley y lo he releído en estos días al cabo de muchos, muchos años, ¡con cuánto placer! Y ahí esas estupendas líneas sobre la corrupción.

Y tú, como me cuentas, tipeando cualquier pendejada sobre la corrupción, que degustará Tartufo o alguno del séquito cuando la pronuncie, ya lo veo haciendo gárgaras para dar con la debida entonación. Lo escucharán los muchachos de la prensa que correrán a colocar el notición en la red.

Tengo la sensación de que este gobierno, al menos por unos cuántos días, será el de los tartufos. Tienen que salvar al berlusconi tropical, por supuesto, y para ello nos harán ver cómo van hasta las últimas consecuencias en la lucha contra la corrupción. Para eso se tiene a la mano cualquier serie hollywoodense sobre las luchas del FBI contra el crimen organizado, *law and order*. Los intocables: los del FBI criollo, y los intocables, berlusconi por sobre todos. Caerán algunos, las fichas que ya no se necesitan, unos cuantos segundones, y por ahí algún adversario interno. Hasta pueden cargarse un vidrio, qué más da. Y todo en orden. El berlusconi criollo podrá volver cuando lo necesiten. Lo que sucede es que nunca se saben las consecuencias. ¿Qué tal si a la vuelta de unos meses una mañana cualquiera nos despertamos con la noticia de que el doctor Serrano es el nuevo gobernante?

Y nada habrá cambiado, sea lo que sea, en cuanto a la corrupción política. O sí, pues del supuesto ímpetu revolucionario, durante

la época en que *il capo* organizaba su aparato y aquél? realizaba su labor, contando para ello con la pantalla de los esforzados revolucionarios quiteños, hoy pasamos a un nuevo acto, en que el tartufo conduce a estos mismos, los revolucionarios, en esa escena de limpieza. Helos ahí, Barrera —hasta el nombre se presta—, los fánderes, las fernandas, por allí aparecerá nuestro Omar... Péreztorres, detrás de una columna del museo de los rólex, tratando de sacar el cuerpo a su tarea de sacar el polvo de la vitrina, como siempre, apoyándose en el palo de escoba para no irse de bruces, los cantantes de nuevo, como siempre, nuevecitos, renovados, con la misma música, no tocados por las partituras de odebrechts,

Detrás de esta escena, *il capo* contempla, serranos que ríen, doris que comadorean,

Y nosotros de este lado, en nuestra casa de citas, con la cita de Shelley, con la cita de Molière, irónicos, *outsiders* como siempre,

Un abrazo martesino,
Iván

1 de agosto de 2017
(Lit.)

Queridos Javier, Lucía y Francisco:

Va el poema “El novelista” de W. H. Auden. La traducción (de Jordi Doce) no acaba de convencerme. Tomo el soneto de *Los señores del límite* (Galaxia Gutenberg, 2007). Como sea, la comparación con los poetas con la que empieza el soneto, adquiere de pronto, entre nosotros, un extraño sentido: “Encased in talent like a uniform, / The rank of every poet is well known”...

Abrazos,
Iván

El novelista

Embutido en talento como en un uniforme,
El rango de un poeta a nadie se le esconde;
Pueden maravillarnos igual que una tormenta
O consumirse jóvenes o vivir reclusos.
Son vehementes como húsares; pero aquel otro
Tiene que despojarse de su don infantil
Y aprender sencillez y torpeza, fingir
Ser alguien en quien nadie cree digno de transformarse.
Pues, a fin de lograr su más leve designio,
Debe tornarse todo hastío, someterse
A lamentos vulgares como el amor, ser justo

Entre los Justos y entre los Puercos otro puerco,
Y en su propia persona endeble, si es que puede,
Lidiar tediosamente con los males del Hombre⁷⁰.

⁷⁰ The Novelist:

Encased in talent like a uniform,
The rank of every poet is well known;
They can amaze us like a thunderstorm,
Or die so young, or live for years alone.

They can dash forward like hussars: but he
Must struggle out of his boyish gift and learn
How to be plain and awkward, how to be
One after whom none think it worth to turn.

For, to achieve his lightest wish, he must
Become the whole of boredom, subject to
Vulgar complaints like love, among the Just

Be just, among the Filthy filthy too,
And his own weak person, if he can,
Dully put up with all the wrongs of Man.

December 1938.

1 de agosto de 2017
(Lit.)

(Sin encabezado)

Acabo de leerlo. ¡Qué hermoso poema! Vaya estos versos:

“entre los Justos y entre los Puercos otro puerco/ y en su propia persona endeble, si es que puede/ lidiar tediosamente con los males del Hombre” (Auden).

Dan ganas de aplaudirlo, mierda.

Gracias por el envío, querido Iván.

Abrazos.

F.

1 de agosto de 2017
(Pol.)

(Sin encabezado)

He estado leyendo-releyendo desde el domingo, con pausa, mucha pausa, su largo poema *Dichtung und Wahrheit-Un poema no escrito*⁷¹. Son 50 divisiones o 50 poemas en prosa que se encadenan en un solo poema. Me sorprende, para comenzar, el lema en alemán. *Poesía y verdad*. ¿Por qué lo tituló en alemán? Lo he leído algunas veces a lo largo de los años, pero cada vez es más intenso y poderoso. Poema, pero además una profunda meditación sobre el lenguaje, el poema, la comunicación de los sentimientos. No puedo dejar de citar la última división poética, la L; dice:

Este poema que deseaba escribir iba a expresar exactamente lo que quiero decir cuando pienso las palabras *Yo te amo*, pero no puedo saber exactamente lo que quiero decir; iba a ser una verdad evidente y palmaria, pero las palabras no pueden verificarse a sí mismas. Así que este poema quedará sin escribir. Eso no importa. Mañana Tú llegarás; si estuviera escribiendo una novela en la que ambos fuéramos personajes, sé exactamente cómo Te recibiría en la estación: *adoración en los ojos; en la lengua bromas y obscenidades*. Pero ¿quién sabe exactamente cómo *he* de recibirTe? ¿Dama Bondad? Bueno, es una idea. ¿No podría uno escribir un poema (ligeramente desagradable, tal vez) sobre Ella? “Así que este poema quedará sin escribir.” Genial.

Abrazo.
IC.

⁷¹ “Dichtung und Wahrheit (Un poema no escrito)”, incluido en *Homage to Clio*, W.H. Auden, 1960.

El 17 de abril de 2018, F. X. Estrella envía la entrevista a Gareth Stedman Jones⁷², autor de Karl Marx. Ilusión y grandeza. La entrevista apareció en Letras Libres, España.

19 de abril de 2018
(Fil.)

(Sin encabezado)

Como de toda biografía, en el doble sentido, el de los puntos de vista del narrador, de lo que se escoge para narrar, y lo que encuentra el lector en lo narrado y en contraste con otras posibles biografías, pero lo mismo se puede decir de una teoría o todo texto u obra artística, querido Francisco.

En todo caso, Marx mismo insistía en que él no había descubierto que la historia es, en cierto sentido, la lucha entre clases, cuestión que además se restringiría más bien a las sociedades modernas, con antecedentes en ciertas sociedades con organización política estatal y jurídica, como la antigua Roma. Más aún, decía que esta tesis la había tomado de los historiadores reaccionarios frente a la Revolución Francesa. No sería el caso de grandes composiciones históricas que, siguiendo a Montesquieu, y también a Hegel, Marx concibe como “despotismo oriental”.

Lo que creía Marx es que la lucha de clases moderna desembocaría en la revolución comunista, y esto ha sido así hasta cierto punto. Solo hasta cierto punto. En el propio Marx hay pasajes que van en otro sentido: el colapso del capitalismo mundial. Hoy día es claro que la revolución comunista fue derrotada y no está más en el horizonte histórico contemporáneo.

⁷² “La lucha de clases es uno de los puntos más débiles de la teoría marxista”, entrevista a Gareth Stedman Jones por Daniel Gascón, *Letras Libres*, 1 de abril de 2018: <https://letraslibres.com/revista/la-lucha-de-clases-es-uno-de-los-puntos-mas-debiles-de-la-teoria-marxista-entrevista-a-gareth-stedman-jones/>

Pero en cambio está en el horizonte el colapso del sistema capitalista mundial, el único que existe, aunque el “partido comunista” dirija la inserción en el sistema capitalista mundial de China, Vietnam o la pobre Cuba. Y que cobre ahí tal inserción una forma especialmente despótica, o torpe, como en Cuba. Este colapso no implica, para nada, una posibilidad de “revolución comunista”, pero esto último tampoco impediría cierto modo de ser “comunista”, o cierta presencia de los fantasmas del comunismo o de Marx, no ya del marxismo desde luego, eso acabó, en las posibilidades del pensamiento contemporáneo.

En todo caso, vaya personaje ese Karl. ¿Verdad?

Abrazo,
Iván

Dirigida a Raúl Pacheco y F. X. Estrella.

20 de mayo de 2018
(Lit.)

Queridos amigos pacistas:

Es para mí un gusto enorme enviarles una nota sobre la época en que Paz, siendo embajador del estado mexicano gobernado por el PRI, era también revolucionario socialista⁷³. Me divierte y mucho.

Paz en su tumba.

Abrazos,
IC.

⁷³ Gerardo Lammers, “El contagioso Mayo francés: correspondencia entre Paz y Orfila”, *Confabulario*, suplemento de *El Universal* (el mismo artículo se reproduce en la página web de *El Universal*, bajo el título “El contagioso Mayo francés en Paz, Orfila, Fuentes y Pacheco”, 19 de mayo de 2025. Disponible en: <https://confabulario.eluniversal.com.mx/el-contagioso-mayo-frances-correspondencia-entre-paz-y-orfila/>).

20 de mayo de 2018
(Lit.)

(Sin encabezado)

El verdadero sepulturero de la revolucioncilla de mayo de 1968:
Michel Houellebecq:

Tal vez, aunque ya no cumpla los cuarenta, Michel Houellebecq siga siendo el *enfant terrible* de la literatura francesa. Pero para terrible, el mal rato que ayer le daba a la traductora (y al humilde cronista) durante sus entrevistas en Madrid, donde ha participado en La Noche de los Libros. Y no por malencarado o maleducado, ni tampoco por vanidad o por chovinismo. No, nada de eso. Terrible porque terribles eran los silencios (se supone que reflexivos) tras las preguntas. Silencios en los que el autor de *Plataforma* parecía rebuscar las respuestas (en lugar de hacerlo en el viento, como cualquier mortal) en los últimos y más arcanos recodos de su cerebro.

Primero, bromeaba ante una de esas preguntas para abrir boca, sobre el Mayo del 68, una de sus bestias negras oficiales (“para no decir ninguna tontería, voy a contarle lo mismo que a sus compañeros”), aunque luego las bromas quedaban aparte y como un rayo divino iluminaba el panorama de la nostalgia de aquella supuesta (a este paso acabará en presunta) revolución. «En Mayo no hubo gran cosa, ni grandes acontecimientos. Lo importante fue antes, como el rock, los Beatles, la píldora, en 1967, y, en 1966, la minifalda. A lo mejor deberíamos haber realizado una gran conmemoración en el aniversario de la minifalda, en 2006⁷⁴.

F.

⁷⁴ Manuel de la Fuente, “Houellebecq: ‘Celebremos la minifalda, no el Mayo del 68’”, *ABC Cultura*, 25 de abril de 2008. Disponible en: https://www.abc.es/cultura/abci-houellebecq-celebremos-minifalda-no-mayo-200804250300-1641821384264_noticia.html

20 de mayo de 2018
(Lit.)

(Sin encabezado)

Ojo, querido Francisco —y también querido Raúl—, que yo no hablaba de la “revolucioncilla”, sino que les embromaba con Paz y su declaración acerca de la “verdadera revolución socialista”. Y eso por molestar a mis queridos amigos a propósito del culto al poeta “liberal” Paz.

Houellebecq hace demasiado ruido, pero ninguna nuez, querido. Sobre los acontecimientos históricos, las declaraciones cínicas para la tv o el periódico no tienen importancia, carecen de peso. Es obvio que Mayo 68 no fue una “revolución” en estricto sentido, ni tampoco hoy día se puede seguir sosteniendo esos cuentos de entonces acerca de la utopía y otras sandeces —dejemos esa nostalgia a Fernando Tinajero—, pero es un acontecimiento de enormes repercusiones en la historia europea y occidental. Yo diría, siguiendo a algunos que han sopesado el acontecimiento, que no fue una revolución sino más bien la manifestación del fin del período de las revoluciones modernas. Síntoma de los profundos cambios dentro del trabajo, de la tecnología y sus efectos, el acabamiento de la tradicional distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual, el fin de los intelectuales, cuestiones que tienen que ver con el fin de la universidad europea tradicional, con el paso al dominio del capital financiero en los mercados, con la creación de los mercados del conocimiento, con los cambios en las industrias culturales, etc... Poco después se acabó el patrón de oro como soporte del valor de las monedas, ya entonces amanecía la automatización y poco más tarde iniciaría internet... ¿y ahora?

Desde luego, en ese momento, Louis Malle o Alain Resnais, Sartre o Duras, Foucault o Blanchot, o cualquier dirigente estudiantil europeo, o Paz o Fuentes o José Emilio [Pacheco], podían saber

qué pasaba. Pero en menos de una década ya había una cantidad de reflexiones muy importantes sobre el asunto, desmitificando la “utopía revolucionaria”, como da cuenta por ejemplo el libro de Lyotard de título tan problemático, *La condición posmoderna*. No se iba en dirección de una superación de la sociedad industrial, sino de una industrialización general de la producción de bienes y servicios, lo que sí intuyeron los jóvenes de la “revolucioncilla” en su crítica a la “sociedad de consumo”, aunque luego toda esa generación sucumbiera al consumismo.

El problema, querido Francisco, es que en esa negación de la reflexión sobre los acontecimientos, que viene como anillo al dedo a cierto cinismo de los escritores de la sociedad de consumo, del consumo de la industria cultural, se tira por la borda una cuestión esencial: el pensamiento.

Confieso que no he leído las novelas de Houellebecq. Tal vez hasta sea un buen novelista. Pero las entrevistas que he leído me han dado una imagen de un cínico intrascendente, lo que hace que no tenga el menor interés por lo que escriba. Es un prejuicio, es cierto.

Además, en una apreciación de Mayo del 68 que sea justa, no un comentario cínico, siempre sería necesaria la consideración del contexto, y por supuesto entonces, los *beatniks* y los beatles, los rolling stones y los situaciones, el cine de Resnais o el de Fellini, el estructuralismo y sus consecuencias en las ciencias sociales, etc., etc.

Abrazos.

ic

PS: Hay que añadir que Paz demostró una alta consecuencia en esos días, pues luego de la matanza de Tlatelolco renunció a la embajada en la India y públicamente criticó a Díaz Ordaz y se solidarizó con los estudiantes.

19 de agosto de 2018
(Fil.)

Querido Iván,

Te envío esta entrevista a Richard Sennett⁷⁵. Hace exactamente veintidós años leí el único libro que conozco de él, *El declive del hombre público*, ese gran volumen. Como quizá te dije en un viejo e-mail, poco me interesan ya las obras de sociólogos, al menos de aquellos por los que perdía la cabeza cuando era un estudiante. Claro que hay grandes obras, grandes pensadores en el ramo, pero ya pocos son para mí. Uno de ellos, Sennett, más bien el tipo de sociólogo modesto, más observador que otra cosa, restringidamente especulativo, de inferencias limitadas pero interesante.

Un fuerte abrazo,
F.

⁷⁵ “Richard Sennett: ‘Lo gratuito conlleva siempre una forma de dominación’”, entrevista de Anatxu Zabalbeascoa, *El País*, 18 de agosto de 2018. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2018/08/09/eps/1533824675_957329.html

20 de agosto de 2018
(Hist.)

Querido Francisco:

Gracias por la entrevista. No he leído a Sennett, pero lo que dice en la entrevista es muy interesante. Ese tema del declive del “hombre público” resulta inquietante. Anteriormente, había leído una entrevista a su esposa, Saskia Sassen, a propósito del premio Príncipe de Asturias, me pareció una mujer brillante. La ironía que lanza desde la otra habitación, en la entrevista, me hizo reír.

Envidio algo de la “educación judía”: la música. Solía embromar a mi madre reclamándole porque no hubiese venido con mis genes la posibilidad de tocar algún instrumento; me gustaba de adolescente el fagot, quizás porque en una orquesta no ves nunca al músico, aunque el instrumento sobresale allá al fondo, hacia el centro.

Sobre los sociólogos: creo que es hora de discriminar entre sociólogos. Como en el caso de los novelistas o de los músicos. Distintos “géneros”, novela negra o erótica, jazz, rock, o sinfónica. Grandes, medianos y francamente malos novelistas o músicos. Creo que en la escuela de sociología de la Central no tuviste, hablando con propiedad, maestros que fuesen sociólogos. ¿Alguno de nosotros te enseñó algo de sociología? ¿Quién? Eran o éramos mayoritariamente marxistas, y de la época de la definitiva decadencia del marxismo. Eso no resta, a mi modo de ver, ni su dimensión a Marx y algunos de sus continuadores, ni la actualidad de alguna de sus tesis, así como la obsolescencia de otras. Es la historia del pensamiento y de sus vicisitudes. ¿Al menos te hicieron leer a Weber, a Simmel, a Aron?

Hay otro aspecto de la entrevista que me gustaría destacar: esa precisión respecto de la sociología teórica y la antropología de la vida cotidiana. Alguna vez, cuando me tocó trabajar en el

infierno, en Babahoyo y Guayaquil, luego de leer algún trabajo de etnografía me acometió el deseo de estudiar antropología. Y acometer el tema de la vida cotidiana. Eso de ser básicamente autodidacta, como nos ha tocado ser en estas remotas regiones del mundo, es un problema y nos lleva por una parte a la dispersión, con el peligro del diletantismo, y por otra, hacia ese maravilloso placer de ir de un asunto a otro, cierto vagabundeo intelectual. O de una forma de humanidad a otra, de una cultura a otra, de época en época. Leer a Mauss, a su maestro Durkheim, a Frazer, a Malinowski, a Lévi-Strauss, a Godelier, fue durante años motivo de verdadera alegría espiritual. O a Simmel, a Caillois, a Eliade. Junto a Joyce, a Kafka, a Bataille o la *Fenomenología del Espíritu*. Ya conoces mi afición por la historia... y por las semiologías y las filosofías... El gran dolor: no haber podido estudiar matemáticas, más concretamente, la topología. Junto con la música, claro, aunque algo me compensan las artes contempladas, las que crean manos y mente para la visión: la pintura, la escultura, la arquitectura. Y, claro, el poema.

Pero hay más sociólogos, tanto “teóricos” como “empíricos”, que a mí me parece que valen la pena, no solo los clásicos, sino algunos contemporáneos. Bauman, por citar uno. O Roger Bartra entre los hispanoamericanos. Lo que no cabe es decidir en contra de la sociología a partir de algún profesor de la Central o de la FLACSO. A propósito de esta, no sé si has leído a Eduardo Kingman. A mí me gustó su libro sobre la vida cotidiana de Quito a fines del XIX.

Yo creo, querido Francisco, que debemos cuidarnos de frases altisonantes que podemos perdonárselas a Vásconez, animal estrictamente narrativo, pero a tu pesar —como también es mi caso— tenemos registros intelectuales más amplios. Por decirlo de alguna manera, Vásconez, por más que viajen él y Kronz, es irremediablemente sedentario, vive en su casa de la calle Carvajal extendida hacia el este unos doscientos cincuenta metros, al parque de Santa Clara, y con la ayuda de Kafka, Onetti o Le Carré puede llegar hasta algún hotelucho de la Mariscal o

un cuartucho de San Roque. Y ese ámbito está lleno de mundo. Yo no tengo esa suerte, o, por suerte, acá, encerrado en Yaruquí, un Leroi-Gourhan me lleva con facilidad treinta mil años atrás a examinar mano y cerebro del *homo sapiens*, en el intento de entender algo de cómo entramos ahora en esta época de la llamada inteligencia artificial. ¿Cuestión teórica? Por supuesto, y también empírica. ¿Acaso no te escribo esta nota desde un iPad? Y acaso no constato la ortografía de A L-G a través de Google? ¿Y acaso no tiene que ver este manipuleo sobre la pantalla con esas formas zoológicas de las que habla el paleontólogo, así como la memoria y sus registros con los gestos arcaicos?

No, querido Francisco, no intentes librarte ni de la sociología, ni de la antropología, ni de la historia. Ni de la poesía o la música. No cabe, no tiene sentido. Eso sí, discrimina, dejándote llevar más por cierto instinto del intelecto que por la pasión. Creo que la gran trampa de quienes leen a Nietzsche como “poeta”, que lo es, sin duda, uno de los imprescindibles pensadores para nuestra época, es que no se dan cuenta de que es su excepcional intelecto el que habla acerca de los afectos, para decirlo del modo spinoziano, de las pasiones, en su implacable deconstrucción de ideales, en su demolición de idolatrías. Eso no quita que tengamos que apasionarnos también. Pero no es la pasión, y menos aún una suave molestia que proviene del cojín, lo que debe llevarnos a emitir sentencias concluyentes sobre los saberes, incluso sobre los dogmas religiosos. Tan ridículo es “cagarse en dios” como en la sociología...

Tenemos que encontrarnos alguno de estos días...

Abrazo,
IC.

27 de agosto de 2018
(Hist.)

Querido Iván,

Sí, suele ser edificante, no menos que una alerta, recibir tus cartas respecto de los asuntos que nos preocupan. El doctor Echeverría [Julio, profesor de sociología, politólogo] fue el único que tomaba partido por la enseñanza de la sociología en esos remotos años de mis estudios, y debo decir que gracias a él leí varios clásicos entre los que se cuentan algunos de los que mencionas, en particular Durkheim, Mauss y Simmel que siempre me han interesado, además de Max Weber y Marx. No diré que los leí *bien*, quizá solo hice un esfuerzo consistente con Marx y Weber, de la obra de los otros no hice *estudios* sino *lecturas*, si me permites la distinción entre esas nociones: no me senté a leer con intención sistemática a Simmel, por ejemplo, tomé sus libros de modo disperso y feliz, como quien se interna en selvas deslumbrantes y amenazantes, con cuidado y con alguna mala brújula. Transitó con demasiada irresponsabilidad camino de los más contemporáneos y a un par sí me dispuse a estudiarlos con lápiz y papel, cuyos nombres prefiero olvidar. Digo *irresponsabilidad* porque en esos primeros años de la década de 1990 hubiera deseado construir líneas de estudio y reflexión que me permitieran ser un sociólogo serio y un *intelectual* más sólido. Pero no duró mucho: mi alejamiento de la sociología como disciplina vino apenas un par de años después de terminar la carrera. Me decepcionó lo poco práctico y demasiado especulativo, a la medida de quien fui esos años.

No por ello minimizaré mis lecturas y te doy la razón en algo que, ahora que lo mencionas, asumo con mayor tranquilidad: no debo desprenderme gratuitamente de estudio o figura alguna, tal como lo dices, porque mis intereses intelectuales son más amplios. También creo que hay sociólogos de una y otra especie,

empíricos o teóricos. Por mencionar un asunto cualquiera: ahora puedo leer con rapidez e interés a un Daniel Bell, a un Richard Sennett o a Escalante Gonzalbo, este mexicano cuya obra es de mucho interés, sin lucha interna alguna. Pero, como dices en otro de tus mails más recientes, hay tanto por leer y tan escaso tiempo. Me refiero a que prefiero lo más *literario* y, por qué no decirlo, tras tus recomendaciones del último lustro, también la historia y el periodismo, periodismo escrito que me fascina. Mis años en las ciencias sociales —ahora que lo veo fueron muy pocos, *strictu sensu* — me proporcionaron algo que señalo sin veleidad alguna: cierta destreza, una gimnasia mental, para entender textos teóricos, quizá con más pericia que algunos de mis contemporáneos en este país. Creo que puedo penetrar en ciertas líneas intelectuales centrales de sociólogos, incluso preverlas, y de ciertos pensadores de *middle range*, como los llamaba Robert Merton, no así de los más teóricos, profundos y densos, no se diga de filósofos y otros pensadores.

Lo que diré puede sonar ingenuo o altisonante, pero mi intención es aclarar mis propias ideas: el faro desde el que hoy deseo observar la playa es el ensayo literario de raíz inglesa, francesa y latinoamericana y la crítica literaria. Desde ese visor, echar mano de herramientas intelectuales como aquellas que vienen de pensadores como esos sociólogos y otros, biólogos, arquitectos, historiadores. Desde un montículo —que no un pedestal, espero— me gustaría pensar en lo que es de mi interés, en lo literario e intelectual, sin albergar temor alguno en tomar, para una observación, un concepto de Lévi-Strauss, una idea suelta de Sainte-Beuve o una impresión de Susan Sontag.

Aquí apuntaré algo que quizá rechina: sí, soy un *diletante*, palabra que muchas veces oí pronunciar en boca de mis profesores de la facultad, hace veinte años, con desprecio en un enfoque que, ahora para mí, es por completo distinto tras leer a diletantes de buena factura. Los juegos del intelecto son tan interesantes como los grandes descubrimientos. Al respecto quiero escribirte un mail más amplio, querido amigo.

He leído tus mensajes con mucha atención, en especial a lo que atañe a salir de este país. Es un hecho: debo hacerlo.

Un fuerte abrazo.

F.

27 de agosto de 2018
(Hist.)

Querido Francisco:

Mi llamado de atención, que lo era, tenía que ver con el tono cortante contra la sociología y los sociólogos. Así, en bloque. Y esto porque en nuestro medio, no sé desde cuándo ni con qué autoridad intelectual, en el mejor sentido de los dos términos, echamos abajo pensadores, teorías, disciplinas o ciencias. Cualquiera dice tonterías sobre “física cuántica”, y también cualquiera declara olímpicamente que la física cuántica le tiene sin cuidado... ¿hay alguno que entienda algo de física cuántica? ¡Ojalá! ¡Qué bien nos haría!

Yo comprendo bien que tu paso por la sociología fue circunstancial. Está bien, incluso, que hayas renunciado a la sociología “como vocación”. No creo que haya sido tu vocación. Tu vocación está en otra parte, la literatura. Y más, el arte literario y *ante todo la narrativa*. Por tanto, es obvio que prefieras bucear en novelas, relatos, comentarios o críticas, y biografías, cine como narrativa... luego, poemas, tragedias, comedias (arte dramático), cine poético... música... y otros ámbitos de la cultura, incluida la sociología o la antropología que puedan tentarte todavía.

Y dado que la vocación va por esos rumbos, una cuestión fundamental es la de paladear, sopesar, probar con delicadeza cada vocablo, cada frase. Es a lo que me refería ayer, con algo de mala leche, y sobre todo con cierta sorna, a propósito de los títulos de los libros de Villoro. Todavía no me convence el título de tu libro [El corazón de un canalla], eso de *canalla* no creo que sea acertado, el narrador y protagonista no es un canalla, tal vez un “perverso”, pero no un canalla.

Es oportuna tu observación acerca del “diletante”. Yo suelo usar el término para referirme a una actitud muy común entre

nuestros artistas, escritores e intelectuales: la vaguedad, la inconsistencia, la incongruencia, cierta pereza para eximirse de pensar, para evitar compromisos con su quehacer, es decir, la debilidad, la patraña. Pero no es el único sentido del término.

Tampoco es nada serio ser un diletante en ese sentido. Uno puede vivir su vida como quiera, como a bien tenga, como pueda. Es más, dado mi natural escepticismo ni siquiera deberían importarme los diletantes en ese sentido de la debilidad. Lo que pasa es que tampoco son seres interesantes, se tornan repetitivos, baladíes, se sorprenden ante cualquier trivialidad. Son triviales. Si mis amigos se pierden en la diletancia corro el riesgo de quedarme sin amigos.

El DRA es bastante preciso en la definición de “diletante”⁷⁶.

Abrazo,
ic

⁷⁶ diletante. Del it. *dilettante* <que se deleita>. Adj. Conocedor de las artes o aficionado a ellas. U. t. c. s. adj. Que cultiva algún campo del saber, o se interesa por él, como aficionado y no como profesional. U. t. c. s. U. t. en sent. peyor. Sin.: aficionado, entendido, entusiasta, amante, admirador. Adj. Que cultiva una actividad de manera superficial o esporádica. U. t. c. s. U. t. en sent. peyor.

6 de septiembre de 2018
(Pol.)

Querido Francisco:

Te envié hoy día una nota cultural de *El Mercurio* de Santiago de Chile sobre otro manicomio, esta vez, pura ficción poética de Huidobro⁷⁷, esa obra de teatro de gignol *En la Luna* (1934) en la cual compiten algunas decenas de candidatos a presidente de la Luna, entre ellos, el propio poeta o su efigie en títere. El poeta, no el títere, había sido propuesto como candidato en 1925 por la federación de estudiantes, pero le negaron la inscripción, por lo que terminó apoyando al candidato de izquierda. ¿Qué hubiera pasado en Chile, en América Latina, en Occidente, si el poeta de *Altazor* hubiese alcanzado la presidencia de ese país? Desde luego, habría desterrado a Neruda al desierto de Antofagasta, sin vino, sin mujeres, sin Whitman y sin Lorca, eso es claro, y Chile hubiese perdido la mitad de sus Nobel. O tal vez hubiese intentado levantar unos dos mil metros el Aconcagua para superar al Everest, no sé.

El envío de la nota sobre el libro de Bob, discúlpame que te lo haga notar, es un poco tardío⁷⁸. La nota circuló ayer. Tengo la impresión de que la señora Adoum te esconde los periódicos matutinos y te los hace llegar a la noche, justo cuando tú te preparas para saltar a las tenebrosas calles por donde transitan los casanovas posmodernos... y así te retrasas en la percepción de este mundo acelerado (por descontado, también hay que tomar en

⁷⁷ Pedro Bahamondes, “Los nuevos horizontes de Vicente Huidobro”, *La Tercera*, 6 de septiembre de 2018. Disponible en: <https://www.latercera.com/cultura/noticia/los-nuevos-horizontes-vicente-huidobro/308776/> (Carvajal debe haber confundido el nombre del diario en que apareció este artículo).

⁷⁸ Antonia Laborde, “Un libro de Bob Woodward dibuja la Administración de Trump como un ‘manicomio’”, 5 de septiembre de 2018. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2018/09/05/actualidad/1536108080_274204.html

cuenta, a más de la señora Adoum y sus posibles intenciones, los efectos del chuchaqui).

Ahora bien, ¿por qué hago esta observación? Porque al libro de Bob se suma esa otra bomba dentro del manicomio que es la carta dirigida por un funcionario de la Casa Blanca al *New York Times*⁷⁹ (anónima, es cierto, aunque según el diario, han verificado la información con varios espías o chismosos palaciegos) de cómo le roban o le ponen documentos para que firme el Bobo. ¡Genial! Con ello, como cuenta Bob y como ratifican el informante anónimo y otros espías, el Bobo tuitea, pero quienes gobiernan son unos cuantos funcionarios del aparato burocrático (al parecer, todos del Partido Republicano) que le ponen o le sacan los papeles al Bobo. El Bobo juega ping-pong con el otro muchacho, Kim,

y aquí comienza lo interesante. Porque no solo los seguidores y secuaces del Bobo (decenas de millones), sino también muchos intelectuales, economistas y expertos politólogos (con PhD o simples peluqueros o contertulios de cafetería) creen que lo del Bobo y el muñeco Kim va en serio.

Mientras tanto, en atardeceres de tedio siberiano, Putin envía un par de muchachos para que hagan un trabajito en Inglaterra, solo para divertirse viendo cómo los burócratas y agentes del MI5 y del MI6 se despliegan por Gran Bretaña: miles y miles de horas de grabación registradas por cámaras de aeropuertos, carreteras, hoteles, pubs, prostíbulos, supermercados, cientos de perros que olfatean rastros, decenas de *think tanks* que analizan millones de datos procesados por supercomputadoras, y todo ello en medio del enredo del Brexit, las payasadas del patán (conservador) Boris Johnson, y de las acrobacias del líder laborista Jeremy Corbyn, un verdadero moreanista británico (sí, moreanista, no morenista, o si prefieres, alejandrino).

⁷⁹ “Soy parte de la resistencia dentro del gobierno de Trump”, columna de opinión anónima, 5 de septiembre de 2018. Disponible en: <https://www.nytimes.com/es/2018/09/05/espanol/opinion/resistencia-gobierno-trump.html>

No deja de ser un buen augurio, desde luego, que el moreanismo (o los alejandrinos) se tomen la dirección de la izquierda británica. ¡Avanza, avanza el antimperialismo por América Latina, y ya conquista las playas shakesperianas! Eso no lo soñó ni siquiera Huidobro. Del otro lado, en el Continente, como dicen los británicos, la señora Merkel viste el semimilenario hábito de pastora luterana, y trata de poner un poco de orden para sostener los restos del Sacro Imperio, mientras en el vecindario, de un lado aparece el joven Macron haciendo el ridículo de encarnar el personaje de Napoleón IV, y de otro, esa sarta de fantoches neofachos italianos, húngaros o polacos...

en fin, Europa en su irremediable ocaso, y también en ocaso su extensión llamada América Latina (esto es materia para una sesuda reflexión y un voluminoso ensayo, lástima, como tú dirías, que ya no hay ni paces ni gassetes ni vasconcelos que lo intenten)...

Sin embargo, lo decisivo viene del lado de Xi. Casi en silencio, una maquinaria que se ha venido configurando y perfeccionando desde hace 2.500 años a partir de las enseñanzas de Confucio, a la que se suma la calma budista y a la vez una cabal precisión en cuestiones relacionadas con la crueldad en los castigos y con los ascensos y premios burocráticos, precisión vinculada también con el cálculo y por consiguiente con el comercio y la usura, han preparado las posibilidades del imperio mundial chino. Xi, el emperador, es la efigie que resume esa compleja maquinaria humana sustentada en la precisión, la eficacia y la eficiencia, en la superación del individualismo burgués en un individuo colectivo casi anónimo: basta mirar las fotografías o vídeos del último congreso del partido: miles vestidos de modo idéntico: trajes negros, camisas blancas, corbatas rojas, el mismo nudo en todas ellas, respirando al unísono, sentándose, parándose o aplaudiendo rigurosamente al mismo tiempo: pura “inteligencia artificial”. Como intuyó Kafka, en el imperio no se mueve una hoja, no cae una pluma de pato, sin que el emperador —la maquinaria imperial, en efecto— no lo sepa, lo registre,

lo programe o lo sancione... a cada uno envía su mensaje el emperador, todos son idénticos o intercambiables, pero cada uno recibe su mensaje de modo individualizado, específico... ¿acaso no es eso “comunismo”? (bueno, sí, según la percepción de los liberales, al menos, y de los socialistas del siglo XXI).

Que juegue Putin con sus espías y venenos, que juegue Kim con sus dos bombas atómicas, que juegue el Bobo con sus tuits y papelitos, que la luterana señora tenga paciencia con sus napoleones y duces, que se reproduzcan como conejos hindúes o africanos, mas, como decía un filme cómico italiano de los sesenta, *la Cina si avvicina...*

Habría que examinar filosófica, antropológica y teológicamente las relaciones entre la milenaria máquina china (Xi y la compleja burocracia) y las supercomputadoras y la inteligencia artificial. Por ahí parece dirimirse la cuestión, entre Shangai / la Sagrada Pekín y Silicon Valley. Entre la sofisticada maquinaria china y la no menos sofisticada maquinaria de esos funcionarios que esconden o ponen los papeles para que firme el Bobo.

En cualquier caso, tiene razón nuestro querido amigo Alejandro. Corrijamos lo dicho antes: Jeremy es un moreanista de tercer mundo (sé que Vásconez se irritará al ver cómo trato a su amada Inglaterra, tan venida a menos que hasta luteranos, napoleones y napolitanos hoy la tratan a puntapiés), es China la que avanza,

¡Alerta, alerta que camina China por América Latina! y por África, por Europa, ya arriba a Texas y Kentucky...

como diría algún novelista poniendo en boca de su personaje: “Y finalmente, ¡gracias a Dios!, triunfa la revolución comunista o confucionista, qué más da, gracias a la gran maquinaria china. Ya ves que teníamos razón. Razones sobran para el optimismo...”

Ojalá este minucioso examen de la situación mundial contribuya, querido Francisco, a mejorar tus asesorías puntuales

al morenismo (que no al moreanismo, que ya es inmejorable en sí mismo)...

Te aconsejo estudiar mandarín, parece urgente, y cambia a tus guaguas de colegio: Francia ya se hundió, también Inglaterra...

abrazos,
ic

6 de septiembre de 2018
(Pol.)

Querido Iván,

No sabes cuánto he disfrutado esta carta. En ciertos pasajes me he reído a carcajadas, ahora que, poco a poco, parezco petrificarme en mi viejo San Juan, *cuántas-noches-forjé-en-mis-noches-de-infancia*. Además, siempre cabe un estremecimiento: esta mañana comencé a escribir un artículo acerca de las nuevas histerias mundiales contra lo “heteropatriarcal”, y precisamente comencé con las anécdotas de Trump y los papeles que le roban. Como prefiero pensar, se trata de una premonición, me refiero al contenido de tu carta.

Creo que podríamos vernos antes o después del 14 tan esperado. Para más premoniciones o para machacar el 14.

¡Por favor!

Un fuerte abrazo.

F.

18 de septiembre de 2018
(Hist.)

Querido Iván,

Estoy enloquecido con la lectura del libro de la bisnieta de Benedetto Croce, *Los últimos libertinos* de B. Craveri, sobre el que hablaba el artículo que tuviste la amabilidad de enviarme⁸⁰ y que también me lo recomendó mi amigo Diego Pérez. Como soy un fanático, me puse a compilar música del Gran Siglo —suelo unir música en YouTube— e hice una lista de fragmentos y alguna que otra obra completa. Te la envío, querido amigo:
https://www.youtube.com/playlist?list=PLbhzKj_I4sJmJCb0uXlZYVfnWT8gqfhcf

Con un fuerte abrazo.

F.

⁸⁰ Andrea Aguilar, “Al rescate de los libertinos en la era del #MeToo”, *El País*, 21 de agosto de 2018: https://elpais.com/cultura/2018/08/20/actualidad/1534779904_992535.html

19 de septiembre de 2018
(Hist.)

Querido Francisco:

Gracias por el envío de música barroca y también por los artículos sobre Vitale, estos ya los leeré.

Supongo que el libro de la nieta de Croce será estupendo. Veo que la Craveri dedica su estudio al siglo XVIII, y que tiene algunos otros libros publicados por Siruela en español. Encontré un PDF de uno que, por el índice, se ve de lo más interesante, sobre la conversación. Me alegra que hinques el diente en textos históricos. Supongo, también, que comprenderás que cada forma de vida responde a su época. Hegelianismo puro y casi de perogrullo. Toda imitación resulta a la postre ridícula y pobre. ¿Cabe el libertinaje en el siglo XXI? Así como somos hegelianos sin remedio, como decía Foucault, hoy día somos también foucaultianos, creemos que lo echamos por la puerta y cuando volvemos, sigue ahí. Y algo que nos enseñó Foucault es que la modernidad era una época que había acabado con la supuesta represión —en sentido confesional, psicoanalítico y más—, por el contrario, creo la sociedad de la confesión abierta, del diván psicoanalítico, de las autocríticas comunistas, etc. ¿Y qué, con la transgresión? De los libertinos dieciochescos —Casanova, Sade, toda la aristocracia decadente de la época—, de sus contemporáneos que vulgarizaron la muerte y el asesinato (los duelos, los revolucionarios fanáticos de la guillotina), de los filósofos de la ilustración —de Locke o Voltaire, pasando por Diderot y los enciclopedistas, también Rousseau, hasta Kant, y sus herederos—, de las fascinantes mujeres de los salones y de las primeras novelistas —¡Madame de Stäel!—, en adelante, no hay moral o dogma o muro mental que no se haya transgredido. Hoy la transgresión es algo trivial. Y el que quiera puede ser

libertino; como que la “santidad” ha llegado a ser lo más difícil. ¿Qué sería un “santo” en nuestros días?

Y bueno, la música, del barroco del XVI o XVII a los grandes clásicos y románticos. Es el momento de la música. ¿Dios encarnó en Bach o en Mozart, o en los dos? ¿quizás el demonio en Beethoven? De lo que no cabe dudar es de que a Ludwig lo demoníaco lo persiguió y atormentó toda la vida. Mientras a su vera Goethe gozaba de buena salud y favores de los príncipes.

Ahí va el enlace con el libro de Craveri sobre la conversación⁸¹.

Abrazo,
ic

⁸¹ Se refiere a *La cultura de la conversación*, Benedetta Craveri, Editorial Siruela, 2004.

3 de octubre de 2018
(Hist.)

(Sin encabezado ni firma. De Carvajal a Estrella con el enlace al artículo de J. M. Lasalle)

QDDG!

https://elpais.com/elpais/2018/10/02/opinion/1538490768_402026.html⁸²

⁸² “Por un liberalismo crítico”, José María Lassalle, *El País*, 3 de octubre de 2018.

3 de octubre de 2018
(Hist.)

Querido Iván,

“QDDG!”:

Jajajá.

Pero vaya artículo. Coincido con sus argumentos casi en su totalidad, más en los párrafos de diagnóstico, brillantes de este José María Lasalle a quien no conocía. Solo los dos párrafos que antelan el cierre, el que comienza con “Si las ideas liberales quieren recuperar su vigencia...” y el de “El liberalismo del siglo XXI tiene que ser un liberalismo crítico” me trajeron a la memoria esa declaración de buenas intenciones en que parecía desembocar la enorme y por momentos impenetrable obra de aquel Jürgen Habermas, nunca bien abarcado, al parecer nunca completamente comprendido. En el fondo de mi corazón, aún en mis fanáticos veinte años, me preguntaba: ¿despliegue así de titánico para esta conclusión? ¿Que todos nos pongamos de acuerdo en ciertas convenciones, determinadas por el Estado liberal, para no reñir como en Altamira? Aún recuerdo la fórmula, *la promesa de un acuerdo sin coacciones*. ¿Eso es todo, desentrañamos la obra, el programa filosófico y político de tantos autores, centrales en la tradición occidental, para añorar un *devoir être*, *la promesa* de un acuerdo entre los seres humanos mediada por el intercambio lingüístico, por, teóricamente, igualdad de condiciones para la comunicación entre los seres? Sé que en ese tiempo debíamos gustar, al menos yo, de lo que se denominaba *horizonte utópico* —una especie de gas de ciertas teorías cercanas a la de Habermas—, pero ya no más. En 2018, no más.

Me da la impresión de que ese planteamiento del *horizonte utópico*, también en el artículo de Lasalle —algo de sospecha me viene al, curiosamente, apellidarse “Lasalle”, el ensayista—,

si es ese tipo de horizonte lo que dibuja el autor en el par de párrafos de mi desacuerdo y no otra cosa, que me lleva a pensar en algo concreto: ¿no obstaculiza la posibilidad de pensar pragmáticamente —ah, la famosa praxis—, es decir, histórica e, incluso, políticamente, esa declaración utópica, ese pliego de buenas intenciones? ¿No hay una desconexión entre diagnóstico tan atinado, desde mi punto de vista, versus conclusión tan ingenua? Porque si no me he desviado, el autor, ante la desesperación de que el liberalismo crecido con la modernidad no dé más en los tiempos actuales —los tiempos del populismo, podríamos pensar—, convoca a enfrentar los miedos y desafíos actuales. Pero, ¿qué propone?: utopías, utopías, utopías, y más utopías: buenas intenciones “críticas”.

Me preocupa ese final: ¿será que tú irónico “QDDG!” tiene razón de ser?

La parte izquierda de mi ser se sobrecoge. Es la liberal.

Un fuerte abrazo.

F.

4 de octubre de 2018
(Hist.)

Querido Francisco:

“Josema” lleva adelante un combate sostenido contra el populismo, e Íñigo —buen discípulo, según dicen, de Laclau y su compañera Chantal— suele ser contertulio-contrincante del lassallano militante del PP. Por ahí mantuvieron una polémica muy civilizada en las páginas de *El País* hace unos meses. Los dos, el discurso de Lassalle y el discurso de Errejón, me parecieron soporíferos, empedrados de buenas intenciones, de lo que llamas “horizonte utópico”. Tienes razón, Josema se aproxima a Jürgen, otro soporífero sacerdote. No se les puede negar a unos y otros una raíz común, de origen platónico: el Bien supremo, ese gran objetivo (que comparten con judíos, cristianos, musulmanes, algo distinto, desde luego, del nirvana). Platonismo corregido luego por el cronómetro de Königsberg: la política encaminada a instaurar el reino de fines, el reino de los reinos, el Bien. Y ninguno de estos santos varones, a los que han venido a sumarse una procesión de monjas santurronas, se detiene a pensar en la escisión fundante de lo humano y de lo social entre bien y mal, entre la forma y lo informe, en la carencia y la posibilidad de construir/destruir... y en la inestabilidad del lenguaje, en la confrontación que es parte inseparable de la comunicación, a pesar de que sobre el lenguaje y la comunicación edifican todas sus construcciones utópicas. Esa sopa habermasiana a la que te refieres es buena muestra de ello. Jürgen, desde luego, aparece en el “otro lado” de la “democracia liberal”, el ala izquierda, europeísta, partidaria del Estado de bienestar, de la apertura de fronteras; no creo que Josema esté en el costado más derechista de su partido, el costado cuasi-franquista, el de Aznar, pero habría

que preguntarle sobre sus ideas económicas. ¿Es ahí también un liberal? ¿A lo Hayek?

Por suerte tenemos a Nietzsche y sus martillos para golpear a los santos sacerdotes (y sacerdotisas) y sus ídolos. Y a esos maestros del realismo político, Hobbes y (para mí, sobre todo) Maquiavelo y Spinoza. Realismo no en el sentido de que nos preparen para ser “maquiavélicos” o buenos siervos del Soberano, sino para comprender la realidad sin “horizontes utópicos”. También Marx, por supuesto, que hasta donde yo sé (y lo he leído bastante) nunca ofreció un horizonte utópico, aunque habló de la posibilidad de la revolución comunista (no del “sistema comunista”) o de la posibilidad del derrumbe del capitalismo, es decir, de la posibilidad (cierta, por lo demás) del colapso de una forma histórica, el “sistema capitalista mundial”. Y en eso estamos; no, desde luego, en la revolución comunista, esta posibilidad decimonónica fracasó.

Me sorprende que “Josema” no se haya detenido a pensar en torno a un libro capital en el pensamiento político del siglo XX, que está a punto de cumplir su centenario: *La dictadura*, de Carl Schmitt. Maldito Schmitt, ideólogo del nacionalsocialismo, no cabe duda, y, por vía de la democracia plebiscitaria, directa, abuelo de los populistas de hoy, sean del M5S —hoy aliados de la derecha más repugnante, la de la Liga Norte, xenófoba, antieuropeísta—, de Podemos, o los de acá, peronistas, correístas, y tantos otros semejantes. Maldito y sin embargo uno no puede dejarlo al margen, si se quiere pensar el “destino” de los estados, las naciones, la democracia... en otras palabras, la historia.

¿Quiere decir todo ello que habría que abandonar la acción política y la expectativa de democracia? Yo no lo creo. Aunque la acción política se limite apenas a defender un espacio público para la conversación, para el debate, para defender el derecho a ser un libertino o para reírnos del pretendiente a libertino, y así... otra noción de lo democrático.

Por último (por esta vez), el liberal es un idólatra que sigue creyendo en la libertad del Individuo, en el Yo, mi Conciencia/

Autoconsciente, mi Voluntad. Mi casa, mi perro, mi esfuerzo... Y el populista, un idólatra que cree en el Pueblo, así como la fe comunista (¿se puede ser comunista sin fe?, una buena pregunta que queda tirada al aire) idolatraba al Proletariado, la Conciencia de Clase (¡querido Lukács, hijo del Espíritu Absoluto tenías que ser!). Y están, por supuesto, los idólatras de la Nación, los idólatras del Mercado (¡los mercados se están poniendo nerviosos, dios nos guarde, se aproxima la catástrofe!)...

¿El liberalismo? QDDG... ¿La democracia directa? Que el diablo se la cargue. Su verdad es el totalitarismo.

[Lassalle: *les frères des écoles chrétiennes*, fundador: Jean-Baptiste de Lassalle, en 1680. A la escuela de la calle Caldas asistieron, por lo que sé, en algún momento de sus vidas escolares, tres de nuestros notables intelectuales: Fernando Tinajero, en el que la impronta es indudable, Bolívar Echeverría y Ulises Estrella. Cuando éramos niños, mi padre nos amenazaba, a mí y a mis hermanos, en meternos a esa escuela si nos “portábamos” mal; lo hacía por juego irónico, claro, pero de cuando en cuando no dejábamos de temblar ante semejante amenaza. Pero está el otro Lassalle, Ferdinand, el teórico socialista alemán, hegeliano de izquierda, nacido en la actual Polonia, a quien se atribuye la frase “la constitución es un pedazo de papel”].

LQQD,

Abrazos,
ic

7 de octubre de 2018
(Fil.)

Querido Francisco,

Luego de las ilusiones lassallanas, un poco de realidad, aunque al final el autor del artículo que te envió, dé una patadita de ahogado... Te recomiendo el artículo⁸³.

Creí que me hubieses cuestionado por afirmar que no hay páginas de Marx que contengan sueños utópicos. Pues sí, en los manuscritos de juventud. Y es lo más probable que en ellas haya bebido su maná san Jürgen [Habermas]. Yo diría que de todas maneras Karl no las publicó (esas páginas), aunque es cierto que las conservó en algún baúl que llevó consigo de Alemania a París y luego a Londres. Y no las royeron del todo los ratones. [Alude a la nota de Marx sobre la decisión de él y Engels de no publicar *La ideología alemana*].

A propósito, ¿dónde guardas tus manuscritos? Seguro que en la nube. Quién sabe si después algún viajero proveniente de un cercano exoplaneta los encuentre.

Abrazo,
ic.

⁸³ Fernando Vallespín, “La democracia es frágil”, *El País*, 7 de octubre de 2018. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2018/10/05/actualidad/1538751614_762756.html

7 de octubre de 2018
(Fil.)

Querido Iván,

Esas patadas de ahogado me desconciertan. Una de las conclusiones de los francforteses, Adorno, Horkheimer y compañía, con la que ahora no concuerdo es ese supuesto control total del que, supuestamente, no somos conscientes y que opera como en un filme totalitario a lo Orwell. “Y ni siquiera hará falta romper formalmente con el sistema democrático. ¡La dominación perfecta!”, precisamente en el último párrafo que apuntas. ¡Dice exactamente lo mismo! Esa ficción de que existe una dominación totalitaria invisible de la que no somos del todo conscientes y de la que no podemos huir —llámese “jaula de hierro” o como fuese— para mí es una mala copia de la necesidad de entender el mundo como un todo —una totalidad— que, por fuerza, siempre debe conducirnos a un totalitarismo. Y como tal, *un todo*, debe abarcar un dominio general de los seres humanos. De ahí a las teorías de la conspiración que en el mundo han sido hay un paso. Es un deleite pensar el mundo en esos términos —e imagino que, en el Pentágono, en la CIA o ahora en China también les produce placer, e incluso a los estrategas de la dominación imperial americana quienes, imagino, deben haber sido severamente reconvencidos después de los traspiés de los años recientes— y fue un gran negocio en la guerra fría, pero, como todos lo dicen —y este artículo es un testimonio—, el mundo que vivimos es otro.

“En la orwelliana 1984 esa sociedad era consciente de que estaba siendo dominada; hoy no tenemos ni esa consciencia de dominación’, alertó ayer en el Centro de Cultura Contemporánea

de Barcelona (CCCB)”, decía *El País* hace unos meses⁸⁴ acerca del cacareado filósofo coreano Byung-Chul Han. La misma idea. Y como sugiere este artículo, es el espectáculo, la espectacularización, el consumo y la exposición pública del individuo lo que prueba que los individuos no tienen conciencia de nada. Me pregunto: ¿y cuándo la han tenido? Ciertamente la dominación cultural de hoy está ampliamente atravesada por la tecnología y la disolución entre lo público y lo privado ha penetrado profundamente al individuo, su capacidad de discernir y discriminar, pero me parece una ilusión conveniente aquella de que en algún momento la humanidad ha sido consciente de su dominación. Me parece un argumento conveniente para seguir en nuestros lamentos por los siglos de los siglos y mantener aceitada la jaula de hierro. Por lo demás, esos filósofos que pregonan que todos somos unos autómatas presa de la insalvable dominación cultural parecen ser más que conscientes de los mecanismos de ese dominio, el consumo, el espectáculo, las redes... Solo ellos: Los Híperconscientes.

La verdad me parece una idea divertida y rentable, nada más.

Claro que recuerdo, creo que en los *Manuscritos*, la noción de comunismo de Marx. Pero supongo que después de diseccionar en miles de páginas al sistema capitalista algo debía haber querido hacer con los escombros Karl, ¿no? Por lo demás, no creo que mis borradores digitales sirvan mucho más que para un par de narraciones íntimas. Las tengo en dispositivos aquí y allá, y un par de en la nube.

Creo.

Abrazos, querido Iván.

F.

⁸⁴ Carlos Geli, “Ahora uno se explota a sí mismo y cree que está realizándose”, artículo sobre el filósofo coreano Byung-Chul Han, *El País*, 7 de febrero de 2018. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2018/02/07/actualidad/1517989873_086219.html

10 de octubre de 2018
(Fil.)

Querido Iván,

No puedo dejar de enviarte este cuadro, *The Philosopher's Chair* (1999) de Eric Fischl, que me ha gustado mucho.

Abrazos



Eric Fischl, *The Philosopher's Chair*, óleo sobre lino 191x218 cm. (1999).
Collezione Maramotti, Italia

10 de octubre de 2018
(Fil.)

Gracias, querido Francisco.

Estupendo. Y esa, ¿es musa, diosa, demonio, fundamento, diferencia ontológica, duda metódica, ilusión, fantasma?

Te envío un poema sobre la tentación de Spinoza⁸⁵.

Sobre tus rabiatas contra las distopías, quería decirte que yo creo que siempre debemos establecer en qué clase se inscribe cada discurso —hay algo más problemático, el “orden del discurso” (Michel Foucault), pero no lo toparemos en esta ocasión—. De hecho, una distopía tendría que contrastarse con sus semejantes y con el contexto cultural, los sistemas de expectativas y creencias de una cultura, o de un estado de civilización. También, por ello, con los discursos filosóficos, religiosos, éticos, políticos, y sus entramados mutuos. Los discursos sociológicos y los filosóficos tienen otras reglas. Aunque es por demás interesante, más allá de legítimo, que un sociólogo o un filósofo utilice el recurso a las citas de ficción, los suyos son discursos regulados de distinta manera.

Quito es una ciudad donde apenas se sobrevive. Carecemos a la vez de seriedad y de humor. La vieja sal quiteña funcionaba para el club Gladiador y cuando más para el estadio del Arbolito. Hoy la carencia de humor, sobre todo en las capas medias y en consecuencia en los artistas e intelectuales es evidente. Cuánta gazmoñería, cuánta hipocresía, cuánta trivialidad “intelectual”. Todo a la altura de los debates en las redes sociales. No hay humor, lo suplantán comedias de medio pelo, chistes gastados, o una estúpida actitud de supuesta seriedad, que no es sino impostura. Que la cultura esté en manos de los Pérez & Egúez,

⁸⁵ “Don cogito relata la tentación de Spinoza”, de Zbigniew Herbert.

los restrepos, los del corral municipal, es de tal gravedad que, sin darnos cuenta, terminamos royéndonos el alma. Lo fácil, en tales circunstancias, es tornarse diletante, en el sentido pobre de la diletancia, juntarse entre diletantes, y pasar el rato. Expresión, creo yo, de una pereza y un empozamiento del “espíritu”, que se hunde en la impotencia. Se puede vivir con eso, desde luego. Al fin y al cabo, toda vida es semejante, la del asesino o la del artista, la del genio o la del imbécil. Todos somos “seres para la muerte”. Y los gusanos no tienen para qué distinguir entre una carne y otra; como bien sabes, yo no creo en el cuento de la inmortalidad del alma.

Ameritaría una conversación sobre lo que acontece con la civilización, con las culturas. Entre el radicalismo fanático de algunas y algunos, de una parte, y la estulticia elevada a institución de Estado, no quedan lugares para tomarse en serio, y por consiguiente, reírse en serio. ¿Dónde conversar sobre las utopías y las distopías, sobre sus enlaces con las culturas, con la vida cotidiana? ¿O sobre el miedo a la catástrofe definitiva o la esperanza, o sobre la ineluctable combinación de bien y mal, o sobre la condición de fármaco —por tanto, para bien y para mal— de la técnica?...

Me emputa, debo decirlo, que estemos siempre listos a escuchar a cualquier intelectual de fuera, y a aplaudirlo. Aunque lo merezca, no es esa la cuestión. ¿Es que aquí nadie piensa? ¿Es que no queremos pensar, debatir, escribir?

Me viene a la mente la anécdota que cuenta que un buen día Vladimir Holan decidió encerrarse. Checoslovaquia se iba al diablo. Si pasaba por Praga algún estudioso de la poesía contemporánea o algún simple curioso interesado en su gran poesía, si llegaba hasta la pequeña y supuesta casa del poeta y tocaba a la puerta, si persistía en los golpecitos, salía al cabo de un rato una cabeza de viejo por un ventanuco de la segunda planta para gritar: “Cuántas veces he dicho que aquí no vive nadie que les interese”. Tal vez así debería de ser.

Te mando el poema de Herbert, no recuerdo si te lo envié en alguna ocasión anterior.

Abrazo,
Iván

SEGUNDA PARTE:
TIEMPO DE PANDEMIA

20 de abril de 2020
(Lit.)

(Sin encabezado)

Asunto: Alberto Manguel en medio de la pandemia

<https://elpais.com/sociedad/2020-04-18/necesitamos-pensar-para-saber-que-estamos-sobreviviendo.html>⁸⁶

⁸⁶ “Necesitamos pensar para saber que estamos sobreviviendo”, entrevista a Alberto Manguel por Eliézer Budasoff, *El País*, 18 de abril de 2020, durante la pandemia de Covid-19.

20 de abril de 2020
(Lit.)

Querido Francisco:

¿No te parecen triviales las respuestas de Manguel? Las preguntas parecen que las estuviesen formulando las amigas de nuestros escritores en los lanzamientos de sus libros, costumbre en que han caído sobre todo los novelistas. Y no siempre se une a la inteligencia de buena parte de ellas, y generalmente menos de sus colegas varones. Destaco la agudeza e ironía de tu entrevistadora⁸⁷, pero aun ella se quedó corta.

¿Es cierto que “todo el mundo está escribiendo” sus testimonios, memorias o lo que fuese? Y la rutina, *La peste*, *Muerte en Venecia*, *El decamerón*... más inteligentes me parecen las respuestas de Beatriz Sarlo, en una entrevista de hace unos diez días⁸⁸. A nadie se le ocurre, por supuesto, recomendar *La muerte de Virgilio*, *Masa y poder* o *Mientras agonizo* u *Opus nigrum*, si quieren conversar en serio sobre la muerte... o *El rey Lear*.

Comparto lo que dice Manguel sobre Žižek. En estos días, he evitado tanto las declaraciones de los filósofos como él o Badiou, e igualmente de los literatos. No pueden callarse. No tienen nada qué decir. Recomendar libros sobre la peste o declarar nuevos comunismos que no son nada más que palabrería o viejas éticas sacadas del sótano... ¡qué tonterías!

Es lamentable la ausencia de grandes figuras políticas en este contexto; sin embargo, me quedo con las mujeres escandinavas

⁸⁷ Se refiere a la presentación del libro de Estrella, *El corazón de un canalla*, el 21 de junio de 2018, noche en que el autor dialogó con Mireya Orska.

⁸⁸ “Beatriz Sarlo ante el ataque de coronavirus: ‘hay que pensar más allá del miedo’”, entrevista por Pablo Díaz Marengui, *Revista Ñ*, 2 de abril de 2020. Disponible en: <https://www.ramonacultural.com/contenido-r/beatriz-sarlo-ante-el-ataque-de-coronavirus-hay-que-pensar-mas-alla-del-miedo/>

y la señora Merkel. Austeras, lo poco que hablan tiene sentido. Y saben que es poco lo que tienen qué decir.

En cambio, lo que dicen los científicos es muy interesante. Pero es claro que los literatos ecuatorianos aprendieron desde siempre a despreciar el conocimiento. No tienen el menor interés por la ciencia, dicen cualquier disparate para eludir la reflexión sobre lo religioso y lo teológico, no entienden lo que implica la filosofía, pero la rechazan olímpicamente; cuando más, sin intentar comprender la filosofía nietzscheana sacan el bulto declarando que Nietzsche es poeta —que a su modo lo es también, pero si no se entienden sus tesis filosóficas o no se hace el esfuerzo por entenderlo no se saca nada de él—. Rechazo de las investigaciones históricas. De los estudios antropológicos.

Y por supuesto, un narcisismo desvergonzado. Yo, yo el poeta, yoyoyo el novelista... como si acabasen de inventar el lenguaje.

En verdad, Francisco, me siento tan distante, tan lejano... y sin ganas de volver a escribir nada, o de escribir y destruir de inmediato cualquier cosa que haga. Este es un pantano que succiona y aniquila, y va para peor.

¿Escribir testimonio, de qué, para qué? ¡Recomendar lecturas! Por dios...

En fin, tú eres de otra generación, de otra época. Seguramente acontecimientos como la pandemia sirvan para tener perspectivas más adecuadas sobre las distancias existentes entre nosotros: Javier, tú, Juan Pablo, otros amigos, yo... No para romper amistades, sino para comprender las diferencias de pensamiento, estéticas, políticas o éticas, diferencias que son profundas. Algunos tendremos que aceptar el paso a la vejez, pero deberíamos hacerlo con dignidad. Y ello va a implicar que se acentúe la soledad espiritual en que, de una manera u otra, hemos vivido.

Que, a pesar de todas las molestias, deseo que el encierro te sea propicio.

Abrazo,
Iván

14 de junio de 2020
(Cult. Hist.)

Queridos Javier e Iván,

Una visión sobre la cultura norteamericana a cargo de Jorge Castañeda⁸⁹.

Abrazos.

F.

⁸⁹ Jorge G. Castañeda, “La civilización estadounidense”, *Nexos*, 1 de junio de 2020. Disponible en: <https://www.nexos.com.mx/?p=48281>

15 de junio de 2020
(Cult. Hist.)

Gracias, querido Francisco.

Leeré con interés el ensayo de Castañeda. En cierto sentido, creo yo, es uno de los mexicanos que mejor entiende la inserción de México en América del Norte, y por tanto supera el tradicional nacionalismo mexicano para ver lo que ocurre al otro lado del río Bravo. A un lado y a otro se viene dando una compleja composición cultural, social, económica, que surge del encuentro entre los mundos mexicanos y los mundos estadounidenses. No es crisol, como decían, sino mezclas diversas, contradictorias. Pero esa incorporación de México a América del Norte, que a mi juicio tenderá a profundizarse cada vez más, hace que México se distancie del resto de Hispanoamérica. Anda tú a saber lo que será el mundo en la segunda mitad de este siglo, con la hegemonía china, la decadencia de Estados Unidos y no se diga de Europa, la explosión demográfica de África, la incógnita de la India... ¿Surgirá, tal vez, un conglomerado, ya no una nación, menos un pueblo, y tampoco un Estado en el sentido en que se usa ese término, en ese vasto territorio de América del Norte?... Es probable. Más difícil es pensar en un probable impulso andino, incluso de América del Sur. Quizá Brasil deba mirar hacia el África suroccidental. Pero esto es solo imaginar lo posible, o más bien, una parte de lo posible.

Hace unos días me enviaste un archivo que no pude abrir, es muy difícil para mí moverme en este mundo de lo que llaman, si no me equivoco, apps. Pero supuse que se trataba del *Nacimiento del Purgatorio*⁹⁰, un libro que me fascinó y que tengo en francés. Ya sabes, yo siempre he tenido mucho interés por la historia. Me enoja el desprecio que manifiestan muchos amigos míos,

⁹⁰ Jacques Le Goff, *El nacimiento del purgatorio*, Taurus, 1981.

novelistas o poetas, por la historia, lo cual además es falso, porque unos y otros sacan a relucir sus conocimientos cuando los requieren. Me fascina la historia de la ciencia, últimamente me he interesado mucho por la historia de la técnica. Creo que lo que en el fondo es el motivo de discrepancia con tales amigos es otra cosa: mi radical anti-individualismo, y en consecuencia, anti-subjetivismo con respecto a las nociones, ciertamente burguesas o modernas, del autor, del Yo, de la auto-conciencia. Comprender que la invención del Purgatorio [entre los siglos X-XI] es un proceso secular, vinculado a un problema teológico, es decir, por completo imaginario, y desde luego a relaciones de poder —¿cómo mantener la estructura jerárquica de la Iglesia si no se sabe dónde van a parar las almas de los que no son totalmente buenos y tampoco totalmente malos, es decir, que no pueden ir ni al Cielo ni al Infierno?— y que luego ese proceso desemboque en una de las más poderosas obras de la humanidad, la *Divina Comedia*, y en toda una maravillosa creación de iglesias, esculturas, pinturas, hasta un Bosco, y todo ese entramado de bulas para regular misas que ayuden a pasar el alma de algún pariente muerto del Purgatorio al Paraíso... y a la vez, toda la representación geocéntrica y antropocéntrica del Universo, es grandioso: es historia. Dante es genial porque en un momento dado aparece un poeta que acoge ese mundo para ordenarlo imaginativa y a la vez intelectualmente. Su amigo, el otro gran poeta florentino, Guido Cavalcanti, no podía hacerlo, era agnóstico. Se necesitaba lo que llamaré extremismo religioso, o tal vez mejor teológico, de Dante, para acoger en la totalidad de su obra poética, conectada con su pensamiento teológico y político, ese mundo configurado en tres siglos de historia.

Me alegra que esa inquietud tuya por la historia vuelva ahora en torno a la cultura estadounidense.

Un abrazo,
Iván.

PD: he estado trabajando con [mi hijo] Ismael en la puesta al día de mi página web. Seguiré incorporando textos escritos hace años y guardados en la “gaveta”, es decir, cajas que acumulan papel y polvo. Ayer apareció un artículo mío en *Ideas* de *El Comercio* y lo he incorporado al blog. Como siempre, terminan por colocar que soy filósofo y escritor. No se convencen que no hay filósofos en Ecuador y que yo no lo soy, aunque tenga un grado de doctor en eso que no se sabe bien qué sea, la Filosofía. Ojalá puedas “visitar” la página de cuando en cuando, aunque lamentablemente yo no sea mexicano.

15 de junio de 2020
(Hist.)

Querido Iván,

No solo consultaré tu página, sino que difundiré algunos de sus artículos a través de mi única red social, Twitter (bueno, eso de *única* es un decir en medio de lo que viene ocurriendo en el interconectado mundo contemporáneo y la fascinación —no exenta de tragedia— a la que nos han llevado los algoritmos, tema por el que me siento especialmente interesado). Me alegra mucho lo de tu página Web.

No es mi caso el de aquel que desprecia el estudio de la historia. Si hace años demostré cierta miopía al respecto, ello ha quedado definitivamente atrás. Estos días, por ejemplo, leo algo de Georges Duby —el fascinante *El caballero, la mujer y el cura*, centrado en la Edad media— y desde hace varias semanas estoy con *Sobre la revolución* de Arendt, al lado de un par de novelas. Quizá diferimos en enfoques sobre la historia tal como recuerdo sobre la base de antiguas cartas, pero los libros de historia han pasado a formar parte de mis lecturas cotidianas. A varios amigos, entre ellos a un sociólogo a quien conoces, Romero, todo el tiempo solicito que haga lo mismo, que lea historia, porque sin ella no hay comprensión consistente posible.

Fascinante esa especulación sobre el desenlace de México en el contexto de América del Norte que haces. La descripción de la cultura estadounidense por parte de Castañeda es apasionada pero equilibrada, a mi modo de ver, mucho de lo cual hemos dialogado nosotros, contigo, con Vásconez, organizado en proposiciones coherentes y en algunas hipótesis con respaldos empíricos. Como reza *Nexos*, forma parte de un libro de Castañeda acerca del tema.

Aquí te envío de nuevo el libro de Le Goff que ha fallado.
Avísame, por favor, si se abre el anexo.

Te envío un fuerte abrazo y cuídate mucho de la plaga.

F.

15 de junio de 2020
(Hist.)

Querido Francisco:

No trataré de abrir el archivo, pues, como te decía, tengo el libro en papel, en francés. Es archivo es muy pesado. ¡Qué bueno que leas a Duby! ¿Has leído *Historia de la muerte en Occidente* de Philippe Ariès? Me vino a la mente mientras escribía la frase anterior. Y no sé si finalmente conseguiste aquel que te recomendé, *Adiós al caballo*, de Ulrich Raulff.

Desde luego, está bien, estupendamente bien, que nunca nos pongamos de acuerdo. ¡Faltaría más! ¿Concordar con el Francisco Estrella? Menos, todavía, con nuestro amigo el teólogo Rafael [Romero].

Abrazo,
Iván

5 de agosto de 2020
(Lit.)

Querido Francisco,

¡Qué tiempos aquellos! Hoy, bloques de papel arrumados que ocasionan molestias, mucho polvo, alergias y gastos⁹¹. Una tablet resulta casi suficiente. ¡Ah, la desgracia de haber nacido tarde y en un lugar equivocado!

¿O será este pequeño brote de angustia un efecto del encierro? No creo. Es otro motivo de pesadumbre: ¡maldita la hora en que el derrumbe de la civilización del papel nos agarró desprevenidos!

Bueno, fue una manera de vivir en la sociedad del consumismo de ese tipo de mercancías, vaya, las industrias culturales. ¡Acumular bloques de papel! Ahora la industria está en otra fase, ¿te has puesto a pensar en lo que implicará la escuela en casa para los niños de hoy?

Abrazo,
ic

⁹¹ Carvajal envía a F. X. Estrella un reportaje acerca de la casa de Gabriel García Márquez en México, conservada con sus libros y pertenencias tras su muerte, en 2014: “Gabo, la biblioteca de un viajero”, reportaje de David Marcial Pérez, *El País*, 4 de agosto de 2020. Disponible en: <https://elpais.com/revista-de-verano/2020-08-04/gabo-la-biblioteca-de-un-viajero.html>

5 de agosto de 2020
(Lit.)

Querido Iván,

Estas semanas mi hermana —que no se precia de ser una gran lectora, pero no desprecia los libros— se queda en la casa del valle de los Chillos que mis padres levantaron para que yo viva. Ha sido todo fortuito: yo me mudé apenas diez días antes de la pandemia a esa casa y ahora mi hermana toma un respiro ahí apenas tres días después de haber terminado de acondicionarla por completo, a tal punto que esos días —hace dos semanas— terminé de disponer en los estantes los tres mil volúmenes que he acumulado durante estos años —de los cuales estimo haber leído unos dos mil doscientos, más menos que más—. Hace un rato ella me decía por WhatsApp que, tal y como ha quedado el espacio, “las paredes ya no dan más” pero le he dicho que acaso no me detenga hasta que sean cuatro mil, número que me parece manejable. Ella solo me ha enviado un icono de resignación por teléfono. O de desprecio.

Veo en la fotografía que la casa mexicana de García Márquez guarda en el estante los discos compactos —discos que ya nadie reproduce— en la parte baja, de modo casi idéntico a cómo yo dispuse los míos hace unos días en el librero también blanco, el mío. Imagino que serán vallenatos, en tanto yo guardo a Bowie, Bryan Ferry y los Stones. No lo ocultaré: me ha resultado enternecedor leer el artículo, pese a que, en medio de la pandemia, la mayor parte de lo que ahora he leído —yo, fuera de casa, lejos de mi biblioteca— ha sido en la pantalla y en almacenamiento digital. No me hago ningún problema: no tengo una tablet pero leo lo que sea —hoy sí, *lo que sea*, incluso las novelas que antes no podía— en la pantalla.

Quizá sea el aspecto de laberinto de las bibliotecas lo que aún me gusta, en primer lugar de la mía: saber en qué lugar está un título en particular, al lado de qué libro o por qué razón. Quizá es un motivo clasificatorio. Por eso me ha interesado detenerme en el artículo que me envías y saber sobre la base de qué criterio sigue clasificando el bibliotecario, traducciones, diccionarios, lo que leía García Márquez. Yo no leo política pero sí historia que está llena de política, menos periodismo que cine, en lo que también concuerdo con Gabriel. Saber dónde están y en torno a qué he dispuesto mis libros, orden que se mueve, en mi caso, de Oriente a Occidente, del pasado al presente, y de la A a la Z, es algo que me alegra, en soledad. A ello se suma, claro, el recuerdo de dónde fueron comprados los volúmenes, por la recomendación o la reseña de quién y en qué momento. Esta biblioteca personal, del mismo modo, imagino, que las de todos, es un hito de la memoria, un acompañamiento físico de mi memoria.

Hace pocos días pensaba y hablaba con una amiga acerca de mi biblioteca y le decía que una exigencia para mí, con las ideas, con los papeles, con los recuerdos, con los libros y con las notas para escribir, es *tenerlos en orden*. Y para tenerlos en orden debo repasarlos, limpiarlos, acomodarlos, confirmar si el orden anterior aún reviste un sentido o si éste se ha hecho obsoleto y requiere un nuevo criterio de clasificación. Guardo escasísimos libros de filosofía y me ha ocurrido esto: a fuerza de recomponer mi biblioteca tras el divorcio, he confirmado que tengo muchos libros de ensayo, que esa sección es una de las más grandes. Pues bien: tomé mis pocos libros de filosofía y otros de ciencias sociales y los sumergí entre los de ensayo. Ahora, para mí, algunos de esos que estimo, he leído y me han nutrido, creo (el *Discurso del método* de Descartes, por ejemplo), están dispuestos, íntima y perentoriamente, en el “ensayo”. Quizá me abofetearían, pero el lugar designado, su disposición, responde al pretendido norte que intento.

Me apena que García Márquez haya tenido unos hijos muy brutos —ello salta a la vista— o que, paladinamente, no se

hayan desentendido de las propiedades de su padre e irse con el dinero a vivir a París. García Márquez puede solo, sin ellos. Según sé, solamente su nieto —nieto que, curiosamente también es nieto de Salvador Elizondo— ha escrito una novela que al parecer es muy buena. Pero también es muy justo que los hijos hagan los que les dé la gana. Espero que, para los míos, cuando sean grandes, no sea un pesar o un estorbo la biblioteca de su padre y que sepan ser indulgentes con el hecho de que fui un lector. Por lo demás, tengo algunos volúmenes —las biografías de Johnson de Boswell y la de Joyce de Ellmann, las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand completas —libro que espero terminar este año—, las memorias completas de Casanova, la *Decadencia y caída del imperio romano* de Gibbon, íntegra, las *Vidas paralelas* de Plutarco completas, el *Origen de las causas de la grandeza y decadencia de Roma* de Montesquieu, algún volumen antiguo de la prosa de Quevedo, volúmenes antiguos de ensayos de Johnson— de los que me enorgullezco tanto como me enorgullezco de unos pocos e inteligentes amigos que me honro en haber cosechado con los años.

Esto respecto del artículo que me enviaste y me ha gustado mucho, querido amigo.

Te envío un fuerte abrazo,

F.

5 de agosto de 2020
(Lit.)

Definitivamente, querido Francisco, eres un alma perdida en el mundo de ayer, como diría SZ [Stefan Zweig]. Un hombre del pasado, casi decimonónico, en todo caso un romántico. No digo que esté mal, de ninguna manera, pero me asombro.

Es curiosa esa decisión tuya de colocar la filosofía dentro del ensayo. Curiosa, aunque sin embargo es posible. Por mi parte, ya casi no leo novelas. Pero a veces pienso que dentro de las diez novelas mayores que he leído, bien podría colocar la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, y a veces creo, por el contrario, que es la culminación de la filosofía. La cumbre de esta modalidad occidental del pensamiento. En estos días de la pandemia he estado leyendo a los filósofos. A Platón, a Spinoza, a Wittgenstein. Y he dedicado mucho tiempo y entusiasmo a un filósofo al que apenas me había aproximado, porque me había sido muy difícil encontrar su obra, el estupendo y oscuro Fichte, ese genio que de niño pastaba gansos para sobrevivir. Hoy lo encuentro gracias a internet y al iPad.

Desde luego, estas lecturas me encierran doblemente, pues ¿con quién podría conversar acerca de *El destino del hombre*? ¿Quién podría auxiliarme a pasar por los complejos argumentos de la *Doctrina de la ciencia*? Al fin y al cabo, en este mundo que me tocó vivir, la filosofía, en su sentido cabal, no sirve para nada. No interesa casi a nadie. Mejor hubiese sido dedicarse a la publicidad, la contabilidad o la venta de hamburguesas...

Escucho demasiados comentarios, por completo arbitrarios, entre mis amigos literatos, sobre la filosofía. También sobre las ciencias o la técnica. ¿Por qué tanta arrogancia de los literatos? No sabes cómo me fastidian en mi fuero interno. He aguantado a lo largo de medio siglo tantos disparates enunciados con arrogancia, con poses de genio... En un país con una cultura tan

débil se mezclan ignorancia y arbitrariedad, me descorazona esa falta de consistencia, esa brutal indiferencia por el conocimiento. Se pontifica sobre lo que no se conoce. Ningún esfuerzo de aproximación entre personas que dedican su intento a un campo específico del pensamiento o de la creación artística. De ahí que este país sea una completa mentira.

El cuento de Váscónes que me enviaste [“Matinée en el cine Bolívar”] me dejó insatisfecho. Si lo hubiese escrito hace tres décadas y sin pandemia de por medio, habría sido, a mi criterio, uno más de *Ciudad lejana*, y estaría muy bien ahí. Hoy día, me parece artificioso. Algo reiterativo. Te agradezco por el envío.

Malos tiempos y no solo para la lírica... ni Fichte ni Platón han logrado convencerme de que el alma es inmortal. Aunque he soñado reiteradamente en que hace rato ya he muerto... Seguramente es el fastidio que viene con la pandemia. Pero en verdad me ha tocado vivir en un mundo que ha sido un fardo demasiado pesado. ¡Cuánto me pesa este maldito páramo andino, y más ese complemento de abajo, estas tierras calientes y húmedas!

Ni modo, Nadie es responsable, es obra del azar.

Abrazo,
Iván

12 de agosto de 2020
(L.)

Querido Iván,

Cuando se logra concentración estos días desagradables y extraños uno puede leer, como lo he hecho, obras sorprendentes —*Meditaciones* de Marco Aurelio, *La cruzada de los niños* de Marcel Schwob, *Crimen y castigo*, Dostoievski—, aunque otros días uno puede dilapidar —o *dedicar*, para no ser insolente— el tiempo a tareas menos gratas. Hace tres semanas, durante una noche y a toda velocidad, saltando páginas y sin dar importancia a detalles irrelevantes, leí en pantalla las memorias de Adoum, *De cerca y de memoria*. Los detalles concernientes a los viejos de la cultura ecuatoriana —sus recuerdos de Icaza, Galo Galecio, Carrión, Carrera Andrade— son entretenidos y no parecen del todo mentirosos, pero a medida que se aproxima a sus contemporáneos se vuelve condescendiente, pintoresco y vacío. Sus anécdotas fuera del país son del todo o nada confiables —por momentos parece una comedia de enredos del Hollywood clásico, por ahí incluso aparece un Luis Buñuel fastidiado que en una reunión reprende en París al joven Adoum por no conocer *Bajo el volcán* de Lowry y el reprendido se precipita casi de inmediato a leerlo—, más cuando se sabe que en las biografías y memorias del otro lado, las de los aludidos, nunca aparecen menciones de los hechos contados. El episodio dedicado a su padre, el rosacruz Mago Jefa, personaje magnético, parece justo y es entretenido, y la gente nunca deja de confundir al poeta amargo ecuatoriano con su padre místico. El poeta nunca parece haber tenido problemas con nadie en territorio propio, a nadie le resultó repulsivo ni con nadie parece haber tenido disputa o discrepancia alguna.

Pero, definitivamente, dos asuntos son lo peor del volumen: su esbirrismo con los burócratas de la revolución cubana (describe

a Haydeé Santamaría en términos tan patéticos, desagradables y perrunos que no sé si despierta ira o pena —en términos de “ante una figura así de eterna, uno no sabe si levantar la mirada”— y a todos los de los círculos concéntricos de la burocracia cultural cubana, de Arrufat y Barnet hasta llegar al comandante Castro) y lo más sorprendente en memorias tan extensas como éstas: no emite juicio ni evaluación artística o intelectual alguna acerca de ninguno de los fenómenos culturales o artísticos de los que da fe su larga vida montado en el potro de... la fama. Sus citas de poemas y fragmentos son adecuados y a veces de gran interés, casi tanto como las referencias de libros o personas que desfilan hasta en los forros de este libro.

La segunda tarea emprendida ocurrió de modo parecido. Algún día de la revolución ciudadana llegó a mis manos una edición que compila los números de la revista *Pucuna*, de la primera mitad de la década de 1960. También con velocidad de John F. Kennedy leí a saltos y a brincos la mayor parte de lo compilado, Murriagui, Larrea, Estrella, Ordóñez, Ubidia, Cueva, algo de Tinajero, Echeverría, hasta llegar a un par de artículos firmados por Alejandro Moreano. Me han sorprendido varias cosas: leídas estas páginas en 2020, a diferencia de lo que se pregona, sorprende la escasa limpieza para exponer y la pobreza casi completa de ideas en la mayor parte de sus autores. Son beligerantes, rabiosos, descortesés, despotricantes y, la verdad, algo enloquecidos. Se nota la juventud, la sangre, la necesidad de transformaciones —¿de qué tipo?— y se percibe un entorno poblano ante el que se rebelan. Pero, ¿a qué viene tanta rebeldía? Imagino que habrá que apelar a explicaciones históricas locales y de fuera, un entorno pobre, desvencijado de estas paredes andinas, y el gran mundo de los *beatniks*, los Beatles, Sartre, el 68 y la revolución por fuera. Sus bestias negras son cuatro: el dramaturgo Paco Tobar, Jorge Carrera Andrade, Benjamín Carrión y, *last but not least*, Zaldumbide. Un artículo de Ulises comienza quejándose porque le rindan homenajes al hacendado y vejestorio, pero cuando los lectores de hoy esperamos que se

lance al cuello por sus deficiencias de escritor anticuado, apunta que se trata de un escribano encomendero. Se arremete, aquí y allá, contra la *Égloga trágica* —hoy en día un lugar común ecuatoriano despotricar contra una novela fallida, esta sí, tan vieja— repetidamente, de modo despiadado y maquinal, pero no se dice media palabra acerca de los numerosos ensayos, semblanzas, críticas, notas, libros enteros de Zaldumbide. Es una efigie a ser derruida, la figura del cabrón encomendero. Lo que no llegamos a leer nunca los contemporáneos es por qué los muchachos de ese entonces odian tanto a Zaldumbide, algo que no sea señalar que es un escritor de pajarita, pañuelo de seda y servicio diplomático. Esto me llama la atención: Estrella reprocha a Zaldumbide sobre su declaración paladina de no ser un escritor “profesional” (lo putea tan a gusto que Ulises parece digno de tanque de oxígeno o de un sedante), reclama al viejo que su actitud poco comprometida es la antítesis de la entrega total, absoluta, casi ciega, eterna, con el arte que estos jóvenes, al menos Estrella, parecen reclamar. Me llamó aún más la atención porque, en 2019, Tinajero reclama lo mismo a Zaldumbide en el prólogo a sus *Obras escogidas* que el Centro Cultural Benjamín Carrión ha publicado y también he leído esta temporada pandémica. Como lo hace a lo largo de todo este prólogo, Tinajero tampoco indica qué entiende por ser un escritor profesional y, a diferencia de Estrella cincuenta años atrás, no expresa la razón de su repulsión ante actitud así de cuestionable.

Las razones del odio por Paco Tobar, su teatro, su puesta en escena, su dramaturgia, tampoco son claras. Solo se insiste en que es un teatro de damas encopetadas, ajeno al pueblo. Lo de Carrera Andrade es menos identificable aún: en un artículo, Cueva arremete contra él pero a cada párrafo —es un comentario crítico a *Viajes por países y libros*, creo— a la par que le reprocha ser un inútil para el ensayo porque Carrera Andrade se fija en cosas menores —una rosa, un corazón, una carta, un sentimiento— le concede a párrafo seguido sus dotes —a veces, incluso, *grandes y notables dotes* líricas—, pero

no deja de recordar al lector que lo de Carrera Andrade no es “ensayo ambicioso, totalizador”, sea lo que esto fuere —en otro ensayo, Cueva lucha cuerpo a cuerpo con Ortega y Gasset, otro odio ante sus ojos—. Y acerca del odio por Carrión, pues, ya se ha hablado mucho.

Mi resumen sería algo así: en sus apariciones en la revista, Ulises por lo general es tosco y valentón, excepto en una, un artículo que dedica al cine de ese tiempo —Antonioni, Bergman, Godard— y, tras su perorata y bravata sobre el compromiso social de esos artistas, pasa revista a las propuestas de cada director con una lucidez perdurable. En los poemas suyos que aparecen en la publicación, por lo general Estrella es malo pese a ciertos versos que asoman aquí y allá cuando se desprende de compromisos y se traduce su soledad y desolación. Echeverría escribe unos mamotretos tan largos como inentendibles que dan cuenta, casi todos, de sus estudios de filosofía en Alemania esos años: son resúmenes de sus clases, siempre enmarcados en un compromiso revolucionario. Escribe sobre el filme *Oz fuzis* del brasileño Ruy Guerra y, pese a un circunloquio muy extenso e inútil en que da la lata acerca del compromiso social del arte de Latinoamérica de ese entonces, las observaciones sobre el filme son sorprendentes.

Hay notas de “la redacción” de la revista que son tan beligerantes como superfluas —nunca pasan de la objeción ideológica de todo sobre la faz de la tierra—, por ahí un par de sacrificios humanos en las figuras de los poetas Rubén Astudillo —que, según leo, me parece merecido— y Manuel Zabala Ruiz. Todos, sin excepción, cuando intentan con el periodismo o la ficción, desbarran, son retóricos, grandilocuentes y muy *proletarios*, o, simplemente, carentes de talento, con excepción de uno, Ubidia, de quien se nota desde el inicio que desea escribir cuentos y no otra cosa. Las notas de Tinajero son uniformemente conservadoras por algo de petulancia disfrazada de tristeza y algo de cobardía, y las dos o tres de Moreano —precisamente una crítica a Tinajero— son descomedidas, belicosas, pero más valientes, es decir, lo que el tiempo ha confirmado. Moreano es el único que arremete

abiertamente contra Guayasamín y Carrión, como nuevos popes entregados al *establishment*, precisamente en ese artículo que es uno de los últimos.

No me han resultado muy gratos ninguno de los dos repasos, pero, la verdad sea dicha, mucho más entretenido, claro y mejor escrito, el de Adoum.

Perdona la nota tan extensa pero no quería dejar de enviártela.

Abrazos.

F.

13 de agosto de 2020
(Lit.)

Querido Francisco:

Me he dicho: ¡cómo estará de angustiado mi amigo Francisco como para leer la colección de la revista *Pucuna* y las memorias de Jorgenrique! ¡Lo que hace una pandemia! En otras circunstancias, habrías dedicado horas a placeres más mundanos y benévolos para el cuerpo y también para el alma. Y encima ¡*Crimen y castigo*! En fin, yo recuerdo haber leído tres veces *Los hermanos Karamazov*, las tres veces en encierros de fin de año, que suele ser el período del año en que se me agrava mi conocido mal, la misantropía. Me he reído siempre del pobre Aliosha, y he estado del lado de mi tocayo, claro está. Yo he leído, como te conté, a Fichte, a Platón, antes un grueso volumen sobre Heidegger y Wittgenstein. Poesía.

Sobre los tzántzicos: el grupo llegó a su fin, creo yo, hacia 1968-69. Sin embargo, hubo una “polémica” en torno al tzantzismo, en la que participamos Esteban del Campo, Fernando Tinajero y yo, aunque de alguna manera en las conversaciones que hubo también intervinieron los miembros del grupo. Ni del Campo ni yo y ni siquiera Tinajero fuimos parte del grupo. Yo participé hacia el 70 en algunos recitales, pero ya era otra cosa. ¿En qué coincidíamos? En que no había una característica que identificara al grupo en el plano artístico o poético, ni tampoco un planteamiento estético, menos aún filosófico, y que lo que se podía decir se reducía a que el tzantzismo había sido una actitud.

Coincido con tu punto de vista, pues tal actitud no llegó a proponer una crítica de la literatura o de la cultura de la época. Era más bien un repudio a las instituciones conservadoras y beatas y también de la institucionalidad de la cultura oficial, léase

tanto Carrión como los funcionarios de la dictadura militar de 1963-1966. Pero es una actitud de repudio en bruto.

Yo sé que algunos escritores de tu generación han procurado resucitar a Zaldumbide. A mí, personalmente, me interesa menos que un comino (me gustan los rábanos y detesto el comino, por eso la metáfora va de este lado). Al Zaldumbide que rescatan es al ensayista que, según dicen, es un maestro del estilo. Cada uno busca sus maestros, es cierto. Pero habría que tomar en cuenta que el Zaldumbide con el que nos torturaban en las aulas de los colegios en esos años —supongo que también les pasó a los tzántzicos, un poco mayores en edad que yo— es el insoportable, aburrido autor de ese mamotreto que se llama *Égloga trágica*. Toma en cuenta, además, que hasta la época de la dictadura militar del 63-66, que dictó la ley de reforma agraria, estaban vigentes instituciones como el huasipungo... Según GZ, escribió su adefesio a principios del siglo pasado, pero la editó en los 50, después del realismo social de los 30-40. Los tz debieron haber criticado, es cierto, a Zaldumbide, y no bastaba con calificarlo de reaccionario, etcétera. Pero su imagen, en ese momento, se reducía a ese adefesio. A quienes tuvimos que soportar su lectura de manera obligatoria, cuando a la vez leíamos a Palacio o de la Cuadra, Zaldumbide solo podía revirarnos el hígado. Te confieso que luego no he leído nada de ese señor. Me fue suficiente tortura su novela... Y seguramente en mi generación y no se diga en la anterior, también pesaban las ofensivas actitudes clasistas de la aristocracia criolla. Algo de eso hay en esos muchachos del Mejía frente al señor embajador, tomado como espécimen de un grupo social. Esto, desde luego, implica un falso argumento, tratándose de la crítica, pero permite entender la actitud de los tzántzicos. El falso argumento se puede advertir incluso en la posición de Cueva frente a los poetas modernistas en *Entre la ira y la esperanza*.

Algo semejante, aunque más equivocado todavía, acontece con Tobar. Tobar es un buen poeta, pero a mi juicio ha sido también sobrevalorado por algunos poetas de tu generación. Es

algo propio de la “historia” de la serie literaria: se vuelve sobre algunos autores o estilos del pasado para enfrentar a las formas o estilos dominantes en un momento. Pero lo desconocemos como dramaturgo y ya no tenemos posibilidad alguna de conocerlo como director teatral. Poco se ha escrito sobre el teatro, y no sé si hubo críticos teatrales en los 50 o 60. Hablar hoy del teatro que hacía Tobar carece de sentido, porque no tenemos ninguna evidencia de lo que hacía. Sabemos que había un teatro más popular, con mayor público, el de Ernesto Albán, y antes, el de Marina Moncayo (esposa de Icaza). Tobar seguramente escandalizaba a su familia y su grupo social, pero debió ser un teatro enclaustrado en ese propósito. Luego Tobar va a adoptar posiciones más radicales en su postura vital, cuando va a España y luego a Santo Domingo, y más todavía cuando vuelve a vivir en Guayaquil. Ahí se vuelve más radical que cualquiera de los tz... pero esto fue más tarde. No sé nada de su teatro, lo confieso, aunque conocí a dos de sus actrices —no fui amigo, solo las traté marginalmente— y a uno de sus aprendices de actor, el poeta Pazos de las Aguas de Baños. Desde el lado de los tz, en esa época llegó al Ecuador el italiano Fabio Pacchioni, que fundó el Teatro Ensayo, y en él participaron Simón Corral y Antonio Ordóñez.

En resumen: mirada a la distancia, la supuesta actitud de irreverencia de los tz expresa un rechazo de las formalidades existentes dentro del ámbito cultural, de sus instituciones, pero es una actitud en bruto, sin criticidad, por tanto, superficial, no va más allá de los gestos. Les faltó el componente intelectual. El interés por la escritura poética o narrativa es todavía elemental, y solo adquiere cierta exigencia en la década siguiente, y en cierto sentido comienza a perfilarse en *La bufanda del sol*. La ausencia de crítica es por demás evidente frente a Icaza, Carrera Andrade o el propio Carrión. Más bien se rechazan sus conductas políticas o su representación social en ese momento. Es importante, a mi juicio, distinguir su función en la representación social y estatal, como intelectuales oficiales

del Estado —no solo de algún gobierno— o de la Nación, de su producción poética o novelística.

Por otra parte, es un grupo de jóvenes, que al momento de la fundación del grupo habrán tenido 22, 23 años o menos; yo al menos les reconozco audacia. Algo conmovieron la adormecida escena cultural en su momento, fueron a buscar público joven en las universidades. A Ulises Estrella le reconozco siempre su capacidad para emprender acciones: crear revistas, fundar cine clubes, organizar recitales, grupos de teatro. Actividad incesante, que devoró al poeta, si es que había un poeta en él. ¿Que Echeverría escribía artículos enrevesados? Bueno, ¡estaba aprendiendo a leer a Hegel, a Heidegger, en su lengua original! Esa faceta es la que interesa en una consideración historiográfica, que es la que cabe en el caso de los tz. ¿Buscar un poeta o un narrador o un ensayista importante? No tiene sentido. Pero iniciaron una búsqueda de actualidad. Nos hemos pasado medio siglo hasta que, al fin, gracias a las telecomunicaciones digitales o las empresas de mensajería tú y los de tu generación puedan ser más o menos contemporáneos de los escritores mexicanos o españoles o estadounidenses de hoy, y que podamos ver al mismo tiempo que los europeos o japoneses las películas o series de Netflix. Pero, ¿te has puesto a pensar lo que significaba todavía en los años 80 del siglo pasado conseguir un ejemplar de algún libro del que tenías noticia por alguna referencia en una de las pocas, excepcionales, revistas que llegaban a Quito?

En fin, el tzantzismo es un asunto casi anecdótico. También lo son las facetas de Tobar, Carrera Andrade o Icaza que repudiaron; la obra de estos estaba ante sus ojos y no pudieron ni supieron mirarla. Luego, algunos tz hicieron lo suyo: Ulises, su cinemateca; Echeverría, su indudable obra intelectual; Ubidia, sus cuentos; Moreano, lo suyo; Vinuesa también... Y a algunos, ya de mi generación, nos dejaron un espacio más o menos limpio, que aprovechamos en la década siguiente. De esa audacia careció en cambio tu generación, querido Francisco.

¿Y Zaldumbide? Ni idea...

Comparto lo que dices sobre las memorias de Adoum.

Un fuerte abrazo,

Iván

Carta sin comentario del destinatario.

Quito, 15 de agosto de 2020
(sexto mes de enclaustramiento)

Querido Francisco:

La carta de Bolívar a Olmedo que te envió, como puedes ver, es un ultimátum: o Guayaquil se adhiere a Colombia y presta todo el apoyo al general Sucre en su campaña —la que concluirá en Quito el 24 de mayo de ese año 1822— o, dado que la guerra y la política tienen sus leyes, ya se puede usted imaginar, poeta y amigo...⁹² Como sabemos, Olmedo y sus compañeros de la junta de gobierno se debatían entre la autonomía de Guayaquil, ese “galimatías” que decía Bolívar, y su corazón peruanófilo. Era íntimo amigo, y no recuerdo si pariente político cercano, del general Lamar, el cuencano que combatió por la independencia de Perú y que fue luego presidente de ese país. Cuando Lamar fue llamado para hacerse cargo de la presidencia del gobierno peruano, descansaba —si es que descansaba, claro— en la hacienda La Virginia de su querido amigo José Joaquín... Pero Bolívar, el gran caudillo, lo que tenía en mente era en realidad Colombia, no una república en torno a Quito. Trataba de expandir su poder político hasta el Alto Perú, de lo que ha quedado huella en el nombre que adoptó ese país, y no se diga sobre Lima, pero la verdad es que allí no pudo, pese a las glorias de Junín y Ayacucho... Glorias que cantará Olmedo, como bien se sabe. Y no olvidemos la crítica del Libertador, literaria en cierto sentido, al laureado bardo; la recoge Espinosa Pólit.

⁹² Carta de Bolívar a Santander, Magdalena, 23 de mayo de 1826. Disponible en: <https://www.archivodellibertador.gob.ve/archlib/web/index.php/site/documento?id=2360>

Ese momento de indecisión por parte de la élite guayaquileña me parece que indica el conflicto permanente entre las dos cabezas que ha tenido el Ecuador a lo largo de su historia: dos tipos de actitud ante el mundo, de cultura, de vínculos con el pasado, con la tierra, dos modos de economía; un mundo algo más burgués, el de Guayaquil, y un mundo serrano hundido en la hacienda y sus instituciones coloniales a lo largo siglo XIX de este país, que llega hasta finales de los 30 o la guerra con el Perú de 1941, por poner una fecha emblemática. Comerciantes exportadores e importadores y banqueros contra terratenientes y curas, ese esquema es bien conocido. De ahí que buena parte de la intelectualidad modernizante, liberal, haya tenido su lugar en el puerto, mientras la herencia colonial y clerical se asentaba en Quito, Cuenca, Riobamba. Los impulsos ilustrados quiteños fueron prácticamente liquidados, en 1810; luego siguió el asesinato de los miembros del grupo “El Quiteño Libre”. Excepto Montalvo, un hombre lleno de complejos, la renovación vino de Guayaquil.

Pero no nos olvidemos que eran ciudades pequeñas. Quito y Guayaquil apenas bordeaban los cien mil habitantes cuando finalmente el ferrocarril logró reducir a dos días el trayecto entre una ciudad y otra. Hay que reconocer la energía empeñada por García Moreno, tal vez Flores hijo y el “progresismo”, por Alfaro, Plaza y los liberales, para crear lentamente el Ecuador. Eso de estar del lado del Pacífico, arriba o al pie de los Andes, un país casi despoblado, con una población dispersa, explica la marginalidad total y el retraso con que llegaban acá los esfuerzos modernizadores, ya sea en la cultura o ya sea en la economía. Carrión en alguna parte, si mal no recuerdo refiriéndose a Mera, dice que el romanticismo llegó acá con cuarto de hora de retraso, para decir que llegó con cuarto de siglo o un poco más de retraso... Pero el romanticismo había pasado de moda hacía rato en Europa, y sus últimos ecos se habían escuchado también en Hispanoamérica. Sin embargo, después de la “obra redentora”, el Ferrocarril del Sur, cobra fuerza el impulso cultural que da

cohesión a la nación ecuatoriana. La construcción del ferrocarril es contemporánea de los primeros esfuerzos historiográficos destinados a forjar la “historia patria”: Pedro Fermín Cevallos y luego González Suárez (Guillermo Bustos tiene un buen libro, resultado de su investigación para el doctorado, sobre esa historiografía). El modernismo y luego la literatura social de los 30-40, la pintura social, la escuela laica, completarán la figura de la nación ecuatoriana. Carrión sintetiza a su modo la gestión de ese proceso histórico-cultural, así como, junto a sus contemporáneos, fijan la mitología de los orígenes, tras Juan de Velasco; con el fabuloso reyno de Quito, Atahualpa [alusión a los libros *El fabuloso reino de Quito* de Jorge Carrera Andrade y *Atahualpa* de Benjamín Carrión].

Pero por debajo de esa aparente fusión continuaban las fracturas: un país desarticulado, que tiene breves períodos de estabilidad. La cultura nacional estuvo vigente, como proyecto de Estado y por tanto, como institucionalidad literaria (no solo las obras que se escribían y se inscribían luego en la literatura ecuatoriana, sino la actividad editorial, sobre todo de la Casa de la Cultura —la matriz y también secciones como las de Guayaquil, Cuenca y Loja—, los encuentros de literatura, y por último, *last but not least*, los cursos de literatura ecuatoriana, las carreras de literatura). Esto es lo que se ha acabado en las tres últimas décadas.

En mi generación era normal —era la norma— que un joven escritor estuviera al tanto de, al menos, la narrativa de los ecuatorianos que le antecedian. Habíamos leído, por obligación escolar, a Mera y Montalvo, a los poetas modernistas, sabíamos de memoria algunos poemas de estos, habíamos leído a Icaza —no solo *Huasipungo*—, a Palacio, de la Cuadra, Gallegos Lara, Gil Gilbert, Pareja Diezcanseco —alguna novela, y algunos también habíamos leído su historia del Ecuador—, a Carrera Andrade y a Dávila Andrade. Era normal que los hubieses leído antes de los 20 años. Y luego comenzabas a leer a los que venían después, a los de la misma generación. En los Encuentros de

Literatura Ecuatoriana de la Universidad de Cuenca, que fue iniciativa de Efraín Jara Idrovo y su discípulo Alfonso Carrasco Vintimimlla —entonces decano de la Facultad; un joven crítico con mucho talento, que murió muy joven, lamentablemente— nos juntábamos escritores ecuatorianos de distintas edades, desde Adoum, Jara Idrovo, Carlos Eduardo Jaramillo, alguna vez también Ángel Felicísimo Rojas, si la memoria no me es infiel, hasta los que apenas habíamos publicado algo en alguna revista. Y nos leíamos, sin duda. Y debatíamos. Conversábamos, festejábamos con buenas comidas, bebidas, música.

¿Cuándo todo eso se fue al diablo? Más o menos a partir de 1980. Es tal vez apenas hoy cuando pueden percibirse y señalarse las tendencias que han ido debilitando a la “nación ecuatoriana”, al Estado nacional. Tendencias que, en parte, son globales, regionales, y en parte específicas de “nuestra” historia. Es una realidad muy compleja, habría que combinar un esfuerzo de comprensión de tendencias globales —tomar en serio, no a la manera trivial de los economistas liberales tipo Dahik & cía. o de los economistas progresistas tipo Acosta & cía., lo que implican el neoliberalismo o la globalización—, con la comprensión de procesos muy específicos. Te comentaba en un mensaje anterior lo que implicaba para mi generación, incluso en los años 80, emprender un trabajo intelectual, por caso, una investigación de doctorado: dificultad enorme para conseguir materiales bibliográficos o revistas, pobreza y falta de organización técnica de las pocas bibliotecas; se podía recurrir a algunas librerías, pero éramos muy pobres; teníamos que trabajar en varias partes para sobrevivir, lo que restaba tiempo para cualquier propósito intelectual... Es difícil entender lo que para mi generación significó que nuestros padres, los de clase media, pudiesen adquirir un aparato de radio, apenas a mediados de siglo. Con grandes esfuerzos lograban comprar un tocadiscos, pero no había dinero suficiente para comprar discos, ¡en plena época de los Beatles y los Rolling Stones! Nos juntábamos en casa de algún amigo que por ahí había logrado adquirir un disco,

era una enorme conquista. ¡En los días de mayo del 68, cuando el mundo que nosotros seguíamos soñando ya era pasado cubierto de smog en el “primer mundo”! No se ha escrito sobre esto, no hay muchos elementos en nuestra literatura que den cuenta de esos estados de ánimo. Quizás los cambios que vinieron en los 70 y 80 hicieron que ese mundo, al que retratan hasta cierto punto narradores como Ubidia, Egüez, Proaño Arandi o Velasco Mackenzie, se hundiera vertiginosamente, y nos encontráramos ante la necesidad de captar el mundo llamado posmoderno.

Habría que examinar el papel del cine en toda esta historia. Y luego de la televisión.

Pero se esfumó rápidamente la figura de la “cultura nacional”. La política que todavía estaba ligada a esa ideología era sin embargo frágil y regional: restos de liberalismo en Guayaquil, renovación del conservadurismo y tibios atisbos socialdemócratas en Quito o Cuenca. Esta “racionalidad” concluyó con el gobierno de Borja... La economía se volvió subsidiaria de los organismos internacionales, de la especulación de los banqueros y de un inescrupuloso afán de enriquecimiento rápido. Vinieron los populismos, la fragmentación de intereses, los derechos de las minorías como objetivo político (ninguna particularidad puede ofrecer una alternativa política para una totalidad específica), se acentuaron los regionalismos. Al hundirse las ideologías que venían del siglo XIX o las vigentes hasta mediados del siglo pasado, dejaron de tener sentido las figuras que tomaban forma en torno de las viejas disputas: liberalismo, socialismo, comunismo, clericalismo. Podría haber ciertas renovaciones conceptuales de una u otra corriente, pero ello implica trabajo intelectual. Y ese trabajo no se dio en el Ecuador. No solo los intelectuales de izquierda son un fiasco, también lo son los cristianos, los liberales, los conservadores. Si se revisan las revistas, los periódicos, los libros publicados, son en general reiterativos, vacíos de ideas, pobres. El libro de Hurtado *Las costumbres de los ecuatorianos* fue un *best seller*, varias ediciones. ¡Un adefesio! En ese vacío, unos cuantos aventureros y burócratas de medio pelo afiliados

a los restos de la izquierda en descomposición (por lustros al menos) tomaron la dirección de los aparatos culturales del Estado. No eran los sepultureros del capitalismo, pero sí sepultureros: tenían el encargo de enterrar la “cultura nacional”, que ya no tenía significación alguna para el dominio político ni para la configuración estatal.

Con esto no quiero decir, ni remotamente, que había todavía alguna “posibilidad revolucionaria”. De ninguna manera. Pero me trato de explicar el fin de una formación cultural y, por tanto, el que no hubiese ninguna marca —en sentido semántico— que pudiese convocar a los jóvenes escritores a leer a sus “connacionales”. Supongo que la mayor parte debe reírse de los llamados a la “unidad nacional” que se han repetido en estos últimos tiempos. Yo me quedo lelo cuando leo esos desesperados llamados a la “unidad”. Si no hay una tradición cultural o literaria —más aún cuando es propio de nuestro tiempo, por la aceleración permanente de la vida cotidiana, negar cualquier tradición—; si no hay una figura de Estado que articule la convivencia entre ciudadanos —el nivel tan degradado de la “política” es su expresión—; si no hay intercambios culturales entre los grupos que actúan en nuestras ciudades, si provenimos de una convivencia social marcada por la hacienda y las jerarquías de casta, de una cultura de sumisión, si nos hemos alimentado de los prejuicios del colonizado —lo nuestro es siempre menor, lo mejor viene de afuera—; si añadimos a ello la precariedad de las instituciones culturales, la sumisión de sus dirigentes a cualquier mediocre politiquero populista, si no hay periódicos donde puedan exponerse y debatirse ideas... entonces nada cabe esperar.

Ah, querido Francisco, los tiempos han cambiado. Es difícil ser poeta en cualquier parte del mundo, les va mejor a los novelistas, pero estos ya se inscriben en sellos editoriales internacionalizados.

(Y por lo que intuyo, creo que los ecuatorianos ya ni siquiera pueden formar una selección nacional de fútbol.)

Tal vez retome algunas de estas notas en un ensayo. Por ahora, discúlpame por su dispersión, y seguramente lleva varios errores y horrores sintácticos.

Un gran abrazo,
Iván

19 de agosto de 2020
(Pol.)

Querido Francisco:

Al leer un artículo sobre la señora Álvarez de Toledo hoy día he recordado “¿Qué es la Ilustración?”, el tratado de Kant que contiene una reflexión sobre lo que podríamos considerar la intervención pública de los intelectuales. Recordarás tú que Kant diferencia entre el uso público y el uso privado de la razón. Quien habla a nombre de una institución para transmitir una posición asumida dentro de esta, por caso, una iglesia, un partido político o una unidad militar, hace un uso privado, mientras quien discurre o reflexiona desde sus convicciones hace un uso público de la razón. El sacerdote que oficia una ceremonia religiosa hace un uso privado de la razón, mientras que si piensa como teólogo y debate cuestiones que atañen al pensamiento religioso hace un uso abierto y público de la razón. A mí me sigue pareciendo una distinción clave para comprender la función de los discursos.

Cayetana tenía la función de exponer ante la opinión pública la posición de su partido, por tanto, no la suya propia o su opinión, sino aquella a la que se arribase dentro de los organismos partidarios pertinentes. Era nada menos que la portavoz del partido. Algo semejante, por consiguiente, a la función de un secretario de una conferencia episcopal. Grave confusión la suya al exponer sus puntos de vista personales cuando debía actuar como portavoz. Es evidente que Cayetana es más culta que sus compañeros de dirección del Partido Popular; de ahí que haya quienes se confundan y le otorguen un mérito más bien literario que político. Pero ella estaba obligada a expresar solamente la posición de su partido. El uso privado de la razón —y esto, por supuesto, no lo dice Kant— deriva en discursos

bastante rutinarios, a menudo broncos, llenos de una retórica que finalmente se torna predecible.

Ahora bien, lo que dice Cayetana a propósito del autoritarismo de los partidos políticos es interesante desde el punto de vista de la reflexión crítica acerca de la democracia. La aristocrática señora, aunque se equivoca sobre el lugar de la enunciación de su discurso, hace bien en colocar un problema crucial: en los regímenes democráticos, sus oficiosos intelectuales se llenan la boca con discursos contra el autoritarismo reinante en otras partes. Pero ocultan sistemáticamente el autoritarismo reinante en casa, ya sea en la política, en la economía, o ya en la cultura o la educación o los medios. Y también, desde luego, en cada casa, en cada hogar. Pero este es un tema para el uso público de la razón, por tanto, la marquesa Cayetana debería emprender esta reflexión y esta crítica ya no como portavoz de un partido, sino como la intelectual Cayetana Álvarez de Toledo. Su lugar está en otra parte, incluso si sigue siendo militante o incluso diputada en representación de votantes del PP.

Cuando hable a nombre de la fundación de Aznar, hará uso privado de la razón. Cuando hable a nombre de Cayetana, literata, historiadora, intelectual, hará uso público de la razón. En la vida cotidiana de muchos de nosotros, que nos dedicamos a las letras, al trabajo intelectual y que a veces tenemos alguna función “pública” o en alguna institución o empresa, se nos plantea este curioso dilema: postular algo que no compartimos, pero que debemos hacerlo porque es parte de la labor por la que nos pagan. Así es. El trabajo intelectual en la cátedra es sin embargo diferente, porque obliga a exponer el estado del conocimiento en las ciencias o el estado de la técnica en las ingenierías, o a hacer un uso público de la razón, en las humanidades, eso sí, atendiendo a principios éticos como la honradez para considerar los discursos que se someten a juicio crítico.

Finalmente, quiero decir algo que me parece importante. Hay una tendencia al fariseísmo en ciertos hombres de letras, en ciertos literatos, que dicen repudiar a la política y a los políticos,

repudiar su inmoralidad, las formas de dominio, de ejercicio autoritario, y exhiben sus gestos, se tapan las narices ante lo que les huele mal, pero igualmente hacen un uso privado de la razón —los sistemas de creencias hegemónicos, la moralina— y evaden el uso público de la razón. Si no quiere hablar políticamente —en sentido “cívico”, en relación con la polis, con la ciudadanía—, el literato tiene solo una opinión semejante a la del peluquero o del cantinero al que a menudo desprecia. Ninguno de estos intenta colocar la política como un asunto puesto para la reflexión crítica, que nada tiene que ver con la expresión de asco, ni, por supuesto, tampoco con las loas a los caudillos.

Te envío un abrazo,
IC.

PS. El análisis de la retórica de los discursos, que puede ser fascinante, puede llevarnos a identificar talentos para la metáfora, pero casi nunca deriva en una reflexión sobre la cultura o la política.

19 de agosto de 2020
(Pol.)

(Sin encabezado)

Qué curioso: acabo de releer “¿Qué es la ilustración?” de Kant e iba con el de Foucault del mismo título. Sigo con la lectura de tu carta y unas respuestas pendientes.

Abrazos.
F.

El 28 de septiembre de 2020 Estrella envía el artículo “Alain Finkielkraut: ‘No creo en la muerte del intelectual’”, entrevista realizada por Juan Pedro Quiñonero al filósofo francés, publicado en el ABC Cultural, el 27 de septiembre de 2020⁹³. A ello sigue la carta de Carvajal del 29 de septiembre.

29 de septiembre de 2020
(Fil.)

Querido Francisco:

Gracias por el envío de la entrevista a Finkielkraut. No he leído sus libros, aunque sí algunos artículos o entrevistas. He leído algo más de Glucksmann y de Bernard-Henry Lévy, pero tampoco mucho. Sobre todo, artículos. Los considero más bien periodistas, y desde luego propagandistas, en el mejor sentido del término, liberales. No propiamente pensadores, pues no aportan nuevas ideas, nuevas maneras de comprender el mundo, sino que actúan sobre los acontecimientos. Es curioso constatar que muchos jóvenes maoístas del 68 luego se convirtieron en paladines del liberalismo y la democracia: del entusiasmo por la revolución cultural anti-occidental pasaron a condenar todo lo que tuviese algún pelillo o tufillo anti-occidental. Entre esos jóvenes destacan F. y G., no sé si también el otro que, se supone, fue alumno de Althusser, Derrida... Ninguno de ellos, en todo caso, alcanzó la altura intelectual de sus maestros, pero hay que reconocer su influencia en los medios. ¿Se puede ser filósofo de televisión? No sé, no creo que sea posible. Tampoco creo que sea posible ser filósofo de redes sociales, aunque pueden circular filosofemas por redes, periódicos, radio o televisión. Pero el

⁹³https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-alain-finkielkraut-no-creo-muerte-intelectual-202009270127_noticia.html

pensamiento filosófico, como la gran literatura o las ciencias, es cuestión de escritura y lectura. Los tres han sido ante todo expertos en medios de comunicación. Publicistas liberales, e incluso europeístas. “No creo en la muerte del intelectual.”

Y entonces suenan en la memoria los ecos de dos libros famosos: el de Benda y el de Aron, la traición y el opio... los dos, además, vinculados con un aspecto importante, que podríamos vincular con lo religioso, en el sentido de *re-ligare*, de juntar o mantener juntos.

¿A qué intelectuales se refiere el tan mentado Julien Benda? En español se ha traducido siempre el título de su libro como *La traición de los intelectuales*. En francés es *La trahison des clercs*. Es importante señalar este cambio de clérigo a intelectual. Entre paréntesis: cuando Gramsci expone su tesis sobre el intelectual orgánico, considera al clero medieval como el intelectual orgánico de la época feudal, y a los filósofos y humanistas modernos como el intelectual orgánico de la clase burguesa; en contraste, el partido obrero revolucionario o comunista es señalado a la vez como el Príncipe contemporáneo, en obvia alusión a Maquiavelo, y como intelectual colectivo —triste destino que ha tenido ese concepto gramsciano: de los intelectuales orgánicos de coleta, españoles o ecuatorianos, a calificativo denigratorio que usa AMLO para referirse a tus amigos de *Letras Libres* y en general a los periodistas de la oposición. Coincidencia entre Benda y Gramsci: considerar a los intelectuales como clérigos, como clero, o viceversa. Da tela para meditar en la función de los intelectuales en la formación y difusión de los sistemas de valores de las sociedades.

Pero... y esto es muy importante: ¿en qué consiste la *traición de los clérigos* a los que alude Benda, un intelectual que se reclama progresista, incluso socialista, al menos un radical liberal? En que traicionan los grandes ideales, los valores supremos consagrados por la filosofía, desde Platón en adelante. Lo he releído recientemente, lo leí hace muchos años, y mal. Es sorprendente. En su mira están ante todo los filósofos

conservadores, el pensamiento de la derecha francesa de los años 20, y también un filósofo de la altura de Bergson. Y, junto a ellos, aparecen —sobre todo en la segunda edición, muy posterior a la primera de 1927, pues aparece poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial, en 1946— los intelectuales de izquierda. ¡Los valores supremos! Es un libro por demás interesante, con un estilo farragoso, reiterativo, algo pesado de seguirlo, pero ¿qué tiene que ver con las críticas de F. G. L.? Es una pista interesante para la investigación... o lo sería, si fuésemos franceses.

Antes de seguir con otra línea de reflexión, sí es importante destacar que A. F. anota que los intelectuales no son solo los escritores, los filósofos y novelistas, sino que también en esa categoría están incluidos los científicos y los técnicos. En una sociedad como la contemporánea, es evidente la función que tienen científicos, ingenieros, médicos, en general tecnólogos (creadores de tecnologías) y técnicos, así como administradores, en la configuración de valores, sistemas de creencias, en la organización de la vida cotidiana y las relaciones entre individuos (personas o grupos o asociaciones o naciones).

Lo que dice Finkelkraut va a contracorriente de las reflexiones de Echeverría en la entrevista que te envié hace unos días⁹⁴. Y ahí sí encuentro algo que es muy importante para nosotros. A mí me sorprende el miedo que dejan traslucir escritores y artistas franceses ante un proceso en marcha (para jugar con la ironía, recuerda el nombre del partido de Macron), indetenible: el avance de África, del Islam, de Asia, sobre el corazón de Europa. Se invirtieron los flujos, ¿podría decirse que es una nueva forma de colonización? Estuve en Berlín hace pocos años unos días, en el mismo barrio turco donde residió mi sobrino Luis mientras hizo su doctorado en matemáticas. Vas a París y ¿dónde están los parisinos? Fascinante, sin duda, y a la vez se comprende el pavor de esos intelectuales orgánicos

⁹⁴ “Una conversación con Bolívar Echeverría”, Iván Carvajal, 1 de enero de 1996, *Kipus. Revista Andina de Letras* (reproducida en la página Web de Iván Carvajal: <https://ivancarvajal.com/una-conversacion-con-bolivar-echeverria/>)

—por decirlo así— de la Francia blanca, heredera de San Luis, de Juana de Arco, de Voltaire... y también de los que, siguiendo a Luis santificado, que acabó con los cátaros, los que acabaron con los hugonotes en la Noche de San Bartolomé, los traficantes de esclavos, y desde luego los del Terror y Napoleón. Una imagen maravillosa: la toma de posesión de la presidencia de la República por Macron: ¡qué gestualidad napoleónica la del joven actor! Preparado para esa actuación por su mujer-madre-maestra. —Gestos: Macron imitando a Napoleón, Vladimir Putin recordando a Vladimir I, el de la Rus de Kiev, a Vladimir II, Ilich o Lenin, y, ciertamente, a Iosif [Stalin]. Hoy parecen retornar los viejos imperios: China, Rusia, India, al tiempo que se completa la decadencia de Inglaterra o Francia. Ya veremos si acaban por hundirse los herederos del Imperio Británico, ¡démosle unos años más a Trump y acaba con ello!

Miedo a los turcos, a los árabes, a los negros, miedo a las feministas... están acabando con el pensamiento, con los grandes valores, con ¡LA DEMOCRACIA!

Y es probable que así sea. Los bárbaros acabaron con el Imperio Romano, ¡con el Imperio por excelencia! Los mongoles con el imperio chino. Y así podemos seguir. Y ahora otros bárbaros acabarán con los *grandes principios de la civilización occidental*... Lo que a menudo se olvida es que parte del acabamiento procede de esos *grandes principios*... y de los efectos de las técnicas derivadas de las formas de conocimiento generadas e impulsadas constantemente por la civilización occidental.

Me parece que la civilización occidental gestó, impulsó, desarrolló una forma civilizatoria que tenía que desembocar en la mundialización o globalización, y, por tanto, en su interior ya estaba fraguándose esa mezcla —no propiamente o no necesariamente mestizaje— de formas culturales, religiosas, de fes disímiles, encontradas, que hoy presenciamos.

Y que están aquí, a la vuelta de tu esquina, o en tu casa. Es una lástima que no tenga mayor sentido ponerse a meditar sobre

estos asuntos entre nosotros. Si el señor A.F. publica un libro sobre estas cuestiones, lo leerán unos cuantos centenares o miles de personas, lo traducirán a varias lenguas, a él lo entrevistarán en TV, periódicos, circularán vídeos con debates en torno a sus planteamientos por internet, etcétera. Acá, ¿quién te leería? ¿Quién publicaría tu ensayo? Serían meses de trabajo para nada. Así que mejor es dedicarse a escuchar a Villa-Lobos o Beethoven o Mahler, o lo que sea.

¡Y qué importa que los árabes o los negros africanos se tomen París! Con tal de que no quemén la Mona Lisa o los cuadros de Cézanne, aunque me temo que acabarán por destruirlos la masa de idiotas que van a tomarse una *selfie* delante de ellos. Escuché un dato que me impactó el otro día en un documental sobre la obra de Leonardo: el promedio de tiempo de los visitantes ante la Mona Lisa es de 15 segundos. ¿Qué van a ver esos idiotas que se paran ahí frente a ese cuadro que merece ser contemplado por la eternidad durante 15 segundos? ¡El tiempo para acomodar sus rostros estupidizados frente a semejante conquista humana! —Me invento el verbo estupidizar y el consiguiente reflexivo estupidizarse. Es más que entontecer y entontecerse.

Abrazos,
Iván

4 de diciembre de 2020
(Lit.)

Querido Francisco:

Ayer apenas si pude responderte con un emoticón a tu emocionada lectura del texto narrativo de Elizondo. Bien. Había leído, y por supuesto con placer, ese texto elizondeano sobre la mariposa china, aunque en él se siente la impronta kafkiana...

Estaba en ese momento leyendo un par de deliciosos textos narrativos de Sir John Maynard Keynes⁹⁵, dos recuerdos, uno de sus años juveniles, sus primeras creencias “religiosas” en Cambridge en torno a Moore, el filósofo de *Principia Ethica*, y otro lleno de ironía inglesa sobre las negociaciones entre británicos, estadounidenses, franceses y alemanes tras de la Primera Guerra Mundial. Te lo recomiendo de manera especial este último. El otro tiene como punto de partida un encuentro de jóvenes estudiantes con D. H. Lawrence, quien se aburrió con ellos. El libro está publicado por Acanalado en 2006.

Esos clubes ingleses... siempre me maravilló aquel que inventa Thomas de Quincey, dedicado al asesinato como una de las bellas artes. Estos relatos de Sir J. M. Keynes son dos de los que presentó en su club de amigos que narraban periódicamente sus recuerdos. Había que prepararlos, claro está. Escribirlos. ¡Y qué escritura la de este inglés que pensó en una economía de bonanza que contuviera a los bolcheviques, que fue un gran inversor en bolsa, pero no descuidó la filosofía para poder departir con sus amigos Moore, Russell y Wittgenstein! ¡Vaya amigos!

Lástima grande que tú no tengas idea de cómo hacerte millonario, y que te falte un Wittgenstein a tu lado...

⁹⁵ *Dos recuerdos*, John Maynard Keynes, Acanalado, Barcelona, 2006.

En fin, dejemos que vuelen las mariposas por el Himalaya y ya se verá...

Abrazo,
IC.

4 de diciembre de 2020
(Lit.)

(Sin encabezado)

Qué hermoso mensaje, querido Iván, más cuando se trata de esos ingleses que formaron parte del grupo de Bloomsbury con Virginia y su pobre marido. Desconocía estos trabajos de Keynes, sin duda me han despertado toda la curiosidad. Apenas ayer hablaba otra vez del excelente trabajo editorial de Acanalado en España y cómo la viuda de Jaume Vallcorba ha continuado con la tarea. Uno de sus hitos: publicar entera la obra de Stefan Zweig, traducida al español. Un lujo.

Abrazos.
F.

15 de diciembre de 2020
(Fil.)

Querido Iván,

Te envío esta larga e interesante entrevista al profesor Ángel Rivero⁹⁶.

Abrazos.

F.

⁹⁶ “El liberalismo se ha convertido en bandera y una caricatura”, entrevista a Ángel Rivero por Daniel Gascón, *Letras Libres*, 1 de diciembre de 2020. Disponible en: <https://letraslibres.com/revista/entrevista-a-angel-rivero-el-liberalismo-se-ha-convertido-en-bandera-y-una-caricatura/>

16 de diciembre de 2020
(Fil.)

Querido Francisco:

“(…) así nos dirigimos a casa, dos intelectuales medios, bien vestidos, bien alimentados y en buena forma, de mediana edad y opiniones medianas, dos sobrevivientes (cada uno a su manera), dos seres aún vivos, dos semimuertos, discurriendo sobre aquello de que aún pueden hablar dos intelectuales, en un estilo del todo superfluo.” Imre Kertész.

¡Que no nos pase esto, querido amigo! Uno siempre está al borde de que suceda. O sucede, y no nos percatamos. Sí, seguramente acontece. O tal estado de cosas es un no acontecimiento...

En cuanto a la entrevista al profesor Rivero, sí, es interesante. Mi conclusión: el liberalismo solo puede ser objeto de estudio, como doctrina, como discurso filosófico-político. Al igual que el comunismo o el anarquismo. En rigor, no es posible un régimen político liberal, y ni siquiera una política liberal. Como no es posible un régimen político comunista o anarquista.

Por eso podríamos tú y yo pasear por los espléndidos jardines de esta ciudad, entrar a los cafés por un buen expreso o por una copa de brandy, y conversar, tú, desde tu liberalismo doctrinario, y yo, desde mi anarco-comunismo... pero no hay jardines ni cafés en esta extendida aldea de los Andes, ni brandy...

Vaya varapalo a tu admirado sir Isaiah...

en cuanto a Benjamin Constant, creo yo que lo mejor que le pudo pasar en su vida es su aventura con Madame de Staël...

¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!, como dice el poeta conceptista [los hermanos Argensola].

Abrazo (este sí grande),
IC.

31 de diciembre de 2020
(Hist.)

Querido Francisco:

Has desaparecido en estos últimos días del 2020, no he recibido noticias tuyas, ni por whatsapp ni por correo electrónico. Seguramente no habrás cesado de tuitear, pero bien sabes que yo estoy fuera de esas redes. ¿Será por lo que llamaban “elitismo” estético, “aristocratismo” intelectual? No sé, tal vez. En todo caso, algo tiene que ver con el horror a la masa. No deja de ser curioso que, en nuestro entorno, sea el poeta adherente hoy a un anarco-comunismo —sacudido de la ideología comunista del siglo pasado— tenga aversión por la masa que se comunica por las redes, y que sus amigos novelistas individualistas y liberales, discípulos de Ortega y Gasset, Stuart Mill y Popper, o anarquistas a lo Cioran, pasen día y noche conectados a las redes, persiguiendo novedades o novelorías...

Pero ¿estás bien?

Estos días de fin de año son para mí insoportables. A lo largo de los años me han acompañado Dostoievski, a veces el Shakespeare de *Macbeth*, *El rey Lear* o *Ricardo III*, a veces Sófocles o Esquilo. Rituales. Hoy *El Comercio* publica un artículo de Fernando Tinajero que, aunque en su consabido tono llorón de anciano doliente, señala sin embargo la incoherencia de estas celebraciones de ciclos cósmicos o naturales, que contradicen los ritmos de la temporalidad marcados no solo por los cronómetros del mundo industrial, sino por la temporalidad de las comunicaciones a través de redes y, en este año, por la pandemia.

Este es un tema de lo más interesante, el de la temporalidad. Es una lástima que entre nosotros no haya posibilidad de meditarlo y abordarlo como se debería. Pero ¿qué significa ahora un fin

de año y un comienzo de otro? Recuerdo la contundencia con la que Hobsbawm afirmaba que el siglo XX había sido muy corto, desde inicios de la Primera Guerra Mundial hasta el colapso de la URSS. ¿Cuándo comenzó el año de la pandemia del covid y cuándo terminará?

Cabría escribir un ensayo al respecto. Mas, me invade una pereza infinita, una coraza, un caparazón que pesa como una losa.

En fin, espero al menos que el año se extienda, en otro plano o en otra capa de la complejidad espaciotemporal, hasta que concluya la escritura de tu novela. Y que esta esté ya por llegar a mis manos, o a mis ojos, a la pantalla del computador, no por tuit por supuesto, ni por whatsapp tampoco, y que yo pueda disfrutar al leerla.

Un abrazo grande,
Iván

31 de diciembre de 2020
(Lit.)

Querido Iván,

Estoy bien, pese a todo, pandemia y escasez de dinero. Sin duda, también para mí, ha sido un año al que más que difícil lo considero duro y endurecedor. Ahí, aquí, han estado mis padres, mi hermana, y espero haber estado yo para mis hijos. Y he contado, como siempre, con la palabra, el cariño, la confidencia de grandes amigos como tú, Juan Pablo Castro o Vásconez.

Por el contrario, suele invadirme en estas fechas un aire de infancia, más que por las remembranzas, por una atmósfera plácida de reposo y oxígeno. Recuerdo la atmósfera de Quito de 1979, 1980, 1985 como una pecera limpia en el poblado que nos tocó en suerte. Quizá no fue para nada de ese modo, pero lo que cuenta es lo que se recuerda, la máquina de la memoria. Es como si estos días finales del año fueran retazos de una lucha concentrada en un mes tan iluso como enero, abril que es, no cabe duda, *el mes más cruel*, la indolencia de mayo, la felicidad de agosto o septiembre, octubre, mes de tragedia. La comedia parece terminar con Jesús nacido en Belén o en Nueva York, y después los personajes se retiran, nos devuelven a la caja durante estos cinco días inútiles que los aztecas llamaban *nemontani*, los días enmascarados.

Ahora que hablas de tiempo lo asumo de este modo: el tiempo en una novela. Mucho he leído acerca del tiempo en una novela y lo he visto ser construido, moldeado, acomodado, en las novelas que he leído pero otra cosa, definitivamente, es jugar con él cuando uno escribe su novela, su propia novela: qué empieza aquí, qué vuelve, qué retoma un narrador, con qué fin, qué cambia, envejece, debe ser recogido del pasado, recogido del futuro si cabe, o predicho. El trabajo con el tiempo

en una novela parece ejecutarse en la construcción —mientras se la escribe y en función del fin que uno desea para ella y sus personajes— y de la edición del material, me parece. Estoy apasionado con el tema ahora que, me parece, he pasado la mitad de la redacción de este libro. Ha empezado la descomposición mental del personaje central de mi novela y, a partir de ahí, todo es cuesta abajo.

Sí, uso mucho el Twitter pero, como suelo, no de modo muy apropiado —a causa de mi trabajo debo saber el uso “adecuado”, “estratégico” de las redes: hoy a todo lo llaman *estratégico*—, sino como una bitácora: la música que escucho, los cuadros que descubro, una u otra idea de la que tomo nota y también me entero de las noticias culturales. Pero procuro no meterme nunca en polémicas inútiles y en ese albañal en el que el ser humano parece empeñarse en convertir todo lo que toca, con una agresividad y proclividad a la tontería que espanta. Digamos que mi cuenta de Twitter es íntima y didáctica.

Por fortuna el fin de año me sorprende leyendo un libro excepcional. Se llama *Edición y subversión* y trata sobre la literatura antimonárquica que circulaba en ambientes ilegales —¡por doquier!— en la Francia de los últimos años del *ancien régime*. Panfletos, tratadillos, filosofía sometida a la censura pero impresa en secreto, distribuida tal cual droga fuerte y leída con pasión y profusión. Ese momento, el de los últimos años del Viejo Régimen, va convirtiéndose en uno de mis favoritos. Un libro del historiador americano Robert Darnton.

Ha sido un año pobre de lecturas en número, pero me he dado el lujo de releer (creo que sería mejor decir *leer*; a secas) a Dostoievski y conocer una novela magnífica de Dumas de cuya existencia no estaba enterado: *La guerra de las mujeres*. Y un año de tolerar todo tipo de sandeces de feministas, indiólogos, linchadores digitales, proabortistas, vegetarianos, académicos. *En fin*, la fauna. Toca seguir.

Te envío un fuerte abrazo, querido Iván. Buen año 2021.

Con el afecto sincero de,
F.

PS. Te envío esa maravilla de Picasso que descubrí hoy: la cabeza de Balzac.

23 de febrero de 2021
(Lit.)

(Sin encabezado)

Gracias, querido Iván, pensé que me había confundido al ver la noticia en alguna parte del Twitter⁹⁷. Una pena.

Abrazos.

F.

⁹⁷ Carvajal ha enviado ese mismo día el artículo “Muere el poeta y editor de la generación *beat* Lawrence Ferlinghetti”, de Pablo Guimón, *El País*, 23 de febrero de 2021. Disponible en: <https://elpais.com/cultura/2021-02-23/muere-el-poeta-de-la-generacion-beat-lawrence-ferlinghetti.html>

24 de febrero de 2021
(Lit.)

Querido Francisco:

Me ha sorprendido tu frase a propósito de la muerte de Ferlinghetti. “Una pena”, dices. ¿Creías acaso que el poeta era en verdad inmortal? ¡102 años! Yo lo había dado por muerto hace un cuarto de siglo. Y dado que yo tampoco soy inmortal, pero tomo en cuenta tus afanes de trascendencia, te contaré una anécdota.

Hace ya un cuarto de siglo, en abril de 1995, tuve la suerte de ser invitado, nada menos que por el Departamento de Estado, para realizar una gira por varias universidades estadounidenses —fue entonces que me maravillé ante los cerezos florecidos—, gira que tenía el propósito de presentarnos a un grupo de latinoamericanos la complejidad del sistema de educación superior de los Estados Unidos de América. En realidad, el invitado en principio había sido mi querido amigo Gonzalo Muñoz, quien por alguna razón no podía viajar y pidió a la embajada que me invitaran a mí. Hubo que hacer alguna gestión especial para que me concedieran la visa, por algún antecedente registrado, alguna pequeña ofensa a los Estados Unidos que yo había cometido años atrás, a inicio de los 70, en la época en que quemábamos fotografías de Nixon y expresábamos nuestra solidaridad con Vietnam y también con los jóvenes que rechazaban la guerra. Entonces, cuando yo era joven, creía que había sido valiente al haberme atrevido a solicitar las fotografías de Nixon en la embajada, lo que, por supuesto, no iban a hacer ninguno de los otros intelectuales revolucionarios del Frente Cultural. Por ahí hay un poema, no recogido en mi *Obra poética*, publicado en la revista *Procontra*, que se titula “Elegía por Keith K. Franklin”, escrito a mis 20 o 21 años. Al final, pasaron por alto mi ofensa de juventud y además ya durante la administración de Clinton habían decidido suspender

las viejas prohibiciones de otorgar visas a los revolucionarios latinoamericanos (jeje, que pretencioso suena, ¿verdad?). Viajé, fue un mes muy importante para mí en el campo de mis preocupaciones por la educación superior y por lo que llamamos todavía “universidad”... pero también para tener una idea, aunque muy general, de lo que son los Estados Unidos. Luego de viajar desde Washington hacia el oeste, pasando por Virginia, Ohio y Colorado, llegamos a California. Nos obsequiaron con cuatro días espléndidos en San Francisco. ¡Qué bella ciudad! Por ahí quedó como recuerdo una imagen de las secoyas en algún poema mío, y a la vez no dejé de sentir cierto toque en mi hombro que pudo ser la mano del fantasma de Carrera Andrade. Fuimos, claro, al campus de Berkeley y al de Stanford, aunque también a una especie de UCE, la Universidad del Estado de California en San Francisco. Ese es el contexto del viaje.

En San Francisco llegamos a un hotel que se llamaba Francis Drake. Yo ya había mencionado a este pirata isabelino en otro poema de mi juventud. Los porteros del hotel vestían con trajes de piratas, portaban unas largas lanzas. Cuando llegamos, a un par de metros de los porteros piratas, otros trabajadores del hotel protestaban con pancartas contra los propietarios y administradores del hotel. Este era bastante confortable. A esas alturas, yo había hecho amistad con un paraguayo y un músico (de música clásica) colombiano. Y había conocido en Quito, en la Andina, a Julio Ramos. Habíamos quedado, con Julio, en encontrarnos en San Francisco. Una mañana, a las puertas del hotel, les comentaba al paraguayo y al colombiano que tenía que verme con un amigo puertorriqueño, profesor de literatura en Berkeley, que se llamaba Julio Ramos, y que en principio no iría con ellos a pasear por la ciudad, cuando uno de los piratas-porteros se vuelve hacia mí, lanza en ristre, y me pregunta en español caribeño si en veldá yo era amigo del profesor Julio Ramos. Y cuando le respondo que sí, que era amigo de Julio, y luego, cuando se entera de que uno de los presentes era paraguayo, como Roa Bastos, y el otro colombiano, como Gabo, dándose modos para no herirnos con

su larga lanza, nos cuenta que admira a Ramos, que había sido su profesor en la universidad, y comienza a hablarnos de Martí y de ahí en adelante. En fin, que entramos al hall a esperar a Ramos, y cuando llega este, vemos cómo el pirata lo abraza, lo saluda con entusiasmo. Entra Julio por mí, le presento a mis colegas, Julio les invita a que vengan de paseo por la ciudad con nosotros, y nos propone ir al barrio italiano, a la librería de Ferlinghetti y los poetas *beats* para comenzar. Cuando salimos del hall, nos esperaba a la puerta del hotel una limosina blanca con chofer de librea; el pirata nos abre la puerta de la limosina y le avisa a Julio que el vehículo estaba a nuestro servicio, que la usáramos cuanto tiempo hiciera falta y no se preocupara por el pago. ¿Una gracia de Francis Drake?, anda tú a saberlo. O solo un agradecido estudiante de letras que, como la mayor parte de ellos, fue a parar de portero de hotel... y de pirata, por añadidura.

Fuimos a la librería y estuvimos ahí largo rato. En el subsuelo todavía estaba la silla colgante del techo que, según se cuenta, ocupaba Ferlinghetti. Pues ahí me senté, aprovechando un descuido de los cuidadores, durante un par de minutos. Y ya entonces yo pensaba que Lawrence era un fantasma socarrón que se reía a mis espaldas. Recuerdos de esa visita: un ejemplar de *Howl* de Ginsberg y otro de *The Colossus* de Sylvia Plath.

Un abrazo grande,
IC.

7 de marzo de 2021
(Cult.)

Querido Francisco:

Espero que alguna diosa sople fuertemente sobre tu mano y que gracias a ella siga con viento en popa, como se dice, o se decía en la ya lejana época de los barcos veleros, la escritura de tu novela. ¿Con qué metáfora habría que sustituir aquella de los soplos divinos en estos tiempos? Una diosa, habría que esperar, sería ajena a los embates de los virus. Pero en un mundo virtual, como dicen que es este en el que hoy vivimos, la virtualidad de la diosa se torna irreconocible. Así que ya no sabrás, amigo mío, si se trata de la vacuidad de un tuit o del soplo de la diosa. Y eso sí que es peligroso, terriblemente peligroso, pues de tuit en tuit me temo que el talento tienda a disolverse en la neblina de la trivialidad cotidiana. Por ello, yo que vengo de otra época y procuro no entrar en esta, al menos no demasiado, renuevo mi esperanza y con ello espero que la diosa sople fuertemente sobre tu mano y que la novela avance hacia su consumación.

Quería trasmitirte mis comentarios u opiniones sobre “El duque en su ducado”⁹⁸, la semblanza de Marlon Brando escrita por Capote que me enviaste hace unos días, y también algo sobre el estupendo libro de entrevistas a Ernst Jünger con motivo de su centenario. Sobre Brando, solo reiteraré mi admiración por el gran actor, y bastarían sus actuaciones en *Un tranvía llamado deseo*, *El último tango en París* —a pesar de los excesos, o incluso abusos, de él y de Bertolucci con la pobre joven que era entonces la bella y talentosa Maria Schneider— y en *El padrino* para sustentar su gloria. *Sayonara* es en verdad un film menor, más bien un efecto de propaganda política, como bien

⁹⁸ Enviado como anexo por Estrella el 19 de febrero de 2021.

anota Capote. En la conversación que tuvimos sobre Brando, no recordaba yo el título de la otra película de esos años, filmada en Okinawa; se trata de *La casa del té de la luna de agosto*. De esa primera época también recuerdo *Nido de ratas* (*On the Waterfront*), dirigida por Elia Kazan. Me parece estupenda su interpretación de Marco Antonio en *Julio César*; en especial en el momento del discurso al populacho luego del asesinato de Julio. También está su actuación con Elizabeth Taylor en *Reflejos de un ojo dorado*... ¡Tremendo actor! Ahora bien, la semblanza de Truman Capote conlleva un duelo de egos entre el actor y el escritor. Por desgracia, la traducción al español es lamentable, habría que buscar otra o el texto original en inglés. Arrogancia argentina o porteña, no sé, ¿cómo se les ocurre hacer una traducción llena de tenés, querés, de voseos?, ¿la prepararon para algún periódico de barrio bonaerense?, ¿para ver si la lee Maradona? Pero dejemos al excelso futbolista, pésimo entrenador y mal publicista de los populismos latinoamericanos en paz en su tumba. Si he recordado a Maradona es porque hace un par de días leí una entrevista a Benzema, en la que el entrevistador establecía una comparación entre Brando y Maradona. Lo mejor de esta entrevista es una frase de Benzema, dice que tiene un solo amigo, lo que demuestra la alta estima en que tiene a la amistad. Me recordó la frase que se atribuye a Aristóteles en su agonía: amigos, no hay amigo... La traducción de la crónica de Capote, en todo caso, es deplorable; para tener una medida del nivel en que lo es, digamos que habría sido igualmente deplorable alguna traducción en los diminutivos del español andino que, según mi amiga la lingüista Ileana Almeida, serían una impronta de la entonación quichua, pero para mí es una forma gramatical atroz si se la usa en la escritura y se abusa de ella, como se puede advertir en cierta novela reciente, forma que se presta por otra parte en su uso oral para expresar la sumisión y la hipocresía, y también, es cierto, el cariño entre familiares o amigos.

Volviendo a Truman y Marlon, me quedó la sensación de que el escritor no logró desembarazarse de cierta envidia que

pudo haber surgido en ese encuentro ante el carisma del actor. Lo que describe del encuentro es la actuación permanente de Brando, todo el tiempo actúa, me ha recordado la concentración de Borges en la construcción del personaje Borges a lo largo de su escritura y de sus actos ante el público. Capote se propone entrevistar a Brando para tener una semblanza del actor que interpreta al personaje Lloyd Gruver de *Sayonara*, una película menor que se filma en Japón, y demostrar así su solvencia como cronista. La entrevista tiene lugar en un hotel de Kioto. Las descripciones que Capote hace de la ciudad, de esa mezcla entre folclorización del pasado cultural y apertura al mundo industrial, al comercio turístico, son deliciosas. ¡Qué ojo el del cronista! Supongo que a Brando le habrá disgustado, si es que es cierto que algo le disgustó de la semblanza, los excesos de tintura que echa el cronista sobre el personaje que el actor ha creado para la entrevista. Aun así, ese joven arrogante y que a la vez se permite algún gesto de ternura o un comentario benévolo sobre el mundo, resulta fascinante. Es posible que traslade mi fascinación por el gran actor a ese personaje de la semblanza. Capote debe haber sido un tipo algo insoportable, me imagino yo, con esa dosis de insistencia del buen periodista que hurga en las zonas de sombra de personajes o acontecimientos. Con unos cuantos vasos de whisky encima, debe haberse parecido a ciertos amigos nuestros que se vuelven reiterativos, insistentes en sus preguntas... Y Brando, frente al periodista que poco a poco se embriaga, sin beber una gota. Eso sí, tenía que comportarse como un joven estadounidense de la época, surgido de las entrañas populares: glotón, algo desaseado, desordenado. Quedan al paso esas puntuales referencias de Capote al teatro japonés, el kabuki, el noh, el teatro de máscaras... Occidente y Japón, ese extraño intercambio que surge luego de los tres siglos de encierro del Imperio del Sol Naciente, hacia la segunda mitad del siglo XIX, y cuyas influencias se extienden, pasando por el impresionismo francés, al modernismo latinoamericano, con sus “japonerías”, o la búsqueda en aspectos del teatro japonés que pudiesen aportar

a la renovación teatral o al impulso cinematográfico (desde Eisenstein)... y luego, las búsquedas de enlaces entre el zen y el “pensar” de un Heidegger...

No sé si has podido leer el libro que te remití en reciprocidad a tu envío de “El duque en su ducado”. A ese libro *Titanes del futuro*, que reúne las tres entrevistas que los periodistas italianos Gnoli y Volpe tuvieron con Ernst Jünger con motivo del centenario de su nacimiento, llegué de una manera que vale la pena contarte. En las últimas semanas he estado releendo algunos ensayos y conferencias de Heidegger a propósito de la técnica. O ese fue el asunto que me devolvió a esos textos heideggerianos. Y esto ha sucedido porque recibí una invitación para escribir un ensayo sobre Bolívar Echeverría para un libro de homenaje que se publicaría este año en España. Acepté y, cavilando en un tema que pudiese abordar con tal propósito, recordé la última conversación que tuve con él en enero de 2010, la última vez que visitó Quito. Durante esa conversación, Echeverría me mencionó que estaba releendo a Heidegger, y en esos días, su conferencia “La pregunta por la técnica”. Esta preocupación probablemente tenía que ver, creo yo, con una evidente ausencia en sus reflexiones de la cuestión de la técnica, fundamental en la comprensión del mundo contemporáneo. Esta ausencia es muy extraña, pues Echeverría parte de la distinción de Marx (la cual, en realidad, ya está en Ricardo) entre valor (económico, “valor-trabajo”) y valor de uso. Hay una observación de Roman Rosdolsky en la que se apoya Echeverría acerca de esta distinción y el posterior olvido del “valor de uso”. Marx y sus continuadores se concentraron en la teoría del valor, en la valorización del valor (plusvalía), y consiguientemente en el fetichismo de la mercancía y la enajenación capitalista, y desde luego en la acumulación de capitales, en las crisis, pero no se abordó el otro aspecto de la mercancía, su “valor de uso”. La investigación de Echeverría

en gran medida parte de esta ausencia e intenta desarrollar las breves intuiciones de Marx en la “Introducción general a la crítica de la economía política” de 1857, que se mantuvo inédita durante su vida y hasta el descubrimiento de sus borradores que hoy se reúnen en los *Grundrisse* (“Fundamentos de la crítica de la economía política”) hace ya bastante tiempo. A partir de este olvido, Echeverría conduce sus búsquedas en torno a la cultura y la comprensión de la modernidad, y se aproxima a los campos de la antropología (Mauss, Bataille – ¿dentro de qué “disciplina” podría incluirse a Bataille?), la lingüística (Saussure, Hjelmslev), la semiología (Jakobson y otros) o la historia (Braudel) y la filosofía (Hegel, Heidegger, Benjamin, Sartre). Por esa vía van surgiendo sus tesis sobre la cultura, sobre los *ethos* de la modernidad, lo barroco y el mestizaje, en ese camino que va desde *Definición de la cultura* hasta *Las ilusiones de la modernidad* o *Valor de uso y utopía*...

Algunos años antes de aquella conversación final, Echeverría nos invitó a Alejandro Moreano y a mí para que presentemos *Valor de uso y utopía* en Quito, en la Universidad Simón Bolívar. Yo me atreví a cuestionarle la noción de sujeto, junto a la de sujetidad que opera en su discurso. Estoy convencido de que no tuve la solidez necesaria en mi argumentación, aunque creo que tenía una inquietud muy importante sobre sus tesis. Por tanto, ni yo fui capaz de elaborar una crítica adecuada, ni Bolívar pudo captar hacia dónde apuntaba mi inquietud. No nos entendimos, y él eludió la discusión de un modo equívoco, pues aludió a que en mi condición de poeta me había figurado una comprensión inadecuada de los conceptos que él elaboraba en su libro. No volvimos a conversar sobre esta diferencia, pero desde entonces he pensado que era muy significativa. He reflexionado sobre tal diferencia, que tendría que ponerse en el contexto de una comprensión de lo que podríamos denominar “actualidad”, sobre nuestro tiempo. Desde luego, considero que Echeverría ha ido más lejos que sus contemporáneos en Ecuador en la reflexión sobre el mundo actual, y está en primera línea dentro

del pensamiento iberoamericano. Por tanto, en conexión con lo no pensado por Echeverría, por lo que comenzaba a aflorar en sus últimas preocupaciones: la técnica, y sobre todo la técnica de los siglos XX (la energía atómica, los medios masivos de comunicación analógica –radio, televisión, cine, automotores, aviones, inicios de la cibernética, carrera espacial) y del siglo XXI (las biotecnologías y nanotecnologías, los medios masivos de comunicación digital), y sus posibles efectos devastadores (cambio climático, las “bombas” biológicas o de información a las que alude Virilio), junto a los indudables avances que traen consigo las invenciones. De hecho, la conversación tuvo lugar en un momento en que captábamos el inicio de una nueva era, como diría Jünger. Tengo un recuerdo extraño de esa conversación, en un café del Quicentro. Echeverría era una persona muy vital, tenía un maravilloso sentido del humor, le gustaba embromar y reír. Su preocupación por lo barroco y la supervivencia de algunos de sus rasgos en el mundo actual tenía que ver justamente con el disfrute. Pero a la vez había una zona sombría en su pensamiento y en su posición ante el mundo, se podría decir que tenía una visión pesimista, que percibía la devastación y la barbarie como tendencias predominantes en nuestra época. ¿Pudieron influir estas preocupaciones y esa faceta pesimista en su colapso, pararon ellas su corazón? De ahí esa urgencia, hacia el final de su vida, por reflexionar sobre la técnica, o más bien sobre la esencia de la técnica (que no es técnica) como diría Heidegger. En fin, este ha sido el motivo de mis lecturas. Tal vez sea mejor decir que es la urgencia que me ha llevado a revisar estos textos, pero vengo meditando en torno de este asunto desde hace algunos años, y Echeverría sin duda ha sido el único ecuatoriano que ha incidido sobre mí acerca de esta fundamental preocupación. Algún rastro de esta ha quedado en mis ensayos reunidos en el libro *Universidad. Sentido y crítica* y en artículos de *Trashumante*.

En fin, he tenido unas cuantas semanas de relectura de algunos ensayos y conferencias de Heidegger, escritos aquellos o pronunciadas estas después de la Segunda Guerra Mundial... Te

recomendé “Superación de la metafísica”, un ensayo escrito a lo largo de algunos años, posiblemente entre 1936 y 1942, es decir, cuando inicia su distanciamiento o al menos cuando cambia su explícita adhesión al nacionalsocialismo. Mi recomendación tenía que ver con dos cuestiones: la primera, intentar comprender, que no justificar, su adhesión al nacionalsocialismo, más allá de la condena muy común entre aquellos que despachan al pensador antes de intentar comprender el alcance de su pensamiento, como sucede ante todo con algunos izquierdistas, ya se trate de un crítico literario de la altura de Terry Eagleton o de la chatura del “gran historiador Farías” (palabras tuyas, supongo que irónicas, cuando me enviaste sus comentarios sobre Heidegger y sobre Claudio Arrau). El ensayo de Echeverría, “El ultra-nacionalsocialismo de Heidegger”, es por el contrario muy sagaz y fundamentado en argumentos sobre los que cabe volver. La segunda cuestión es la que tiene que ver con Nietzsche, es decir, según Heidegger, con la última gran expresión de la metafísica moderna: la voluntad de poder, la incondicional voluntad de la voluntad. Y esta cuestión está vinculada con la técnica, o con la esencia de la técnica, y con nuestra época.

Ahora Jünger... Entre los ensayos de Heidegger de esta época hay uno que dedica a Jünger con motivo de su sexagésimo aniversario, en 1955. Unos años antes, en 1949, Jünger había dedicado a Heidegger, igualmente con motivo de su sexagésimo aniversario, el ensayo *Über die Linie*. El ensayo de Heidegger es una respuesta al de Jünger, y se tituló en primera instancia *Über “Die Linie”*; luego cambió el título y hoy se lo conoce en español con el lema “En torno a la cuestión del ser”. Quedemos con *Über die Linie*, donde la preposición alemana “über” puede entenderse o bien como “sobre”, “acerca de”, “de”, que es como la usa Heidegger, o bien como “más allá”, “ultra”, que es como la usa Jünger (la explicación proviene de los traductores

al español, pero el propio Heidegger se encarga de esclarecer esta diferencia en su discurso). La cuestión que está en debate tiene que ver con la comprensión de nuestro tiempo, por tanto, con la técnica o con la esencia de la técnica, con el pensar y el poetizar, con la filosofía y el arte, con el nihilismo, el “olvido del ser”. Jünger considera que nuestro tiempo es el umbral hacia una nueva era, la del siglo XXI dirá más tarde, cuando se da el desplazamiento de la historia humana a la historia de la Tierra (*Titanes venideros*); piensa en el traspaso implicado en la Línea. Heidegger polemizará con él, cinco años más tarde, para insistir en que no se trata de un paso “más allá”, sino que se permanece en la Línea, en la metafísica. Que Jünger no la traspasa. La técnica, y con ella las ciencias, para decirlo brevemente, y el armazón o el ensamblaje del mundo contemporáneo (die Gestalt) es el resultado de la metafísica, tanto de la hegeliana como de la que se consuma con Schopenhauer y sobre todo Nietzsche, aunque también Marx. Con respecto a Nietzsche, es voluntad de poder, incondicionada voluntad de voluntad. Desde luego, están implicados en la polémica otros conceptos: sujeto y sujetidad, más que subjetividad, objeto, hombre o humano. Es importante recordar, por otra parte, que hay otro discurso importantísimo sobre esta cuestión de la Línea, que pronunciará poco más tarde Paul Celan al recibir el Premio Büchner en 1960, *El meridiano* (Der Meridian). Es conocido el esfuerzo del poeta por dialogar con Heidegger, así como con Benjamin o Adorno. Su discurso del Premio Büchner sin duda es una respuesta a Heidegger, y probablemente también a Jünger.

Las entrevistas al centenario Jünger son de una extraordinaria riqueza. Para comenzar, uno se sorprende de la lucidez del escritor que ha cumplido cien años. Hace unos doce años escuché encantado —porque se trataba de encantamiento, de un acto de magia— una entrevista televisiva a la neuróloga Rita Levi-Montalcini, que estaba por cumplir cien años de edad. ¡Qué intensidad vital! ¡Qué muestra grandiosa de jovialidad, inteligencia, sensibilidad! ¿Estará fuera de lugar decir que

quedé prendado de esa mujer vieja, pero llena de una potente luminosidad que vino a través de cables, pantallas, satélites de comunicaciones, a llenar mi estancia? Sin lugar a dudas, despertó en mí una forma de amor y veneración. Un sentimiento igualmente poderoso me ha llegado de esas entrevistas al viejo Jünger. Dice casi al final: “uno envejece bien solamente si se mantiene joven”. ¡Genial!

No cabe discutir ahora contigo sobre la técnica, o sobre la esencia de la técnica, y ni siquiera sobre el nihilismo —sobre el que tanto se ha meditado a partir del *Zarathustra* de Nietzsche y el Gran Inquisidor de Dostoievski—. Esto no quiere decir que no sea un asunto fundamental para nosotros, que no cabe eludir. Solamente quisiera hacer un par de acotaciones marginales en torno a lo que dice Jünger en la entrevista. Pero antes debo decirte que lamentablemente no he leído casi nada de Jünger. Desde hace algún tiempo tengo en “mi agenda”, como suelen decir hoy, las lecturas pendientes de sus libros, especialmente *El trabajador*. Es un libro que me interesa especialmente. Lo es en perspectiva, para comprender sus conceptos de movilización total, de técnica, el propio concepto de trabajador, que obviamente no es equivalente al proletariado o la clase obrera de Marx. Jünger dice que incluyó en él al campesino; Marx establecería una diferencia entre campesinado y proletariado agrícola. Hoy ya casi no hay diferencias, y creo que el término “trabajador” funcionaría mejor en relación a la in-diferencia actual entre trabajadores industriales, agroindustriales, empleados de servicios, pequeños empresarios, técnicos —incluidos los profesionales— y científicos. Se puede ser artista o poeta y sobrevivir como “trabajador”: periodista, profesor, publicista, burócrata o “gestor cultural”. Aquí está en juego no solamente una constatación sociológica, sino una cuestión ontológica e histórica. Algo semejante acontece con las reflexiones de su amigo Carl Schmitt —él sí adherente al nazismo durante algunos años, como Heidegger, a diferencia de Jünger—, especialmente las que tienen que ver con *El nomos de la tierra*.

Desde luego, así como Jünger es un notable novelista, Schmitt es un teórico del derecho y de la política de enorme actualidad.

Ahora bien, las tres entrevistas a Jünger tienen lugar hacia mediados de la última década del siglo pasado. ¿Dónde? En su casa situada en un pequeño pueblo del sur de Alemania. Si Heidegger se encerró en la Selva Negra, en una cabaña, donde lo visitaron, entre otros, Jünger, el filósofo Alexandre Kojève o el poeta Paul Celan. Jünger se fue a vivir en ese pequeño pueblo de Suabia. Jünger era viajero, Heidegger no. Sin embargo, uno y otro estaban en cierto modo en el centro del mundo. Jünger había vivido en Berlín y en París. Heidegger era más bien afecto a la provincia. Pero vivieron las dos guerras mundiales, estuvieron en contacto directo con algunos de los actores más destacados del mundo intelectual y artístico de su época, más bien marginados de los centros de poder político, más allá de sus convicciones, adhesiones, e incluso de la juvenil militancia revolucionaria-conservadora de Jünger o la nacionalsocialista de Heidegger. Y a la vez, los dos, pese al eco que tuvieron sus obras, pese a sus amigos o discípulos —estos últimos sobre todo en el caso de Heidegger—, fueron dos solitarios declarados. Ya volveré sobre este asunto de la soledad y del solitario. Es muy importante.

Pero antes quiero introducir una acotación. Te decía en algún mensaje que entre nosotros no ha habido ningún esfuerzo por pensar lo que implican los enunciados filosóficos de Nietzsche expresados “poéticamente”. ¿Quiere decir esto que no ha habido pensamiento entre nosotros? Ciertamente, no ha habido pensamiento filosófico, aunque lo que se piensa, incluso “poéticamente”, se inscriba en la metafísica en el sentido heideggeriano, que es el de mayor alcance y precisión. Lo que dice, por caso, Paz en sus ensayos está claramente inscrito en esa metafísica moderna, y yo me atrevería a decir que tampoco alcanza a comprender a Nietzsche y sus metáforas —eterno retorno, muerte de dios, superhombre, el último hombre u hombre superior—. Y pongo el caso de Paz, de un poeta que se animó a pensar con alguna intensidad y concentración sobre

nuestra época, nuestra historia y nuestra cultura. A mi modo de ver, Borges fue algo más lejos. Pienso que Borges alcanzó la Línea, como ningún otro latinoamericano. En otra vía, se adentró en una meditación importante sobre nuestra condición hispanoamericana o iberoamericana Lezama Lima. “Tientos y diferencias”, diría él. Y habría que volver a tales tientos y diferencias, aunque, creo yo, con una compenetración más compleja dentro del pensar planetario actual —una cuestión capital, ésta, de la actualidad: ¿qué es lo actual?; también los “muertos”, lo que nos queda de ellos, permanecen en la actualidad—. En todo caso, creo que hay aquí todo un campo sobre el que hay que volver... y a la vez todo lo que tiene que ver con la pandemia, la impresionante respuesta tecnológica frente a ella, las naves a Marte (de Estados Unidos, China y los Emiratos Árabes), el nuevo orden mundial, la realidad virtual y la inteligencia artificial. ¿Qué tiene que ver todo esto con la novela o el poema? Si se tratase solamente de escribir una historia algo novedosa, nada de ello tendría importancia, bastaría contar con un tema y adiestrarse en el manejo de unas pocas técnicas de composición, unas cuantas técnicas narrativas o la destreza en la distribución de líneas versales. Pero esto se torna insignificante.

Jünger considera que ha vivido en fructífera soledad y reivindica la figura del Solitario. He recordado que Althusser se refería a la soledad intelectual de Marx, pero tal soledad es propia de todo pensador. Es por completo otra modalidad de soledad, no aquella a la que me he referido antes; la soledad que existe en nuestro medio inhibe la “vida del espíritu”, para usar las palabras de Arendt. Los grandes pensadores alcanzan en algún momento una Idea, intuyen intelectivamente una pregunta decisiva, y sobre ellas trabajan una vida entera. Eso pasa con Heráclito o Parménides, con Platón o Aristóteles, con Descartes, Spinoza, Leibniz, Kant, Hegel, Nietzsche o Heidegger, y con algunos otros. No sé si se pueda decir lo mismo de los grandes científicos, como Newton o Einstein, o si en el caso

de las ciencias los problemas que abordan exigen una mayor comunicación entre ellos. Si puede suceder con los místicos, tal vez con las grandes personalidades religiosas, y desde luego con los grandes poetas y artistas. ¿Alguien más solitario que Miguel Ángel o que Beethoven? Es decir, la soledad del Solitario está determinada por el “destino”, por el camino que ha de recorrer en su existencia. Se requiere una fortaleza espiritual gigantesca, cualesquiera que sean las condiciones de los contextos históricos, sociales, familiares incluso, con amigos o sin amigos. Jünger se refiere en sus entrevistas con especial cariño a muchos de sus amigos, incluso si hubo con ellos algún malentendido. Con algunos pudo mantener conversaciones a lo largo de los años, que deben haber sido muy estimulantes para su propia reflexión. Nietzsche, al final de su vida, apenas si contaba con Overbeck (¡qué gran estudio es el suyo sobre la vida monacal a inicios del cristianismo!). Spinoza tenía sobre todo admiradores y con algunos mantuvo una comunicación epistolar que es una mina de oro. Pero yo discrepo de Jünger, como te será obvio, en cuanto a la oposición entre el Titán Solitario y la Masa, y desde luego no porque no coincida en la necesaria fuerza y voluntad del pensador o del poeta frente a la disolución del individuo en la masa que caracteriza a nuestra época (disolución de la individualidad aún mayor y terrorífica con las llamadas “redes sociales”, que tienen en efecto mucho de redes y muy poco de sociales, más bien sí de des-socialización), sino porque la imagen de una separación entre el Titán y la Masa creo yo que es relativa, puesto que uno y otra son formas de subjetivación de nuestra época, y guardan por tanto una articulación esencial entre ellas. En este aspecto, considero que Jünger permanece atrapado por la metafísica nietzscheana, aunque seguramente todos lo estamos en las redes de la metafísica moderna, en el sentido heideggeriano, por tanto, entre Hegel y Nietzsche, en manos de la técnica... y por consiguiente al borde de lo terrible y a la vez de una posible, solo posible, aurora de una nueva época – no necesariamente mejor,

y desde luego tampoco libre de dolor, aunque a la vez tendrá sus impulsos creativos.

No nos ha sido dado a nosotros, acá, el destino de titanes solitarios, aunque nos asemejemos a ellos o simulemos serlo, pero desde luego hemos sido arrojados a una interminable soledad. ¿Cuánto tiempo nos queda de vida a cada uno, a mí, desde luego, para envejecer bien manteniéndome o manteniéndonos jóvenes, cuánto tiempo nos queda para intentar un pensamiento o un breve poetizar? En los que, desde luego, se juegue una auténtica apuesta vital...

Terminaré con una cita del mencionado discurso de Celan, “El meridiano”, sobre el poetizar:

Poesía: eso puede significar un cambio de aliento. ¿Quién sabe, tal vez la poesía recorre el camino — también el camino del arte— *por mor* de un cambio de aliento semejante? ¿Tal vez logre ella, puesto que lo ajeno, es decir, el abismo y la cabeza de Medusa, el abismo y los autómatas, parecen estar, sí, en una dirección, quizá logre ella aquí discernir entre ajeno y ajeno, tal vez aquí precisamente se atrofie la cabeza de Medusa, tal vez aquí precisamente fracasen los autómatas — por este único breve instante? ¿Tal vez aquí, con el yo —con el yo enajenado, liberado aquí y de esta manera—, tal vez aquí se libere también un Otro? ¿Tal vez el poema a partir de allí es él mismo... y puede, entonces, de este modo carente de arte, libre de arte, andar sus otros caminos, y, entonces, también los caminos del arte, andarlos una y otra vez?

Te envió un cariñoso abrazo,
IC.

(Carta sin respuesta del destinatario)

11 de marzo de 2021
(Cult.)

Querido Francisco:

Hay un par de cuestiones que quiero añadir a mi *epístola* acerca de la entrevista a Jünger, las dos tienen que ver con el conocimiento.

En la entrevista se presenta a Jünger como científico a propósito de su interés por los coleópteros. Los escarabajos son ciertamente insectos fascinantes. De inmediato surge la comparación con Nabokov, coleccionista de mariposas. ¿En qué sentido el interés de ambos es científico? Uno y otro se dedican a una actividad de coleccionistas, por tanto, no a la mera recolección sino también a la clasificación. Esta supone ubicar los especímenes en relación con clases dentro de un orden, por tanto, implica análisis morfológico y fisiológico, mediciones, comparaciones. Sin embargo, no podían haber recurrido a análisis genéticos, los estudios genómicos son recientes. De alguna manera, Jünger, y no se diga Nabokov, permanecen anclados en el naturalismo decimonónico, si aceptamos que en la temporalidad de la historia se imbrican procesos de distinto ritmo, de duraciones diversas. Los biólogos actualmente prosiguen con esos procesos de recolección, análisis, comparación, pero recurren a los análisis de genoma para sus clasificaciones y descripciones. Desde luego, todavía existen miles, si es que no millones, de especies de animales, vegetales, hongos, algas sin descubrirse, por tanto, sin clasificación. Cada día se anotan nuevas especies. Pero eso no suprime la actividad del aficionado, que sigue recolectando mariposas o escarabajos, y formando su pequeño museo. Algo semejante nos sucede a nosotros, tú y yo, con los libros y documentos. Recolectamos, analizamos, clasificamos, ordenamos, leemos... y a veces, leemos bien, lo que nos conduce a nuevos análisis, a morfologías, estructuras

y efectos de los discursos... No por ello desembocamos en los áridos terrenos de las ciencias del lenguaje, la retórica, la poética —en sentido aristotélico—, aunque a veces nos sirvamos de sus instrumentos. Por consiguiente, más allá de sus estudios de zoología en su juventud, sus preocupaciones por mantenerse al día y sus colecciones, Jünger no fue un científico. Fue un escritor, un novelista y, en sentido amplio, un filósofo.

Más aún, el *científico*, por decirlo de alguna manera, no es, no puede ser, un individuo aislado en una casa de un pueblo acogedor. Es un *colectivo*, palabra que rechinará en tus oídos tan apegados al Ego, es un sujeto compuesto por múltiples especialistas conectados en laboratorios, en redes de comunicación. Un *museo* de plantas o de insectos es una colección semejante a la que puede tener un individuo en casa, pero multiplicada miles o millones de veces. Ahí se encuentran científicos y técnicos dedicados a clasificar, a ordenar y describir aún hoy. Pero ese sujeto colectivo que es el científico está sustentado además en instituciones, en un sistema muy regulado, y opera con técnicas cada vez más complejas. Y aquí quiero introducir la segunda cuestión: la técnica como actor de estos procesos. Gran parte del “trabajo” científico lo realizan hoy día las máquinas, ya no solamente las que amplían la percepción —microscopios, telescopios, sondas; Jünger señala el descubrimiento de los rayos X como una cuestión decisiva de la técnica, pues nos permite mirar nuestro interior— sino que perfeccionan actividades mentales, sobre todo el cálculo e incluso ciertas tomas de decisiones. Sería imposible el análisis genómico sin las computadoras actuales. Habría sido imposible describir como objeto de conocimiento el COVID 19 y sus variantes, así como producir las vacunas, sin la tecnología actual no solamente en el ámbito biotecnológico sino, de manera decisiva, de las computadoras. ¿Cuántos millones de operaciones se requieren para producir una descripción del virus, de la manera cómo afecta a un organismo humano, y para calcular de qué manera se podría combatirlo? Es decir, se ha requerido de un sistema organizado planetariamente, con conocimientos complejos que ya no están

en ninguna “cabeza”, sino en la “mente” colectiva, que incluye a personas —científicos, técnicos con distintas especializaciones y distintos niveles en la jerarquía de la institución científica—, regulaciones de la actividad —por caso, la verificación por pares, los sistemas de pruebas de vacunas y medicamentos—, por tanto, relaciones políticas, económicas y jurídicas, y las máquinas, y en este ámbito, el desarrollo de la inteligencia artificial. Tengo entendido que ya hay máquinas que son capaces de programar no solamente respuestas antes situaciones más o menos predeterminadas, sino que ya trabajan en la programación de otras máquinas de IA.

El viejo, el centenario Jünger, a pesar de su jovialidad, de su juventud espiritual, cuando conversa con los dos periodistas italianos, atisba, pero solo atisba, el mundo que adviene. Que ya está ahí. Digámoslo así: Jünger es un individuo del mundo de los medios analógicos, del teléfono, la radio, el cine, la televisión. Ese es el mundo que lleva a Benjamin a sus reflexiones en torno a la reproductibilidad técnica de la obra de arte y la pérdida del aura. Cuando leo su famoso ensayo no puedo dejar de sentir esa mezcla de nostalgia y cierto aliento que emana de él. Pero no cabe duda de que esa reproductibilidad técnica nos ha configurado como individuos de la cultura de masas, con acceso a través de los medios de comunicación analógicos a un disfrute de grandes obras de la creación humana. No solo el cine o los discos, de aquellos viejos discos de vinilo a los cd, sino también la imprenta moderna. Y esta reproductibilidad se ha acentuado con los medios digitales, a los que apenas se refiere Jünger. Es decir, lo que intento puntualizar es que desde las entrevistas a Jünger tuvieron lugar hace un cuarto de siglo. Y en este cuarto de siglo la velocidad de las transformaciones tecnológicas ha sido de una aceleración impresionante. Internet es la consumación de la reproductibilidad técnica de la obra de arte, pero incide de manera decisiva también en la creación artística contemporánea. No solo tiene que ver con la reproducción sino con la producción...

y consiguientemente, con el consumo, con la realización final de la obra en el consumo.

Tal aceleración, además, impulsa la mundialización. Así hemos llegado a estos días del encierro por la pandemia. Encerrados en nuestros diez metros cuadrados, un poco más o incluso bastante menos, a la vez dependemos de “sujetos colectivos” que ya no son “pueblos”, “naciones” y ni siquiera “estados”, de procesos en los que, querámoslo o no, estamos interconectados con otros miles y millones, a través de redes intangibles o máquinas que deciden por nosotros qué, cómo, cuándo se informa, qué se nos pone a la venta, qué se nos sugiere comprar o usar, qué escuchar o mirar... En soledad, solitarios, en la apariencia —que no es solo mera apariencia— de una comunicación con cualquiera, dondequiera que esté, en cualquier parte del mundo.

¿Cómo se configura la subjetividad, la de cada uno, en medio de estos entramados?

Sin duda, esto tendrá que ver con el poema, con el pensamiento. Si digo poema, entiendo dentro de esta categoría a las grandes novelas, desde luego.

Abrazos,
IC.

(Cartas sin respuesta del destinatario)

2 de agosto de 2021
(Fil.)

(Sin encabezado)

Francisco: este ensayo se publicará en el transcurso de este año. Es todavía inédito. Cambiaré el título: “Sujeto y técnica en la ontología de B. Echeverría”⁹⁹, por una cuestión editorial.

Abrazo,
IC.

⁹⁹ Iván Carvajal, “Sujeto y técnica en la ontología de Bolívar Echeverría”, ensayo incluido en *Crítica y resistencia: legados de Bolívar Echeverría frente a la crisis civilizatoria* (coord. Borja García Ferrer), 2024.

2 de agosto de 2021
(Fil.)

(Sin encabezado)

Mi comentario al texto, querido Iván. Abrazos:

He leído con rapidez y atención el trabajo que tuviste la bondad de enviarme. Tengo algunas observaciones y comentarios cuyo señalamiento no quiero dejar pasar por alto, por lo que te escribo de inmediato después de leerlo. Excusa la velocidad de la exposición y exonera cualquier ligereza, superficialidad o errata.

El artículo engloba algunas de las explicaciones e inquietudes que conozco son tus inquietudes de años recientes y las expone con absoluta claridad. Pese al respeto con el que glosas los trabajos de Echeverría de principio a fin del artículo, me acomete una sospecha: como suele ocurrir varias veces, son muchas más las inquietudes, preguntas y argumentos de tu propio peculio que lo que deseas aclarar, criticar, glosar o negar de Echeverría, y de ahí, pienso, parten las grandes virtudes y defectos de este escrito. El artículo desea ser más un ensayo tuyo que un trabajo sobre otro autor. A partir de ello me resulta muy sorprendente el extremado tino con que examinas a Echeverría, demasiado para mi gusto. Créeme que no lo escribo con ánimo beligerante ni falsamente crítico. Solamente al final del escrito te permites plantear varias preguntas, dudas que a todos quienes medianamente hemos leído a Echeverría se nos han venido a la cabeza.

En el fondo de todo este dilema, creo yo, está el problema de la utopía y la emancipación. El punto de vista de Echeverría marxista no puede desatender a las dos cosas, sería negar su punto de origen. Pero su solución, su salida, la respuesta de que en ciertos resquicios del *ethos* barroco podemos encontrar una luz a la arremetida de la técnica dominada por el capital

y apreciar una luz no convence a nadie porque 1) No tiene el alcance ni la equivalencia política del gran proceso de des-enajenación humana planteado por Marx, esto es la revolución política, y, 2) Tampoco en el plano analítico me parece muy convincente que proceso de alcance tal y consecuencias tales como el mismo del capital que atraviesa la obra de nuestro autor ecuatoriano vea un resquicio de resistencia en los márgenes del *ethos* barroco. Esto siempre me ha parecido una respuesta antojadiza y estrambótica, hablando de Echeverría. Pero inclusive al hablar de este tema seguimos en el problema de la técnica y la latencia de la utopía. Nunca he terminado de entender por qué estas visiones deben ambicionar el gran alcance de la posibilidad de emancipación del ser humano (y en tu trabajo incluso esa noción como idea central, la del ser humano entendido como entidad de observación y acción, se cuestiona) y no limitarse a ser un *diagnóstico*, una radiografía. No todos los lectores más o menos informados, más o menos formados en el ámbito crítico, exigimos una solución a un dilema, aunque en este caso sea el dilema entero de la civilización, tal como la concebimos a la hora presente. Nunca he llegado a entenderlo y lo digo sin ironía, sin segunda intencionalidad. ¿Existe en la historia de la filosofía un mecanismo, una impronta que obligue a que el análisis deba presentar una vía de solución o salida? Lo desconozco. Muchas veces leí en la bibliografía marxista y aquella heredera del marxismo acerca de la necesidad de pervivencia de la utopía. Imagino que es el modo que se encuentra para ser consecuente y respetuoso con el Marx del origen, el hecho me parece respetable pero muy poco práctico. Peor aún: no se sostiene. Es lo que encuentro en el camino que advierte la pretendida *salida* al dilema del hombre en el trabajo de Echeverría. ¿Ante el cierre de la puerta de la utopía qué podría quedar? El recuento de las ruinas o la apología del triunfo del ser humano.

Esto último sí lo escribo con ironía. Estamos conscientes que caminamos en una época tan incierta que ni las mentes más lúcidas

pueden ofrecer claves o al menos pistas. En el caso de este trabajo tuyo veo una clara intención de ofrecer una cartilla de los posibles saberes que nos proporcionen una explicación de la civilización en este momento. De ahí tus magníficas reflexiones acerca del ser humano desde un punto de vista biológico, de la comunicación y la lingüística, del signo. Creo que tu trabajo siempre intenta ir más allá de Echeverría para ofrecer tu versión y de hecho cumple con esa misión... tímidamente. En cierto momento veo al autor algo incómodo de tener que llevar a buen puerto un comentario sobre otro autor con el objetivo de exponer lo que él piensa. En el camino solo encuentro una ausencia evidente y reprochable: al meditar acerca del ser humano y el animal, tal y como se plantea hoy, se ha mencionado que la diferencia entre hombre y animal radicaría en la posibilidad de elaborar objetos para su uso pero no nos recuerdas que esa posibilidad proviene del desarrollo y la complejización de su sistema nervioso y de la inteligencia que permitiría que ese sea el desenlace, el apareamiento de un ser capaz de *dominar* (permíteme la coquetería que es fantasma del positivismo y el Progreso) a la naturaleza y a los otros seres humanos. En definitiva, en esa parte no nos cuentas más acerca del desarrollo cardinal de la inteligencia humana y el uso de esta explicación para inclinarnos por el antropocentrismo o desecharlo.

Sé que en el caso de este escrito no existen veleidades a la moda y que aludes a que es Echeverría, quien plantea ir más allá del antropocentrismo. Y me pregunto: ¿para qué? ¿Para fijarnos y llevar contrición por nuestra arrogancia humana, por el poder de la razón, la Diosa Razón y la Diosa Inteligencia? Dos temas tampoco he terminado muy bien de entender nunca: la necesidad filosófica de superación de la metafísica y la necesidad ¿sociológica? para ir más allá del antropocentrismo. ¿Tan incómodo o inquietante nos resulta el Hombre? Sé de lo que partes, de la idea de que el individuo no es una entidad tan segura, tan consolidada como se pensaba, que su visión no necesariamente es concluyente, pero ello no implica, creo yo, que sea necesario echar por la borda todas las bases del antropocentrismo.

Queda claro que atraviesa toda esta exposición la negación expresa de una teleología que conduzca el devenir de la civilización. Me ha inquietado en ese sentido que no menciones nunca el tema del progreso. Quizá está implícito en el destino de la técnica, tal como lo planteas. Pero ahí viene una gran pregunta: ¿no es la técnica un arma terrible que del mismo modo que nos sumerge, quizá de modo irreversible, en la enajenación, también nos permite ver, descubrir, conocer? ¿Por qué tan poco se dice al respecto? ¿No sirve a ello la tecnología contemporánea tan presente hoy, por ejemplo, la celeridad de la emisión en directo de unos campeonatos olímpicos en Tokio difundida a través de medios tecnológicos, a las informaciones sucesivas acerca de la batalla científica contra la expansión de un virus con una efectividad nunca antes conocida en la historia de las plagas? ¿No es eso también la técnica o su amplificación, la tecnología? Esto me inquieta mucho en el caso del escrito porque me da la impresión que para el autor, tú, hay un gran interés en continuar la indagación del tema de la técnica, mucho más que en Echeverría. “La subsunción de la técnica y la tecnología al capital”, preocupa a Echeverría y es justo que le haya preocupado, pero creo que ese es un hecho irreversible y no por irreversible menos expuesto al análisis o a la crítica. Quizá desde los orígenes del capitalismo haya sido así pese a esos ramalazos de técnica emancipatoria en la tardía edad media que se mencionan en el artículo. Siempre esas referencias residuales me han parecido lo más flojo de los autores (recuerdo que al leer *El hombre unidimensional* cuando cursaba la universidad, no podía dar crédito a mis ojos al leer que al haber sido desarticulado el potencial emancipador del proletariado de los países capitalistas como gran agente de la revolución, Marcuse formulase que iba a ser el *lumpenproletariat* de las grandes urbes americanas el nuevo sujeto revolucionario... esas soluciones nunca me las he creído) que parecen haber quedado desamparados después de caer la gran idea de la revolución. Y se convierten en románticos: coincidirás conmigo en que la gran dosis de romanticismo de los

pensadores de Frankfurt, principalmente Horkheimer y Adorno, por ejemplo, acaso sea los más candoroso y atractivo pero lo menos consistente de su pensamiento. Es agradable defender que el jazz es la expresión perfecta de la sociedad industrial de masas y refugiarnos no en Wagner sino en los cuartetos de Beethoven, pero no es muy *creíble*.

Por lo demás, la idea de que a las puertas de “lograr el suicidio del ser humano”, como exagera Echeverría, me parece que no es el mejor camino del análisis a menos que, a secas, cual Spengler, nuestra visión admita que no existe horizonte utópico y nos veamos marcados a fuego para la descomposición, hacia el sacrificio en otra concepción de tiempo, de individuo y de lugar, lo que nunca, creo, podemos descartar. Pero para ello hay que dejar la utopía en el *placard*, como dicen los argentinos.

Abrazos.

F.

12 de agosto de 2021
(Lit.)

Asunto: Carvajal/ Ferlinghetti

Estrella remite un fragmento del poema de Carvajal “In Partibus Infidelium”, 1975, como único contenido de su carta, bajo este asunto.

12 de agosto de 2021
(Lit.)

(Sin encabezado)

Y Eliot, querido Francisco, pues esa acechanza, y en cierto modo todo el poema completo, (si es que es poema), es una cita en forma de parodia irónica de “La canción de amor de J. Alfred Prufrock”... Para la época en que escribí ese texto, no había leído a Ferlinghetti, no lo recuerdo al menos, pero es indudable que había una fuerte influencia de los poetas *beatniks* en Hispanoamérica. Y circulaban poemas suyos a través de traducciones en revistas y por ahí algún libro. Es decir, los *beatniks* estaban “en el aire” que respirábamos en nuestras lecturas. Habría que ver los parentescos entre los *beatniks* y poetas como Roque Dalton o Cardenal, los venezolanos de “El Techo de la Ballena”, los mexicanos de “El Corno Emplumado”. Te envío un testimonio de M. Randall sobre esta última¹⁰⁰. Es una maravilla eso de encontrar textos que antes nos habrían sido inaccesibles, gracias a Google. Es interesante señalar que una vía a través de la cual llegaban textos de estos poetas hispanoamericanos y también algunos de los estadounidenses era Cuba, Casa de las Américas —su revista o algunos libros—. Se podría encontrar vínculos entre *beatniks* y poetas como Cisneros o Hinostroza, ambos premiados en Cuba, creo yo.

Lo cual nos lleva a considerar ese “estar en el aire”, es decir, los entramados de las formas poéticas, de la cultura, los “rizomas”. Uno cree que ha inventado una imagen o un recurso poético, pero resulta que no, que estaban ahí, flotando en el aire, y que los tomó, consciente o inconscientemente, de sus lecturas.

¹⁰⁰ Margaret Randall, “Recordando *El Corno Emplumado*”, *Revista Casa de las Américas*, La Habana, julio-septiembre de 2015.

En este caso, ¿de los beatniks o de quienes tomaron sus recursos retóricos en Hispanoamérica? No importa, es “la piel de la época”. Si bien no podemos saltar fuera de ella, no es menos cierto que nos cobija.

Y como te conté alguna vez, luego, en 1995, me senté —¿acaso me permitieron sentarme, o solo llegar hasta ella y creer que me había sentado?— en el sillón de Ferlinghetti —gracias a Julio Ramos—. A estas alturas, me asalta cierta duda. No, no debería dudar: yo me senté en ese sillón.

¿Hasta qué punto pueden encontrarse huellas de la impronta *beatnik* en los poetas ecuatorianos de mi generación? Vinueza, Nieto Cadena, los tzántzicos... ¡Ah, la piel de la época!

Abrazo grande,
IC.

EPÍLOGO:
TEMPORAL DE TALA

3 de noviembre de 2022

Querido Francisco:

Te envíé un mamotreto a propósito de nuestra última conversación. “Quedas autorizado” a usarlo como creas conveniente. No sé si quepa para el libro de las cartas. Velo tú.

Abrazo grande,
Iván.

Valencia, 25 de octubre-3 de noviembre de 2022
(Hist. Cult. Lit.)

Querido Francisco:

En el curso de nuestra última conversación, ya en vísperas de mi viaje, topamos una serie de temas que no deberíamos dejar a un lado en nuestras meditaciones, creo yo. Por caso, qué implica la libertad para el poeta, el cual existe solo en el proceso de escritura o de lectura —es mi convicción—; libertad que parece estar en contradicción con la entrega a la “necesidad” inherente al poema, es decir, a su forma, su estructura, su sintaxis, a la configuración de sentido que adquieren las palabras, debido a su entramado dentro del poema. El tema de la libertad, tan complejo y tan poco debatido en nuestro medio intelectual, soslayado casi siempre por artistas o escritores, ya sea en nombre de los activismos que surgen de la reivindicación particularista de “identidades”, que se hipostasian, o ya sea en nombre de la egolátrica exposición de la “subjetividad” del autor. Digo “topamos” algunos temas, porque el movimiento de la conversación, bajo el impulso del vino, nos conduce a dar saltos y brincos entre un asunto y otro, como sucedió en nuestro encuentro. Y por ahí se quedan las preguntas, a veces apenas abordadas, en otras, echadas al olvido. Desde luego, nunca terminan las respuestas por agotar lo que se inquiere. Las preguntas permanecen abiertas, así es y así debe ser.

Pero hay un asunto que quiero retomar ahora, el relacionado con las circunstancias o los contextos tan diferentes en los que tuvieron lugar lo que podríamos llamar las “*bildungsroman*” de mi generación y de la tuya. Vaya tema para tejer largas disquisiciones... Pues sí, un cuarto de siglo de diferencia de edad, pero ¡qué cuarto de siglo! Colocaste bien un momento significativo: la caída del Muro de Berlín, el fin de la Unión

Soviética, el hundimiento del “socialismo realmente existente” en Europa del Este. Y un “horizonte” de interpretación: la utopía. Me parece que en una “visión histórica de larga duración”, que me perdone el fantasma de Braudel, se podría asumir que hubo un periodo en el que tuvo lugar una serie de procesos que influyeron en mi generación, un periodo cuyo inicio se podría indicar con una sucesión de eventos: el fin de la segunda guerra mundial, las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, el triunfo del ejército de Mao Zedong y la fundación de la República Popular China, la guerra de Corea, y, para nosotros, sobre todo el triunfo de la revolución cubana dirigida por Fidel Castro. Desde luego, quienes nacimos a fines de la década de los 40, nos enteraríamos de algunos de los acontecimientos mencionados ya en la adolescencia, a través de lecturas o mediante lo que nos contaban sobre ellos nuestros padres. Por consiguiente, si fijamos el año 45 como indicio, nacimos —hablo algo arbitrariamente de “mi generación”— en los años de la posguerra, es decir, ya durante la guerra fría. Fue una época de miedo generalizado ante la amenaza de una guerra atómica, que podría terminar en el fin de la humanidad, según se nos repetía. Era la época de la “amenaza comunista al mundo libre”, como se insistía en los periódicos o la radio, o bien, de expectativa de la revolución, si se miraba desde la otra orilla. Muchos iniciamos la adolescencia con el sueño de convertirnos en guerrilleros, en héroes revolucionarios, dado el entusiasmo que despertó la revolución cubana en esos años. Como te conté en alguna ocasión, lo que produjo ese sueño en algunos jóvenes un poco mayores en edad, fue una comedia ridícula, la “guerrilla” del Toachi, derrotada en solo un día sin que los insurrectos dispararan un solo tiro. Esos episodios fueron, si los miramos hoy a la distancia de más de medio siglo, el anuncio del fin o de la culminación de un largo periodo de la historia moderna que bien podría denominarse “la era de las revoluciones” políticas, periodo que se extiende desde el siglo XVIII o comienzos del XIX —las revoluciones inglesa, francesa, de independencia de los Estados Unidos y de los países latinoamericanos—, pasando

por la bolchevique en Rusia o la revolución mexicana a inicios del siglo XX, hasta las revoluciones de “liberación nacional” en Asia o África o la cubana.

Varios episodios revolucionarios “influyeron” en efecto en la formación intelectual de mi generación, ante todo la revolución cubana, aunque también, pese a la distancia y la precariedad de las informaciones que recibíamos, nos informábamos sobre la guerra de independencia de Argelia, acerca de la cual sabríamos aún más con el paso del tiempo, gracias a Sartre y Fanon. Más tarde admiraríamos a Ho Chi Minh, al Vietcong, y desde luego a Malcolm X, los Panteras Negras, Angela Davis. Nos dolimos con el asesinato de Lumumba, con la muerte del Che Guevara. Hubo otras revoluciones derrotadas; la más importante, en mi personal novela de formación, la Primavera de Praga, el intento de democratizar el “socialismo realmente existente” dirigido por Dubcek, aplastado sangrientamente por las tropas del Pacto de Varsovia. Esa brutal represión nos permitió conocer la llevada a cabo en Hungría en 1956, en época de Jruschov.

En una situación histórica dada se entrelazan aleatoriamente procesos que tienen distintos ritmos, así como determinaciones diferenciadas dentro de esos procesos. La “temporalidad” histórica resultante de esos ritmos diferentes entre procesos que convergen y se condicionan entre sí, considero yo, implica que no haya principio alguno que unifique esa confluencia, ni menos todavía que haya alguna finalidad previsible, —aunque algunos actores de esos procesos se propongan fines para sus acciones; pero solo algunos actores, porque la mayoría sigue más o menos a ciegas, más o menos supersticiosa o “religiosamente”, a sus jefes, caudillos, profetas o pastores. La no coincidencia de los “ritmos” o de la “temporalidad” que siguen los procesos que de diferentes modos están vinculados entre sí, provoca entrelazamientos peculiares, situaciones específicas; cada uno de esos procesos cuenta con sus propias determinaciones y cursos, aunque a la vez se condicionan o se sobredeterminan unos a otros. De este modo, podríamos entender que el movimiento de

liberación dirigido por Mandela haya triunfado en África del Sur casi dos décadas después de la culminación de las revoluciones de liberación nacional en otras regiones de África o Asia. El escenario es semejante; son acontecimientos en que se arriba al fin de los viejos colonialismos: el británico, el francés, el belga, el portugués o, antes, el español, dentro del escenario mundial de la guerra fría. Este fin de antiguos imperios condujo a la formación de nuevos imperios en el contexto de una mayor globalización, marcada esta por la tercera revolución industrial y luego por la financiarización del capital. En realidad, desde la conclusión de la segunda guerra era ya un sistema capitalista mundial hegemonizado por los Estados Unidos. La guerra fría no fue una confrontación entre dos imperios que tuviesen una semejante fuerza o consistencia, sino de dos configuraciones imperiales (Estados Unidos, URSS) que mantenían un equilibrio condicionado por la hegemonía estadounidense. Tampoco se trataba de una lucha entre capitalismo y comunismo, sino entre dos modalidades del capital, una que conducía a las grandes corporaciones transnacionales, otra destinada al colapso, la del capitalismo de Estado; en los dos casos, articulados a lo que se llamó “complejo militar-industrial”.

No obstante, los adolescentes presuntamente revolucionarios queríamos estar preparados para acudir prestos a una supuesta llamada a la insurrección, a una lucha contra el dominio imperialista y, a la vez, quizás, una lucha que condujera a la construcción de la sociedad socialista, del “hombre nuevo”... En verdad, en el Ecuador no ha habido otra manera de ser revolucionario que no sea permaneciendo en esa etapa naif de la adolescencia, por lo que nos resulta hoy tan patética la insistencia de algunos amigos que en su vejez siguen soñando en el retorno de la revolución mundial... A una faceta de la guerra fría, la carrera espacial como parte de la carrera armamentista, debemos los satélites artificiales de comunicación o las estaciones espaciales, el vuelo de Gagarin y los siguientes astronautas, el viaje a la Luna de Armstrong, Collins y Aldrin, y a la postre, Internet.

Fue el fin de la época de las revoluciones modernas: de la independencia y formación de los estados nacionales en las antiguas colonias africanas y asiáticas, del movimiento obrero surgido con las dos primeras revoluciones industriales y los procesos de urbanización —movimiento obrero socialista que en verdad fue derrotado hacia la tercera década del siglo pasado, por el fascismo y el nazismo, e incluso por el estalinismo y su “hermano-enemigo”, la socialdemocracia “economicista”; y que se transformó en mero movimiento sindical reivindicativo, volcado a la negociación del salario, abandonando cualquier proyecto de revolución, aunque esto no lo sabíamos o no lo veíamos en aquellos años de nuestra juventud—. Tal vez también sea la época de acabamiento de los procesos democráticos liberales vinculados a las políticas de los “estados de bienestar”, en Europa y en Estados Unidos, como lo estamos viendo desde los años 70, y más todavía después de la crisis de 2008. En conclusión, grosso modo, esta época podría simbolizarse con el estallido y la posterior derrota de los movimientos estudiantiles del 68, no solo en Francia o Alemania, sino en Japón o Estados Unidos, especialmente en California, y, aunque con contenidos distintos, en México, donde culminó en la masacre de Tlatelolco. Bolívar Echeverría dedica un interesante ensayo a este acontecimiento, diferenciándolo de los movimientos europeos. O acaso también con la victoria electoral de Allende y el golpe de Pinochet, con las dictaduras de Brasil y del Cono Sur... Posteriormente, dos décadas después de Mayo del 68, cerrando a la vez el periodo de la llamada guerra fría, se produjo el colapso de la URSS. Gorbachov tiene para mí un inmenso mérito histórico: haber puesto en evidencia la debilidad estructural que era inherente a la URSS, su inconsistencia, su inviabilidad, la falsa imagen que se tenía de ella. Ya para entonces tú habrás iniciado tu vínculo con la izquierda universitaria quiteña, breve, por suerte; entonces habrás escuchado los lamentos de quienes habían perdido, a causa del colapso, sus “proyectos”, sus “utopías”, sus “objetos teóricos”, sus brújulas... Habrás presenciado escenas

más o menos exhibicionistas o impúdicas de los nostálgicos de la revolución cubana y del Che, como también el paso de muchos revolucionarios de antaño hacia las aventuras populistas o directamente a posiciones de derecha. Habrás escuchado en las aulas la santa ira de algún maestro que condenaba a todos los filósofos posmodernos, con Lyotard o Vattimo a la cabeza, a quienes se unía para la condena en extraña mezcla a Fukuyama o incluso a los neoconservadores estadounidenses, porque presuntamente también aquellos servían a los propósitos de la globalización neoliberal de Reagan y Thatcher... ¡Lyotard, nada menos! Él había señalado en *La condición posmoderna* el acabamiento de los grandes relatos... es decir, los grandes relatos modernos de la emancipación humana, los grandes relatos del humanismo. Esa condena ya la escuchaste tú en su momento, en las aulas y pasillos universitarios.

Para entonces era ya evidente que no cabía mantener expectativa alguna sobre las revoluciones modernas. La revolución cubana había concluido hacía rato, yo diría que hacia mediados de los años 60. A finales de esa década, los intelectuales o los artistas sabíamos que en la Isla imperaban el dogmatismo y la censura; el “caso Padilla” fue para mi generación un momento que no dejó duda alguna sobre la política cultural del régimen cubano. Cabrera Infante y Severo Sarduy vivían en el exilio, Lezama Lima murió en un ostracismo interno, el mismo Alejo Carpentier prefería la comodidad de la vida diplomática para mantenerse fuera de Cuba sin romper con el régimen. Vendrían nuevos exilios o episodios, algunos de ellos que solo conoceríamos al cabo de algunos años, como la actitud autoritaria de Fernández Retamar y Benedetti contra el poeta Roque Dalton en Casa de las Américas a causa de su negativa de hacer un seguimiento cuasi policial a Ernesto Cardenal, o como la persecución a Reinaldo Arenas, quien huiría luego a Estados Unidos durante el llamado éxodo de Mariel. Desde luego, la censura o la represión de intelectuales y artistas no es sino una faceta de la violencia dictatorial. ¿Cuánto tiempo

duró la revolución sandinista?... Ha acabado en el régimen de Ortega, un dictador tan nefasto como los Somoza.

No podría señalar una obra significativa dentro de la corriente liberal de esos años en la literatura política ecuatoriana. Sin duda, buena parte de los jóvenes intelectuales de mi generación estuvo marcada por el marxismo. Pero habría que precisar. Habría que decir más bien “marxismos” en plural, porque los matices pueden resultar significativos a la hora de examinar qué aconteció con las promesas mesiánicas o las utopías vinculadas a ciertas corrientes marxistas, las predominantes entonces. ¿Acaso todo marxismo es utópico?, cabe preguntarse, aludiendo incluso al conocido libro de Engels. La crítica al socialismo utópico en nombre del “socialismo científico” partía de una comprensión de la teoría de Marx como ciencia de la historia, altamente determinista y en cierto modo heredera de la teleología proveniente no solo, o no tanto, de la concepción hegeliana de la historia, sino del positivismo o del darwinismo social. Y aun del propio cristianismo: ¿era ineluctable la revolución proletaria y con ella el progreso hacia el comunismo, o quizás era solo una posibilidad que se vislumbraba en Inglaterra, y cuando más en Alemania o Francia, a mediados del siglo XIX? Entre quienes adheríamos al marxismo en aquellos años 60 y 70, muy pocos teníamos interés por la reflexión teórica. El marxismo predominante, el de los jefes de partido, el de los pocos integrantes de la burocracia sindical que algo se interesaban por entender qué era eso de la lucha de clases, o el marxismo de los profesores universitarios que militaban en los grupos de izquierda, era el de los manuales soviéticos, o el manual de Marta Harnecker, su vulgarización del materialismo histórico althusseriano. Ese marxismo soviético era también el marxismo de Manuel Agustín Aguirre (*El socialismo científico*), y el que había combatido el jesuita Eduardo Rubianes (*Marxismo: hombre sí, Dios no*). Hacia finales de los 60 teníamos inquietud acerca de los efectos de la “revolución cultural”, por las acciones de la “guardia roja”. Hubo quienes reprobaban la “revolución cultural”, así como hubo quienes recitaban las citas

del *Libro rojo* de Mao con la misma fe que podía encontrarse en los beatos católicos que rezaban sus oraciones.

En la URSS se había producido la “desestalinización” ya en la década de los 50, después de la muerte del dictador; se sostenía la posición de “coexistencia pacífica” entre capitalismo y socialismo. Más tarde comprenderíamos que la amenaza de guerra atómica había sido más bien un arma disuasoria, de alguna manera convenida entre las dos potencias. La desestalinización, en el ámbito intelectual, produjo una crítica al dogmatismo del realismo socialista —y también entre nosotros del realismo social, que desde luego no es lo mismo que aquel— que, como ejemplo, se puede apreciar en los trabajos sobre arte y literatura que reunió Sánchez Vásquez en una antología que tituló *Estética y marxismo*. Los militantes de izquierda más bien se interesaban poco por Marx, se leía *El manifiesto comunista* y poco más; preferían instruirse con los discursos de Castro o los escritos del Che, o con el *Libro rojo* de citas de Mao, o en grupos cristianos de base, con los discursos de la teología de la liberación.

¿Y la poesía, la literatura, el cine, las artes plásticas?... Esta es la otra inmensa “corriente espiritual” que nos arrastró y elevó.

Marxismo, filosofía, historia... Visconti, Pasolini, Bergman... Sumemos algunas lecturas que por entonces parecían imprescindibles para adquirir el mínimo “reconocimiento” intelectual: desde luego, Kafka, Joyce —contábamos con una deficiente traducción de *Ulises*, pero anduve con *Esteban, el héroe*, *Dublinenses* y el *Ulises* durante semanas, subyugado por el irlandés; años más tarde llegué a Trieste, en una suerte de ceremonia personal—, Thomas Mann, Faulkner... Desde luego, los clásicos. Stendhal, Flaubert, Maupassant. Dostoievski, Tolstoi, Chéjov, Poe... No parábamos de leer. Había una sutil competencia entre los jóvenes literatos: “¿Cómo! ¿no has leído todavía el *Ulises*?”... Un famoso poeta nacional preguntaría después “¿Ya ha leído usted *Finnegans Wake*?”... Y aquí viene lo decisivo: ¡el boom! Y junto al boom, Borges, Onetti, Rulfo. El boom fue una revolución cultural, sin duda. Nos transformó. Si

los narradores de mi generación tuvieron que liberarse de García Márquez, Carpentier y también de Asturias, del realismo mágico, tuvieron sin embargo que atravesar por sus obras, acompañados en parte por Fuentes o Vargas Llosa o Revueltas. ¿Cómo se vivió este acontecimiento editorial llamado “boom” entre nosotros? De pronto, los jóvenes lectores que habíamos dependido de las ediciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, es decir, de la hegemonía del realismo social y de la generación del 30, incluido ya entonces Pablo Palacio, y por otra parte de ediciones populares de los clásicos europeos e hispanoamericanos —entre ellos solo quiero mencionar a Rómulo Gallegos y Asturias— recibíamos ese impacto editorial que nos traía por fin a Borges o Rulfo, Lezama Lima o Guimarães Rosa, junto al realismo mágico o lo real maravilloso, y nuevas maneras de novelar. Ya te imaginarás la fascinación que nos produjeron las novelas del joven Vargas Llosa, *La ciudad y los perros* o *La casa verde*. Se quería escribir a la sombra de Camus, de Faulkner, y a la vez de Rulfo, Borges, Onetti o García Márquez... Por aquellos años descubrí en las librerías otros estupendos narradores. Así encontrábamos por ahí a Pirandello, Dürrenmatt, Max Frisch, Peter Weiss o Heinrich Böll. O *La chica de la motocicleta*, de Mandiargues, al tiempo que llegó a algún cine quiteño la película de Cardiff... Günter Grass todavía no.

¿Y la poesía? Lecturas escolares: algo de los clásicos, el *Cid*, algo de fray Luis de León, algo de Lope de Vega, unos pocos poemas de Quevedo o de Góngora. Luego los modernistas, algún poema de José Asunción Silva o de Darío... Amado Nervo, Alfonsina Storni. Los decapitados, Medardo Ángel Silva, un par de poemas de Carrera Andrade... Y también Juan Ramón Jiménez, aunque no lo mejor de él, *Romancero gitano* de García Lorca, algún poema de Alberti... Pero los poetas estaban ahí, a la mano. {Yo leí a Baudelaire, en una mala traducción, por cierto, cuando tenía 16 años, en la Biblioteca Nacional, cuyo edificio, que estaba en la plaza San Blas fue derrocado poco tiempo después debido a la tontería de un alcalde

municipal [Sixto Durán Ballén]. Por la misma época, mi padre me obsequió la edición de *Hojas de hierba* de Whitman, en la traducción de Francisco Alexander publicada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Asimismo, descubrí a Vallejo y al Neruda de *Residencias*}. ¿Qué poetas leíamos en esos años, entre los 60 y los 70? Rimbaud, Lautréamont, Mallarmé, Rilke, Trakl, Yeats, Eliot, Pound, Valéry, Artaud, Mayakovski, Pasternak, los surrealistas franceses, Brecht, Montale, Holan. Muy contadas mujeres, todavía no descubríamos durante esos años ni siquiera a Emily Dickinson, Marianne Moore, Sylvia Plath, y no se diga a Ajmátova o Tsvetáyeva. A más de Neruda y Vallejo leíamos a los españoles de la generación del 27, a Huidobro, Borges, Gironde, Paz, Molina, nos llegó la antología de la poesía mexicana, muy importante, preparada por Paz, Chumacero, Pacheco y Aridjis... Hoy es posible encontrar y leer poemas de autores cuyos libros no necesariamente llegan a nuestras muy pobres librerías gracias a Internet. Imagínate lo que implicaba para nosotros “descubrir” en esos días lejanos un libro de algún gran poeta que desconocías. No obstante, podíamos buscar y hallar libros de poetas que serían el fundamento de nuestra propia escritura en algunos de los estantes bajos de las librerías. También descubríamos a los poetas ecuatorianos, no solo a Carrera Andrade o Dávila Andrade, sino a Gangotena, Escudero o Granizo.

Merece un párrafo aparte lo que atañe a la posible influencia sobre nosotros, los ecuatorianos, de los poetas estadounidenses de la generación beat, Corso, Ferlinghetti, en especial Ginsberg. Los poetas ecuatorianos en los años 60 solían exhibir sus deudas con Carrera Andrade o con el Neruda del *Canto general*, o con Vallejo, más el de *Los heraldos negros* que el de *Trilce*. Era una época en que había un interesante movimiento de poetas y actores dentro de Hispanoamérica, que llevaban en sus mochilas revistas y libros. Hubo revistas importantes, como *El corno emplumado* de México, dirigida por Margaret Randall y Sergio Mondragón, a través de las que se podría rastrear la influencia de los poetas estadounidenses de la generación beat en Hispanoamérica.

También la revista de la Casa de las Américas de esos años. Creo que la influencia de los poetas estadounidenses sobre los ecuatorianos se realizó por la vía de algunas revistas de esa época, no directamente, sino a través de poetas hispanoamericanos que sí leyeron a los beatniks. ¿Hasta qué punto estuvieron vinculados a los beatniks Cardenal o Roque Dalton, o los poetas nadaístas colombianos, a quienes sí leíamos? La posible e indirecta influencia beatnik en los poetas ecuatorianos es un tema que amerita una investigación.

Concluyamos esta descripción: éramos pobres. La clase media quiteña —maestros, también los profesores universitarios, empleados públicos o de las pocas empresas privadas, los comerciantes, incluso buena parte de los profesionales, ingenieros, médicos— era pobre. Se vivía con estrechez. Era una clase media obligada a la austeridad. Solo a finales de los 60 o comienzos de los 70 aparecieron las primeras pizzerías, las hamburgueserías, los restaurantes de comida china. No llegaban a nuestras mesas ni vino, ni quesos maduros, ni variedades de pasta, ni aceitunas, ni uvas, salvo en alguna ocasión especial. Pero teníamos nuestros banquetes, los de la fanesca de Semana Santa, los de navidades o fin de año. Esto cambió al iniciarse en los 70 la época petrolera.

Ya ves tú, me aparté completamente de la inquietud planteada por ti, que tiene que ver con la utopía y el mesianismo en nuestra formación, pero me resultaba difícil responderte sin que te describiera de algún modo el panorama de la época. Ahora vuelvo sobre el tema, y para ello insistiré en la arriesgada tesis esbozada al inicio, y de la que obviamente no soy autor, aunque al asumirla quizás la haya tornado imprecisa: el periodo que corresponde a la “maduración intelectual” de mi generación (en el Ecuador) es el periodo de acabamiento de la era moderna de las revoluciones sociales, las revoluciones democráticas, las revoluciones de independencia o de “liberación nacional”. Desde 1991, desde el colapso-implosión de la URSS, por colocar una fecha que sirva de indicio, en adelante, ya no aparece en el horizonte ninguna

posibilidad de revolución, en el sentido que este término tuvo a lo largo de la modernidad.

Hoy permanece abierto el debate acerca del mesianismo y el utopismo tal como los expone Walter Benjamin en sus *Tesis sobre la filosofía de la historia*. Bolívar Echeverría, como seguramente conoces, dedicó una conferencia a este texto de Benjamin. No obstante, este debate en torno a las tesis de Benjamin en América Latina es reciente, al menos lo es para nosotros en el Ecuador. No conozco ensayos dedicados a esas tesis anteriores a los últimos años del siglo pasado, es decir, anteriores al colapso del “socialismo real”. Pero mi generación estuvo profundamente marcada por el utopismo. Aun en 2016, durante una de mis estancias en Ciudad de México, asistí a conferencias y mesas redondas dedicadas al tema con motivo de la celebración de los 500 años transcurridos desde la primera edición de la *Utopía* de Tomás Moro. Me sorprendió la nostalgia por las utopías que exhibieron varios de los intelectuales que participaron en esos eventos, sobre todo, algunos supervivientes de la izquierda de los 60 y 70. De alguna manera, reivindicaban ellos el sentido progresista que supuestamente contiene la utopía, en contraste con la crítica proveniente de sectores conservadores o liberales que sostienen que ellas conllevaban más bien el germen de los totalitarismos. En verdad, cuando se examinan discursos utópicos no faltan elementos que pueden ser considerados tendencialmente autoritarios o totalitarios, no faltan en personajes y situaciones los propósitos de control de la voluntad y encauzamiento de las acciones de los individuos hacia fines ineluctables, en una marcha progresiva que sin embargo los homogeniza al mando de una autoridad supuestamente racional. La utopía coloca siempre un reino de fines; las utopías literarias, un reino de armonía y paz universal; las utopías políticas, un reino o de libertad o de igualdad. En ocasiones, el reino utópico puede estar tan regulado que suspende el deseo sexual o el amor, el encuentro sexual se encamina a la procreación encuadrada en el cálculo de la perfectibilidad humana. En los manuscritos de juventud

de Marx hay pasajes sobre el comunismo como sociedad en la que se habrían superado la alienación social y la enajenación de los productos del trabajo humano; los individuos podrían dedicarse a distintas actividades libremente y en cooperación. Esta utopía comunista del joven Marx y otras semejantes forjadas desde los inicios de la época moderna o aun antes — por comunidades cristianas heterodoxas, por grupos radicales dentro de la Revolución Francesa como el dirigido por Babeuf, por socialistas del siglo XIX como Fourier— derivaron hacia el difuso horizonte utópico que tuvo mi generación. ¿Cómo era la utopía a la que se aspiraba?... Una mezcla: desde los anhelos de las comunidades hippies de las que nos enterábamos por alguna revista o alguna película, o la superación del consumismo capitalista, hasta la ingeniería social vinculada al cálculo racional de la planificación de los procesos económicos, hasta la sociedad de hombres y mujeres libres que disfrutarían del ocio creativo. En verdad, no dejan de surgir utopías en los discursos filosóficos, especialmente en aquellos que atañen a la ética, o en los discursos políticos. Discursos sobre la comunicación sin estrategias de dominio o seducción entre los sujetos, por ejemplo. Pero en lo que aquí interesa, el acceso a la sociedad utópica imponía un paso obligado: la revolución. La revolución, de otra parte, exigía sacrificios: la militancia era misionera, se tragaba las vidas de los individuos — y no es una metáfora: ¿cuántos se sacrificaron?, ¿cuántos murieron?, ¿cuántos echaron a perder sus vidas en nombre de la causa revolucionaria? ¿Cabe asociar esta vocación misionera y la voluntad de sacrificio al mesianismo? Tal vez. Considero, en todo caso, que las utopías son expresiones del humanismo moderno, aunque tengamos un lejano antecedente en la *República* de Platón. Lo extraño es que junto al utopismo ya contábamos con distopías con un caudal crítico potente, como la de Huxley, *Un mundo feliz*, o las de Orwell, *1984* y *Rebelión en la granja*. O con investigaciones historiográficas y filosóficas sobre los totalitarismos del siglo XX y sus mitologías. Conocíamos el Holocausto y el exterminio sistemático del

pueblo gitano perpetrado por el nazismo, las persecuciones y asesinatos llevados a cabo por la dictadura fascista en Italia o la falangista en España; teníamos información sobre la violencia cruel ejercida en nombre de las luchas populares, del pueblo, de la comunidad de suelo y la sangre. Sabíamos qué había pasado en la URSS durante las purgas estalinistas, conocíamos la violencia de la revolución cultural china, estábamos informados sobre los controles y la represión autoritaria en Cuba y los países “socialistas”. Pero aun así se adhería a la utopía. Hay una película de Costa-Gavras, de 1970, *La confesión*, cuyo argumento recuerda lo que sucedió con Bujarin y muchos de los bolcheviques encarcelados, desterrados o asesinados durante las purgas estalinistas. Artur London, un comunista checoslovaco que se desempeña como funcionario del gobierno, es acusado de espionaje a favor de Estados Unidos; también de trotskismo. Se lo encierra y tortura, hasta que finalmente “confiesa” su crimen, recitando de memoria el discurso preparado por sus torturadores. El filme se basa en el libro de London, víctima de una purga en 1951, publicado en Francia cuando logró salir al exilio. Pero algo semejante sucedió con Bujarin, uno de los dirigentes de primera línea del partido comunista, que se inculpó a sí mismo de traición, espionaje a favor de Alemania aun antes del triunfo de la revolución bolchevique. Toda esta información disponible no lograba destruir la fe y la adhesión a la utopía. No deja de ser fascinante este poder de la ficción sobre la vida, de la ilusión o la mentira capaz de engeñecer a los sujetos y arrastrarlos hacia su propia destrucción. Ilusiones religiosas, políticas, pero también mitologías sobre el arte o la poesía, como aquella de cierto romanticismo infantil que puede acabar en el suicidio del presunto artista o poeta. Algo de este romanticismo solía acompañar a la utopía revolucionaria de aquellos años de juventud de mi generación. Tal vez incidía la consigna surrealista, cambiar la vida y revolucionar el mundo. Se puede añadir cierto sesgo anarquista que provenía de las consignas de Mayo del 68:

“prohibido prohibir”; “lo difícil se puede hacer de inmediato, lo imposible toma algo más de tiempo”.

Desde luego, ese conocimiento más bien superficial del autoritarismo de los regímenes del “socialismo realmente existente” y de los partidos comunistas, que contrastaba por completo con la utopía comunista y con los ideales revolucionarios, se juntaba con la violencia desatada en el otro lado del orbe contra las poblaciones: guerras brutales en nombre de la defensa del “mundo libre”, como la de Vietnam —¡arrojaban napalm sobre las aldeas, entre otros actos de barbarie!—, invasiones para impedir procesos democráticos con cierta autonomía (Guatemala, República Dominicana), golpes de Estado para imponer dictaduras, racismo —es la época de la lucha por derechos civiles para la población negra en Estados Unidos—, exacciones económicas. Genocidios, asesinatos, persecuciones, cárceles, destierros, silenciamientos... También el “mundo libre” era (es) una utopía. O la democracia liberal, otra utopía, otro mito.

Una faceta de las utopías políticas en curso a mediados del siglo pasado tenía relación con la “nación” y el “pueblo”. Dos términos en rigor vacíos de contenido, a los que se les puede dotar de significados diversos dependiendo de las situaciones específicas, desde los que adquirió dentro de las ideologías que impulsaban la independencia nacional en las antiguas colonias, hasta los que tuvo (y tiene) en los nacionalismos reaccionarios, en el nazismo o el fascismo. De otra parte, se proponía, como fines de la acción política, la soberanía nacional o la participación popular en democracias directas. Y también la unidad y hasta la integración latinoamericana, con base en la confluencia libre de las naciones, o más bien, de los estados nacionales. Luego cambió el objetivo, de la “nación” se pasó a las “nacionalidades”, pero esto fue notorio ya hacia finales del siglo XX. Es interesante observar este componente utópico, pues en este caso el mito, tan esencial a la utopía, está vinculado más bien con tendencias ultraconservadoras, o si se prefiere, románticas. La nación,

como dice Benedict Anderson, es una “comunidad imaginada”; habría que añadir que es un mito que posibilita la articulación del dominio estatal, del dominio oligárquico. La soberanía nacional es igualmente un mito, si se considera el sistema mundial de relaciones políticas, económicas, sociales, culturales, jurídicas. ¿Y qué decir de la “soberanía popular”?... La democracia popular es todavía más problemática, como lo sabemos bien dada la recurrencia desde el poder político a instrumentos plebiscitarios, y a la programada división entre “amigos” y “enemigos”. Pero estos mitos se configuran dentro de mitologías, dentro de relatos: la “historia nacional”, las gestas heroicas, las cenizas de los próceres guardadas en los panteones, a semejanza de las reliquias de los santos de las iglesias. Cenizas sagradas de los héroes que pueden luego portarse en procesión, a semejanza de los ídolos religiosos, incluso de país en país, como se hizo con las presuntas cenizas de Manuela Sáenz cuando gobernaban Correa en Ecuador y Chávez en Venezuela.

De todas maneras, teníamos en esos años lejanos de nuestra juventud propósitos que animaban nuestra actividad intelectual, o la creatividad artística y literaria. Queríamos un mundo mejor, sociedades menos inequitativas, mayores libertades también. No creo que todo haya sido en vano; la vida de las mujeres de mi generación ha sido mejor que la de las mujeres de la generación anterior, sin duda. Nos liberamos de muchos tabúes y mitos sobre la sexualidad, sobre las drogas. Y también algunos intelectuales de mi generación alcanzamos una cierta serenidad que llegó justamente con la superación de las utopías, de los mesianismos y de la voluntad de sacrificio en nombre de los ideales. Serenidad que vino junto al escepticismo y la ironía necesarios para el examen crítico, para analizar y desmontar mitos y mitologías. Y junto además a cierto epicureísmo, que propicia tener una vida satisfactoria en medio de las penumbras propias de nuestra época.

Las utopías revolucionarias son relatos apocalípticos. El término “apocalipsis” se entiende comúnmente como la profecía del cercano fin del mundo. Es el sentido que tiene incluso en

el título de la película de Coppola, *Apocalypse Now*. Esta significación del término seguramente proviene del *Apocalipsis* de Juan de Patmos, pero el sentido del fin del mundo para un cristiano de su época tiene que ver con la expectativa del retorno del Cristo, es una profecía sobre el cumplimiento de la utopía de la salvación de los justos y el consiguiente castigo eterno de los impíos. El significado del término griego es revelación, quitar el velo para acceder a la verdad. Este significado no suele captarse en el uso común del término. Pero si los tomamos en cuenta podemos advertir que gran parte de los discursos religiosos, aunque también los filosóficos, sobre todo aquellos que toman por objeto de su análisis lo político o lo ético, adquieren a lo largo de la historia —la de Occidente, y por consiguiente, la de América, la anglosajona, la latina, y hoy seguramente también de la “indígena”— este sentido apocalíptico: revelan lo (presuntamente) oculto del presente y del pasado para proyectar el futuro, a la vez que describen imaginariamente la humanidad del fin de los tiempos. Cuando en los 90 entre los intelectuales latinoamericanos se criticaba a Fukuyama por su declaración sobre el “fin de la historia”, a propósito del colapso del socialismo “realmente existente”, por una parte, se ignoraba el contenido hegeliano de su afirmación y por otra, creo yo, se disputaba en torno al horizonte apocalíptico, es decir, acerca del “fin de la Historia”. La cuestión no entrañaba propiamente la negación de algún fin de la Historia, sino que Fukuyama la colocaba en el presente, negando así la utopía revolucionaria, la sociedad ideal igualitaria del futuro. Pero hoy no funciona ninguno de esos relatos, de esas “historias” propias del humanismo moderno.

En cierto sentido, en la época de lo que he llamado “maduración” de mi generación, es decir, nuestra *bildungsroman*, de inicio de nuestra actividad como intelectuales, artistas o escritores, como poetas, teníamos ante nosotros, o creíamos tener, un “horizonte” de futuro, imaginado desde luego, que surgía de los conflictos de la época, de las expectativas que parecían emanar de los contenidos progresistas, democráticos o

revolucionarios inherentes a esos conflictos; un horizonte utópico que a su vez incidía en la comprensión de la realidad. Es decir, el horizonte utópico, lejos de develar, velaba la realidad: una doble o múltiple capa de velos. Sin embargo, de otro lado creíamos poseer el contenido crítico, y develador, proveniente del campo teórico, desde lo que Ricoeur llamó “filosofías de la sospecha” (Marx, Nietzsche, Freud) hasta los discursos críticos de Barthes o Foucault, o los trabajos historiográficos.

En una perspectiva de conjunto, se podría decir que con el hundimiento de la utopía revolucionaria se consumó la desacralización o el desencantamiento del mundo en Occidente, se consumó la “muerte de Dios”, inherente al propio cristianismo. De pronto, los intelectuales de mi generación, hacia fines del siglo XX, nos quedamos sin Dios, sin ídolos, sin grandes ideales, sin revolución, sin utopías, sin mitologías, sin grandes relatos. Sin redención, sin horizontes de salvación. Sin Historia, en el sentido de un curso ascendente de la Humanidad, desde la naturaleza hasta alguna sociedad perfecta a través del progreso. Sin Origen, sin Fin... Luego vendrían los tiempos sombríos en que cobraríamos conciencia de los efectos destructivos, perversos, del progreso moderno sometido al dominio del capital, esa entidad abstracta que rige el destino del mundo. Desde luego, esto se percibe en una perspectiva de conjunto, pues por el contrario, aunque se reconozca como punto de partida la diversidad de modos históricos de lo humano, aunque se critique el eurocentrismo, no parece que hayamos superado el antropocentrismo, como tampoco el subjetivismo o el egocentrismo —especialmente cuando se considera al artista o al poeta, como núcleo de la “creación”, o cuando se rinde culto o se ataca a la personalidad, sea del político, del sacerdote, del artista, del deportista, sea hombre o mujer, sea cualquiera su “identidad de género”—. Y, bueno, también campean por el mundo las idolatrías nacionalistas o religiosas. Se mata en nombre de las patrias (de la fraternidad), del dios o de su profeta (de la verdad). Se mata en nombre de la

pureza racial, de la fe, y también en nombre de la libertad o de la igualdad.

Aunque parece que se ha difuminado la figura del intelectual hasta casi desaparecer, no faltan los escenarios —hoy potenciados por las redes sociales— donde se exponen los relatos que sustentan las mitologías que promueven las acciones colectivas. También las individuales, las del Ego, claro está, tan semejantes unas a otras, mimetismo puro. Se necesitaría una fuerza sobrehumana para el descreimiento completo. Como si fuese necesario un poco de fe para la continuidad de la vida.

El desencantamiento del mundo es un proceso de larga duración en la historia moderna de Occidente, atraviesa por entero la modernidad. No solemos pensar en la destrucción de las concepciones del mundo que regían las vidas de los europeos o de los americanos y la necesaria reorganización del cosmos que se produjo entre los siglos XVI y XVII: los viajes de “descubrimiento” de los europeos, el “descubrimiento” de América, los viajes de circunvalación, luego, el heliocentrismo. Cambió la idea que se tenía sobre la dimensión de la Tierra, cambiaron las representaciones de mares y continentes, y luego vino la demoledora crítica al geocentrismo, el paso al heliocentrismo, de Copérnico en adelante. El universo dejó de ser finito en aquella época, se disolvió la idea de la esfera de las estrellas fijas, y con ello, Dios y su corte celestial dejaron de tener su lugar de residencia en el cielo. Copérnico, Kepler, Galileo... Newton. A la vez, se producía una revolución técnica, que no se redujo a una mera aplicación de los conocimientos de la mecánica clásica a la producción industrial, sino que tuvo su propio proceso de indagación e innovación. El universo se tornó infinito, Dios acabó por ocultarse, Pascal da fe del sentimiento de angustia que provocaron esos cambios sustanciales en la vida de los europeos. Acá, en América, en los Andes, ¿cómo se vivieron esos acontecimientos? Lo que me interesa es señalar este vacío de representación en la que deben haberse encontrado los “intelectuales” en esa época. Pero a la vez nacía o se

fortalecía la fe en la razón, de Descartes en adelante, a lo largo de la Ilustración, incluso en la Ilustración inglesa de orientación empirista, que no en vano acabaría en el escepticismo de Hume, la gran sombra que acosaba a Kant.

Nosotros nos encontramos en cierto modo en una situación semejante. Al derrumbe del geocentrismo han seguido otros golpes demoledores “al orgullo humano”: a la comprensión de la inmensidad del universo y de la pequeñísima dimensión de la Tierra en esa inmensidad, siguió la teoría darwiniana de la evolución y con ello la investigación sobre el surgimiento del homo sapiens sobre la Tierra, es decir, el inicio de la crítica al antropocentrismo; a la par, vino la crítica al sujeto del idealismo, a la pretensión de claridad de la (auto) conciencia, emprendida por Feuerbach, Marx, Nietzsche o Freud. Por último, vino el avance actual de las ciencias, la comprensión de que el ser humano es un animal, hasta cierto punto razonable, dominador, depredador, sin duda un acontecimiento excepcional dentro de la evolución de la vida en un pequeño planeta de un sistema solar mediano perteneciente a una de los millones de galaxias del universo...

Hay en ello un tránsito desde la expectativa del Más Allá, de una vida ultraterrena, para decirlo de algún modo, al menos del “alma” ya que no del cuerpo, o cuando menos de una excepcionalidad en el universo que haría del humano un ser con cierta proyección de largo aliento que tendería hacia el Infinito (como dirían los románticos), hacia una comprensión radical de la condición finita, mortal, tanto del individuo como de la especie. También, por consiguiente, de toda modalidad de forma humana histórica, social, cultural. Y de las obras de los individuos o de los grupos o de las comunidades. Se superpone lo vivo a lo muerto, en nuestros cuerpos y nuestras mentes, o en nuestras construcciones espaciales (campos, ciudades, rutas), o discursos, obras artísticas. Y un día cualquiera, se muere. Seguramente también propósitos, deseos, expectativas terminarán en el olvido, entre restos.

Por lo dicho, quizás habría que rastrear el desmoronamiento de las utopías en los discursos, en los relatos o poemas, en las obras de arte realizadas por “mi generación” —desmoronamiento disímil, con facetas que van de la nostalgia hasta cierta celebración de lo efímero, de la ira a la ironía, del resentimiento a la serenidad, del disimulo al pudor— y contrastarlo con lo que viene después, las obras de “tu generación”. Pero eso ya te lo dejo a ti.

Abrazos.

IC.

Quito, 31 de enero de 2026
(Cult.)

Querido Iván,

“De pronto, los intelectuales de mi generación, hacia fines del siglo XX, nos quedamos sin Dios, sin ídolos, sin grandes ideales, sin revolución, sin utopías, sin mitologías, sin grandes relatos. Sin redención, sin horizontes de salvación. Sin Historia, en el sentido de un curso ascendente de la Humanidad, desde la naturaleza hasta alguna sociedad perfecta a través del progreso. Sin Origen, sin Fin...”

Después de ustedes llegamos nosotros, mi generación, a una mesa espolvoreada con migas de torta, chamusquinas en los bordes del mantel y vino servido en copas de plástico. En medio del acaramelado éter de un tiempo agitado retomamos la introspección y, ay, tal vez la escritura... si nos era dada. Quiero decir que, si ustedes presenciaron los funerales de la Historia, a nosotros nos ha quedado recoger los restos de la pachanga. “A partir del s. XVIII, de la Revolución Francesa en adelante...”, así quisiera empezar este recuento, pero en un país como el Ecuador, el sexto patio, hacerlo de dicha forma sería un desvarío. Aunque alcanzo, sí, a tantear el borde del ovillo de lo que has llamado la “era de las revoluciones”.

Mientras cursaba Sociología en la Universidad Central, a inicios de los 1990, movido por una flagrante estupidez de juventud, además del ambiente caótico siempre al filo del desastre, percibía cierta reserva entre los que fueron mis profesores, maduros hombres de extrema izquierda. En medio del salón, algunos de estos búhos formados en la década de 1970 recitaban un fosforescente credo posmoderno, trazos de Feyerabend o de René Girard, Deleuze, Lyotard o Gianni Vattimo en boca de alguno, ¡vaya luciérnagas! Pero cuando estos

penitentes maestros se marchaban del aula apenas dejaban el humo de un secreto, alguna vergüenza inconfesable con tufo a pitillo barato. Esos hombres, ustedes, traían a clases agobios no menores: su mundo se había desplomado, sin revolución, utopías ni horizontes *de sentido*... también aprendí durante esos meses a expresarme de ese modo. Entretanto, sin que yo fuera a nadar, el Muro de Berlín había caído.

Por dicha razón encontraba abatidos a mis maestros a inicios de la década de 1990. Varios de esos cófrades guardaban reserva, se movían a prueba de interrogatorios. ¿Y qué hallaba yo en sus rostros? Orgullo, la sidra en su cáliz intelectual, porque al parecer los asuntos trascendentes debían ser zanjados con orgullo o, quizá, con arrepentimiento. Algunos actuaban como si nada hubiese ocurrido en el Este o en Cuba —el caso del general Ochoa, en 1989 y el manto de oprobio con que éste cubrió a la nomenklatura cubana aún estaba fresco cuando casi por arte de magia el *hombre nuevo* mutó en *homo narco*—, enfrentaban su presente como si el hierro de la historia pudiese doblarse gracias a la voluntad o a la desazón de algunos. Estoy pensando en su abatimiento con la caída del Muro, cuando el tren de la historia parecía haberse desviado, para ellos, por la intervención de fuerzas antojadizas que daban la espalda, caprichosas, casquivanas, al Gran Destino del socialismo. ¡Pero, ah, el arrepentimiento, el mea culpa de un comunista, nunca tuvo cabida en nuestra aula de clases! Ni movido por el gulag soviético, la primavera de Praga, la masacre de estudiantes en la plaza de Tiananmén, en China, 1989, ni ante el fin de ese mismo hombre nuevo devenido Pantagruel de la miseria.

“El Club Marx”, como he denominado mi paso por Sociología en la Universidad Central del Ecuador al rememorallo en noches de perfidia, era apenas un par de húmedos salones por los que alguna tarde se dejaba caer alguno de esos cinco o siete caballeros, provisto de bruñidas credenciales, un historial político universitario, un expediente intelectual perfeccionado en los más nutridos marxismos. Al contrario de los ilustres

pesimistas de Frankfurt, referentes de todo utopista, cuyo instituto de investigaciones sociales fue denominado Café Marx —o, de acuerdo con el malhumorado Lukács, *Gran Hotel Abismo*, “un espléndido edificio dotado de todo confort y pintorescamente situado al borde de la Nada y del Sinsentido”, dadas las fintas de opulencia de sus miembros, Theodor Adorno: industrial vinícola; Max Horkheimer: industrial textil; la familia Erich Fromm: comerciantes de vinos; señora y señor Marcuse: industriales textiles; papá Benjamin: banquero y anticuario; los Pollock: industriales del cuero. Solo Lowenthal descendía de un notable médico judío... apenas rico—, nuestro Club carecía de pedigrí, pues se debatía en otro filo de la Historia, la edad del desconcierto, presa de un nuevo sinsentido, la disolución del socialismo realmente existente. Nuestro abismo se oficiaba en salones desvencijados, entre gases lacrimógenos y jóvenes latinoamericanos pobres, atenazados por sus miserias e ideales.

Tras la caída del Muro y con el fin de la guerra fría vi con incredulidad que algunos de esos maestros, M. Benítez, A. Moreano, A. Castillo, N. Saltos, M. Velasco, R. Quintero, L. López, P. Celi, la vieja guardia, habían extraviado sus objetos teóricos —el comunismo, la utopía, el sentido— como fósforos desaparecidos en los bolsillos de una americana. Ahora diviso, desde este mirador con vistas a un pasado universitario de zarzas y maleza, a la bestia negra de ese entonces que hoy parece haber sido olvidada tras velos de insoportable levedad, la idea vilipendiada por excelencia en las discusiones y chismorreos de pasillo esos años: el fin de la historia.

Para mí que no era tan difícil entenderla: a Francis Fukuyama, politólogo americano metido en el papel de un Kipling sin colonias de ultramar, se le había ocurrido extremar una idea de Hegel quien, como sabes, sostiene que la historia entendida como un proceso único y coherente, *evolutivo* —recordaba Fukuyama—, debía llegar a un fin tras consumirse la energía de su causalidad. El chispeante Fukuyama veía cristalizado ese final en la democracia liberal de Occidente. No era mala idea,

la verdad: Francis F. —¿el nuevo Coppola?— la llevaba a buen puerto en páginas muy entretenidas en las que argumentaba que el pensar del siglo XX no solo fue aciago, no en vano nos había perseguido por mucho tiempo la estela positivista de un Comte o el darwinismo de un Herbert Spencer durante el siglo del holocausto. Fukuyama pretendía explicar que no todo hecho iba a conducirnos a la catástrofe, a la desintegración y al desastre sin remisión, cual rezaban los agoreros de la catástrofe y la utopía. La Ilustración y la idea de progreso podían ufanarse de su razón de existencia en un mundo nuevo, unificado.

Ahora que reviso mi viejo ejemplar del libro, veo, por ejemplo, que esa idea de una historia unitaria que evoluciona y persigue su anhelado final, según Fukuyama, atravesaba también el modo de entender la historia por parte de Arnold Toynbee o de Oswald Spengler, la noción de un todo que asciende hacia la cúspide. El devenir como algo que se puede comprender y no obedece a azares, que guarda una lógica, es una buena forma, creo yo, de argumentar y precipitar la idea del fin de la historia. Porque en esos años parecían haberse retirado los contendores, las otras formas de organización política en Occidente, la monarquía, el fascismo y el comunismo tras la caída del Muro, como lo pregonaba Fukuyama.

Echo un vistazo a la cronología de 1990 con el fin de escribirte esta carta, reverberante año en el que se agolpan acontecimientos que darían cuenta del final del *corsi* y *ricorsi* de la historia: en enero de 1990 los lituanos dan a Gorbachov señales de emancipación tras las reformas introducidas en la Unión Soviética de la que aún formaba parte su país; ese mismo enero en Polonia dos franjas socialdemócratas le cierran el paso a los comunistas a fin de sucederlos en el poder; en febrero, los alemanes del Este se inclinan con fervor a lograr una “Alemania, patria unida” y, el 11, el canciller Helmut Kohl viaja a Moscú para, junto con Gorbachov, dar luz verde a la unificación de Alemania; a fines del mes la Unión Soviética acepta retirar sus tropas de Checoslovaquia —aún un

solo país— antes de 1991; el escritor Václav Havel que fue presidente checo, corretea en la sede de su gobierno, un viejo castillo aún trufado de tosco mobiliario comunista, con el fin de enfrentar grandes problemas con grandes soluciones de cariz promisorio, mientras a otro escritor, Arpad Göncz, parece acompañarlo la fortuna para dirigir Hungría, como ocurriera poco después; en marzo, los soviéticos deciden también irse de Hungría con lo que el pacto de Varsovia hacía definitivamente aguas, a mediados de ese mes Gorbachov recibe poderes para ser presidente de la Unión Soviética y, en la que fue Alemania del Este, se dan elecciones libres para la Cámara del Pueblo, el parlamento, por primera vez. Esto ocurría solamente durante los tres primeros meses de ese año en que el mundo vivió el vértigo, 1990¹⁰¹. Huelga agregar que, en otra latitud, también fue el momento de la invasión de Kuwait por Irak, lo que desató la primera guerra del golfo pérsico. Asomaba, furiosa, la cabeza visible de la crisis del porvenir y el orden del tiempo, como el historiador François Hartog denomina a estas furias.

Dos escritores presidentes en el este y una época cuyos componentes se mezclaban en la licuadora a velocidad del rayo. Estos y cien sucesos más también conmovieron al mundo aquellos días. Sin embargo, entre nosotros, el Club Marx de Quito, en ese entonces mi único reducto intelectual, no estaba dispuesto a aceptarlo: sus miembros se sumían en la desesperación, el agobio, el desdén, la negación. Quien deseara ofrecer distinta versión de los hechos a la de los miembros del club, caía en desgracia, como ocurriese con las páginas políticas sobre esos días escritas por Octavio Paz, que hoy aparecen en *Pequeña crónica de grandes días*. En boca de Alejandro Moreano, por ejemplo, no cesaban las burlas disfrazadas de taimado respeto o los intentos por socavar de raíz, desde su misma inteligencia, el talento del poeta y ensayista que, un par de años antes, ganara el premio Nobel.

¹⁰¹ El libro sobre la caída del Muro de Berlín y la disolución del Este comunista: *Historia del presente*, del historiador inglés Timothy Garton Ash, trae esta cronología.

“Para un curso leí en paralelo a Paz y el libro de Sartre sobre Genet, pero las inferencias dialécticas de Sartre no tienen nada que ver con la inteligencia de Paz, van muy por delante”, le oí decir una tarde, en el pasillo. Yo me lo creía, como lo creíamos todos, como durante mucho tiempo lo creyéramos. La agudeza del pensar entendida como una carrera de galgos. Lo aceptábamos porque eran nuestros popes, los maestros que nos iniciaban en las exigencias, más bien pobres, del club. Pero de ese recuento me ocuparé en el futuro, espero. Solo aprovecho esta carta para recordar que, según el Club Marx, las interpretaciones políticas sobre ese tiempo de alta marea por parte de Paz, Vargas Llosa o Enrique Krauze —investido éste con velos de *bête noir* en un artículo que Agustín Cueva le había dedicado a raíz de la defensa de una *democracia sin adjetivos*¹⁰²— “estaban en el lado equivocado de la historia”, jueguecillo tribal del que, por ese entonces, también fui presa. Dichos autores y quienes enfilaban el mismo rumbo de apostasía eran confinados en un infierno definido por el moralismo teológico más que por la búsqueda del consenso o una *real politik*. También tú fuiste víctima de señalamientos en condición de apóstata, según recuerdo.

Y así transcurría la vida, entre dogmas y ucases, entre el berrinche de santones incuestionables, la miopía y la bizquera o el descabello del provinciano que contempla, solamente él, un gran burdel en lo que es un zaguán. Yo era joven y crecía. Pero no deseo herir el pasado en el recuerdo, condena de quien recuerda, al menos no aquí. No me eximo de mi propia ceguera e ingenuidad como tampoco niego el peor de mis males de esa época, el pecado de juventud, anverso y reflejo del malestar de la vejez. “Todas tus edades, opacas y brillantes,/ ¡Sobre páginas tan negras y tan gruesas!/ Demasiada confección, demasiado:/ Me asfixian las imágenes jugosas”, decía Philip Larkin. Demasiada confección.

¹⁰² “Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos temas y problemas”, incluido en el volumen *Las democracias restringidas de América Latina*, de Cueva.

Ahora —dos mil veintiséis, segunda década del siglo veintiuno, treinta y siete años después de la caída del Muro de Berlín—, en una época en que el populismo, el integrismo, los muchos fundamentalismos y los nacionalismos más abyectos parecen cernirse sobre el mundo, años en que el Estado del bienestar sucumbe a la tormenta, sospecho que Fukuyama resultó mal oráculo y que quizá deba destinar su libro al anaquele de las profecías fallidas, junto con otros varios, incluido el de las cadenas que los proletarios están destinados a perder, solo a perder. *El fin de la historia y el último hombre* intentó, durante los escasos veranos en que el mundo disfrutó del fin de la guerra fría, convertirse en el bordado del mantel en el nuevo banquete imperial, el mismo en que liberalismo y la democracia serían los gemelos que oficiaran la concordia entre comensales y les participaran, ora de un ayuntamiento carnal, ora de un exceso y una orgía. Pero el tiempo no bastó, no fue suficiente. A lo sumo, en dichas postrimerías del siglo XX, también en nuestro país, el pesimismo quedó en manos de ilusionistas de prestigio, refinados franceses y no tan franceses, Jean François Lyotard en *La condición posmoderna: informe sobre el saber*, Don Juan de Baudrillard y sus delirios de seductor, Vattimo o Sloterdijk con sus pasiones desmembradoras y minimalistas. En la medida en que Fukuyama hubiese resultado imperial y acartonado, los pensadores posmodernos calzaban como un guante a nuestro breve hastío, *ennui* propio de la resaca del final de una era. Nos entretuvimos, quizá demasiado, hasta el punto de dilapidar el tiempo, con los pensadores posmodernos. Fue el final de una era, no cabe duda.

Al concluir este camino, la era de las revoluciones, con el fin de cerrar esta carta y con ello nuestro libro, me encuentro leyendo un artículo aparecido ocho años atrás. En él, Henry Kissinger advierte acerca de los peligros de la inteligencia artificial¹⁰³. Kissinger se cuestiona acerca de la actividad de

¹⁰³ Henry Kissinger, “How the Enlightenment Ends”, *The Atlantic*, June, 2018. Disponible

las máquinas y algoritmos que manejan la IA, carentes de contexto, control y gobierno. Recuerda que el razonamiento y la crítica gravitaron en el centro de la Ilustración, pero en estos tiempos de algoritmos las máquinas solo se proponen vencer con sus cálculos. Nos vencen porque solo atienden al deseo de triunfar. Son inteligencias acumulativas con capacidad matemática de aprendizaje y procesamiento ultraveloz sin dotes de razonamiento cognoscitivo.

Me ha sobrecogido el título del artículo: “Cómo termina la Ilustración”. Si el tiempo de la libertad y de la crítica fue el de la razón ilustrada, la Edad de la Razón, al parecer la predominancia del cálculo y los algoritmos dará al traste con la Ilustración, la etapa sobre la que tanto hemos discutido, la que hemos loado o rechazado, la que hemos intentado desentrañar y nos ha ofrecido las herramientas con las cuales dudar y objetar, es decir, ser críticos. Si la Ilustración termina: ¿qué viene después? Pronto tendremos pistas. En esa encrucijada, vivimos un mal tiempo, no solo para la lírica, amigo mío, también para la soledad, la introspección y la lectura. Ahora, “la información amenaza con abrumar a la sabiduría”, dice Kissinger. Al parecer nuestras divagaciones responderán a distintas pautas estructurales a partir de ahora, a distintas herramientas de comprensión. Este mundo puede deslumbrar, querido Iván, pero también aterra.

Desplazados el mito, Dios y los dioses, la razón también parece replegarse en esta escena, no solo la utopía. A nosotros, mi generación, nos tocó pasar el trapo al término del banquete. Manipulamos ahora una tecnología sin filosofía, al menos aún sin ella, al contrario de lo que sucedió con la Ilustración, cuando un conglomerado de ideas precipitó la urdimbre de su propia tecnología, la imprenta, como dice HK. A este punto nos ha conducido la era de las revoluciones iniciada a fines del s. XVIII, aquí nos ha traído la búsqueda de la libertad, hasta aquí parecen

en: <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2018/06/henry-kissinger-ai-could-mean-the-end-of-human-history/559124/>

llegar la democracia y el liberalismo bajo la forma que adoptaron con la revolución francesa, asuntos sobre los que tanto hemos discutido en estas cartas.

Traduje el artículo de Kissinger con ayuda de la inteligencia artificial. Al revisar la traducción me asombró que, en el antepenúltimo párrafo de su versión al español, Chat GPT hubiera repetido un “que”, inexistente en el original en inglés. La IA, tan precisa con el cálculo y tan rápida en la respuesta, había cometido un error. Tal vez ello sugiera que puede ser tan humana como quienes la entrenaron en esas destrezas que hoy nos abruma. Humana en el error, tal vez la IA nos conduzca al desbarrancadero, el nuevo Apocalipsis, o, quizá, quién sabe, al equilibrio de quien enmienda.

Tantos años han pasado, querido amigo, desde las primeras cartas: veinticinco desde que comenzamos. En ellas me ha sorprendido advertir, aquí y allá, no solo la recurrencia de ciertos temas sino, también, la insistencia en ciertas palabras. Una de estas se me antoja reveladora: *diletante*. Creo que hemos hecho bien al decidir hace un par de meses, usarla con el fin de bautizar este volumen, pese a la reticencia o la sorna con que ha sido usada por ciertos marxistas. Diletante, el amateur del conocimiento: yo. Limpiar esta palabra, cual he adoptado como misión, descubre la vida y la respiración de las palabras, querido Iván, su vida ultraterrena.

Entre éste y otros hallazgos, y dado que me he detenido a hablar de los años de la inmediata posguerra fría, los días en que nos conocimos en la facultad cuando yo tenía veinte años y fuiste mi profesor durante una época que retrato con mordacidad, me viene bien citar una frase del mismo Václav Havel, figura recuperada para la memoria en este oleaje de recuerdos. Dice Havel, tras dejar una cárcel comunista en la década de 1980:

“La esperanza no es un pronóstico. Es una orientación del espíritu, una orientación del corazón. Es la capacidad de trabajar por algo porque es bueno, no solo porque exista la posibilidad de tener éxito. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la

certeza de que algo tiene sentido, con independencia de cuál sea el resultado”.

No pienses que cito esta frase con condescendencia melodramática, a la medida de un final, ni con el fin de conjurar los posibles alcances de la inteligencia artificial o el sufrimiento y caída de la libertad. No. Como has dicho en una de tus cartas, “también los muertos permanecen en la actualidad”. En la interminable soledad a la que hemos sido arrojados, por fortuna habitamos aún en compañía de nuestros muertos, de nuestros recuerdos. Ello tendrá valor en la medida en que algunas de nuestras acciones revistan un sentido, acciones como escribir una carta a un amigo. Con ello podremos solicitar indulgencia en la visita a esta infatigable conversación nuestra, también entre quienes se han preguntado alguna vez acerca del sinuoso camino de la Ilustración. La razón suele arriesgarse por luminosos atajos —ciencia, arte, poesía—, y si me permites, también la intuición, la hechicería también se abre paso hasta el punto de habernos tomado por asalto en estas letras. Al menos a mí. Añoro que, en homenaje a ello, intentar discernir, vagar, divagar, estas palabras despierten algún interés ante los otros.

Lo que pedimos los sonámbulos, no más que ello.

Con la amistad de siempre, querido poeta.

F.

COLOFÓN

Iván Carvajal

Llega un momento en el que la conversación —en este caso, una de sus modalidades, la correspondencia epistolar— alcanza su fin. No se diría que concluye, si con ello se supone que ha arribado a un consenso en torno a los asuntos que la han motivado. Más bien, las conversaciones suelen acabar en puntos muertos, o en acuerdos y desacuerdos, y a menudo arriban a nuevas preguntas, a inquietudes que se llevarán consigo quienes se despiden.

Conocí a Francisco en 1992, cuando fue mi estudiante en la Escuela de Sociología de la Universidad Central del Ecuador. Entonces iniciamos una amistad que jamás se ha perturbado por las diferencias de opinión, de opciones en cualquier ámbito intelectual, artístico, filosófico o político. Las convergencias y las divergencias las hemos tratado con argumentos y a la vez con dosis de humor, de ironía; con seriedad y en ocasiones lúdicamente.

Al cerrar el libro, Francisco y yo nos vamos cada uno con el placer de contemplar el curso de estas largas divagaciones, con este ir y venir sinuoso por varios temas; de lo que menos hemos conversado en estas cartas, ahora lo vemos, es de poesía, aunque a lo largo de estos años nos hayamos recomendado lecturas de poemas, nombres de poetas que deberíamos seguir.

Concluimos nuestro intercambio epistolar, pero de ninguna manera la amistad. Francisco y yo damos por terminada esta experiencia con el abrazo que afirma la continuidad de nuestra relación, por tanto, de nuestras conversaciones por otras formas de comunicación.

Quito, marzo de 2026

CONTENIDO

EL MAESTRO Y EL DANDY (PRÓLOGO VELOZ), <i>Cristóbal Zapata</i>	7
PREFACIO, <i>Iván Carvajal - Francisco X. Estrella</i>	11
PRIMERA PARTE: TEMPORADA EQUINOCCIAL	21
SEGUNDA PARTE: TIEMPO DE PANDEMIA	403
EPÍLOGO: TEMPORAL DE TALA	487
COLOFÓN, <i>Iván Carvajal</i>	521



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en septiembre de 2026
en el PrintLab de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador.



Francisco X. Estrella

(Quito, 1974). Graduado en Ciencias Sociales y Políticas por la Universidad Central del Ecuador, cursó una maestría en Edición por la Universidad Andina Simón Bolívar. Ha publicado *El corazón de un canalla* (2018), relato sobre “la genitalidad y la misoginia, el machismo y el Eterno Femenino, el arrepentimiento y el sadismo”, en palabras del crítico mexicano Christopher Domínguez Michael, y *El infierno de las vanidades* (2025), recopilación de sus ensayos y artículos de prensa publicado por la Casa Editora de la Universidad del Azuay. Autor de numerosos ensayos y reseñas críticas, ha sido editor y colaborador de varias revistas. Ha concluido su novela *Sushi y las muñecas*.

He aquí el delicioso, lúcido y deslenguado diálogo entre dos escritores e intelectuales de distinta generación, formación y adscripción política e ideológica, que intercambian sus lecturas y pasiones estéticas: el reputado Iván Carvajal (nombre cardinal de la poesía ecuatoriana de entresiglos, con un pasado marxista militante, luego desencantado ante la estalinización de los países socialistas y el devenir populista de las izquierdas nacionales y latinoamericanas), y Francisco X. Estrella (ensayista y articulista polémico, “mi querido liberal-conservador”, como le llama algún momento su contertulio mayor).

En estas cartas las conversaciones filosóficas y literarias alternan con el comentario de lecturas, la coyuntura política (particularmente los álgidos años del correísmo), y la consustancial referencia a personajes (grandes y chicos) del mundillo político y cultural, que constituyen algunos de los pasajes más sabrosos. La sabiduría y la afilada ironía del poeta Carvajal, conjugadas con la avidez y curiosidad intelectual del “diletante” Estrella hacen de estas *Divagaciones* un documento cultural y literario tan suculento como singular, que dará mucho que hablar en un país donde el género epistolar es infrecuente y la franqueza intelectual un hábito a puerta cerrada.

Este libro, que Iván Carvajal confió a la Casa Editora de la Universidad del Azuay para su publicación, bien puede leerse como el testamento intelectual del autor.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

ISBN: 978-9942-54-152-9



9 789942 541529

